Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA BIANUAL

LA MUJER

Mensaje de la primer ministro de la India a la señora Victoria Ocampo de Buenos Aires • Victoria Ocampo: La trastienda de la historia • Golda Meir: No hay elección entre la guerra y la Paz • Indira Gandhi: Tareas de la mujer en la India • Alfred Métraux: La mujer en las sociedades primitivas • Marta Elena Samatán: Enfoques sobre la educación de la mujer • Mildred Adams: El nuevo feminismo en los Estados Unidos • Nancy Caro Hollander: La realidad detrás del mito • Alicia Moreau de Justo: La emancipación de la mujer • Victoria Kent: Una experiencia penitenciaria • Manuela Carmena Castrillo: España es un país antifeminista • Lucía Piossek Prebisch: La mujer y la filosofía • Ernesto Sábato: Hombre y mujer • Beatriz Bosch: La mujer en la historiografía • María Rosa Oliver: La salida • Alicia Jurado: El camino que falta recorrer • Norberto Rodríguez Bustamante: La mujer en la sociedad contemporánea • Vicente P. Caride: La mujer en el proceso histórico de la pintura • Fryda Schultz de Mantovani: Reunión de mujeres en Jerusalén • Roberto Arlt: Noviazgo moro en Marruecos (relato) • ENTREVISTA A FRANÇOISE PARTURIER (Odile Barón Supervielle) • ENCUESTAS SOBRE EL STATUS DE LA MUJER EN NUESTRA SOCIEDAD • **8 preguntas a escritoras, actrices, mujeres de ciencia, de las artes, del trabajo social y del periodismo • Cuestionario para mujeres de 15 a 35 años y cotejo de las respuestas.**

DOCUMENTOS

Declaración de las Naciones Unidas • Declaración de Jerusalén • Declaración de las mujeres francesas (1970).

326
327
328

SEPTIEMBRE 1970-JUNIO 1971
BUENOS AIRES

Correo Argentino
Suc. 20 (B)
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3291

SUR

FUNDADA EN 1931

Y DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración

VIAMONTE 494, 8º piso
Tel.: 32-5148
BUENOS AIRES

Jefe de Redacción
ENRIQUE PEZZONI

COMITE DE COLABORACION

MILDRED ADAMS
ADOLFO BIOY CASARES
ALBERTO LUIS BIXIO
JORGE LUIS BORGES
ROGER CAILLOIS
ALBERTO GIRRI
EDUARDO GONZALEZ LANUZA
RAIMUNDO LIDA
EDUARDO MALLEA
FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI
SILVINA OCAMPO
ERNESTO SABATO
MARIA ROSA OLIVER
ENRIQUE PEZZONI

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número semestral ..... $ 18.—

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina y países limítrofes:
Anual ..... $ 30.—
Número simple: $ 18.—

Otros países:
Anual ..... 12.— dólares
Número simple: U$S. 6.— ..

S1CJ.15.1.2 39

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

H0008116

EXPORTE LO NUESTRO CON NUESTRA FLOTA

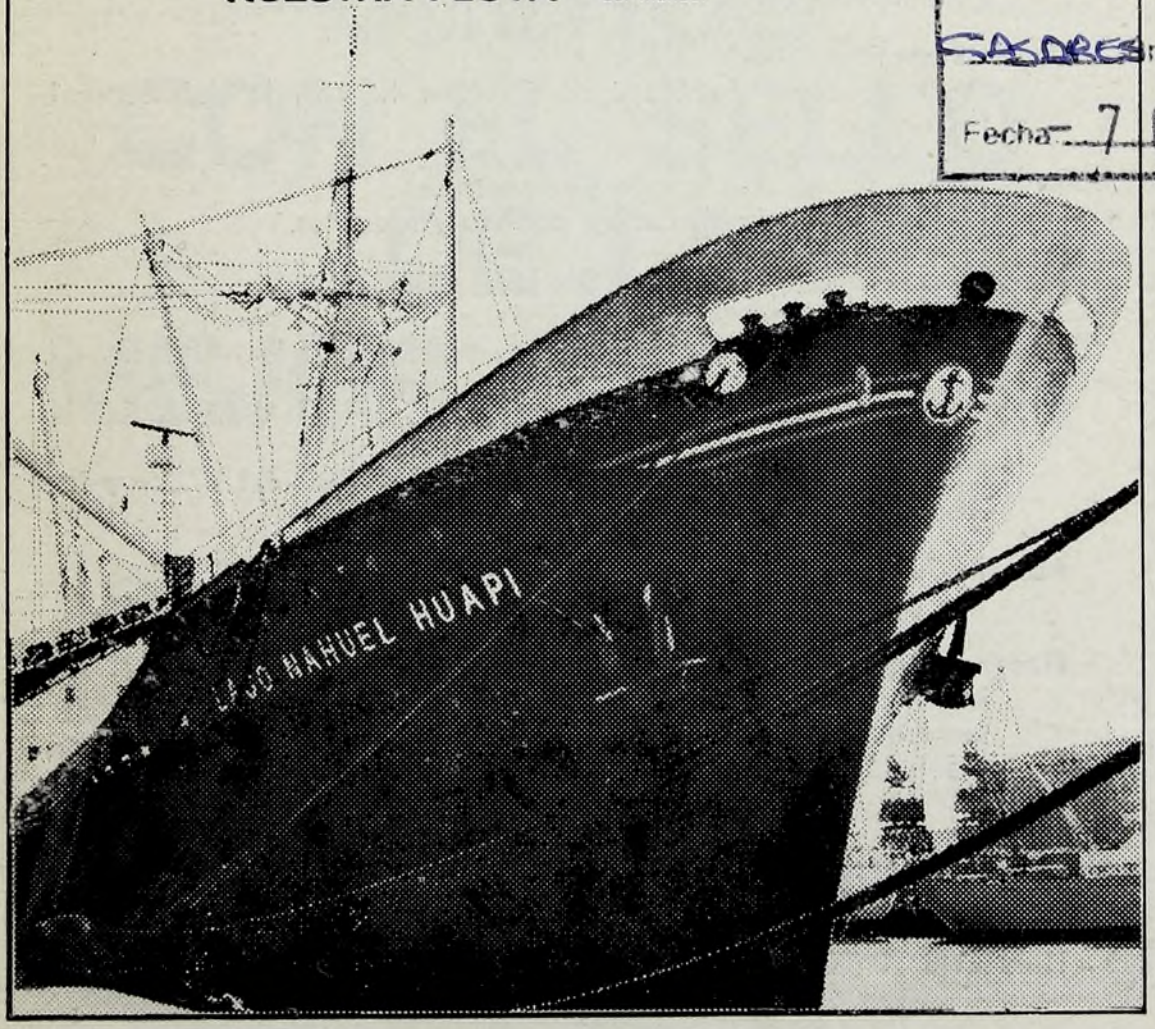
Ministerio de Obras y Servicios Públicos.
Secretaría de Estado de Marina Mercante.

LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS
Corrientes 389 - Tel. 32-4861/8111 - Buenos Aires

ELMA
NUESTRA FLOTA

A cualquier parte del mundo. Con la mayor seguridad.
Con la mayor posibilidad de combinaciones desde Buenos Aires. Más servicios a más puertos, en más barcos puestos a su entera disposición, en Nuestra Flota. Exportar significa aportar divisas. Acreciente ese aporte a la economía de nuestro país: exporte lo nuestro con Nuestra Flota.
Desde hace 30 años Nuestra Flota transporta riqueza desde y hacia todos los puertos del mundo.

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor Libreria Hotal
SABERES Precio $12.000
Fecha 7 OCT 1998



Pedro Orgambide, Roberto Yahni: ENCICLOPEDIA DE LA LITERATURA ARGENTINO.
Una obra imprescindible, redactada por veinte especialistas.

Goethe: FAUSTO.
Traducción y prólogo de Norberto Silvetti Paz (Colección Obras Maestras del Fondo Nacional de las Artes).

Claus Jacobi: EL DILUVIO HUMANO.
Un dramático llamado de atención a la explosión demográfica.

Victoria Ocampo: TESTIMONIOS VIII SERIE.
Nuevos testimonios de nuestra época, de una inteligencia y sensibilidad excepcionales (Editorial Sur).

Gloria Alcorta: LA PAREJA DE NUÑEZ (Colección El Espejo).
Gran Premio Internacional, Niza 1970.

Héctor A. Murena: CAINA MUERTE (Colección El Espejo).
El tercer libro de la serie iniciada con "Epitalámica" y "Polispuercón".

Elesander Mitscherlich: LA ENFERMEDAD COMO CONFLICTO I
Una investigación crítica de la medicina actual.

Roger Peyrefitte, FRANCESES.
De los sucesos de Mayo de 1968 a la partida del General De Gaulle.

Félix Luna: EL 45 (Colección Perspectivas).
Un clásico de la literatura política Argentina.

Emilio Sosa López: LA IDEACION DE LA HISTORIA
(Colección Perspectivas)
Un análisis en profundidad sobre el origen de la historia.

II Congreso Nacional de Filosofía: TEMAS DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA.
Un volumen previo a la totalidad de las actas del II Congreso Nacional de Filosofía.

Alberto Caturelli, LA FILOSOFIA EN LA ARGENTINA ACTUAL
II Congreso Nacional de Filosofía.

Henry James: DAISY MILLER Y OTROS RELATOS.
Los relatos incluidos en este volumen muestran claramente las técnicas y temas preferidos de Henry James. (Colección Hombre y Literatura, Editorial Hobbs-Sudamericana.)

Editorial Sudamericana

Humberto Iº 545 **Buenos Aires** **Argentina**

Sagazola sa

70 AÑOS MARCANDO CUEROS CON EL SELLO DE LA MEJOR CALIDAD!

Avda. del Libertador 7112 - Avda. de Mayo 1373 - Guido 1686



CASA PARDO S. A. C.

Libros argentinos a todo el mundo

DEFENSA 1170 BUENOS AIRES ARGENTINA

ULTIMAS NOVEDADES

RITOS CANIBALES EN AMERICA, por Villalta Blanco

BIBLIOGRAFIA DE BIBLIOGRAFIAS ARGENTINAS 1807-1970, por Abel Rodolfo Geogegham

ABERRACION, por Rosa Moran de Farini

CABAÑAS ARGENTINAS, por Jorge Newton, Lily Sosa de Newton

LA DICTADURA DE PERON, por J. V. Orona

LA REVOLUCION DEL 16 DE SEPTIEMBRE, por J. V. Orona

CUNAS DE ILUSTRES LINAJES, por Alfredo Otarola

PROXIMOS A APARECER

VOLUNTARIADO. Capacitación básica, planificación y organización del servicio voluntario para la acción social por Felisa Faveiukes de Kohan.

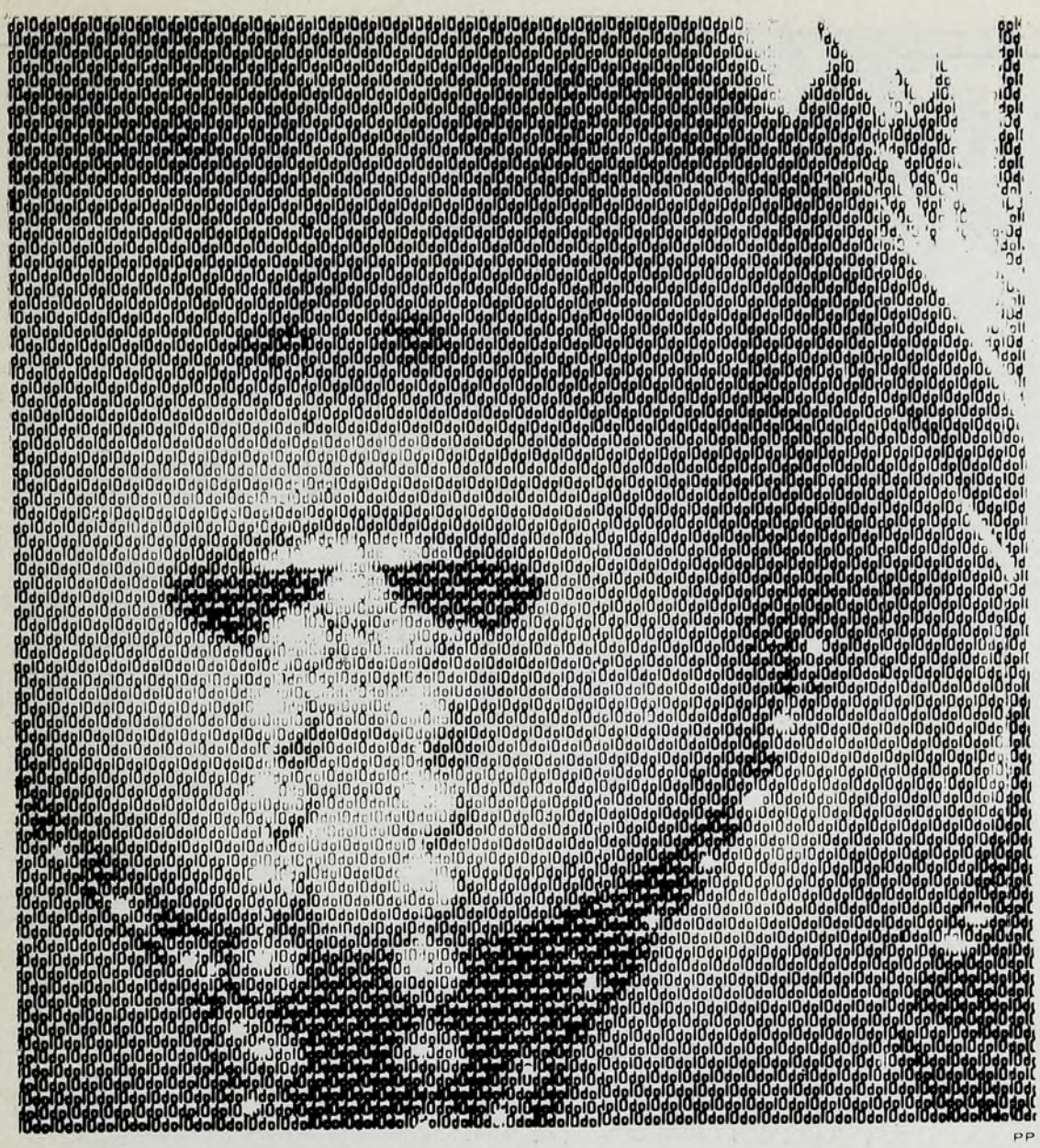
BIBLIOGRAFIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA. Por Walter Rela.

Distrimuidores exclusivos de

EDICIONES CULTURALES ARGENTINAS

Publicación de la Secretaría de Estado de Cultura y Educación

SOLICITE NUESTROS CATALOGOS



PP

Odol

NOVEDADES

PRIMER SEMESTRE 1971

NOVELISTAS DE NUESTRA EPOCA

José María Arguedas: EL ZORRO DE ARRIBA Y EL ZORRO DE ABAJO
Kenzaburo Oë: UN ASUNTO PERSONAL
Raymond Queneau: PIERROT, MI AMIGO
Ricardo Rey Beckford: EL INFORMANTE

POETAS DE AYER Y DE HOY

Javier Adúriz: PALABRA SOLA
José Ramón Medina: SOBRE LA TIERRA YERMA
Rubén Vela: LA PALABRA EN ARMAS

BIBLIOTECA FILOSOFICA

Oswald Ducrot y otros: ¿QUE ES EL ESTRUCTURALISMO?

CRISTAL DEL TIEMPO

María Teresa León: MEMORIA DE LA MELANCOLIA

BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORANEA

Delmira Agustini: POESIAS COMPLETAS
José María Arguedas: TODAS LAS SANGRES (2 tomos)
Christiane Rochefort: EL REPOSO DEL GUERRERO

LECTURAS SELECTAS ESCOLARES

Jorge W. Abalos: TERCIOPELO, LA CAZADORA NEGRA

LAS LITERATURAS DEL MUNDO

Francesco Gabrieli: LA LITERATURA ARABE
Carlo Izzo: LA LITERATURA NORTEAMERICANA

COLECCION CUMBRE

Jean-Paul Sartre: OBRAS, I. Novelas y cuentos

OBRAS ESPECIALES

Juan Ramón Jiménez: PLATERO Y YO (7ª edición, con nuevas ilustraciones en color de Norah Borges)

EDITORIAL LOSADA S. A.

ALSINA 1131 **BUENOS AIRES**
MONTEVIDEO **SANTIAGO DE CHILE** **LIMA** **BOGOTA**

ARIGATOO!*

*ありがとう



*(gracias)

Es una palabra cálida, que nos gusta. Durante su viaje en los suntuosos barcos de la MITSUI O.S.K. LINES, Ud. la escuchará a menudo. Es que hay algo muy preciso que tenemos que agradecerle: habernos elegido. ARIGATOO, pues, por haber preferido nuestro servicio y nuestras naves. Sinceramente. Y Ud. también dirá ARIGATOO, estamos seguros. ARIGATOO por todo. Porque su viaje será memorable.

PROXIMAS SALIDAS

BRAZIL MARU: Octubre 25, 1971

ARGENTINA MARU: DIC. 21, 1971

Su linea es

Mitsui O.S.K. Lines

Unica linea con servicios de carga y pasajeros para Centroamérica, Honolulu y Japón.

Agente General en la Argentina

Empresas Lineas Maritimas Argentinas

Corrientes 389 - Tel. 32-7809/4861 - Buenos Aires

PUBLIART

DUCILO

INDUSTRIA PARA INDUSTRIAS

Ediciones RICCORDI

PEDAGOGIA MUSICAL

ALVIN: **Música para el niño disminuido**
BARBACCI: **Educación de la memoria musical**
GAINZA: **La iniciación musical del niño**
GARCIA ACEVEDO: **Didáctica musical**
PAHLEN: **La música en la educación moderna**
STOKOE: **La expresión corporal y el niño**

BIOGRAFIAS

ERHARDT: **Richard Strauss. Su vida y su obra**
MARTINEZ: **El sentido humano de la obra de Puccini**
PAHISSA: **Manuel de Falla. Su vida y su obra**
ROLAND: **Ravel. Su vida y su obra**
SCHUMANN. **Su arte y su vida**

VARIOS

CATTOI: **Apuntes de acústica y escalas**
LUSSY: **El ritmo musical**
PREVITALI: **Guía para el estudio de la dirección orquestal (Martini)**

Solicite nuestro Catálogo de libros de interés musical

Salones de Venta:

FLORIDA 677 **CANGALLO 1560** **SARMIENTO 1771**

BUENOS AIRES

la cultura, creación del trabajo del hombre

un producto industrial, una sonata
un edificio, un sistema filosófico.
nuestro trabajo crea energía
y también apoyamos la energía creadora
en otros órdenes:
en las artes
en estudios del mar
en la actividad universitaria
y en investigación científica en las
áreas de biología, economía, matemática
física, psicología, química e investigación espacial

Esso acerca el mañana

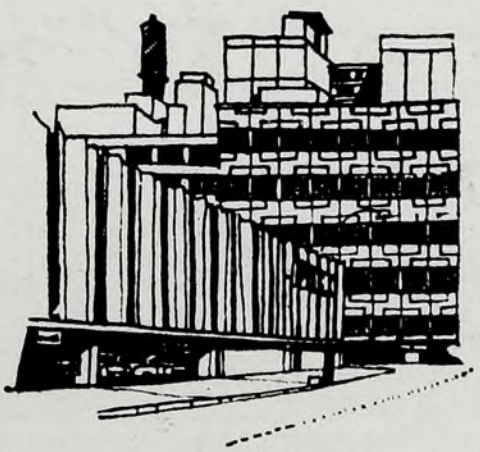
Los libros que SUR comenta en su Sección Bibliográfica los encontrará usted en ATLANTIDA una librería distinta

Siempre con las últimas novedades.

FLORIDA 643
T. E. 31 - 4284
Buenos Aires

la diferencia Bullrich

Podemos asesorarle ampliamente sobre compra o venta de campos, terrenos, quintas casas o departamentos. También sobre transaciones, alquileres, hipotecas, tasaciones y divisiones de condominio. Claro, hay varias empresas que se dedican a lo mismo. Pero lo nuestro es distinto. La diferencia es que lo nuestro es una especialidad que tiene 104 años.



DEPARTAMENTO INMOBILIARIO DE

Adolfo Bullrich y Cía. Ltda. S.A.

Av. del Libertador 750 y Posadas 1257 - Tel. 41-1041 y 42-0091 - Bs. As.

ALGUNOS TITULOS DE

EDITORIAL SUR

VICTORIA OCAMPO: **Testimonios VIII**

GRAHAM GREENE: **Viajes con mi tía** (3ª edición)

ADOLFO BIOY CASARES: **Memoria sobre la pampa y los gauchos**

VICTORIA OCAMPO: **Diálogo con Borges**

VICTORIA OCAMPO: **Diálogo con Mallea**

ANDRE MALRAUX: **Antimemorias** (4ª edición)

H. MARCUSE: **Cultura y sociedad** (3ª edición)

KARL JASPERS: **Los grandes Filósofos I y II** (2ª edición)

E. MARTINEZ ESTRADA: **Coplas de ciego y otras coplas de ciego**

E. SABATO: **Itinerario** (2ª edición)

A. M SALAS: **Relación parcial de Buenos Aires**

J. OSBORNE: **Recordando con ira** (3ª edición)

DE PROXIMA APARICION:

GRAHAM GREENE: **El fin de la aventura** (7ª edición)

H. POPITZ: **El hombre alienado** (Colec. Estudios Alemanes)

Distribuye

EDITORIAL SUDAMERICANA

HUMBERTO Iº 545 **CAPITAL**



Historia de los argentinos

Carlos A. Floria - César A. García Belsunce

Dicen los autores: "Esta obra no es una historia *ideológica*; no nos sentimos comprometidos con las escuelas históricas llamadas liberal o revisionista. Tampoco participamos de una suerte de *teoría conspiracional*, según la cual lo que pasa en la sociedad, sobre todo lo que disgusta que suceda o haya sucedido, es el resultado de un plan deliberado de algunos hombres o grupos que, además, lo habrían llevado a cabo con extraño éxito. Más bien tratamos de aprehender el pasado de los argentinos, o parte de él, como una experiencia pluralista y solidaria de la que se pueden extraer ciertas constantes."

TOMO I – Desde la conquista hispánica hasta el fracaso de la revolución unitaria de 1828 ..... **40 $**

TOMO II – Se inicia con la época de Rosas y llega hasta la caída de Perón en 1955 ..... **40 $**

Editorial
KAPELUSZ
Moreno 372 – Buenos Aires





Dedico este número de SUR a la memoria de mi antepasada guaraní, Agueda, y de mi amiga inglesa, Virginia Woolf.

"Soy Chitra. Ni una diosa que venerar ni tampoco un objeto de piedad que puede apartarse con indiferencia de un papirotazo, como una polilla. Si te dignas tenerme junto a ti en los caminos del desafío y del peligro, si me permites compartir contigo los grandes deberes de tu vida, entonces me conocerás de veras."

RABINDRANATH TAGORE, *Chitra*.

"...nunca jamás aceptes diz lo que te dijeran que una mujer no necesita saber sino cuidar su casa y componer la ropa. Éste es un error grandísimo y tú sientes bien cuán necesario es saber hasta para cuidar la casa. La mujer como el hombre debe ser instruida, más que el hombre si es posible para darle consejos ilustrados y cuidar y dirigir la educación de sus hijos. ¡Qué amor, qué respeto, qué dulzura no hay en un matrimonio en el cual ambos esposos tienen su imaginación cultivada, se entre-ayudan mutuamente y se comunican y comprenden todos sus pensamientos!"

(De una carta de Prilidiano Pueyrredón a Alejandra Heredia. Cit. por Hialmar Edmundo Gammalsson en *Juan Martín de Pueyrredón*, pág. 202).

SUR

NÚMERO 326 - 327 - 328 ENERO - JUNIO DE 1971

MENSAJE DE LA PRIMER MINISTRO DE LA INDIA A LA SEÑORA VICTORIA OCAMPO DE BUENOS AIRES

Guardo unas imágenes vivientes de mi visita a la casa de la señora Ocampo y del almuerzo encantador que preparó, facilitándome así que conociera a muchas de las más importantes figuras del mundo literario y de la vida cultural de la Argentina. Me conmovió particularmente encontrarme con recuerdos dejados por el poeta Tagore en aquella casa.

Este número de la revista está dedicado a las mujeres. Y naturalmente me vuelve a la memoria aquel pasaje de la obra de Tagore en que la joven protagonista, Chitra, dice a su marido: "Soy Chitra. No soy una diosa a la que se ha de rendir culto ni un objeto de lástima al que ha de aventarse con indiferencia, como si fuera un insecto. Si deseas tenerme a tu lado en el camino del peligro y del desafío, si me permites compartir contigo los grandes deberes de tu vida, entonces conocerás mi verdadero ser." Éste es el deseo de igualdad y participación que clama la voz del *Movimiento de Liberación de la Mujer*, de la efervescente juventud, de los pueblos negros o morenos en su reclamo del poder. Es parte del ansia del hombre de conocerse a sí mismo y crecer hasta su entero desarrollo.

Por primera vez en la historia, el hombre y la mujer comunes reciben educación, y pueden comunicarse con tierras distantes. Sin embargo, muchos modos de vida se han vuelto más estrechos y más superficiales, alienando al ser humano de la naturaleza y de la verdadera comunión

con sus semejantes. Ésta es la causa de la frustración en países opulentos. No hay entendimiento entre tecnología y filosofía. Y verdad es que, mucho más que antes, esta edad de la tecnología necesita un punto de vista filosófico para sacar al hombre de las rutinas y ayudarlo a pensar, no en términos de beneficio propio o sectorial, sino en términos de la humanidad en su conjunto. Adecuar el progreso a una civilización particular o a una avanzada tecnología es seguramente limitar su sentido. La tecnología es un instrumento para mejorar las condiciones materiales, pero no puede haber verdadero progreso a menos de que las bases materiales sirvan para crear un hombre intelectual y espiritualmente mejor. La falla no está en la tecnología sino en los valores del sistema que el hombre ha construido en su torno y que no es menos resistente a los cambios fundamentales que las viejas supersticiones. Sólo un cambio de enfoque y nuevos métodos de funcionamiento pueden aliviar las crecientes tensiones entre individuos, sexos, razas y naciones. La enseñanza de la India antigua no le dice al hombre que tenga que aislarse; por lo contrario, lo impulsa a que cumpla con su deber, sin preocuparse de lo que para él resulte. Como se lee en el Bhagawad Gita: lo que te atañe es la acción sola, no sus frutos.[1] Por consiguiente el hombre no debe y por añadidura no puede escapar a los problemas a los que ha de buscar solución con espíritu de tranquila comprensión. Somerset Maughan lo ha traducido en otra forma. Ha comparado el funcionamiento del hombre con el de una rueda: los rayos giran, pero el centro, que los mantiene juntos, queda firmemente en su sitio. Ésta era, y es, la meta del yoga también. La India es tierra muy vieja en la que las antiguas leyendas son parte entrañable del pueblo en su vida diaria.

La industrialización y los métodos científicos en materia agrícola están trayendo cambios en las ciudades y en las aldeas. De este cambio está surgiendo una nación moderna que avanza, tanteando, hacia una nueva identidad. En la India de ahora estamos tratando de combinar ciencia y tecnología con nuestra sabiduría de antaño, reforzándolas con los eternos valores de nuestra civilización. Para Tagore, para Gandhi, para Jawaharlal Nehru la herencia no era un impedimento, ni la modernidad una imitación de Occidente. Era un desafío para asimilar, crear y participar en la construcción de un mundo no-fragmentado. En otros países, también hay grupos dedicados a perseguir fines similares. La revista SUR es la voz de uno de esos grupos. Van, para esta revista, mis mejores votos.

INDIRA GANDHI

Trad. de Victoria Ocampo.

[1] Esto significa *sus beneficios personales. (N del T.)*

LA TRASTIENDA DE LA HISTORIA

Hace años que deseaba dedicarle un número de SUR a la mujer, a sus derechos y a sus responsabilidades. Desde que apareció la revista, esta idea me rondaba. Pero no era un tema "literario" y poco interesaba a los hombres que conmigo compartían las tareas revisteriles. Eran mayoría. Y aunque yo hubiera en realidad podido imponer el tema, no lo hice, quizá por pereza. Cada vez que se hablaba en serio de este número sobrevenía algún inconveniente, o se dejaba para "más adelante". Encuentro rastros de estos amagos en mi correspondencia. En agosto de 1956, me escribe el profesor Buytendijk, desde Amsterdam: "...estoy muy contento de que le gustara mi libro sobre *La mujer* y creo que sería muy útil que usted le dedicara un número de su revista a la situación que ocupa en el mundo moderno, como acaba de hacerlo *La table ronde*. Le deseo un gran éxito y le ruego me envíe ese número..." Y desde París, en abril del mismo año, me escribe Alfred Métraux: "Me ha sorprendido y halagado extremadamente el interés que ha demostrado usted por mi artículo... Le enviaré otro sobre el mismo tema, insistiendo sobre la cuestión de la relación entre la cría de ganado y la condición de la mujer [se refería a tribus indias], que veo le interesa particularmente, y adivino por qué." En 1956, el proyecto casi cuajó. Hoy lo realizaremos.

Como epígrafes de este número, irán, a continuación, citas del *Diario* de Virginia Woolf sobre la publicación de *Un cuarto propio* y *Tres guineas* (1929 y 1938, respectivamente).[1] Estas obras tratan del problema de la mujer y de la discriminación de aquellos años, discriminación que aún subsiste, en parte. Son un testimonio de la forma en que fueron recibidos los dos libros. Al releer las páginas del *Diario* no he podido menos de establecer una relación entre lo que ella anotó y lo que yo recojo a mi alrededor, con motivo del proyectado número especial. Las mismas reticencias, la misma indiferencia, las mismas ironías, o similares. Esto me ha inducido a poner de relieve las reacciones de tiempos pasados en torno a Virginia Woolf, el alivio que sintió por haber dado salida a todo lo que la ahogaba. A mí también me libera y aliviana la publicación

[1] Obras traducidas y publicadas por la Editorial Sur.

de este número que desde años siento ansias de *sacarme de encima*, literalmente.

El 23 de octubre de 1928, escribe Virginia: "...he terminado. Resumiré aquí mis impresiones antes de publicar *A room of one's own* [Un cuarto propio]. Resulta ominoso que Morgan [se refiere a E. M. Forster] no quiera reseñarlo. Me hace sospechar que hay allí un estridente tono femenino que hará fruncir el ceño a mis amigos. Pronostico que el libro no obtendrá ninguna crítica, salvo de la especie evasiva y burlona... que la prensa se mostrará benévola al referirse a su encanto y desparpajo; además, me atacarán como feminista y hasta insinuarán que soy sáfica... Dudo que me importe demasiado."

En abril de 1938, sobre *Tres guineas*, leemos: "He terminado el último capítulo. L. [Leonardo Woolf, su marido] aprueba gravemente y lo considera [se refiere al libro] un análisis de suma claridad... Sospecho que las pruebas de página me caerán encima como una ducha fría de desilusión. Pero yo quería tan violenta, tan urgentemente, tan compulsivamente escribir este libro... Y me quedo con una sensación de serenidad, como después de decir uno lo que tenía que decir. Que lo tomen bien o mal, yo he terminado con eso. Estoy libre para nuevas aventuras". Y siempre a propósito de *Tres guineas*: "El libro que escribí con tremendo entusiasmo, para dar escape a aquella inmensa presión, no llegará tal vez a rizar la superficie. Lo temo. Tampoco me siento muy cómoda al adoptar públicamente ese papel... Pero los temores se hallan totalmente equilibrados por el inmenso alivio y paz conquistados y de que disfruto en este momento. Ya me he librado de aquel veneno y agitación. Y eso no es todo porque, después de escupir todo aquello, mi posición está tomada: ya no hará falta apelar ni repetir. Me siento liberada de un peso... La jauría puede aullar, nunca logrará alcanzarme. Y aunque la jauría —críticos, amigos, enemigos— me paguen con indiferencia o con sarcasmos, sigo siendo libre... La señora Nicholls afirma: ¡Cuánto le deben las mujeres a la señora Woolf!

"Es verdad que siento quietud y alivio, pero sin deseo de leer críticas o de escuchar opiniones. ¿A qué se debe?, me pregunto. ¿Será porque se trata de un hecho que quiero comunicar y no de un poema?

"...He logrado mi objetivo: me toman en serio, no me descartan como a una charlatana llena de encanto, cosa que temía. *The Times* traía ayer un párrafo titulado *Llamado de la Sra. Woolf a las mujeres*, como un desafío al que deben responder todos los pensadores...

"...Mis propios amigos me han puesto en cuarentena... No dudo de que la fama de Morgan [Forster] llegue mucho más alto que la mía. E igualmente la de Tom [T. S. Eliot]. Y ¿qué hay con eso? En cierto

modo es un alivio. Creo que fundamentalmente me he mantenido siempre al margen. Mi mejor trabajo y mi ánimo más exaltado los consigo al encontrarme con la espalda contra la pared. Aunque no deja de ser una rara sensación la de escribir acorralada; y es difícil despreciar por completo la corriente. Cosa que naturalmente intento."

Es siempre una satisfacción agradecer públicamente lo que uno le debe a alguien. Mi agradecimiento va, esta vez, a Sylvia Beach, aquella norteamericana que tenía una librería en la Rive Gauche (París) y que tanto ayudó a James Joyce en tiempos difíciles para él. Era una mujer diminuta, afilada, espontánea, alerta, inteligente y generosa. Escrita en semifusas. Desde nuestro primer encuentro me habló de Virginia Woolf y me recomendó *Un cuarto propio*, publicado hacía poco. "Estoy segura de que con este libro sueña usted", me dijo. Además, me aconsejó que fuera a visitar a la señora Woolf si iba a Londres. El libro gustó tanto que lo elegí como uno de los primeros que publicaría *Sur*. En cuanto a Virginia Woolf, tuve la suerte de que me la presentara Aldous Huxley, en una exposición de fotos de Man Ray. Y tuve otra suerte mayor: vio en mí algo "exótico" que despertó su curiosidad. Aunque me sentía impostora al explotar esta primera impresión, pues no creía merecerla, la aproveché y fui a conversar con Virginia Woolf varias veces. Estábamos en 1934. Ella no era una persona de acceso fácil. Mi procedencia de un país lejano en que abundan las mariposas (así veía a la Argentina, dato que habría recogido, sospecho, en un libro de viajes de Darwin) me resultó utilísimo. Reforcé su curiosidad mandando a su casa de Tavistock Square, cuando regresé, una colección de mariposas en caja de vidrio. La mayoría eran brasileñas y no la engañé sobre su origen. Pero América del Sud es un block para los europeos y hasta para los isleños británicos. Recordé oportunamente que Darwin, cuando se encontró entre mujeres de Buenos Aires, escribió: "...at first I felt as much surprised as if I had been introduced amongst a number... of *mermaids*. I could not keep my eyes away from them".[1] Digo que lo recordé oportunamente porque me puse, para ir a comer a casa de los Woolf, un traje bordado con medias lunas de lentejuelas plateadas y doradas, lo más aproximado a las escamas que corresponden a la mitad pez de toda sirena respetable. Sólo que mis escamas estaban en la parte alta del traje y no en la baja, por ser escamas caras. Las verdaderas sirenas tienen el privilegio de usarlas desdeñosamente en la cola, porque nunca cambian de vestimenta y no le deben cuentas a las costureras.

1 "...al principio me sorprendí tanto como si me encontrara entre un grupo... de sirenas. No les podía quitar los ojos de encima".

Fuera de las lentejuelas en nada podía darle yo a Virginia la idea de que sentaba a su mesa un animal fabuloso (supongo que la mitad animal de esa maravilla acuática ha de ser más poderosa que la mujer). Pero estoy casi segura de que el Beagle estaba presente, mientras comíamos un lenguado cocinado por la dueña de casa. Y yo, como ante un chico que sigue con los ojos un sonajero, o un trompo que gira, agitaba, para interesarla, un mundo de insectos, de pumas, de papagayos, de floripondios, de "señoritas" (mis bisabuelas) envueltas en mantillas de finísimos encajes (como las vio Darwin), de ñandúes veloces, de indios mascando coca, de gauchos tomando mate, todos deslumbrantes de color local; en fin, la rodeé del torbellino humano, animal y vegetal de Hispanoamérica. Así pagaba el lenguado comido con los Woolf y entraba en su intimidad, coronada por la fauna y la flora de todo un continente.

He dicho que no podía darle a Virginia la idea de que sentaba a su mesa un animal fabuloso. Pero hubiera tal vez justificado esa aureola un antecedente de familia auténtico, aunque ignorado por mí entonces. Lo traigo a colación porque hubiera deleitado a la famosa escritora inglesa y a su amiga, Vita Sackville-West, como me deleita a mí. Además el asunto tiene que ver con el status de la mujer india en la época de la conquista. Y ante todo, importa porque quiero poner otro nombre, insignificante en sí, junto al brillante nombre de mi amiga. Con cierto orgullo lo saco del anominato, llevando a cabo un acto de justicia retrospectiva. No necesito explicarles quién es Irala. Asistió a la primera fundación de Buenos Aires, peleó contra los indios a las órdenes de Pedro de Mendoza y Ayolas, acompañó a éste al Paraguay y fue, finalmente, gobernador del Plata. ¿Qué tiene que ver este español que en 1547 llegó hasta el Chaco con el tema que trato? Brevemente lo aclararé: en tren de escribir una especie de autobiografía le pedí a un pariente muy letrado en genealogías que me diera algunos datos sobre mis antepasados, cuestión que nunca me había preocupado antes. De este modo supe que era parienta de dos caudillos bastante turbulentos, Rosas por el lado materno, Güemes por el lado paterno. Pero esto no es lo importante. Me escribió también mi pariente, Carlos Ibarguren, Aguirre por su madre como yo por la mía, lo siguiente: "Nuestros Aguirre traen en la sangre una herencia notable. En primer término, uno de sus antecesores es Irala —grande entre los grandes— el cual nunca se casó ni tuvo familia regularizada, aunque reconociera en su testamento a nueve hijos habidos en un verdadero plantel de siete madres indias —*mis criadas*, como las denominaba en ese curioso documento—. De la guaraní Agueda procedemos usted y yo, pues en ella, aquel patriarca famosísimo procreó a Isabel de Irala; la cual contrajo matrimonio con el Capitán Pedro de la

Puente o Hurtado de la Puente, de cuya pareja resultó sexta nieta la cuarta abuela de usted y mía, doña Josefa de la Quintana y Riglos de Lajarrota."

De todo esto retengo un nombre: Agueda. En lo que a mí toca me siento solidaria de la criada y no del patrón.

Este punto una vez aclarado y puesto de relieve, volvamos a Virginia Woolf. Evocar su nombre en este número, dedicado a la mujer (agregándole el de Agueda), me parece adecuado, porque en ella se daban virtudes diversas cuya coexistencia negaba hasta hacía poco la época castigada por los prejuicios victorianos, opuestos al credo feminista: era linda, fascinante, su marido la admiraba y ella a él, sabía cocinar, trabajaba junto a Leonard Woolf en la *Hogarth Press*, por ellos dos fundada. Cuando se suicidó el 14 de marzo de 1941 –hace treinta años este mes, mientras escribo esto–, faltaban once para que tuviera lugar el debate acerca de la Convención sobre los Derechos Políticos de la Mujer (diciembre 1952) en la Asamblea General y en su Tercera Comisión (Naciones Unidas). La representante de Suecia, Agda Rössel, dijo entonces (vale la pena recordar sus palabras pues todavía hace falta machacarlas): "El progreso mundial constituye una meta por cuya consecución hombres y mujeres han de trabajar en pie de igualdad en una asociación fundada en la confianza y el respeto mutuos. Al adquirir los derechos necesarios, las mujeres deben comprender también sus nuevas responsabilidades." Y la representante del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, señora Emmet, dijo: "...la reivindicación de derechos políticos no es una afirmación hecha por mujeres agresivas que quieren poder, sino una oferta de verdadero compañerismo para desempeñar el difícil cometido que incumbe al mundo entero". Y la señora Knokhol, representante de la República Socialista Soviética de Ucrania, recalcó: "Para asegurar a las mujeres la igualdad de derechos con los hombres, no basta que un órgano internacional formule recomendaciones, aunque se trate de las Naciones Unidas. Se necesita que los Estados se comprometan a ello." Y la señora Afnan, representante de la Irak (¡oh! Lawrence de Arabia) declaró: "...sin derramamiento de sangre ni conflicto alguno, se reconoce la igualdad en materia de derechos políticos de la mitad de la población del mundo". La señora Afnan pecaba por omisión. Correspondía mencionar la lucha que se llevaba a cabo desde el siglo XIX, en que *la subordinación de la mujer al hombre era considerada axiomática en casi todas las regiones del mundo y en la mayoría de las civilizaciones* (civilizaciones!!!).[1]

[1] Consultar *Derechos políticos de la mujer*, Historia y Comentarios, Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Nueva York, 1956.

La señora Roosevelt, en cambio, lo señaló. Dijo que esa convención simbolizaba el progreso realizado por la mujer durante el siglo pasado. Esta lucha dista mucho de haber terminado. Y su primer mojón fue plantado en Nueva Zelandia (patria de Katherine Mansfield): allí se le concedió el voto a la mujer en 1893. Virginia Stephen tenía 11 años. Y sin embargo alcanzó a padecer un padre victoriano, a pesar de que era muy culto y buen escritor. La dejó estudiar a Platón, en griego, con una hermana de Walter Pater. Pero si hubiera vivido muchos años, ¿qué hubiera sido de la carrera literaria de su hija? Ella misma nos lo dice: "No writing, no books: inconceivable". Las hijas de Leslie Stephen, sin embargo, tenían permiso para leer cualquier libro de la biblioteca paterna, bien abastecida. Licencia poco usual entonces. No nos explica Virginia en la parte publicada en su *Diario* (tal vez esté en la que su marido suprimió) por qué "No writing, no books". Pero ahí queda la declaración, a la que uno agrega mentalmente puntos suspensivos.

Sólo en 1902 Australia toma el mismo camino que Nueva Zelandia. La siguen Finlandia en 1906 y Noruega en 1913. Cuando estalla la guerra mundial (la primera) cuatro países habían concedido el voto a la mujer. En 1919 se quitan en Inglaterra los cerrojos de las profesiones para la mujer, y ese mismo año se sienta la primera representante de nuestro sexo en la Cámara de los Comunes: una norteamericana elegante, imperiosa y linda también, casada con un inglés, Lady Astor. Las mujeres no son admitidas en la Cámara de los Lores.[1]

En 1927 (ocho años después? Virginia publica *To the lighthouse*, en que se adivina a Sir Leslie Stephen (su padre) bajo los rasgos de Mr. Ramsay. Y aunque Virginia lo quiso y que toda la familia estaba pendiente de él y al tanto de la forma en que Julia Jackson reverenciaba a su marido, estalla en *To the lighthouse* la rebelión retrospectiva de la hija. Transfiere la rebelión al pequeño James. Celoso de su madre, y exasperado por la dictadura patriarcal, sueña con hundir un puñal en el corazón de Mr. Ramsay (su padre). Y cuando deja de ser niño, dirige la punta de ese puñal hacia el despotismo y la tiranía: "Cualquier cosa que hiciera... ya fuera hombre de negocios, o banquero, o abogado, o jefe de alguna empresa, eso es lo que perseguiría y pisotearía: la tiranía, el despotismo... el taparles la boca a las gentes." James (sin duda posible, Virginia) y su hermana Cam se unen con ese propósito, se hacen mutuamente esa promesa "...juraron que lucharían contra la tiranía hasta la muerte". En otro continente, otras lo juraron también. El juramento subsiste.

En 1929, hunde Virginia la punta de su puñal en el corazón del

[1] En San Juan, provincia argentina, el voto fue concedido a la mujer en 1920.

paternalismo victoriano, del despotismo masculino y de la tiranía en general: *Un cuarto propio*. Ya estamos en vísperas de la segunda guerra mundial. ¿Qué pasa fuera del cuarto de Tavistock Square, decorado por Vanessa Bell, la hermana tan querida? La concesión del voto gana terreno lentamente. El Reino Unido, Luxemburgo, Austria, Checoslovaquia, Alemania, Polonia, los Estados Unidos, Canadá, la Unión Soviética lo adoptan. Entre 1929 y 1937, los 11 países que lo concedieron fueron, con dos excepciones, creo, asiáticos o sudamericanos. La nación latinoamericana que tomó la delantera fue Ecuador. Las siguientes Brasil, Cuba, Argentina, con Eva Perón, en 1947, 53 años después de Nueva Zelandia. En *La razón de mi vida*, la autora no demuestra ningún aprecio por las sufragistas que tanto se sacrificaron por la causa cuando ella no había nacido. Las ve como solteronas resentidas, feas y marimachos. En el movimiento sufragista habría de todo, como en cualquier partido político. Pero las principales figuras del sufragismo inglés (las hubo grandes en los Estados Unidos también), como Mrs. Pankhurst, lady Astor, y la misma Virginia que desde el campo de las letras libraba la batalla, eran mujeres no sólo cultas, talentosas, adoradas por sus maridos, sino lindas.

En 1913, Miss Davison (feminista) se había tirado entre las patas de Enmer, caballo del rey de Inglaterra, que corría en el Derby. Matarse con escándalo turfístico era una manera de llamar la atención, por "mal comportamiento", como calificó ese suicidio la prensa británica. Esta vez, la lucha no fue sin derramamiento de sangre. Claro que se deploró el derramamiento de sangre de un "pur sang". Punto y a parte.

Virginia Woolf, en 1941, obligada a padecer por segunda vez una guerra intolerable, producto del despotismo, la tiranía, la tendencia de las masas a actuar como un rebaño hipnotizado (me refiero a los totalitarios de derecha y de izquierda) volvió la punta de su puñal hacia su propio corazón. No se tiró entre las patas de un caballo, sino a un río de Sussex, sobrevolado por aviones mortíferos. Las aguas del Ouse le ofrecieron un refugio. Estamos lejos de "la flotante Ofelia". No llevó flores en la cabeza, sino piedras en sus bolsillos, para hundirse con seguridad.

A las mujeres les aconsejó que escribieran, que escribieran toda clase de libros, sin vacilar ante ningún tema, por trivial o vasto que pareciera. A mí me lo aconsejó en ese lugar donde iba a caer una bomba nazi que convertiría en escombros polvorientos el ya famoso cuarto propio.

Ella fue para mí "a beautiful thing to look at, a wonderful thing to talk to". Yo fui para ella un fantasma sonriente y poco verosímil, a imagen de mi remoto país. Le gustaba asomarse al misterio de las cosas,

mariposas o personas, y yo fui uno de los tantos misterios con que tropezó. Y mientras ella huyó de la vida, y quedaba en mi recuerdo, riendo ante "mariposas doradas", como King Lear, o enloqueciendo ante la crueldad incomprensible del destino, ¿qué había pasado, qué pasaba en el mundo en que yo seguía debatiéndome? Sólo citaré, para situarnos, algunos de los problemas que preocupaban a las Naciones Unidas, respecto de la mujer. Esos problemas estaban en nuestra agenda antes que existieran las Naciones Unidas. Creo que estaban en la mía desde que tuve uso de razón.

Seminario de Bucarest. 1961. Naciones Unidas.

"Con respecto a los países en que está autorizado el divorcio, los participantes convinieron en que ambos cónyuges deben tener los mismos derechos para pedir el divorcio y que no debe existir discriminación alguna entre ellos en lo que respecta a las causas del divorcio."

En el momento actual, 10 años después, la discriminación existe en nuestro Código Penal en materia de adulterio (artículo 118). Y el adulterio es causa de divorcio o de separación, ya que aquí sólo existe la separación. Si el adulterio es causa de separación, ¿por qué subsiste la discriminación? Conozco la contestación de la mayoría de los hombres, pero ya nadie pensante la acepta.

En ese mismo seminario de Naciones Unidas, cuando se debaten los efectos del matrimonio en la condición jurídica de la mujer, todos los participantes (de Alemania, Bélgica, Grecia, Francia, Países Bajos, Austria, República Socialista Soviética de Bielorrusia, de Ucrania, Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Suecia, Italia, etc., etc.) convinieron en que la esposa debe tener los mismos derechos que el marido en lo que respecta a la elección y empleo del apellido.

En Argentina, para que una mujer separada use su propio apellido de soltera, hay que hacer muchos trámites y la mayor parte de las veces sin resultado. En la policía, si se trata del pasaporte, tiene que presentar la autorización del juez que le permite firmar con su nombre de soltera (esto no me lo han contado. Me ha pasado a mí). A cada rato se encuentra uno con nuevas chicanas y la necesidad de aportar pruebas, *autorización*. Autorización para llamarse como uno se llama. Si esto no es *denigrante*, no sé qué significa la palabra.

El mismo seminario:

"Ambos cónyuges deben gozar de igualdad de derechos en lo que respecta a la elección de domicilio..."

Ley Civil (Argentina 1971):

Artículo 53. "La mujer está obligada a habitar con su marido *donde quiera que éste fije su residencia.* Si faltase a esa obligación, el marido

puede pedir las medidas judiciales necesarias... Los tribunales con conocimiento de causa, pueden eximir a la mujer de esta obligación cuando de su ejecución resulte *peligro para su vida.*" ¡Tiene gracia!

Personas con quienes hablo del asunto me dicen: "Bueno, bueno... pero estas cosas no se llevan a la práctica." Si no se llevan a la práctica, *¿para qué están en el código?* (¡Qué falta de seriedad!) Y además, es repugnante que lo estén.

En 1961, se dijo, y se dejó constancia en ese seminario (repito que hace 10 años) de lo siguiente: "La expresión *patria potestad* es incompatible con el nuevo concepto de las relaciones entre padres e hijos, y también *con el principio de la igualdad de los sexos*; por consiguiente, es preciso armonizar las disposiciones legislativas sobre los derechos y obligaciones de los padres con los precitados principios."

"Son inadmisibles las restricciones de los derechos y obligaciones del padre y de la madre respecto de los hijos o las decisiones impuestas por uno u otra. En todas las cuestiones relativas a los hijos es indispensable el acuerdo mutuo entre los padres."

Este planteo del problema y esta manera de enfrentarlo eran claras: doblaban las campanas para la *patria potestad.* Se necesitaron 10 años para que se oyera aquí algo de ese tañido.

El mismo seminario: "No debe existir ninguna discriminación entre la madre soltera y la casada". Por suerte *se dice* eso con el respaldo de las Naciones Unidas. *Se dice...* no estoy muy segura de que se lleve a la práctica.

Pasemos a junio de 1970. Naciones Unidas.

"Los miembros de la Comisión opinaban que la madre soltera debía beneficiarse con toda la asistencia y toda la protección sociales necesarias para permitirle, a ella y a su hijo, vivir dignamente y ser miembro activo de la colectividad. Hay sin embargo una divergencia de opinión sobre si es aconsejable reconocerle a la madre soltera la plenitud de los derechos y deberes de los padres. Diversos representantes piensan que ese reconocimiento se impone y que es necesario elaborar un instrumento internacional que se ocupe exclusivamente de los derechos y deberes de la madre soltera, así como de la protección que requiere en el plano social. Otros representantes han expresado inquietudes, dicen que tal "propuesta" equivaldría al reconocimiento de los derechos de existencia de un tipo de unidad familiar distinta de la unidad tradicional, poniendo en peligro a esta, que es condición indispensable para que sobreviva la sociedad cuyo fundamento constituye."

Me detengo en la cita ante una palabra que he subrayado mentalmente: *survie* (he traducido estos párrafos del francés). Tanto en francés

como en español *sobrevivir* es vivir después de la muerte de algo o de la propia muerte, o seguir uno vivo después de un desastre, de la ruina, ¡qué sé yo! O conservar la vida cuando hemos perdido nuestras facultades. Sobrevivir no es vivir. ¿Estamos hablando de un tipo de unidad familiar que vive o que se sobrevive? Hablar claro.

"Dos proyectos de resolución sobre la condición de la madre soltera han sido sometidos a la Comisión. Ambos han sido recomendados al Consejo Económico y Social para su adopción. En la resolución V (XXIII) la Comisión rogaba encarecidamente a los Estados Miembros de la Organización de las Naciones Unidas y miembros de los institutos especializados que aún no lo hubieran hecho, que tomaran medidas adecuadas de protección social en ayuda de la madre soltera y del niño nacido fuera del matrimonio, y que elaboraran para los adolescentes, de uno y otro sexo, programas educativos para ponerlos al tanto de las responsabilidades familiares que los esperaban. En el proyecto de resolución VI (XXIII), la Comisión recomendaba a los gobiernos cierto número de principios generales tendientes a eliminar toda discriminación jurídica y social en contra de la madre soltera. Esos principios se refieren al reconocimiento *legal* de la filiación materna en todos los casos, automáticamente, como consecuencia del hecho mismo del nacimiento, y el goce, como madre, en todos los casos, de los plenos derechos y obligaciones de los padres, previstos por la ley."

Muchos libros se están publicando últimamente sobre la mujer y su revolución: la de ahora, pues hay una nueva, a partir de la que nosotras conocimos y en que participamos, cada cual a su manera. Las obras son muy distintas. Las hay vulgares y chatas. Otras de gran interés y virulentas (con abundancia de detalles y datos científicos). Citaremos *Sisterhood is powerful,* editado por Robin Morgan, y *The female mystique,* de Betty Friedan. Ambas obras dan una idea sobre el ritmo de la revolución femenina en marcha en U.S.A. Es vertiginoso. Italia parece querer entrar en el torbellino. Pero dejo este tema para otras personas (aunque no sé si recibiremos las colaboraciones a tiempo para publicarlas. Ya no podemos esperar).

En cuanto a la encuesta que intentamos llevar a cabo, tiene como propósito sondear la actitud de la mujer argentina de distintas clases sociales y distintos grados de cultura, frente a prejuicios milenarios que baten la retirada.

Hay hombres a quienes este número de *Sur* les parece *obsoleto.* Creo que no están en la realidad. Hay intelectuales que consideran las preguntas de la encuesta (la que se dirige a escritoras, artistas, actrices, ect.) demasiado *obvias.* Creo que no entienden el espíritu de nuestra

encuesta y sus propósitos, ajenos a exquisiteces literarias. Deseamos obtener definiciones sobre cosas muy simples, o muy complicadas, según se las mire. Cosas fundamentales. No es cuestión de sutilezas, ni de dar por sentado que todas forzosamente opinamos lo mismo. Hubiéramos deseado, siempre, contestaciones breves, claras y contundentes.

No tengo inconveniente en someterme yo misma a esa encuesta, y contesto:

La primera pregunta, que se refiere a la igualdad de derechos en todos los planos, ya ni se discute en países civilizados. Pero no faltan personas que la juzguen aún imposible y hasta absurda. No dispongo de espacio suficiente para detenerme en este punto. Y desde luego, los derechos son inseparables de las responsabilidades. Mis opiniones al respecto están en la serie de *Testimonios* y en mi librito sobre el *Diario de Virginia Wolff*.

La segunda pregunta, sobre la necesidad de cambios en la sociedad, cambios que beneficiarían a la mujer de todas las clases, es cosa que a las claras se está produciendo. Y el mayor acontecimiento de este siglo, a mi juicio, es la entrada definitiva de la mujer, como compañera del hombre, no ya como sierva, en la historia. Golda Meir, Primer Ministro de un país que pasa por momentos críticos, Indira Gandhi, Primer Ministro de una nación de quinientos cincuenta millones de habitantes, son ejemplos de lo que significan los derechos y las responsabilidades plenamente asumidos [1] por mujeres instruidas, capaces, conscientes y talentosas.

En una de sus obras, *Grandeza y servidumbre de la mujer*, Pittaluga nos dice: "Mientras el hombre prevé, la mujer presiente. El hombre pretende conocer para dirigir; la mujer, presintiendo, opera desde dentro, logrando modificar el curso de los acontecimientos del modo más profundo..." Por eso la unión del hombre y la mujer, en pie de igualdad, puede ser tan enriquecedora para ambos. Y para la sociedad que hasta ahora marcha, desequilibrada, con una mitad postergada o subdesarrollada.

En cuanto a la educación sexual, se la necesita. Se podrá, eso sí, discutir cuál ha de ser la mejor forma de impartirla.

No creo (aunque lo diga o no tenga conciencia de su situación) que exista mujer que no haya tropezado con impedimentos en su carrera, a menos que se trate de quehaceres domésticos (a los que siempre se ve abocada). Hay gran variedad de cortapisas. Falta espacio para enumerarlas. Lo sé por una dura experiencia a la que he sobrevivido, como los evadidos de un campo de concentración, *sin posible olvido*. La cantidad de impedimentos que detecta una mujer con mente alerta es masiva.

En cuanto al control de la natalidad y el aborto, la cosa no es menos

[1] Las reinas de la historia recibieron su poder, no lo conquistaron. Otro hecho en que falla la lógica masculina. ¿Por qué aceptaban a las reinas?

clara. Afirmo que algo que concierne vitalmente a la mujer, a su cuerpo, ha de depender *principalmente* de ella, la protagonista. Las mujeres no están nunca a la cabeza de los ejércitos (excepto una Juana de Arco, que es para mí más heroína que santa, a menos que un indómito valor sea considerado santidad.) Nadie les pide su parecer a las mujeres cuando se trata de batallas y de estrategia militar. Nos alegramos que así sea. La guerra *debería* ser una actividad "obsoleta", aunque no lo es aún. Pero en lo de dar la vida, *la actividad opuesta,* las mujeres han de ser las primeras consultadas. El polen no tiene más papel que el que le otorga algún insecto comedido y es lo que el viento se llevó. No le corresponde pues atribuirse privilegios ni mando. En todos los casos, quien ha de tener la primacía en esta cuestión es la mujer (ella es quien paga el tributo). Después de la mujer, la pareja. Después la ciencia médica y la Iglesia, para aquellas que rigen su conducta de acuerdo con dogmas religiosos.

Una de nuestras encuestadas contestó, a propósito del divorcio, que no lo admitía porque el casamiento era un sacramento. Se trata de una católica practicante y está en su derecho de pensarlo, como creyente.

En cuanto a mi, afirmo que *la vida* es un sacramento. Y sagrada ha de considerarse, desde Caín, puesto que le pidieron cuenta de lo que había hecho con aquel remoto pariente nuestro. Pero no la tiene por sagrada el hombre cuando sale a guerrear. ¿Por qué? Si la vida es sagrada, habría que enjuiciar a muchos héroes de la historia que recibieron honores por no respetarla [1]. Si el varón dictamina que la vida es sagrada cuando se trata de desviar el polen o de interrumpir el desarrollo de un invisible gameto masculino que topó con uno femenino, ¿por qué deja de ser sagrada cuando manda al matadero a millones de muchachos sanos, fuertes (se los elige entre los mejores)? Nunca he logrado explicarme satisfactoriamente en nombre de qué lógica masculina *eso* no es crimen, y lo otro sí. Digo que los chicos malcriados (por nosotras) que siguen de grandes haciendo travesuras del calibre del de la bomba atómica, no tienen perdón de Dios *a esta altura de la civilización.* Y lo digo con maternal desasosiego. Perdónenme, hombres, porque los quiero en lo que tienen de queribles y admirables, no en sus tendencias tiránicas de acaparadores de poder y de derechos, no en su orgullo de camorreros armadores de líos que resuelven luego a mano armada, convirtiendo al mundo en una sangrienta cancha de foot ball. No sigan jugando a eso.

En cuanto al divorcio, no es un ideal, es una necesidad a veces. No es una dicha cuando hay hijos es un desgarramiento, una salida honesta

[1] En parte por esas anomalías me ha apasionado el caso singularísimo de Lawrence de Arabia, y he intentado analizarlo.

para evitar males mayores. Si se convierte en deporte, más vale no casarse. Creo en la pareja, con o sin bendición religiosa. Sacramento o pacto de unión entre dos seres. Creo que el sentido de la responsabilidad es inseparable de una unión entre el hombre y la mujer. Creo que los hijos han de nacer como cumplimiento y expresión de un verdadero amor, *al amparo de ese amor*, y no como resultado de un capricho, de la casualidad, de un momento de placer, de la despreciable imposición del más fuerte (muscularmente), de la sumisión vacuna de la más débil (muscularmente): Irala, Agueda.

En *Civilization in transition*, de Jung, leo: "Cuando una monstruosidad social o psicológica se ha creado, se presenta una compensación, desafiando todas las legislaciones y expectativas. Algo así está sucediendo con la mujer en este momento... Demasiadas cosas inadmisibles, demasiadas cosas que no ha podido vivir se acumulan en su inconsciente, y eso fatalmente producirá su efecto." Lo estamos comprobando en las explosiones que ha traído el movimiento de *Women's Liberation*, en los Estados Unidos, otras en Italia, Inglaterra y hasta en el continente africano. Nada de eso ocurre porque sí, y el nuevo extremismo feminista, que toma la sucesión del sufragismo de Mrs. Pankhurst, con nuevas exigencias y mayor virulencia, demuestra que ya nada detendrá a la mujer. El hombre no ha querido escuchar su pedido de justicia a las buenas; ahora tendrá que escucharlo a las malas. Esta actitud de la mujer obedece al mismo modelo en la generalidad de los países. Cuando en esta parte de América, tardíamente, se le otorgó el voto a la mujer, fue mucho más como una maniobra masculina, como la adhesión a un partido político que como el resultado de sed reivindicatoria, de sed de justicia, de parte de la mujer. Lo dice la señora de Perón en *La razón de mi vida*, página 262: "Reconozco –escribe– ante todo, que empecé trabajando en el movimiento femenino porque así lo exigía la causa de Perón". La declaración es clarísima. Además, en un discurso afirmó: "El fanatismo es la sabiduría del espíritu". El grupo de mujeres de que yo formaba parte no creyó nunca que el fanatismo era una virtud. Por añadidura, la causa que defendíamos no era la de un hombre político, ni la de un partido político, *cualquiera que fuese*: era pura y exclusivamente la de los derechos de la mujer. Nuestra reacción, frente al voto, en 1947, no respondía a antagonismos políticos, sino a las razones por las que fue otorgado: se lo consagraba de antemano a un partido y no *a la defensa de nuestra causa*, la de todas las mujeres en bloque. Era *mutatis mutandis* la reacción descrita por Virginia en *Tres guineas*. Allí explica que el Sr. Asquith abandonó la oposición al voto femenino porque las mujeres habían ayudado con eficacia a *la prosecución de la guerra*. Las que *no*

habían ayudado, por ser *objeteantes de conciencia*, u otros motivos, ¿tenían derecho a usar del voto que no habían contribuído a obtener, *o que no querían aceptar por esas razones* (de tanto peso para el Ministro)? De acuerdo con ellas, no se trataba ya del voto conseguido para ideales por los que habían sufrido y luchado.

Cuando las mujeres de Gran Bretaña, entonces llamadas sufragistas, en defensa de sus justas reclamaciones y haciendo uso de su relativa fuerza femenina le abollaron la galerita al señor Birrel, y le dieron una certera patada en la canilla, fueron muy criticadas. Pero, cuando ayudaron a los hombres a usar la fuerza masculina en toda la extensión militar de la palabra, y que la colaboración resultó eficaz, les concedieron el voto. ¿Me dirán que la guerra es también sagrada? No lo creo, ni lo creeré.

La existencia de una Comisión Presidencial sobre el status de la mujer, presidida por Eleanor Roosevelt en sus comienzos, crea un clima que pone de relieve la discriminación ejercida contra la mujer y ayuda a combatirla, dijo Betty Friedan (*The femenine mystique*, 1963).

Pero pasemos de 1963 a 1971. Un profesor amigo, argentino, que trabaja actualmente en una Universidad de los Estados Unidos me escribe, conociendo mi interés por estos problemas: "¿Sabe usted, Victoria, que aquí una mujer casada no puede encontrar trabajo en una Universidad si en ella enseña su marido? Es el caso de la mujer de mi amigo X. Es una chica inteligentísima, con un brillante doctorado, pero como él enseña aquí (y siempre se da preferencia al hombre), ella tiene que vegetar en cargos de tercer orden. Por eso han resuelto los dos mudarse a Nueva York. Parece que en el otorgamiento de becas también dan preferencia a los hombres. Es increíble. Esto pasa ahora, en marzo de 1971, y en los Estados Unidos."

Betty Friedan (cuya obra trata principalmente de lo que ocurre en el norte de nuestro continente) insiste en que no existe razón para que se coloque a la mujer en la disyuntiva de optar entre la maternidad y una profesión. Que la mujer sienta su sexo como un handicap es un error que priva a la comunidad, a la sociedad de una valiosa cooperación. Y la mujer no tiene para qué copiar los métodos habituales de los hombres en nada. Que busque los suyos. Además, la educación y cuidado del niño, que está principalmente a su cargo, hace que tenga entre sus manos el futuro de la humanidad, ni más ni menos. Lo más importante (y esto lo he dicho siempre) es que esté preparada para tamaña responsabilidad y que sea digna de ella. Pero eso no es todo. La mujer no puede ni debe de contentarse con vivir a través del marido, a través del hijo, o de quien fuere. Para bien de su hijo, de su marido, no sólo para bien suyo, es necesario que no se limite a eso. Siempre tengo presente lo que recordaba

en su juventud Mme. Curie. Mientras trabajaba en el laboratorio, con su marido, les calentaba la leche y les preparaba la comida a sus dos chiquitas. Estamos de acuerdo en que era una mujer excepcional. Pero mujeres menos excelsas la pueden tomar como ejemplo. El hombre no perderá nada —que no se preocupe— porque así sea. No le alcanzarán tan a menudo las zapatillas, pero esto no es grave una vez que se acostumbre.

Una amiga española me contaba algo que es verídico, y le pasó a un conocido hombre despótico, que siempre había tratado a su mujer como a un estropajo, y la había agobiado con quehaceres domésticos, sin miramientos. La pobre infeliz se sometía sin chistar. Un buen día se murió. Día funesto para el marido comodón y prepotente. Se le derrumbó el mundo. Tanto es así que, a poco andar, murió él también. Lloró mucho, y repetía, como asombrado: "¡Pero si no era nadie! ¡Pero si no era nadie!"

Y esto me trae a la memoria un pensamiento de Jung: "El amor de la mujer no es un sentimiento, como lo es en un hombre. El amor de una mujer es una voluntad a veces tremenda y puede llevarla hasta el sacrificio de sí misma. *Un hombre querido de esa manera no puede escapar al lado inferior de su naturaleza...*"

Pero concluyamos.

"Puesto que soy la hija de un hombre educado, con conocimientos muy relativos de la cultura, recogidos en lecturas" escribe Virginia (y sigo yo) en lecturas caprichosas, arbitrarias, sin disciplina. Puesto que soy una autodidacta, nacida en momentos del punto final del reinado victoriano, que iba a repercutir después de la muerte de la reina a manera de eco tenaz. Puesto que este eco invasor hacía que no se creyesen necesarios los estudios serios para las de mi sexo (y que se los juzgase, incluso, perjudiciales). Puesto que sé de primera mano el tiempo que he perdido tratando de enmendar esas fallas y que, sola, me he buscado la vida en el terreno de lo intelectual (reservado a los hombres). Puesto que en mi juventud el deseo de instruirse, en la mujer, "estaba contra la voluntad de Dios, así como otras inocentes libertades, e inocentes placeres", para emplear el testimonio de Mary Butts. Puesto que pienso que un Dios semejante sería indigno de ser Dios, y que con esta *máscara actuaban los del sexo fuerte*. Puesto que estoy persuadida que algunas de las leyes por ellos impuestas son tan nocivas para nosotras como para esos niños déspotas. Puesto que estoy segura de la necesidad de unión entre uno y otro sexo para destruir, *juntos*, prejuicios del mismo calibre que los que pusieron a Galileo en un brete (Eppur si muove). Puesto que

no me parece que en nuestra era espacial y atómica, de astronautas y astrólogos, de culto del sol y de aire contaminado, de aviones supersónicos y villas miseria, de lo delirantemente abstracto en arte y del beaterío folklórico, de música dodecafónica y fanatismo del tamtam; puesto que no me parece, repito, que en lo que va del siglo xx la mujer haya ocupado todavía el puesto que le corresponde junto al hombre (a pesar de las declaraciones de organismos internacionales), creo que urge un cambio. Un cambio que, con o sin su consentimiento, se le viene encima al más remiso. Está patente en el arte. Algo se está destruyendo y algo se construirá. Dice Jung en *Realidad del alma*: "...para vivir y soportar la expresión de la destrucción de su personalidad en su creación artística, el artista moderno encuentra justamente en lo destructivo la unidad de su persona artística. La satánica inversión de lo que tiene sentido en lo absurdo, de la belleza en fealdad, la semejanza casi dolorosa de lo insensato con lo que tiene sentido, y la (en verdad) excitante belleza de lo horrible, son expresiones de un acto creador que no había experimentado todavía en tal escala la historia del espíritu, aun cuando en sí y por sí nada es nuevo en principio... *No nos encontramos ante un empellón aislado que alguien produjo en un lugar determinado, sino frente a una casi universal remoción del hombre moderno que está evidentemente sacudiendo al mundo...*" (El subrayado es mío)

Creo que las mujeres, por naturaleza, por ser ellas quienes soportan todo el peso y dolor de dar vida, no aceptan en general de buen grado la destrucción. Y creo que los hombres (perdón hombres, repito que los quiero) son un poco como niños a quienes les hace falta vigilancia. Hasta ahora, me refiero a nuestros tiempos, no los hemos vigilado todo lo necesario, ni ellos lo han permitido. Basta echar una mirada a lo que pasa en el mundo de los hombres para ver los efectos de esta falta de vigilancia eficaz en el "children's corner". Todo está patas arriba. Nuestra época es de transición, lo sabemos, y así se explica el fenómeno. Pero no le achaquemos a la "transición" toda la culpa de lo que ocurre. Hay algo más.

En el libro de Malraux, que acaba de publicarse, cuyo tema es su última larga conversación con De Gaulle, leemos: "Es cosa extraña vivir concientemente el fin de una civilización. No ha sucedido desde el fin de Roma: lo que ha precedido a la Revolución francesa y a la Revolución americana no es el fin de una civilización. Es sólo el fin de una sociedad". Creo que asistimos al fin de un tipo de civilización.

En cuanto a la satánica inversión de lo que tiene sentido en lo absurdo, les recordaré las palabras de Einstein: "Lo más sorprendente es que

casi seguramente el mundo tiene un sentido". Claro que se presta a un fácil desorden pensar que no lo tiene y vivir en un tembladeral.

Una anécdota ilustrativa antes de terminar: se trata de una chica de cinco años. Sin saber a ciencia cierta lo que era la muerte, pero vislumbrando que le traería cierta liberación (por ausencia de quien la privaba de tal o cual dulce) le dijo a su abuela, que me lo contó: "Cuando te mueras, Mamama, le voy a pedir a la cocinera que no haga más que postres para el almuerzo y la comida".

¿No vivimos un poco, pregunto yo, en una era en que los chicos grandes, apoderados de la cocina del mundo, dan allí órdenes a su paladar? ¿Órdenes perjudiciales para el equilibrio que es la salud? Hay que alimentarse de manera juiciosa. A este cambio dietético y a otros ha de contribuir la mujer. Y en vista de su eminente colaboración, es imprescindible *educarla con tanto o más esmero que al varón.* (Esto ya lo dijo Nehru). No olvidemos que el niño no sólo está en el vientre de su madre nueve meses, sino en sus manos inmediatamente después, en un período que marca *definitivamente* a los seres.

El 5 de mayo de 1955, dijo Nehru, en un discurso: "Tengo fe en la mujer. No temo concederle libertades para su evolución, y estoy seguro de que ninguna restricción legal puede evitar que la sociedad marche en determinada dirección". La determinada dirección apunta con su flecha inconfundible hacia la igualdad de derechos y responsabilidades *en la práctica,* no sólo en los papeles de los organismos internacionales.

Para nosotras, Abel no ha muerto. O si ha muerto en la memoria más frágil del varón, no ha muerto en la nuestra, por ser parte de nuestras entrañas, por ser el fruto de nuestras entrañas como se dice de Jesús en el Ave María. Tenemos que resucitarlo: el mundo lo necesita. Y el pobre Caín lo necesita aún más que nosotras.

VICTORIA OCAMPO

Marzo 1971
Mar del Plata.

NO HAY ELECCIÓN ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ

Amigas mías, tengo que admitir algo no muy loable; las envidio. Las envidio cuando escucho lo entusiasmadas que están de haber pasado tres semanas aquí, juntas, mujeres de varias partes del mundo que probablemente nunca se habían encontrado; mujeres de tres continentes, trabajando, viviendo y compartiendo las mismas experiencias. Deben haberse convencido de la ilusión de que así es como el mundo vive hoy, todos juntos en paz y comprensión y relaciones agradables. Si así fuera yo querría que todo el mundo se convirtiera en un gran seminario. Pero, a pesar nuestro, ésa no es la situación; y sin embargo ¡es tan fácil vivir juntos! La gente tiene que emplear más energía y esfuerzo y planeamiento para estar en guerra y destruir que los que emplea para vivir en paz unos con otros. Ustedes están creando.

Hoy en el mundo, mal que nos pese, todavía hay lugares en que hombres y mujeres viven preocupados en pensar cómo harán para destruirse más eficazmente, sabiendo —creo que ya deberían saberlo— que las guerras nunca han resuelto ningún problema. Las guerras siempre han dejado amargura, pena y destrucción.

Esta mañana asistí a una ceremonia en la que estaban las familias cuyos hijos murieron en la batalla de Jerusalén: eran 181 jóvenes con toda la vida por delante, ansiosos de vivir. Tenían padres, hermanos y hasta, algunos, esposas y niños; ya no están, sin ninguna razón. En el otro lado también había jóvenes que querían vivir, que tenían padres, hermanos, mujeres y niños. Y están muertos, sin ninguna razón.

Eventualmente, nuestros vecinos del otro lado de las fronteras y nosotros tendremos que vivir juntos. Sabemos que permanecerán en esta región, y así debe ser. Espero que alguna vez, ese día tendrá que llegar y ojalá sea pronto, ellos también comprenderán que permaneceremos en esta región, que no huiremos. Por eso, la alternativa es, o matarnos los unos a los otros o vivir juntos en paz. O las madres seguirán criando a sus hijos, a sabiendas de que lo que les espera es un campo de batalla, o los criarán con el convencimiento de que los traen a la vida, a la

felicidad, a la actividad creadora y al mejoramiento de la gente con la que conviven, y a la vez contribuyendo al de toda la humanidad en el planeta.

Pero así es la locura del odio, de la guerra que los líderes de las naciones creen posible alimentar en los pueblos con ese gran "ideal" de que pronto habrá otra guerra y de que hombres y mujeres, madres y padres deben ansiarla. ¿Así es como hay que criar a los niños, en esa atmósfera, a sabiendas de que lo que espera a su padre es otra guerra, en la que tendrá que matar a muchos hombres y tal vez hacerse matar? Que un líder de cualquier país que sea pueda proponer a su nación ese gran ideal de muerte y destrucción es algo que no puedo comprender. Nunca he tratado de comprenderlo. Me niego a comprenderlo, porque estoy convencida de que ese no es el camino para resolver ningún problema.

Hoy vi a esas 181 familias. Eran niños, esposas, madres y padres. Plantamos árboles, uno por cada hombre que cayó en la batalla. Plantamos olivos, símbolo de la paz, con la esperanza de que no serán desarraigados con la guerra, que en esos bosques los niños correrán felices y alegres, que los jóvenes caminarán bajo su sombra cantando y planeando sus vidas. ¿Será un sueño? Hoy que les hablo de esto, en un día en que han ocurrido tantas cosas en diferentes partes —una niñita muerta, una mujer, unos hombres muertos— puede sonar a sueño vacío. Pero, si la gente de Israel que durante veinte años ha tenido que combatir en tres guerras y todavía entre una y otra soportar incidentes fronterizos y dispuestas, si aún por un día creyéramos que el pensamiento de paz es un vano sueño, que nunca vendrá, les aseguro que ese mismo día Israel no tendría ya razón de existir.

Existimos, vivimos a pesar de todas las dificultades porque creemos en el sueño de paz. Tenemos la experiencia de que los sueños se materializan si uno realmente cree en ellos y trabaja para que lo sean. Durante dos mil años soñamos en que un día volveríamos al país del cual salimos, este país en que pusimos el fundamento de nuestra cultura, de nuestro idioma, este país donde los profetas hablaron de paz, hermandad y justicia desde las laderas de las colinas y de los valles: justicia para el pobre y cuidado para la viuda, para el hérfano; este país del cual salieron al mundo tres grandes religiones.

Creímos que volveríamos, y estoy segura que muchos —gente sabia, gente práctica— pensaron que no era más que un sueño loco. Una nación esparcida por el mundo durante dos mil años, que sufrió persecución y masacre y discriminación, ¿qué posibilidades tenía de permanecer unida, leal a su religión y a su cultura, y todavía ser capaz de realizar ese sueño y regresar? Y aquí estamos. Hemos vuelto. No fue sencillo y fácil,

hubo muchísimas dificultades. Tenemos que dar gracias a Dios de no haber vuelto a un país ya desarrollado y construido. Volvimos a un país estéril y desolado, que se había convertido en un desierto; muerto. Evidentemente, nadie necesitaba este país. Nadie tenía necesidad de plantar árboles en las rocas o de bajar al desierto y hacerlo fértil. Doy gracias a Dios de que así fuera, porque si alguien hubiera desarrollado a este país no habría habido lugar para nosotros. Nosotros éramos gente que el mundo no quería y volvimos a un país que nadie evidentemente deseaba.

El milagro –y éste es un país de milagros– ocurrió cuando la gente rechazada tocó el desierto rechazado. Ambos florecieron, la gente y el desierto. Y por eso, a pesar de las dificultades, me parece que algo hemos alcanzado. Está muy lejos de ser lo que queremos, lo que podríamos tener si hubiéramos sido bendecidos con la paz en lugar de vivir en constante guerra con nuestros vecinos. Sin embargo, creemos que también vendrá ese día en que haya paz. Creemos que las fronteras no serán algo temible, algo que se cruza arriesgando la vida, sino que estarán abiertas y comunicarán a la gente en lugar de dividirla.

Hemos visto a esta ciudad de Jerusalén con alambrados de púas durante más de veinte años (como dice el canto: "con alambres de púa en su corazón") y era feo y doloroso. Ahora se han quitado los alambres; vamos a la otra parte de la ciudad y nuestros vecinos árabes vienen a ésta. Y vivimos juntos. Todavía no todo está perfecto, no es el ideal; los recuerdos están frescos, pero es mucho, mucho mejor de lo que cualquiera hubiera creído que iba a ser. La ciudad está más linda, la gente más descansada y estamos aprendiendo todos, de uno y otro lado, que juntos podemos vivir, puesto que algo tenemos en común.

Una de las cosas de que Israel está orgulloso es el hecho de que, con todos nuestros problemas y ansiedades, hemos tenido el privilegio de que miles de hombres y mujeres vinieran a nosotros de todas partes, de estados recién creados y de países antiguos y bien establecidos que sin embargo todavía tienen problemas. ¿Qué países no los tienen? Algunos porque son pobres, y otros, problemas terribles porque son demasiado ricos. De todas formas, en cada uno de nuestros países, los de cuantas estamos sentadas alrededor de esta mesa, hay sectores que son muy pobres. Lo que ahora sabemos es que un pueblo puede ser tan feliz como un hombre que vive solo en un lugar retirado de la aldea, en una cabaña. Pero si en una cabaña no hay lo bastante para comer, si los niños no pueden crecer sanos y no tienen los beneficios de la educación, enton-

ces no importa cuántos de sus congéneres vivan en palacios y disfruten del lujo: ese no es un pueblo feliz.

Pensamos que los hombres y mujeres que a nosotros vinieron desde sus nuevos países alguna razón tenían al hacerlo. Nosotros no sabemos más que otros; creo que somos el término medio. Pero tenemos experiencia. Hemos tenido que afrontar serios problemas. No vinimos aquí como campesinos, y sin embargo hemos tenido que absorber más de un millón de personas desde el establecimiento del Estado. Ninguno era campesino. Nadie sabía cómo hacer para que las cosas crezcan. Y lo más maravilloso es que aquellos de nosotros que no sabíamos cómo cultivar la tierra ni crear nada nos arreglamos lo mismo para ser un elemento importante en el desarrollo de nuestro país.

La mayoría se ha convertido en campesinos que exportan grandes cantidades de productos agrícolas desde Israel. Otros se emplean en las fábricas. Y todos han aprendido algo que estaba en la base de nuestro establecimiento como país: dos creencias fundamentales que son, la primera, creer en la dignidad del ser humano, y la segunda, en la dignidad del trabajo. Porque somos seres humanos tenemos que respetar y preservar nuestra dignidad. En cualquiera de las formas de sociedad —y no me importa cuales sean sus alcances— si el ser humano no es el centro de todo cuanto sucede, si no tiene su dignidad, su libertad y su libre expresión, de nada vale entonces que se pueda viajar a la luna o que bajen la luna hasta él. Nada es importante si no se preserva al hombre y su dignidad.

Y la segunda creencia, la dignidad del trabajo común: es decir, ensuciarse las manos trabajando, labrar la tierra, construir un camino, levantar una casa, hacer algo con las manos, todo es una misma cosa. Aquel que tiene las manos blancas y limpias no es una persona más importante que la que provee de pan a las gentes. Por supuesto que hay una división de tareas en cualquier sociedad; pero cada individuo cumple una función, es eslabón de una cadena social entrelazada a la vida de los otros y que, desconectado, rompe la cadena. Son estas dos convicciones que hemos tratado de mantener y de introducir en las mentes y en los corazones de los jóvenes de países en desarrollo que vienen a pasar un tiempo con nosotros.

Uno de los problemas tratados en el seminario fue el del lugar que la mujer ocupa en la sociedad, lo que debiera y no debiera ser. Permítanme advertirles una cosa: quizá muchas de ustedes pueden llegar al cargo de primer ministro y deben cuidarse de ello. Es una tarea terri-

blemente difícil, de una gran responsabilidad; pero si son elegidas por el pueblo, cualquiera de ustedes, no rehuyan la tarea. Tómenla y saquen el mejor partido posible. Yo nunca me he considerado una feminista. Pero siempre he creído que en una sociedad decente la mujer debería tener los mismos derechos y oportunidades que el hombre. Y eso no porque yo sea feminista. Es que yo creo realmente que el mundo se desequilibrará si las mujeres no ponen el hombro a su parte de responsabilidad y no dan a la sociedad su apoyo, que no es mejor ni peor que el de los hombres. Cada uno da lo mejor que tiene.

No hay duda de que es la mujer, en todas partes, y especialmente en aquellas donde es difícil obrar en la gente (y nada hay tan importante), quien tiene que enseñar a los jóvenes a asumir sus responsabilidades en la aldea o el pueblo, la ciudad y la nación; educarlos y prepararlos para cumplir esas responsabilidades. La mujer es la que tiene que desempeñar ese papel.

Durante tanto tiempo el hombre ha llevado este mundo y todavía hay guerras. Yo no creo que los padres quieran menos a sus hijos que las mujeres: me parece una tontería. Pero quizá justamente con la participación de la mujer acaben las guerras. Me parece que ella tiene una cualidad, distinta al hombre, de llegar más rápido al fondo del problema, sin hablar tanto, sin que a veces se dé cuenta de lo que realmente se trata. El problema está ahí, ella va a las raíces, observa su base y decide en qué punto hay que tratarlo. La mujer quizá contribuya de esa manera.

Cada una de nosotras, dondequiera que estemos, debe traer a la conciencia de su gente que es un error pensar que hay que elegir entre vivir en paz o hacer la guerra. ¡No hay elección! La gente sólo puede vivir junta si está en paz. Y éste es el pensamiento que al empezar debemos dar a nuestros hijos.

Desde el fondo de mi corazón —lo digo en nombre del gobierno y de *todo* el pueblo de Israel— deseo que todo sea para bien de ustedes Que puedan ver a sus pueblos prosperar en alegría y en trabajo creador, en una sociedad de justicia, libertad e igualdad, y que cada una de nosotras sintamos que hemos contribuido y estamos contribuyendo a que el mundo sea un mundo de felicidad y de tranquilidad.

GOLDA MEIR
Primer Ministro de Israel

(Fragmento de su alocución de despedida a las delegadas de un Seminario de Mujeres realizado en Jerusalén en 1970.)

TAREAS DE LA MUJER DE LA INDIA

(Parte de un discurso pronunciado en la Universidad de mujeres de Bombay para celebrar su "golden jubilee".)

Nosotras, las mujeres de la India, somos sin duda afortunadas porque hemos contado con hombres notables como Ramohun Roy, Vidyasagar, Mahatma Gandhi, mi padre, el Maharshi Karve (fundador de la Universidad) para defender nuestra causa. Después de la Independencia, el gran espíritu liberal de Nehru moldeó y orientó el cambio social. Creo que no lo hizo por motivos meramente sentimentales, sino como reconocimiento del valor y el trabajo de la mujer de la India. Las mujeres nunca organizaron aquí una ofensiva contra los hombres. Siempre han estado junto a ellos, en defensa de una causa común (la de la independencia). Sobre el papel de las mujeres en la lucha por la independencia mi padre dijo: "La mayoría de los varones estaban en la cárcel. Entonces sucedió algo extraordinario. Nuestras mujeres se pusieron al frente de la lucha y la tomaron a su cargo. Hubo una avalancha que nos tomó de sorpresa, tanto al gobierno británico como a nosotros mismos". He tenido el privilegio de ser testigo y luego de tomar parte en este levantamiento. Todavía recuerdo el apasionado afán y el incesante trabajar de mi madre por la liberación de las mujeres de la India, por darles mayores oportunidades de vivir plena y útilmente su vida. No era una tarea fácil en aquella época y en aquellas circunstancias llevar a cabo un ataque a la ciudadela de la reacción. El lógico desarrollo de todo esto conducía al Código Hindú. Mi padre le daba gran importancia a la adopción del Código Hindú, que de cierta manera era una verdadera carta de emancipación. Consideraba que era tan esencial como estructurar una institución parlamentaria...

Así fue como los derechos de la mujer india fueran conquistados y no como resultado de la rebelión contra los privilegios masculinos que caracterizó al movimiento de las sufragistas en Occidente. En la India, los derechos que obtuvieron los grupos oprimidos, los de las mujeres, las castas y tribus, los analfabetos y los que no poseían tierras, les fueron concedidos por esta gran carta constitucional de libertad y fraternidad, nuestra Constitución, resultado de siglo y medio de revolución social llevada

a cabo por Rammohun Roy y Jawaharlal Nehru. Nuestra libertad política era parte de esa gran revolución, de la que era principal resorte un deseo de igualdad social. Por eso, nuestras batallas económicas y sociales no han subrayado nuestros *conflictos* de clase sino nuestra *reconciliación*.

En pocos países ocurre que la mujer ocupe posiciones políticas y actúe en la vida pública a tan alto nivel como en la India. Pero esto no nos debe inducir a creer que las viejas desigualdades e inhabilitaciones que la mujer de la India soportaba han terminado. Nuestro país es un país en que los contrastes y las contradicciones florecen, y en ningún otro sector abundan más que en el de la mujer. Si bien tenemos mujeres que pueden contarse en la vanguardia más avanzada del progreso, tenemos también las mujeres más atrasadas. En el código, toda discriminación entre el varón y la mujer ha sido abolida. Sin embargo, todos conocemos las penurias e injusticias generales a las que está sometido todo individuo en una sociedad tan pobre y aún tan medieval como la nuestra.

En los países en que las mujeres tuvieron que luchar por sus derechos, fue más fácil para los hombres aceptar finalmente el hecho de la emancipación de la mujer. En la India, a pesar de que esa emancipación ha liberado poderosas fuerzas sociales, la igualdad de la mujer ha tropezado, por parte de los hombres, con muchos obstáculos. Otro obstáculo es el viejo ideal de una silenciosa y sufriente Sita que permanece en el fondo de la mente de mujeres ya liberadas.

Nuestras leyes han variado. El cambio ha llegado con tremenda velocidad. Ha reducido y sobrepasado varias centurias de evolución en tan sólo un par de generaciones. Lo malo es que las leyes sociales están muy adelantadas y no su práctica. Mientras la legislación respecto a los derechos de la mujer ha avanzado, su cumplimiento ha quedado todavía rezagado.

La principal tarea de las mujeres educadas, hoy, es conseguir que en la realidad la mujer aproveche las oportunidades que le ofrece la ley. Las mujeres de la India han obtenido la igualdad política, económica y social. Pero ¿qué hemos hecho para traducir en actos esos derechos? El trabajo cumplido en asambleas, en el Parlamento, en comités y comisiones no nos acerca aún a la meta. Lo que necesitamos es una buena organización que trabaje de puerta en puerta, que cree una comunidad de intereses entre las mujeres educadas y las que no lo están, de modo que logren actuar juntas en bien del país.

La educación de la mujer en la India ha tenido un progreso espectacular. Hace cincuenta años (esto se dijo en 1966) el Dr. Karve fundó una Universidad que contaba con siete alumnas. En 1916, no ha-

bría seguramente más de una docena de mujeres graduadas en cada Estado, excepto, tal vez, Bombay, Bengala y Madrás. El año pasado teníamos 300.000 muchachas en los colegios.

Hasta hace dos décadas, la enseñanza, el cuidado de los enfermos y la medicina eran las únicas profesiones abiertas para las mujeres educadas. Hoy, se pueden encontrar mujeres entre los científicos, los ingenieros y los magistrados. Me dicen que una cuarta parte del total de la plana mayor del instituto para el estudio del cáncer está integrado por mujeres. La muchacha que trabaja ha entrado en posesión de sus derechos.

Esta es una ocasión apropiada para hablar sobre el planeamiento de la familia, no solo porque el hijo del Maharshi Karve era un pionero del control de la natalidad en la India, sino porque considero que esto del planeamiento de la familia es el problema de la mujer educada. Las organizaciones de mujeres deben abocarse a la tarea de ir casa por casa, aldea por aldea, para difundir esta enseñanza...

La idea de esta Universidad se le ocurrió al Dr. Karve al leer un folleto sobre una universidad de mujeres en el Japón. Es otra idea que podemos con provecho pedirle prestada al Japón. Tienen allí una extensa asociación de amas de casa que resulta una fuerza importante para mantener los precios a cierto nivel. Esta asociación fue fundada poco después de la guerra, en tiempos de privaciones y escasez. Ahora ha penetrado en todos los ámbitos de la vida japonesa, mantiene negociaciones con el gobierno a favor del consumidor, vigila los canales de distribución y ejercita sus derechos de inspeccionar. Su lema es "Los buenos comerciantes están educados por los consumidores inteligentes". Esto también lo podemos aplicar a la India...

Las mujeres universitarias no pueden ignorar el abismo que existe entre la mujer educada y la que no ha tenido esa suerte. Compartir los conocimientos y la habilidad con las mujeres menos privilegiadas, explicarles las ideas nuevas, combatir las supersticiones y enseñarlas a salvaguardar sus intereses es el deber de las mujeres educadas...

Un Colegio de Mujeres tiene una importancia muy especial. Creo que, de cierta manera, toda mujer es una maestra nata. Que estén o no en la carrera docente, que tengan una tarea especial o que sean simplemente hacedoras de hogares, están siempre al frente y hasta su fin en el quehacer de la enseñanza y en el papel de guía de la sociedad. Depende mucho de ellas la clase de sociedad que tendremos. Por eso le damos tanta importancia a la educación de la mujer.

Estoy segura de que todos ustedes conocen las palabras, a menudo

citadas, de Gandhiji: aquello de que la educación del hombre es la de un individuo, mientras que la educación de la mujer es la educación de toda una familia. Esto es una gran verdad. Por lo tanto lo que la mujer hace, piensa, lo que entiende de los problemas caseros y de los que van más allá de la casa y lo abarcan todo, es esencial. Lo que necesitamos entre nuestra gente es que entiendan esto. La comprensión es parte de la madurez, porque no puede haber madurez sin comprensión. A veces encontramos en los niños comprensión y sensibilidad ante tal o cual situación, y esa sensibilidad se pierde cuando crecen. En realidad todos los niños carecen de prejuicios. No advierten diferencias entre religiones, castas, color o raza. Sólo cuando crecen aparecen estas nociones y dan su tinte a las actitudes hacia los vecinos y la vida. Por eso está en manos de la mujer, y particularmente de las mujeres de la nueva generación, el saber qué clase de influencia quieren ejercer sobre la nación.

Hablamos con frecuencia de la emancipación de las mujeres y este colegio ha estado asociado con muchas mujeres que han tenido un papel importante en la emancipación de la mujer de la India. Pero habitualmente, cuando hablamos de emancipación, nos limitamos a contar cuántas mujeres pueden ser educadas y cuántas pueden obtener buenas situaciones. Actualmente, lo que significa la emancipación de las mujeres no es sólo el número de las que han recibido educación y tienen influencia, sino la posición e influencia del término medio. Lo que desearíamos ver en la India es que el término medio de las mujeres tenga su status y que sea capaz de ejercer influencia para bien de la comunidad. Ya sabemos que a través de nuestra historia y de la historia de todas las naciones, probablemente, incluso en los tiempos en que la mujer no había alcanzado su emancipación, ha habido mujeres de carácter que han dejado su impronta en la sociedad y a veces en toda una época. Pero estos casos han sido pocos y espaciados. Nos gustaría que la influencia de la mujer se sintiera más profundamente, y ahora se les presenta la oportunidad de lograrlo... Porque, como ya dije, tienen el papel de maestras desde que comienza una nueva vida. Tienen en sus manos el poder de moldear una mente nueva, un cuerpo nuevo, un ciudadano nuevo. Y este moldear no se realiza, como a veces lo imaginamos, únicamente dando buenos consejos.

He dudado mucho antes de venir a hablar de estos asuntos porque creo que normalmente se espera que uno dé buenos consejos. Y esto es algo que no me gusta por la simple razón de que, cuando yo era joven, no aceptaba el consejo de nadie. Supongo que otros jóvenes, hoy, sienten lo que yo sentía. Pero lo que a uno lo influye, lo moldea y

ayuda al crecimiento en una determinada dirección, es lo que uno ve a su alrededor, cómo se comporta la gente, cómo piensa y cómo actúa. Esta carga recae sobre los padres y más aún sobre la madre que pasa más tiempo junto a los niños.

Hay dos tareas principales para la mujer. La primera consiste en crear la clase de atmósfera adecuada. ¿Qué es lo que queremos en nuestro país? Queremos un mejor nivel de vida para nuestra gente. Pero ¿qué es una vida mejor? ¿Es sólo vivir en una casa mejor, tener mejor ropa, mejores alimentos? Todas estas cosas son importantes, y tengo que felicitarlos por el trabajo que están haciendo respecto a todo esto, pero mayor importancia aún tiene cierta clase de atmósfera más sutil. ¿Ha de ser esta atmósfera una atmósfera de buena voluntad y de amistad o una de odio? Ahí está la cuestión.

Vivimos en un mundo en que reina el espíritu competitivo y que por lo tanto alienta las rivalidades. Pueden existir buenas rivalidades así como existen competiciones en un colegio, así como hay exámenes en que cada cual trata de dar lo mejor de sí mismo sin ánimo de rebajar a los demás. Estas son rivalidades sanas que ayudan al crecimiento. Pero a veces hay rivalidades malas en la vida. Pensamos que si podemos disminuir a alguien, eso nos acrecentará.

Nadie ha crecido verdaderamente rebajando al prójimo. Uno crece tan sólo cuando también ayuda al crecimiento de los otros. Si uno emprende una tarea, por modesta que sea, y si uno la cumple bien, encontrará que es también capaz de cumplir otras. Pero si uno se sienta en la retranca y dice: "No, este trabajo no es bastante bueno para mí", nunca encontrará algo que lo satisfaga, ni encontrará manera de desempeñarse satisfactoriamente en cualquier otra tarea a la que se dedique. Por lo tanto, mucho depende de nuestra actitud mental y de la atmósfera y las actitudes que creamos a nuestro alrededor. Conocemos a personas que por el sólo hecho de entrar a un cuarto cambian su atmósfera. Pueden transformarla en alegre y feliz y pueden transformarla en pesada y desagradable. Pueden traer consigo una atmósfera de amor o de odio y cólera. Es asunto de las madres mejorar al mundo mejorando la atmósfera...

Hoy, somos una nación libre. Pero ¿cómo somos libres? Lo somos sólo porque hubo varias generaciones de indios que decidieron que la libertad era más importante que cualquier otra cosa en el mundo. Era más importante que la educación; era más importante que un mejor nivel de de vida; era más importante que la vida en familia; era más importante, incluso, que la vida misma. Y si somos libres hoy, es por que ellos sentían eso.

El problema que se nos plantea ahora es el siguiente: ¿estamos dispuestos a hacer *hoy* algo para nuestro *mañana*? Esto puede exigir sacrificios. Pero de nuevo repito que se trata de cómo miramos las cosas. Todo en la vida, que se trate de felicidad, de diversiones, de pruebas duras es cuestión de nuestra manera de encararlas. Si ustedes les preguntan a algunas personas que participaron en la lucha por la independencia cuándo fueron más felices, no contestarán que fue cuando descansaban o cuando tomaban aire en sitios de varaneo. Dirán que fueron más felices cuando estaban presos. Esas son las épocas que recordarán como las más dichosas, porque estaban dando algo por una causa en que tenían fe. Y eso es realmente lo que se llama felicidad...

Descubrimos que en tiempos difíciles, las mujeres indias han pasado siempre a primera fila. Han hecho los mayores sacrificios para conservar lo que consideraban que era el honor del país o de la comunidad. Hoy, creo, el país se vuelve hacia ellas para el liderazgo. Hoy, no significa siquiera hacer el mayor sacrificio dar su vida, en el sentido literal, o el de dar todo su tiempo. Pero sí significa que, haga uno lo que haga, se considera este quehacer desde el punto de vista de la nación, del crecimiento de la nación, de la creación de mejores ciudadanos, y de la creación de una mejor atmósfera.

Noto que han ampliado el alcance del *Home Science*. *Home Science* [Ciencia del Hogar], no se limita al alimento, al techo y a proyectar la casa. Esto es importante, pero tiene que incluir a lo demás. Una casa no es un hogar. Un hogar necesita de una personalidad que cree condiciones en las que las personas se complazcan en vivir, que mejore la vida que llevan en esa casa, y este es un campo muy vasto. No creo que nada quede fuera del *Home Science,* ya sea nutrición, proyectos, decorado, e incluso lo concerniente a los problemas del mundo. Pues si la madre ignora lo que está ocurriendo en el país y en el mundo, no es una persona interesante. Si no es una persona interesante no puede pretender interesar a la familia, y no puede hacer del hogar un lugar interesante para habitarlo. De esta manera, *Home Science* abarca al mundo entero.

Desde luego, sé que ustedes no pueden incluir todo en su programa de enseñanza. Nadie lo espera de ustedes. Pero pienso que el esfuerzo de ustedes tiene que tender a abarcar la mayor cantidad posible de todo esto, mientras lo permitan los fondos, los maestros y el tiempo. Nunca tenemos que pensar que el hogar es un lugar estrecho. Un filósofo inglés se ha preguntado cómo era posible que se dijera que el hogar era aburrido. Dice: "El hogar es el único lugar donde yo puedo hacer lo que quiero. ¿Cómo podría encontrarlo aburrido? En todos los otros lugares

uno tiene que vivir de acuerdo a reglas hechos por otras personas. Pero el hogar es el sitio donde uno puede hacer sus propios reglamentos. Si el hogar es aburrido la culpa la tienen las personas que han hecho las reglas o que viven en el hogar". Un gran artista, un escultor, con un pedazo de arcilla puede hacer lo que se le ocurra. Ustedes tienen su hogar. Este hogar puede seguir siendo cuatro paredes o un lugar con encanto y belleza que ayuda al crecimiento y desarrollo de su personalidad y a la de sus chicos. Así no sólo el hogar se trasforma en algo mejor sino que a través de él toda la comunidad y el país se benefician. ¿Qué es un país sino el conjunto de muchos millones de familias? De modo que si logramos mejorar la vida de la familia, el país entero habrá de beneficiarse.

Aquí, todas ustedes son artistas en el umbral de la vida. Si se figuran que ser adultas representa un súbito cambio que trae cantidad de privilegios, sólo acertarán a medias. Porque ser súbitamente adulta significa también el final de toda irresponsabilidad. Significa que todo cuanto hagan les traerá más y más responsabilidad, una carga más pesada. Pero creo que nadie desea decir: "Preferimos el trabajo más subalterno porque es el de menor responsabilidad". Todas sentirán: "Queremos llegar a lo más alto". La única manera de llegar muy alto es asumir la responsabilidad, soportar la carga, y no sólo soportarla sino regocijarse en soportarla.

Hemos tenido suerte de que las mujeres de la India, durante muchos años, se hayan organizado en diversas actividades para ayudar a los desamparados. Me pregunto si alguna de ustedes ha leído el maravilloso y conmovedor libro de Stefan Zweig, *Beware of Pity* [Cuidado con la lástima]. La lástima está por cierto un paso adelante del endurecimiento de la indiferencia, pero la lástima, de por sí, es no sólo insustancial, sino que llega a ser dañina cuando no está acompañada por la compasión. La compasión nos lleva a actuar para mejorar la situación del necesitado o del que padece. El trabajo social está organizado por quienes están movidas por la compasión que las empuja a hacer algo y no a quedarse sentadas diciendo: "Lo siento por esta pobre gente".

Las mujeres de la India, en teoría por lo menos, han ocupado siempre una posición honorable. Usted, señora, habló de que a Gandhiji se lo había endiosado y que se lo había transformado en una leyenda. Tenemos la costumbre de hacer eso con todas las cosas. Por cierto, lo hemos hecho con la mujer. Hemos pensado —es decir, la sociedad ha pensado— que si a una mujer se la llama diosa, ya se ha cumplido con todo, aún si

se la suprime y no se le da ningún derecho. Gandhiji quería conservar a la mujer en un pedestal, pero trató de elevar la realidad hasta el pedestal o ideal, de manera que la mujer de la India pudiera tener siquiera alguno de los atributos de las diosas. A mí me gustaría que se tratara a la mujer como a un ser humano. No necesitan ser diosas, pero tienen que tener todas las oportunidades de desarrollar sus talentos, sus capacidades y de usar esos talentos y esas capacidades en servicio de la comunidad, en servicio de la nación.

En otras partes del mundo, esta posición fue lograda por la lucha. Sabemos cómo las mujeres de Occidente consiguieron el voto y el derecho a una educación de alto nivel. Tuvieron que pelear, tuvieron que hacer cosas a veces ridículas para atraer la atención sobre sus demandas. Nosotras no tuvimos que llegar a esos extremos, principalmente por la visión y el sentido psicológico del Mahatma Gandhi. Se dio cuenta, desde el comienzo, que la nación no podía avanzar si la mujer no ocupaba un sitio de honor. Durante la lucha por la independencia les pidió grandes sacrificios a los hombres y sabía que no los conseguiría sin el apoyo y la simpatía de las mujeres. Por eso hizo un llamado directo a la mujer y le pidió que se adelantara y tomara parte en el movimiento del *satyagraha*. También sabía que la participación de la mujer en la lucha por la libertad era necesaria no sólo para el éxito de la lucha, sino que era igualmente importante a largo plazo, desde el punto de vista del futuro del país. Quería que la mujer de la India comprendiera los problemas del país y cómo había que resolverlos, y quería que compartiera con el hombre los privilegios y las tareas que traería la libertad.

Fue Gandhiji quien emancipó a nuestras mujeres. No quiero decir que no existieran ya organismos que trabajaban para la educación y emancipación de las mujeres antes de Gandhiji, pero esas organizaciones eran pocas y se limitaban a las grandes ciudades. Gandhiji, por primera vez, hizo algo para las mujeres campesinas, analfabetas y atrasadas. Les dio coraje; les confirió el honor de habilitarlas para que lucharan en pie de igualdad con el hombre. Está bien, pues, que ustedes rindan homenaje a Gandhiji en su centenario dando una serie de conferencias sobre él. No quiero hablar de él aquí sino para señalar algunas de las cosas que le eran más caras y que, creo yo, son cosas que nosotras, como mujeres, tenemos que hacer para nuestra comunidad e incluso para nuestros hogares.

Una de las cosas queridas por Gandhiji era la integración nacional. No basta con abolir la intocabilidad, o decir que todos debemos vivir juntos y en paz. Lo que importa es corregir hábitos mentales, actitudes sociales, de manera que nazca la tolerancia hacia las ideas y creencias

del prójimo. Es la actitud de ustedes hacia sus vecinos la que regirá la actitud de sus hijos. Un niño nace lleno de amistad por todo lo que lo rodea. Aquí me permito contarles una historia que leí hace mucho tiempo sobre una familia norteamericana que se había trasladado a uno de los estados del Sur. Alguien vino y se quejó a la madre: "¿Sabe usted que su chico juega con un chico de color y que eso no se hace?" Así que cuando volvió del colegio el chico, la madre le preguntó: "¿John, es cierto que tu amigo Jack es un chico de color?" El chico dijo: "Madre, ¿qué es un chico de color?" La madre le dijo: "Bueno, ¿no has notado que tiene un color oscuro?" El chico dijo: "No me fijé. Mañana lo miraré y te lo diré." Esta historia es típica de la actitud de un niño. El niño va a lo esencial. No le importa el aspecto superficial de las cosas. Pero es la actitud de los padres, la actitud de la escuela lo que hace nacer en él los prejuicios. De modo que nosotras, como mujeres, como madres, podemos suprimir esos prejuicios y crear una atmósfera en la que todos podamos vivir juntos en paz.

La otra gran idea de Gandhiji era la del *Swadeshi*. No creo que para siempre debamos cerrar las puertas a las mercaderías o a las ideas de otros países. Pero mientras nos estamos formando, debemos preocuparnos de cuál es la mejor manera de fortalecernos. Por lo tanto, mientras dure el período de construcción es necesario comprar sólo aquellas cosas que ayudarán a nuestros hombres, a nuestra industria, aunque sean cosas poco atractivas. Es deber de las mujeres el ayudar a que se extienda este espíritu del *swadeshi* entre ellas y entre sus hijos.

La idea de no-violencia era básica en el pensamiento de Gandhiji. No-violencia para Gandhiji no significaba sólo renunciar a la fuerza; significaba la ausencia de odio, la ausencia de miedo y el espíritu de tolerancia y amistad hacia todos. Desde luego, esto no incluye la tolerancia de la injusticia.

INDIRA GANDHI

Traducción de Victoria Ocampo.

LA MUJER EN LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS

No hay problema social de más actualidad que el de la condición de la mujer en nuestras sociedades. Desde hace treinta años se ha producido en los países que pertenecen a la cultura europea una profunda revolución que ha cambiado del todo las relaciones mutuas de los sexos en la vida económica y política. En muchos países, principalmente en los de lengua germánica, la mujer ha logrado conseguir derechos que la igualan al hombre y desempeña ahora un papel de suma importancia en la vida pública. En los Estados Unidos las mujeres no sólo han conquistado la igualdad de derechos, sino que esta igualdad ha pasado a ser muchas veces una superioridad. Estos hechos nos permiten comprobar que somos testigos de una gran revolución social que, como todas las revoluciones de esta índole, se ha producido poco a poco, casi imperceptiblemente, pero que no ha sido por eso menos profunda y compleja.

En este artículo me propongo tratar de los lejanos orígenes de este conflicto y dar una idea, lo más exacta posible, aunque superficial, de la condición de la mujer en las sociedades primitivas y del papel que ha tenido en la historia de la humanidad. Es un tema tan vasto que no se puede agotar ni siquiera en amplios volúmenes y sobre el cual todavía no ha sido recogida toda la documentación.

Ante todo, quisiera desarraigar una idea tan falsa como difundida. Se cree comúnmente que la condición de la mujer entre los primitivos es miserable y semejante a la de un esclavo. Muchos viajeros se han compadecido de su situación, consagrándole páginas conmovedoras. Nos pintan, por ejemplo, a las indias del Brasil agobiadas de trabajo mientras los maridos descansan en las hamacas. No hay cuadro más falso y más injusto. Muchos etnógrafos han protestado contra tal interpretación de los hechos y yo mismo, durante una expedición que hice al Chaco, pude comprobar que no había tal servidumbre. En efecto, las apariencias dan razón a los que se indignan de la posición a que se ve sometida la mujer primitiva: cuando una tropa de indios viaja es la mujer que

lleva la carga y a veces da lástima verla agobiada bajo una pesada red llena de enseres domésticos y llevando, además, a sus hijos sobre los hombros o el costado, mientras el marido o el hermano camina adelante muy ufano con un arco y unas flechas en la mano. Pero si uno se toma la pena de considerar las cosas como son, comprenderá que una actitud tan egoísta se justifica plenamente en el hombre. Durante todo el camino los hombres deben proveer a la tropa de la alimentación necesaria y estar listos para matar de un flechazo al animal que se le cruce. No podrían cumplir con su deber si estuviesen impedidos por la carga. Además, la tribu pasa muchas veces por territorios hostiles y cada uno de los hombres tiene que estar pronto a repeler cualquier ataque. Es verdad que en las aldeas de indios las mujeres se ven atareadas trabajando día y noche mientras los maridos fuman o duermen ociosos. Pero las mujeres nunca trabajan contra su voluntad y lo que hacen es para su familia. Los hombres tienen que ir a cazar o a pescar y no es tarea tan fácil como muchos imaginan. Además, han de hacer el desmonte, lo que con hachas de piedra es un trabajo sumamente penoso y largo. Toda actividad que represente un esfuerzo violento está siempre reservada al hombre. Estoy persuadido de que en las sociedades primitivas la mujer no lleva una vida más laboriosa que la mujer del pueblo entre nosotros y creo que un indio que visitara los barrios populares de Londres o de París al volver a su tierra contaría que los hombres blancos martirizan a sus mujeres sometiéndolas a trabajos humillantes y penosos.

Uno de los fenómenos más importantes que se hayan producido en la humanidad primitiva es el de la división del trabajo entre los dos sexos. Condición esencial de la civilización es que cada individuo pueda elegir el tipo de actividad que le convenga y desarrollar en ésta sus facultades. En nuestras sociedades el trabajo está repartido al extremo y a este respecto diferimos muchísimo de los primitivos, quienes muchas veces sólo conocen la división sexual del trabajo, es decir, que cada hombre por su actividad provee él mismo de todo cuanto necesita para vivir, excepto lo que proviene de las ocupaciones reservadas a la mujer. El estudio de las actividades exclusivamente femeninas nos permite descubrir cuál ha sido la contribución de la mujer a la civilización.

Mucho debemos al ingenio de la mujer y no hay duda que uno de los descubrimientos fundamentales para la humanidad ha sido su obra: este descubrimiento es la agricultura. Nuestros lejanos antepasados vivían, a no dudarlo, como muchos pueblos primitivos en la actualidad, de la caza y de la pesca, de las raíces y frutas que la naturaleza produce espontáneamente. Pues bien, entre las tribus actuales que aún están a ese nivel, existe una rigurosa separación entre la contribución económica

del hombre y de la mujer: el hombre caza y pesca, la mujer recoge las frutas y arranca las raíces de la tierra. Si pasamos a tribus más desarrolladas, que ya conocen la agricultura, comprobaremos que esa tarea está exclusivamente reservada a la mujer; lo que prueba que a fuerza de arrancar raíces y semillas ella llegó a comprobar que le resultaría más práctico sembrar y cosechar cerca de su casa. Esta observación capital para la humanidad quizá fue hecha casualmente, pero la mujer la aprovechó y conservó el monopolio de la agricultura casi hasta el tiempo en que se inventó el arado.

La mujer no sólo descubrió las plantas que constituyen la base de nuestra alimentación, sino también el arte culinario; la carne puede comerse cruda y hasta en nuestros días existen pueblos que la consumen de ese modo, pero ciertas raíces no pueden aprovecharse sino cocidas; y así, vemos que toda la alimentación vegetal es preparada siempre por mujeres, mientras los hombres asan la carne de los animales que han matado; aunque poco a poco le hayan cedido esta tarea. La práctica del arte culinario tuvo por consecuencia la invención de los enseres de cocina, y al ingenio de la mujer debemos el descubrimiento de la alfarería. En todas las tribus primitivas, principalmente en América, la alfarería está en manos de las mujeres: hecho de trascendental importancia, pues al mismo tiempo que la mujer descubrió el modo de hacer recipientes de tierra cocida, abrió vastos horizontes a otra actividad humana: el arte.

Bien conocida es la maravillosa alfarería calchaquí que constituye la expresión más elevada de arte que han dejado los antiguos habitantes de la Argentina, pero cuando admiramos estas obras, algunas de gran valor, raras veces pensamos que representan un arte puramente femenino y que nos da testimonio del gusto y de la cultura de la mujer indígena.

Es así que entre los indios chiriguanos del Chaco, que son los últimos en América que siguen teniendo una cerámica propia y original, ésta es una manifestación exclusiva del genio de la mujer, que sola, en medio de la decadencia, ha sabido conservar el buen gusto y la habilidad. Cuántas veces he quedado pasmado de admiración viéndola cubrir de motivos variados y de finos matices las tinajas en las que sirven chicha a los hombres. Muchos psicólogos han negado a la mujer dotes artísticas, considerándola en este aspecto inferior al hombre; pero en el caso de las tribus americanas es justamente la mujer quien representa al sujeto creador en el arte.

No puedo seguir enumerando todos los elementos fundamentales de nuestra cultura que debemos a la mujer; baste recordar el arte de hilar y tejer que, por lo general, está en sus manos. El descubrimiento de la agricultura tuvo por consecuencia el sedentarismo, factor esencial de

todo progreso. Por los ejemplos que he dado vemos que la mujer ha sido predominante en la evolución de la cultura, de modo que se justifica el título que el etnólogo Buschan dio a su libro —sobre el papel de la mujer entre los primitivos— cuando, parafraseando una expresión del Evangelio, dice: *Al principio era la mujer...*

La actitud de la primitiva en presencia del desarrollo de la civilización material no corresponde a la posición psicológica que asume la mujer frente al progreso en nuestras sociedades. La civilización es dentro de la sociedad un factor de continuo movimiento y de inestabilidad. Nuestras mujeres están siempre al tanto de toda innovación, que adoptan inmediatamente, y este amor al cambio se expresa con fuerza particular en la moda. No hay cosa que más rápidamente se modifique que el vestido femenino. No pocas mujeres preferirían morir encerradas antes de salir a la calle con un vestido de corte anticuado, aunque sea de seis meses. El hombre, aunque progresista, se muestra más conservador y cambia a regañadientes sus costumbres y tradiciones. La mejor prueba es la pequeña variación del traje masculino en un siglo, mientras que la mujer ha adoptado en ese mismo lapso un sinnúmero de modas de tipo completamente diferente. En las sociedades primitivas la psicología de los dos sexos ante la civilización es lo contrario de la que comprobamos entre nosotros: el hombre es una veleta, mientras las mujeres se muestran ferozmente apegadas a las costumbres y a las modas ancestrales. En el Chaco se lo comprueba: los hombres son los primeros en adoptar el traje de los civilizados, mientras que las mujeres se deciden muy lentamente a abandonar las usanzas y la moda de sus madres. Creo que hace ya mucho que los chiriguanos han adoptado parte de la indumentaria criolla; las mujeres, en cambio, siguen fieles al antiguo y elegante "tipoy", esa camisa sin mangas que se prenden al hombro. Todos los viajeros han observado que la mujer se muestra rebelde a toda innovación, mientras el hombre no opone ningún reparo si le conviene. Cuando viajé por el Chaco llevaba grandes lotes de cuentas de vidrio para canjearlas por objetos etnográficos; pero las mujeres nunca las aceptaron, ni regaladas, por más bonitas que fuesen, si no eran exactamente del mismo color y de la misma forma que las baratas que ellas solían llevar. Preguntémonos, en este caso, cuál hubiera sido la actitud de una mujer civilizada.

Hasta aquí nos hemos ocupado de la mujer en las sociedades arcaicas con respecto a la cultura material; cabe ahora destacar su condición en la organización social de las tribus primitivas.

En la mayor parte de esos pueblos la mujer constituye el centro de la organización social, pues ella es la que determina el parentesco. Es decir que, en épocas primitivas y casi en el mundo entero, el niño era atribuido

únicamente a la madre, de la cual llevaba el nombre y a cuya tribu o clan pertenecía. El hijo era carne y sangre de la madre, y legalmente el padre no es su pariente sino un extraño, en todos los sentidos de la palabra. Esta concepción de las relaciones de parentesco ha recibido el nombre de matriarcado, pero es una designación que no corresponde, ya que ella implica que es la mujer la que dirige y manda, lo que no es el caso. Por matriarcado debemos entender únicamente que la mujer constituye el centro del sistema de parentesco. Las consecuencias de esta costumbre son variadas y sólo puedo citar aquí algunas de ellas: el hijo nunca hereda de su padre, pero sí del hermano de su madre, es decir, del tío materno que, desde el punto de vista legal, es para él pariente más cercano que el padre. Otra consecuencia del sistema es que la mujer no sigue al marido, sino al contrario: el marido a la mujer, y tiene la obligación de residir en casa de sus suegros, en la que a veces permanece toda la vida. Así concebido el sistema, por fuerza debía entrañar para la mujer una situación privilegiada, puesto que los papeles estaban invertidos. En el hecho, el matriarcado ha contribuido muchas veces a establecer una ginecocracia, es decir, un despotismo femenino.

En la tribu piel-roja de los iroqueses (América del Norte) los hombres estaban completamente dominados por las mujeres, según refieren los antiguos misioneros. En la familia sólo heredaban las hijas. A los hijos se les asignaba únicamente lo necesario para su mantenimiento. Toda la autoridad del país estaba en manos de las mujeres, a ellas pertenecían la tierra y sus productos, eran el alma del consejo, decidían sobre la paz y la guerra, administraban el fisco y el tesoro público. A ellas se entregaban los prisioneros; ellas disponían del matrimonio, los hijos estaban bajo su dominio y su sangre determinaba la sucesión. Estos casos, sin embargo, no son frecuentes y, por lo general, en las tribus primitivas los asuntos públicos están en manos de los hombres; las mujeres no ejercitan sino una influencia indirecta.

¿A qué causa debe atribuirse el matriarcado y la exclusión del padre en el sistema de filiación? Muchas teorías han sido formuladas a este respecto, pero ninguna es satisfactoria. Se ha supuesto que en épocas muy remotas existía la promiscuidad, y que, por lo tanto, era imposible conocer al padre de los niños que, de hecho, pertenecían a la madre. En nuestros días ya no se cree más en la promiscuidad primitiva y, al contrario, se supone que nuestros lejanos antepasados eran monógamos. Ciertos etnólogos, al comprobar que algunas tribus primitivas de Australia y de Melanesia no conocían el proceso natural de la generación, se han apoyado sobre este hecho para considerar el matriarcado como la supervivencia de un período en el cual se negaba al hombre toda parti-

cipación en dicho acto. Cierto es que los melanesios del Estrecho de Torres consideran a los niños como espíritus reencarnados en la mujer, sin que el marido intervenga para nada en el fenómeno. Pero no hay que generalizar esa observación y atribuir a todos los primitivos esta ignorancia; en realidad, pocos son los pueblos que muestran esa inocencia. Todo etnólogo sincero tiene el deber de confesar que hasta la fecha no se conocen las causas de la institución del matriarcado.

Mucho habría que decir aún sobre este tema, pero tengo que limitarme para poder abordar otro aspecto de la condición de la mujer en las sociedades primitivas relacionado con su principal función: el amor y la maternidad. Es tema difícil de abordar, por lo inmenso, en un solo artículo. No es posible establecer leyes generales y declarar que los primitivos hacen esto o aquello, porque las costumbres cambian de tribu a tribu y de continente a continente. El hombre primitivo no constituye un tipo único al cual se pueda atribuir tales o cuales caracteres; en realidad los pueblos llamados primitivos se hallan sobre todos los grados de esa inmensa escala que nos lleva, desde los pigmeos errantes y salvajes del África o de Malasia, hasta nosotros mismos. Falso sería creer que los pueblos primitivos representan en lo que se refiere a moral sexual un cuadro repugnante y salvaje; al contrario, es entre los pueblos de cierta civilización que la condición de la mujer resulta a veces la peor y más humillante. Por ejemplo, los pigmeos de África o de Ceylán practican la monogamía, aunque sean los hombres más primitivos que conocemos. Los árabes, por el contrario, que se encuentran en un alto grado de civilización, son polígamos y tienen a la mujer en un estado casi de servidumbre. Estos contrastes se pueden averiguar a cada rato en la etmografía. Para no caer en excesivas generalizaciones elegiré unas tribus y las estudiaré más detenidamente a título de ejemplo; pero vuelvo a insistir que sería erróneo y arbitrario querer generalizar estos hechos. Elegiré a las tribus chaqueñas, entre las cuales realicé en 1929 una expedición científica de varios meses.

En muchos pueblos no civilizados los dos sexos gozan de una perfecta libertad antes del matrimonio y, en ciertos casos, es un deshonor para la joven el haber conservado su pureza. Esta comprobación ha podido hacerla toda persona que haya vivido entre los indios tobas, chorotis o lenguas del Chaco argentino, paraguayo o boliviano. Tan pronto como una joven ha llegado a la pubertad se celebra una gran fiesta destinada a ahuyentar los malos espíritus que la amenazan y desde ese momento se le concede entera libertad. Cada noche los jóvenes bailan después de haberse ataviado lo más lujosamente posible, es decir, con plumas, collares de conchas y grandes mantos. Las jóvenes, por el contrario, nunca

tratan de competir en elegancia con los muchachos, que pasan horas enteras en pintarse y mirarse en un espejo. No es solamente entre los indios chaqueños que la mujer no hace alarde de la tan celebrada coquetería femenina. En casi todos los pueblos de América el que cuida de su elegancia, de su traje, de su pintura es casi siempre el hombre. La mujer no trata de lucirse y sólo lleva adornos modestos y de poca vista. En el Chaco, las mujeres apenas usan un collar de semillas o de perlas de vidrio, una pulsera de cuero y anillos hechos de la cola de la iguana. Nunca se ponen plumas, como los hombres.

Cuando los jóvenes están reunidos y forman la rueda de baile, las muchachas se ponen detrás del hombre por el cual sienten una inclinación y apoyan los brazos sobre sus hombros. Por esta actitud manifiestan la elección. Nunca toman los hombres la iniciativa en asuntos amorosos: la dejan entera y exclusivamente a la mujer. Como a veces el número de varones es superior al de las muchachas, se sienten felices de haber sido elegidos. Los hombres no manifiestan nunca celos, pero no así las muchachas, que a cada rato se traban en peleas por rivalidad amorosa... Cuando dos de ellas se han encaprichado por el mismo hombre se boxean mutuamente y utilizan unos guantes especiales, hechos de cuero de tapir; en casos graves hasta se apuñalan con punzones. Los hombres las miran, riéndose y azuzando a las rivales. El muchacho que es objeto de la lucha sigue a la vencedora.

Cuando la mujer considera que ya ha gozado lo suficiente de la libertad, piensa en casarse y elige a su futuro esposo. Desde ese momento se convierte en la más fiel y diligente de las esposas. La vida disoluta que ha llevado no influye sobre su moral, y es tan buena madre y esposa como la mujer que ha mantenido su pureza. Pero con el casamiento empieza para la mujer un tercer período de vida, enteramente consagrado al trabajo; para ella se acabó la vida del corazón. El marido le es generalmente fiel, a lo menos bajo su mirada, porque si ella sospechase de otra mujer no tardaría en abalanzarse sobre su rival y castigarla severamente. Si el marido siente deseos de engañarla, preferirá cortejar a una de otro pueblo, lejos de la ira de su esposa.

Esta libertad sexual de ningún modo debe considerarse como una prueba de salvajismo; igual costumbre existe hasta la fecha entre los quechuas y aymaráes de Bolivia, que son indios que han alcanzado un cierto grado de civilización, ahora en decadencia. En el altiplano boliviano, entre los indios, las mujeres pueden disponer de su persona como se les antoje y si llegan a tener hijos fuera del matrimonio tal circunstancia no es considerada afrentosa para su honor, muy por el contrario, una mujer que tiene varios hijos ilegítimos en ciertos casos puede encontrar con más

facilidad un marido que la que haya observado una conducta irreprochable. Los hijos que tiene constituyen un capital que lleva en dote a su esposo y éste sabe apreciar la ventaja que representa para él la paternidad que su mujer le impone. Cada hijo es un peón gratuito que irá a cuidar las majadas de ovejas o de llamas y contribuirá a la riqueza del matrimonio. El hombre no hace ninguna diferencia entre sus propios hijos y los de su mujer.

En el Chaco las mujeres tienen mucho cuidado de no tener hijos ilegítimos y matan a cada niño que haya nacido de una unión libre.

No puedo dar mejor prueba de la diferencia de costumbres que existe, desde el punto de vista de la moralidad sexual, entre las tribus primitivas, que poniendo en paralelo con los hechos que acabo de citar las costumbres de los indios chiriguanos, otra tribu del Chaco que estudié detenidamente el año pasado. Entre los chiriguanos se aprecia mucho la castidad y el hombre exige de su esposa que sea perfectamente pura. Tal exigencia hace que las jóvenes chiriguanas sean muy vigiladas por sus madres y no puedan recibir visitas de hombres, como las mujeres tobas o matacos. El viajero advierte en seguida esta diferencia al pasar de un campamento toba o mataco a una aldea chiriguana. En los primeros las jóvenes se muestran atrevidas, insolentes y a veces provocativas; entre los chiriguanos, por el contrario, todas las jóvenes huyen para esconderse y no salen sino cuando están seguras de que el viajero no tiene malas intenciones.

Entre los matacos la mujer elige al marido y entre los chiriguanos es el hombre el que busca a su futura esposa. Esta segunda solución es mucho más favorable para la mujer que la otra, pues cuando la mujer elige a su marido no lo hace por cariño, sino para asegurar su vida, mientras que entre los chiriguanos el amor acompaña al casamiento y yo he visto jóvenes esposos chiriguanos darse muestras de cariño entrañable mucho tiempo después de casados. Recuerdo cierta vez haber llegado a una aldea cuando los hombres estaban por irse a trabajar a los ingenios de la Argentina. Los novios y los jóvenes casados se quedaron medio día mirándose a los ojos y manifestando un profundo dolor por la separación que sobrevendría.

¿Cuál es la situación de la mujer dentro del matrimonio? En general, muy buena. Los llamados salvajes son casi siempre menos brutales en sus relaciones con el otro sexo que muchos hombres en nuestra civilización. Nunca he visto a un chiriguano o a un indio chaqueño maltratar a una mujer o hablarle con severidad, y todos los viajeros que me han precedido han hecho la misma observación, no sólo en el Chaco sino en varias regiones de América. No pocas veces hemos podido comprobar

que es el hombre el que está prendido del delantal de la mujer y que ésta hace de él lo que le da la gana. Entre los indios hay hombres que no se atreven a vender un objeto, aunque les pertenezca, si la señora se opone, por capricho, y aconsejo a todo etnógrafo que quiera hacer compras interesantes que se ocupe primero de granjearse la simpatía de las señoras; de otro modo peligrarán sus negocios. Tengo de esto buena experiencia y no he olvidado la astucia con la cual las mujeres chiriguanas cuidan de sus intereses cuando los maridos se muestran despreocupados.

El marido sólo castiga a su mujer cuando ésta lo engaña y él tiene la prueba de su culpabilidad; en tal caso, pocas veces pasa de una paliza. El trabajo de la mujer es voluntario y ningún hombre la obliga con violencia a que trabaje para su mantenimiento. Lo que ocurre más a menudo es que el hombre se muestre flojo: entonces la mujer no se cansa de insultarlo y cubrirlo de denuestos. En muchas tribus del Brasil, si el hombre es flojo o de poca suerte en la caza, la mujer lo abandona sin remordimiento.

Mientras que nuestro código no ha reconocido sino en época tardía el derecho de la mujer a la propiedad, entre los primitivos de América ella sola dispone de los objetos que hace y a veces de la cosecha que ha realizado.

Por lo general, el adulterio no es considerado un crimen y se lo castiga levemente; pero hay algunos casos en que la falta de castidad constituye un delito terrible que acarrea gran desastre a los culpables. El adulterio o la fornicación se convierten en crimen cuando violan un tabú, es decir, una interdicción de carácter religioso; así por ejemplo en muchas tribus, cuando los hombres están en guerra o de caza, las mujeres deben observar rigurosa castidad, pues en caso contrario una gran desgracia ocurriría a los hombres. Si éstos han sido derrotados o vienen de caza sin botín atribuyen su fracaso a la inconducta de las mujeres y efectúan una severa inquisición para saber quién es la culpable y castigarla. Es indudable que tales supersticiones han contribuido no poco a dar a la castidad un valor moral y han hecho penetrar en la sociedad el concepto de pureza y de honra femenina.

Todo hecho social no debe considerarse únicamente en su forma abstracta sino en sus manifestaciones externas, es decir que, al mismo tiempo que se comprueba la existencia de una costumbre o de un sentimiento, conviene estudiar las actitudes que la ponen en evidencia. ¿Cómo manifiesta su afecto la mujer en los pueblos primitivos? No puedo enumerar todos los gestos convencionales mediante los cuales la humanidad expresa el amor, porque son bien diferentes. El beso, por ejemplo, es

signo de cariño propio de los pueblos de cultura europea y no se halla en otras partes. Las indias del Chaco cuando sienten simpatía por un joven se ensañan en pincharlo y rasguñarlo, hasta con un punzón, de tal modo que un buen mozo tiene a veces el cuerpo cubierto de cicatrices que le han hecho sus admiradoras. Algunas llegan a escupir el rostro de sus amados para dar testimonio de gran afecto. Entre los quechuas y aymaráes también existe la costumbre de que los jóvenes se den fuertes pinchazos como prueba de su amor.

Entre los gigliak, tribu de Siberia, los enamorados se buscan mutuamente los piojos de la cabeza y los comen, o se lavan recíprocamente la cara con saliva. Como es sabido, los polinesios se refregan la nariz para demostrar el cariño o la amistad. No debemos reírnos de estas costumbres que nos parecen ridículas, pues no poco escandalizan los europeos a los indígenas cuando se besan en su presencia. Son costumbres y nada más...

Si un hombre siente una inclinación amorosa por una mujer, es que ésta corresponde a un ideal de belleza y no hay duda que entre los primitivos deben existir normas según las cuales se juzga del físico de una mujer. Pero el concepto de belleza es uno de los más variables y el que experimenta mayores cambios según los países y las épocas. Los primitivos, según creo, no se preocupan tanto de la hermosura de una mujer como nosotros, pues los sentimientos amorosos no tienen para ellos la importancia que revisten para los blancos; el hombre primitivo se muestra menos exigente, puesto que no tiene la facultad de poder elegir a su amada. Sin embargo, como acabo de decirlo, conoce él también un tipo ideal de belleza, según el cual juzga de los encantos de una mujer. Cuando viajaba por el Chaco interrogué a un indio sobre este punto y él me contestó que para ser hermosa una mujer debe tener cutis claro, ojos overos y ser gordita y bien formada. El colmo de la fealdad, según lo podemos juzgar por los mitos, es que una mujer sea tuerta y negra.

Lástima que los etnólogos se hayan preocupado tan poco de este problema y que en la literatura etnográfica tengamos escasos datos sobre este interesante aspecto de la psicología primitiva.

Para los hombres de una tribu de África, las mujeres tienen que tener el cuerpo sin talle, el cuello largo y las orejas como las de un elefante, bien destacadas de la cabeza.

Las mujeres botocudas del Brasil, que se deforman los labios poniendo en ellos inmensos discos de madera, que les da la apariencia de monstruosos patos, no chocan sin embargo al gusto de los hombres; pero falso

sería creer que se deforman así por coquetería. Esos horrorosos ornamentos deben su origen a creencias religiosas.

Muchos viajeros se han preguntado si la mujer en las sociedades primitivas tiene sensibilidad y sentimientos parecidos a los de la mujer blanca. La solución de tal problema psicológico es a veces muy difícil.

El alma primitiva resulta impenetrable para el europeo y como por lo general el salvaje exterioriza sus sentimientos menos que nosotros, tanto más ardua se hace nuestra tarea cuando tratamos de ir hacia el fondo de su alma.

No hay duda que el amor entre los primitivos tiene un carácter menos ideal que entre nosotros y que no obsesiona a la mujer como en nuestras sociedades. La pasión es más efímera y el cariño no predomina sobre la atracción física; esta falta de pasión amorosa, tal como la entendemos, se traduce en la indiferencia con la cual el hombre elige a su esposa, actitud que le es dictada por las leyes de la exogamia, que le obligan a casarse con aquella mujer y no con esta otra, según la familia a la cual pertenece. Muchas veces la futura esposa le es atribuida cuando todavía es un niño. Raro es que un primitivo pueda casarse verdaderamente por amor. Un etnólogo americano, el doctor Radin, me citó a este respecto un caso típico: habiendo preguntado una vez a un indiecito de seis años, "y tú, ¿qué sabes?", éste le contestó lleno de orgullo: "conozco a todas mis mujeres". Con esta frase dejaba entender el chiquillo que sabía cuáles eran las niñas de su edad con las que podría casarse cuando fuera hombre. Pero en esto tampoco hay que exagerar y figurarse que el amor entre los primitivos es únicamente un sentimiento físico. Cotejando las innumerables obras consagradas a los primitivos se pueden hallar episodios que prueban que el amor, con todo su encanto y su belleza, vive en el corazón de los salvajes: basta leer los poemas que las jóvenes de muchas partes del mundo componen para traducir el sentimiento que les inspira uno que otro joven. A título de ejemplo daré la traducción de un poema que dicen las muchachas de la Isla de Formosa, en el Pacífico, cuando de noche vienen a darles una serenata:

"En la noche oigo la melodía de un canto. Estoy sola y tengo el corazón acongojado. También me suena al oído el canto de un ave y me parece que un amigo se acerca y viene a visitarme. Me levanto, lo llamo y miro, pero no es más que la voz del viento que sopla en los cañaverales. Y todo aquello me pasa porque el recuerdo de mi amado me arde en el pecho."

Pero no solamente las muchachas dicen versos a sus enamorados; ellos también les hacen conocer su cariño por medio de poemas. Durante mi viaje entre los chiriguanos apunté dos de esas poesías en guaraní, que el

novio recita a su amada en los días de fiesta al ofrecerle una calabaza llena de chicha:

Ríete armoniosamente para mí,
ríete armoniosamente para mí,
ven, dame un beso
mi mujercita,
dame tu boca,
mucho te quiero
con todo corazón.
Tienes lindos ojos,
tienes la boca pequeña.
Mucho te quiero,
por eso te voy a pedir a tu padre."

Pero si el amor no es causa del matrimonio, éste sin embargo puede crear entre los esposos lazos perdurables. El cariño de la mujer para su marido se traduce en los cantos funerarios que le dedica después que ha muerto. El explorador Nordenskjöld cuenta en uno de sus libros que cierta vez, en un pueblo indio del Chaco, presenció la muerte de un anciano, y que su viuda, una pobre viejita ciega, manifestó la más profunda desesperación, y este espectáculo fue tan conmovedor que el ilustre etnólogo sueco añade: "He podido comprender que también entre estas gentes existen hombres y mujeres que atraviesan la vida tomados de la mano y que se han amado."

En este artículo no tengo la pretensión de haber agotado el inmenso tema de la mujer en la humanidad primitiva. He señalado ciertos aspectos de su condición, he indicado algunos problemas, he tratado algunas costumbres dignas de interés; pero, lo vuelvo a repetir, no he hecho más que esbozar algunos de los problemas que ofrece la materia. ¿Cuál será mi conclusión? Se desprenderá de los hechos mismos: la marcha del progreso no es continua, no se puede clasificar a los pueblos con relación a nosotros colocándolos sobre una escala cuyo extremo estaría representado por pueblos de costumbres repugnantes, de una parte, y de la otra por nosotros. La etnografía nos ha probado que muchos pueblos considerados salvajes tenían instituciones que calificaríamos de morales y admirables, mientras que otros más civilizados, por el contrario, nos ofrecen el espectáculo de sus costumbres chocantes. En lo que atañe a la mujer, su condición no ha sido siempre mejorada por la civilización y los hombres cultos se han mostrado muy duros con ella. Hemos visto que en las sociedades primitivas y entre los salvajes su condición no es la que imaginan muchas almas sensibles pero poco enteradas de la reali-

dad. Entonces ¿en qué se manifiesta el progreso? Este progreso para mí ha sido esencialmente espiritual. Los sentimientos primitivos se han suavizado, también se han hecho más complejos, y como diría Freud, se han sublimado; pero en realidad son siempre los mismos en esencia. En definitiva, no hay ningún abismo entre la mujer primitiva y la mujer moderna: sólo algunos matices, más o menos importantes según la cultura de cada mujer. El amor propiamente dicho y el amor materno hacen de la mujer un ser idéntico a ella misma a través de toda la historia humana.

ALFRED MÉTRAUX

[1] Artículo aparecido en *Azul*, revista de ciencias y letras (año II, junio 1931), dirigida por Bartolomé J. Ronco y Pablo Rojas Paz.

ENFOQUES SOBRE LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

Al aproximarse el advenimiento del año mil de nuestra era empezó a cundir el pavor entre los hombres. Se había corrido la voz de que su llegada coincidiría con el fin del mundo. Hubo escenas de pánico acompañadas de ruegos y contriciones. Nada ocurrió, sin embargo, y el paso de un milenio a otro se realizó sin que se produjeran los catastróficos acontecimientos que se habían anunciado. La humanidad volvió a sus tareas habituales y siguió arrastrando lentamente su existencia, sin mayores hechos salientes durante meses, años y siglos.

Muy distinta es la conducta de los hombres en estas proximidades del año dos mil. A nadie se le ocurre lanzar la voz de alerta acerca del fin del mundo en sentido bíblico, pero sí existe el generalizado convencimiento de que sobrevendrán modificaciones tales que implicarán el cierre definitivo de una etapa en la vida de la humanidad. Desde comienzos del siglo encontramos en los que miran hacia adelante una actitud que unas veces ha sido de receloso temor y otras veces de anticipada y jubilosa acogida. A nuestra centuria le tocó presenciar un proceso transformador que ha ido adquiriendo cada vez mayor velocidad. Los nuevos inventos, los nuevos descubrimientos nos llegan a azorar. Al final de la segunda guerra mundial entramos en la era atómica. Ahora ya pasamos a la era espacial.

El hecho es que faltan menos de tres décadas para el arribo del año dos mil y ya se suceden vertiginosamente los acontecimientos precursores que lo anuncian. Y ante la inminencia de esa llegada, con frecuencia oímos hablar enfáticamente de *cambio*, aunque no siempre los que usan el término poseen una clara noción de lo que significa.

Quienes emplean la palabra *cambio* conociendo su verdadero alcance son los menos. El resto puede separarse en tres grupos: a) los que creen conocer ese alcance, aunque lo circunscriben a algunos retoques para modernizar viejas estructuras; b) aquellos que lo hacen consistir en el pisoteo indiscriminado de todo lo existente; c) los numerosos hombres y mujeres para quienes esa palabra es sólo fuente de perplejidad.

Debemos, entonces, rendirnos ante la evidencia: el mundo avanza hacia el año dos mil ofreciendo situaciones sumamente desiguales. Fuera de maravillarse ante ciertas proezas de la técnica, ¿posee la mayoría de la población humana la noción cabal de lo que esas transformaciones significan? Y tengamos en cuenta que numerosos grupos viven todavía en condiciones tales que ni siquiera alcanzan a maravillarse porque sólo les llegan atisbos de lo que está ocurriendo en otros lugares.

Vale la pena recordar, para mayor mortificación de nuestra vanidad, lo afirmado por Arnold J. Toynbee cuando señaló que la civilización posee un lado brillante, pero también un lado oscuro y que ese lado oscuro, en nuestra época "fue más oscuro que el borrón más oscuro que presentan las páginas de la historia universal en la Edad Media o en la época de las guerras de religión". Y Toynbee vuelve a insistir sobre algo ya dicho y repetido por él después de Hiroshima: "La técnica occidental moderna ha adquirido el poder de eliminar el género humano juntamente con el poder de brindar las comodidades de la civilización a todo él."

El planteo es suficientemente claro.

Por un lado el prodigioso adelanto de la ciencia y la técnica puede ahorrarnos penurias sin fin, pero podría también llevarnos a la destrucción total. Por el otro, vemos a la humanidad del siglo XX que avanza hacia el siglo XXI acusando profundos desniveles. Una minoría es la que discierne claramente el camino recorrido y el que falta recorrer. La gran mayoría ve las cosas a medias o se deja arrastrar. Cuando no yace olvidada, debatiéndose en la ignorancia, la miseria y el hambre.

De modo que es ineludible suprimir en primer término esos desniveles si se pretente llegar a un verdadero *cambio*. Y eso no es conseguirá con remiendos de estructuras o con drásticas destrucciones. Se imponen revisiones a fondo, pero asentadas en el suelo firme de las auténticas realizaciones.

Enfrentar ese tremendo problema de las transformaciones sociales y económicas que habrán de llegar alguna vez supera los límites de este artículo. Sólo insistiremos en que ningún *cambio* podrá ser llevado a feliz término sin una sólida base educativa.

En este punto parece existir pleno acuerdo entre gobiernos y organismos internacionales: es urgente extender el campo de la educación hasta los límites extremos que puedan ser alcanzados. Sólo que aquí se impone una distinción: no deben confundirse educación y lucha contra el analfabetismo. Es elemental, desde luego, eliminar esa plaga que en ciertos lugares de la tierra alcanza proporciones vergonzosas, pero la educación ya no puede ceñirse al mero *leer, escribir y contar* del siglo

pasado. Esas nociones no son más que herramientas básicas. La educación debe formar la personalidad del educando para que éste se enfrente con la vida de su tiempo y sea capaz de proyectarla hacia el porvenir. Y está obligada a ir más allá de la esfera infantil para abarcar a toda la comunidad. Esta concepción no es reciente ya que fue proclamada a principios de siglo por los que levantaron el estandarte de la escuela nueva.

Esos desniveles padecidos por nuestra humanidad afectan mucho más a las mujeres que a los hombres. A la pobreza, a la explotación, al abandono, la mujer debe añadir siglos de sometimiento, de desconsideración, casi de menosprecio. Y eso sigue gravitando sobre su destino en pleno siglo xx.

Podrá juzgarse paradójica esta afirmación y el primer impulso sería de rechazo. No dejemos que ciertos aspectos brillantes de la situación actual de la mujer lleguen a ofuscarnos hasta el punto de tornar confusa la visión de lo que sucede en planos más alejados.

Durante siglos y siglos ha existido un verdadero *condicionamiento* de la mujer. El hombre era preparado desde sus primeros años para la vida pública, la mujer exclusivamente para la privada. Se le enseñaba a someterse, a aceptar la ley de los varones, se consideraba superflua toda instrucción para ella y sólo se la adiestraba en tareas domésticas. Esas limitaciones formaban el marco de su existencia.

Para la antigüedad no admitía discusión eso de que *las mujeres honradas no tienen historia* y el mejor elogio que se les podía tributar era decir de ellas: *Permaneció encerrada en su casa, hilando su lana.* Durante la Edad Media fue motivo de honda preocupación este interrogante: ¿"Son personas las mujeres?"

Cuando comenzaron a esbozarse teorías de la educación no fue necesario que sus autores se tomaran el trabajo de aclarar que ellas se referían exclusivamente a los niños varones. Y no a todos. Sólo despertaba interés la formación de la clase dirigente, la de los caballeros.

Pero el muchacho de origen humilde, bien dotado intelectualmente, podía lograr el apoyo de algún benefactor para recibir instrucción superior. La mujer no. Si se la mencionaba en materia educativa era para confinarla dentro de las rigurosas limitaciones que le imponía su sexo. En resumidas cuentas, los conceptos sobre la educación de la mujer no iban mucho más allá de la implacable sentencia de Bernarda Alba: *Hilo y aguja para las hembras. Látigo y mula para el varón...*

Siempre se encuentran excepciones. Hubo dos hombres, ambos dotados de gran espíritu, que dedicaron, cada uno por su cuenta, un libro entero a la educación de la mujer: el español Juan Luis Vives y el francés

François de Salignac de La Mothe-Fénelon. Vivieron en épocas muy distintas, con siglo y medio de diferencia. Vives publicó su *Instrucción de la mujer cristiana* en 1525 y Fénelon su *Traité de l'éducation des filles* en 1687. Esas obras fueron reflejo de su tiempo y no pretendamos encontrar en ellas conceptos audaces.

El libro de Vives es el primero dedicado al tema de la educación femenina y debemos agradecer esa preocupación concedida a nuestro sexo por este gran humanista. Vives empieza por señalar que debe ponerse el mayor cuidado en la crianza y vida de la mujer cristiana, considerándola "tan importante al vivir humano, que todo el bien y el mal que en el mundo se hace, se puede sin yerro decir ser por causa de las mujeres". Todas las cosas que viere e hiciere la niña deben ser encaminadas hacia la virtud y las buenas maneras. Cuando pequeña le será lícito jugar moderadamente con otras niñas, jamás con varones, y siempre en presencia de la madre o de alguna dama digna de confianza. Desde temprano aprenderá a rezar, hilar, coser y guisar. Pero Vives preconiza para ella cierta instrucción en letras y opina que esa enseñanza fortalece el alma. Instrucción, por cierto, muy mezquina y restringida, con lecturas sometidas a severas expugnaciones. Los muchos capítulos de la obra están orientados a obtener la formación de la mujer honesta y virtuosa. Y esos dos calificativos señalan a la mujer que no piensa por sí misma y que está siempre dispuesta a obedecer, primero a sus padres y luego al esposo que éstos le elegirán.

Fénelon, formado en pleno siglo de Luis XIV, afirmaba que la falta de educación tornaba hueco el espíritu de las niñas. Era necesario ponerlas en condiciones de desempeñar adecuadamente las funciones que les correspondían dentro de la familia. Además de la formación moral de la mujer hacendosa, Fénelon aceptaba y recomendada para ella toda clase de conocimientos, siempre que esos conocimientos hubieran sido adaptados a la naturaleza femenina. En otras palabras, siempre que se los hubiera tornado convenientemente superficiales.

La importancia de estas páginas de Vives y de Fénelon consiste en haber señalado la necesidad de educar a la mujer. Un hombre que abrió horizontes insospechados a la educación, Juan Jacobo Rousseau, no avanzó un paso más en ese terreno y hasta incurrió en grave retroceso al formular esta declaración: "Una mujer letrada es la plaga de su marido, de sus hijos, de su familia, de sus criados, de todo el mundo."

Frente a esos conceptos casi siempre desdeñosos o, en el mejor de los casos, condescendientes sobre el papel que nos toca desempeñar en este valle de lágrimas, podrá consolarnos el hecho de que siempre, a lo largo de los siglos, en algún lugar de la tierra, hubo mujeres que se destaca-

ron por uno u otro motivo: por su inteligencia, por su intrepidez, por su pasión, por su entereza. Muchas veces reclamaron derechos. Algunas con timidez, otras con vehemencia, muchas con arrojo. Esas brillantes excepciones no impidieron que la enorme mayoría de las mujeres siguieran inclinadas sobre sus labores, sin que les fuera dado atisbar el mundo más allá de éstas. Esa situación se ha prolongado mucho más de lo que se supone. En el siglo XIX Concepción Arenal podrá dar esta definición lapidaria: *Las ocupaciones de la mujer no le ocupan más que las manos.* Y en pleno siglo XX Simone de Beauvoir nos dirá lo mismo, en términos más académicos, al declarar que el hombre vive en la trascendencia mientras la mujer se debate en la inmanencia. Por su parte, Emmanuel Mounier nos habla duramente de esa educación de las mujeres cuyo objetivo es instalarlas en la sumisión y agobiarlas con tabúes especiales para ellas, proyectándolas de ese modo hacia un destino de vencidas, hacia la imposibilidad de nacer a su vida propia.

Un personaje de Federico García Lorca, la tía de *Doña Rosita la Soltera*, exclama en un momento de rebeldía: "Ese es el defecto de las mujeres decentes de estas tierras. ¡No hablar! No hablamos y tenemos que hablar."

Nos dirán que la mujer ya comenzó a hablar y que nuestro siglo XX está reparando el duro trato de otros tiempos. Un poco a regañadientes, es cierto, terminó por aceptar los derechos civiles, los económicos y hasta los políticos —dentro de la relatividad que todo derecho posee al encajar en el marco de una determinada organización social—. Y aunque todavía se oyen voces que siguen discutiendo con acritud su capacidad para desempeñar labores que se apartan demasiado de las habituales asignadas a su sexo, estamos viendo a la mujer integrarse al quehacer de la humanidad. Los acontecimientos nos demuestran que puede llegar a desempeñar cualquier tarea, desde la de primer ministro hasta la de cosmonauta, desde la de capitán de submarino hasta la de piloto de prueba. Llaman la atención, no obstante, que todavía hayamos oído voces como la de Virginia Woolf en *El cuarto propio* o la de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*. Señal evidente de que no todo transcurre para la mujer en el mejor de los siglos posibles.

Es que nos falta emanciparnos de ese *condicionamiento* que empezó con el género humano. Tienen plena vigencia las palabras de Emmanuel Mounier: "La opinión pública parece plantearse únicamente problemas de hombres, en que sólo los hombres tienen la palabra." A esta altura del siglo aún sigue existiendo una enorme masa de mujeres que no saben pensar por sí solas, que aceptan ser manejadas. Y hasta lo desean. Mujeres que vegetan en una eterna minoría de edad, con un atraso

espiritual de diez, veinte, cincuenta años... Y a veces más. Por eso no debemos dejarnos seducir por el relativamente escaso número de las que llegan a tener vida propia y están viviendo con plena lucidez las vísperas del año dos mil.

Las normas que han regido la educación femenina han evolucionado, al menos en apariencia. Aunque los cambios han sido más de forma que de fondo. Se moderniza por afuera, pero el viejo espíritu se mantiene sin variantes fundamentales. De ahí que se le haya tornado tan difícil a la mujer liberarse de ese *condicionamiento* secular. Se admitió que cursara estudios, pero en el proceso educativo predomina siempre la idea de desigualdad. Se aceptaba un destino para el hombre y otro para la mujer. El varón podía ambicionarlo todo. La niña bien educada veía siempre su horizonte limitado por una infinidad de preceptos. Y el más importante de todos ellos era el espíritu de sumisión que debía demostrar siempre. Crecía con un cerco a su alrededor y más allá de ese cerco surgía como amparo y protección la meta casi obligada del matrimonio. Se había ido formando una especie de círculo vicioso. Las mujeres que educaban a las niñas —madres, maestras, profesoras— estaban ellas mismas condicionadas, aunque no tuvieran clara conciencia de ello, y no dejaban de condicionar a las hijas o a las alumnas, si bien en menor grado que antaño. No son muchos los hogares que encaran en parejas condiciones la educación de niñas y varones. Cuando se imponen sacrificios, éstos últimos serán los usufructuarios. Las hijas se conformarán con lo que sobre.

¿Qué debemos hacer a tan pocos pasos del año dos mil?

En primer lugar sería muy conveniente olvidar la expresión *educación de la mujer* y convencernos de una vez por todas que solamente debe existir la *educación del ser humano*. Y esa tarea es la que cumplirán los educadores cada vez mejor preparados para encarar esas desiguales situaciones, inconcebibles en esta era espacial.

La mujer educada con miras a la formación de su personalidad podrá elaborar sus propias opiniones y tomar las decisiones que más le convengan. Cuando se le presenten problemas, sabrá encararlos y resolverlos y se las arreglará para salir del paso en cualquier circunstancia de su vida. Hasta lavará platos cuando sea necesario hacerlo y lo hará no porque sea ése su destino inexorable de mujer, sino por elementales razones de higiene que atañen a todo ser humano.

Cuando eso ocurra estaremos realmente en condiciones de enfrentar el *cambio* para el año dos mil.

MARTA ELENA SAMATÁN

Santa Fe, 1971.

EL NUEVO FEMINISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Women's Lib –abreviatura coloquial con que se designa el nuevo feminismo de los Estados Unidos– significa "Liberación de las mujeres con respecto al dominio masculino". La abreviatura no es solo más fácil y rápida de decir: tiene además un dejo desaprensivo y familiar que contribuye a su popularidad entre quienes apoyan el movimiento. Esa misma superficialidad provoca la crítica de quienes lo desaprueban.

El nuevo feminismo tiene sus raíces en otro más antiguo que luchó largamente en favor del sufragio femenino entre 1848 y 1920. La campaña triunfó, al principio poco a poco, a medida que los estados concedieron sucesivamente el voto a las mujeres; luego con una gran celebración setenta años más tarde, cuando se reformó la Constitución norteamericana para que el hecho de ser mujer no impidiera votar.

La reforma fue considerada una gran victoria. Pero debido a la peculiar estructura federal del país –que establece que cada estado legisle sobre propiedad, patria potestad y educación de los hijos, jornadas y salarios laborales, etcétera–, quedaron pendientes muchas reformas vinculadas con los cambios sociales y con la justicia debida a las mujeres. Las sufragistas esperaban conseguir esas modificaciones por medio del voto; pero al triunfo siguió la desilusión. La nueva generación no siguió los pasos de la anterior. La mezcla emocional de afán igualitario e ingenuidad política que había inspirado a las sufragistas no provocó en muchas de sus hijas ambiciones políticas similares. Éstas creyeron que el voto les proporcionaría más oportunidades. Algunas querían dedicarse a profesiones no políticas; muchas más ambicionaban casarse y tener hijos a la manera tradicional; pero también se disilusionaron. A causa de dos guerras mundiales y otra menor, las mujeres tuvieron que remplazar a los hombres en el comercio y la industria, pero en los niveles inferiores y con salarios más bajos que los de los hombres. A la vez, la educación más amplia habilitó a las mujeres para reflexionar sobre su condición; el creciente interés por el análisis psicológico les proporcionó los elementos para la reflexión. El mundo comercial y financiero no prestó atención

a este cambio: simplemente apuntó a los bolsillos del nuevo grupo de asalariadas con una intensa campaña publicitaria específicamente destinada a ellas. La igualdad no había llegado todavía.

El momento actual

Las circunstancias que han producido el nuevo feminismo llamado *Women's Lib* en los Estados Unidos son más complejas que las que alentaron en el siglo XIX la larga campaña en favor del sufragio femenino.

Las mujeres que piden ahora —como lo hicieran antes de 1920— "Derechos femeninos" piensan más bien en reivindicaciones de carácter personal, conyugal, social o económico. Gran parte de estos derechos está determinada por la costumbre y no por la ley; por lo tanto son mucho más difíciles de obtener por medio de la acción política, que para sus abuelas era el medio de ponerse políticamente en un pie de igualdad con los hombres. Muchos de los derechos legales exigidos entonces se han logrado, pero no todos; en muchos casos, el resto depende de la acción individual en alguno de los cincuenta estados de la Unión. El proceso sigue siendo largo y fatigoso.

La *Women's Lib* es una protesta reciente y juvenil. Algunos expertos aseguran que comenzó en 1963, cuando Betty Friedan, un ama de casa frustrada, publicó un libro titulado *La mística femenina*. En él atacaba a sus hermanas de la clase media por haberse atrincherado en los pueblos suburbanos elegantes, ingresando así en una esclavitud, compelidas por los hombres de negocio, quienes sólo las venían como ventajosas consumidoras.

El momento era adecuado para la apasionada acusación. Al libro de Betty Friedan siguieron grupos de *Women's Iib* en cien ciudades; pero la pretensión de Betty Friedan —ser la madre de todos ellos— es disputada por las mujeres más jóvenes, cuya idea de la libertad incluye el desprenderse de todas las presiones maternas.

En 1970, Kate Millett —joven y atractiva escultora además de triunfante especialista en publicidad —publicó un libro muy diferente: *Política sexual*. Franco, combativo, realista, este libro expresa protestas más primarias que las de Betty Friedan: su título y su contenido ocuparon los titulares de los diarios. A Kate Millett no la irritaba su *status* cívico. Le indignaban muchas actitudes masculinas, y especialmente el tono protector con que los narradores contemporáneos presentaban a las mujeres como formas inferiores de objetos sexuales que existían principalmente para el placer masculino. En su libro cita ampliamente algunos de los fragmentos literarios más censurables, y esta táctica, como mucha

literatura pornográfica, atrajo amplia atención hacia sus protestas. Uno de los autores citados replicó, ocupando casi un número íntegro de la revista *Harper's* con un ataque violento contra Kate Millett y la *Women's Lib,* titulado "Prisioneras del sexo". El público se escandalizó.

Antes de examinar la estructura y los propósitos del nuevo feminismo es necesario considerar objetivamente la curiosa situación actual de la mujer en los Estados Unidos.

El país tiene ahora una población de más de 200 millones de habitantes, más de la mitad de los cuales son mujeres De éstas mujeres, más de un tercio (43,2 %: algo más de 81 millones) tiene 16 años o más; es decir, pertenecen a lo que se llama oficialmente "la fuerza de trabajo": trabajan fuera de sus casas y perciben salarios. Estas mujeres constituyen el 37 % de los trabajadores del país (en 1920, cuando se concedió el voto a la mujer, la cifra alcanzaba sólo al 23 %). Esta situación parecería igualarlas, o hacerlos competidoras con los trabajadores hombres; sin embargo, en general las mujeres se encuentran todavía en los estadios más bajos del mercado laboral. Más de la tercera parte son empleadas de oficina, y de primer orden, pero reciben algo menos de dos tercios del sueldo de los hombres en puestos equivalentes. Esta diferencia entre los sueldos de hombres y mujeres se agudiza cada vez más, a pesar de las leyes que tratan de equilibrar la situación.

Treinta y un millones de mujeres trabajan fuera de sus casas; treinta y cinco millones siguen desempeñando el papel tradicional de esposas y madres; de modo que la vida de las mujeres en los Estados Unidos está dividida prácticamente en partes iguales entre las que ganan salarios y las que no los reciben, entre las que se supone que se ocupan de sus familias y las que posiblemente trabajan en sus casas y fuera de ellas.

Otros elementos intervienen en el cuadro. No solo hay más mujeres que hombres: aquéllas viven más que éstos. En términos de instrucción, las mujeres están al mismo nivel que los hombres; pero cuando se trata de encontrar trabajo con paga equivalente en las profesiones en las que se han especializado las comprobaciones son desoladoras. Más de un millón y medio de mujeres se dedican a la enseñanza; pero reciben un tercio menos del dinero que se les paga a los hombres. Sólo 18 % de las profesoras de enseñanza superior son mujeres; se les paga considerablemente menos que a sus colegas masculinos. Sostienen que esto no se debe a que sean menos capaces que los hombres, sino a que, por prejuicios y miedo de la competencia, los hombres las mantienen alejadas de los buenos puestos. Las oficinas gubernamentales a la vez aceptan estas acusaciones y protestan contra ellas. Se procura nivelar la situación; pero los viejos esquemas no sólo perduran sino que empeoran.

¿Por qué las mujeres no han conseguido remediar estos males públicos a través del voto, por el cual sus predecesoras lucharon tanto? Algunos cambios se han logrado; pero la costumbre y los hábitos son fuertes. Mrs. Elizabeth Koontz, directora de la Oficina Femenina del Ministerio Nacional de Trabajo, informó recientemente que el *status* legal de la mujer ha mejorado en forma notable en los últimos años: empero subsisten núcleos de problemas. En muy pocos estados las mujeres tienen derecho de "establecer su propio domicilio"; muchos estados eximen a las mujeres de la obligación de desempeñarse como jurados por motivos que no se aceptan para los hombres; unos pocos estados todavía restringen el derecho de la mujer casada de establecer negocios independientes; "algunos todavía conceden al marido el control de los bienes comunes', en vez de establecer el control compartido de la propiedad compartida. En 1939 y 1964 se promulgaron leyes federales para igualar a obreras y obreros en lo que a horas de trabajo y salarios respecta; pero esas leyes se han ido llevando a la práctica lentamente, y no protegen a todas las obreras. Mrs. Koontz dice: 'En algunos casos, las obreras peor pagas y menos capacitadas no están incluidas."

A estos motivos prácticos de descontento se pueden añadir los efectos, menos mensurables pero muy reales, del amplio interés en la psiquiatría y el análisis psiquiátrico que se ha expandido por todos los Estados Unidos en este siglo. Miles de mujeres y hombres insatisfechos encaran sus dificultades y la solución de ellas no tanto desde un punto de vista religioso, como podrían haberlo hecho sus antepasados, sino desde el punto de vista analítico de los tratamientos establecidos por Freud, Adler, y Jung. Hasta hace poco Freud encabezaba la lista; pero con el surgimiento de la *Women's Lib* su pobre opinión sobre las mujeres se puso en evidencia, y ahora se la ataca vigorosamente. Las integrantes de la *Women's Lib* declaran que ya —ni en su casa ni fuera de ella— quieren considerar a los hombres como los amos de la creación que toman todas las decisiones y establecen todas las reglas (como era costumbre tradicional, hábito antiguo y doctrina freudiana): quieren determinar una base de vida en cooperación con los hombres, en la cual tareas, decisiones y responsabilidades se compartan equitativamente.

Algunas mujeres están trabajando para lograr una Enmienda pro Igualdad de Derechos, la cual —creen— curará todos los males. Otras ponen su fe no tanto en los remedios legales como en una nube densa de protestas en contra de cómo son y han sido siempre las cosas por la fuerza de la costumbre y de la práctica. Protestan contra la desigualdad en las relaciones personales entre hombres y mujeres, en las relaciones de trabajo, en las relaciones familiares dentro y fuera del matrimonio.

Los variados grupos congregados bajo la denominación de *Women's Lib* se extienden desde los serios como NOW (Organización Nacional de Mujeres), que todavía recorren el camino de la acción legal para conseguir lo que creen que proporcionará igualdad con los hombres; también exigen el derecho de aborto voluntario(durante mucho tiempo prohibido legalmente) y guarderías infantiles subvencionadas por el gobierno para los hijos de madres que trabajan.

En contraste, el límite de extrema izquierda del movimiento de *Women's Lib* se proclama abiertamente lesbiano y no parece querer igualdad sino dominio femenino. En medio hay muchas variantes que buscan por lo menos la discusión interesada sobre la posición, las demandas y las desventajas de las mujeres en la sociedad norteamericana actual. Las mujeres se manifiestan cansadas del dominio masculino, cansadas de que los hombres decidan por ellas, cansadas de ser consideradas inferiores, de ser llamadas "nena", "mujercita", "pichona", u otras expresiones entre cariñosas y despectivas pero que tienden siempre a mantenerlas dominadas y empequeñecidas.

La posición de las lesbianas tiene algo de desafiante autopropaganda, sólo comparable con la nueva posición de los hombres homosexuales. Disimulados y avergonzados en los días de Oscar Wilde, los invertidos han comenzado a mostrarse públicamente en los últimos dos ó tres años, y ahora exigen que se reconozca su demanda de constituir una sociedad propia, hasta con derecho de "matrimonio". El surgimiento de la mujer homosexual, que por lo menos alega descender verbalmente de Safo, es un fenómeno más reciente. Ambos grupos provocan diferentes grados de repulsión y protesta entre la mayoría de los norteamericanos; pero las lesbianas son criticadas más duramente que los hombres homosexuales.

Su exigencia de que la sociedad las reconozca e incluso las apruebe, junto con la expandida exigencia del derecho de aborto voluntario (New York tiene una nueva ley en este sentido, por la cual se la llama "la capital del aborto"), son factores que contribuyen a desacreditar el movimiento de *Women's Lib* entre las mujeres de más edad. "Deshonroso, izquierdista, oprobioso" son los adjetivos adjudicados a todo el movimiento por la mentalidad convencional, que encuentra más fácil condenar que analizar. Todo esto es alimentado por la satisfacción de la prensa y la televisión al poder tratar temas prohibidos hasta ahora, como las teorías y prácticas sexuales. Casi no transcurre una semana sin que el *New York Times* dedique algún artículo a las descripciones íntimas de las desdichas o los encantos de las participantes del movimiento de *Women's Lib*. La implicación de escándalo asoma en cada párrafo.

¿Qué efecto ha tenido todo este descontento en la mujer que perma-

nece en su casa, dedicada a las antiguas tareas femeninas: dar a luz y criar hijos, mantener un hogar donde la familia se protege y alimenta? En este sector también se advierten tensiones. En muchos círculos, la familia norteamericana no es la fuerte entidad social de otras épocas; en estos momentos, los rasgos puritanos parecen estar debilitándose. También en esto intervienen la insistencia en la psiquiatría y en la felicidad personal a cualquier costo.

La proporción de divorcios ha aumentado, aunque no tanto como parecería sugerirlo la publicidad. El viejo ideal de un único casamiento, celebrado en la juventud para toda la vida, no es compartido tan universalmente como en el siglo XIX. El divorcio es ampliamente aceptado como una tabla de salvación: si el matrimonio resulta desgraciado, ninguno de los cónyuges está condenado a padecerlo durante el resto de su vida. Al mismo tiempo, las relaciones extramatrimoniales, censuradas antes, parecen ahora aceptables entre los jóvenes.

También en esto dominan las condiciones económicas. Las muchachas que se casan y quieren continuar con su empleo, su arte o su profesión encuentran que la tarea de llevar una casa y trabajar afuera forman una combinación más difícil de lo que les habían hecho suponer los anuncios de las máquinas domésticas. Las criadas, que en otros tiempos las habrían liberado, ahora trabajan en fábricas, donde ganan más por menos horas de trabajo. La industria ha inventado máquinas que teóricamente alivian las labores domésticas; pero esas máquinas requieren habilidad para manejarlas y muchas veces deben ser reparadas; ninguna de las dos cosas es fácil. Lleva más tiempo hacer compras en los tan elogiados supermercados que llamar por teléfono al almacén. Los precios suben continuamente; para mantener bien una familia se necesitan dos salarios en vez de uno. Las dificultades económicas actuales empeoran la situación. Y cuando la mujer que trabaja vuelve a su casa, tiene que cocinar, hacer las camas, ocuparse del marido y de los hijos. Las máquinas ayudan pero no mucho: no vendan heridas, ni divierten al marido, no dan de comer a los bebés ni les cambian los pañales. En un plano ideal, sería de esperar que los hombres ayudaran en las tareas domésticas, así como las mujeres ayudan ahora a ganar salarios. Pero todavía pocos están preparados para enfrentar semejante revolución.

Sin embargo, las condiciones crean exigencias. Una nación que propugna el ideal del más alto nivel educativo posible para todos sus ciudadanos debe enfrentar ahora un hecho: es imposible esperar que la mitad de su población adulta y educada acepte el dominio incuestionable de la otra mitad, basado exclusivamente en el sexo. La civilización industrial, que necesita treinta y un millones de mujeres para trabajar en fábricas,

tiendas y oficinas empieza a advertir un cambio: no se puede pretender que dichas mujeres se mantengan subordinadas a los hombres simplemente porque esta ha sido la posición tradicional de la mujer.

Las manifestaciones organizadas del descontento y las propuestas para apaciguarlas se expresan como nuevas leyes, publicaciones, marchas de protesta, hasta motines. Las manifestaciones no organizadas son más personales, están más extendidas y (aunque esto puede azorar a las participantes) son más tradicionales. Estas manifestaciones surgen en todas las clases sociales y muestran todo los matices de la cortesía o de la grosería. Las muchachas de buenas maneras e instruídas se reúnen en grupos pequeños (diez parace ser el número recomendado por *Women's Lib*), que se parecen a las reuniones de *bridge* de sus madres o a los talleres de costura de sus abuelas, hasta que empiezan a hablar. Los temas discutidos pueden ser similares, pero la manera de encararlos es muy diferente. Como en los contemporáneos, en los grupos de otras épocas se comentaban los problemas con los maridos y las dificultades con los hijos, pero sin las implicaciones especializadas ni el grado de intimidad verbal común en los grupos de *Women's Lib*. En estas reuniones contemporáneas, igualdad y franqueza son palabras claves. Quienes hablan no están inhibidas por la vergüenza; pero tampoco invocan la franqueza que domina la literatura norteamericana actual como una forma de desafío: la usan para referir experiencias personales. Todo se permite. Los términos técnicos de la psiquiatría y del análisis psiquiátrico surgen con tanta facilidad como los términos biológicos y médicos que identifican órganos y prácticas sexuales. Esto no se hace por exhibicionismo ni para escandalizar, sino para presentar abiertamente los problemas.

Uno de los propósitos explícitos es "despertar la conciencia" en las camaradas y en el mundo; esta expresión técnica significa destruir los modos de pensar preexistentes y "luego descubrir gradualmente las formas en potencia en la experiencia desnuda", ya se trate de la posición inferior de la mujer, de la necesidad de centros responsables donde las mujeres puedan dejar a los niños pequeños mientras trabajan, la conveniencia de cambiar de marido o la técnica para persuadir al actual de que lave la bañadera después de bañarse.

Estas conversaciones parecen servir de desahogo para quienes hablan y quienes escuchan. En una ciudad de desconocidos, como New York, donde es posible no enterarse de la tragedia ocurrida en el departamento de al lado hasta que aparece la policía, esos grupos remplazan las reuniones de buenos amigos que han caracterizado siempre a las poblaciones pequeñas. Hablar equivale a una terapia de grupo informal, que proporciona a la inexperimentada (que enfrenta los problemas por pri-

mera vez) oportunidad de conversar en un plano de igualdad con quienes quizás ya han luchado con dificultades íntimas semejantes.

La reacción del público ante el movimiento de *Women's Lib* va desde la aceptación entusiasta hasta el rechazo violento. Es evidente que la gente de todos los medios económicos y sociales responde en cuanto se menciona el tema. Muchos hombres lo despachan con una carcajada; pocos están dispuestos a pensar en él. La reacción femenina varía con la edad. Las jóvenes dicen ¿por qué no?, y se preparan a discutir. El grupo intermedio, las nacidas después de 1920 que se rebelaron contra el feminismo declarado de sus madres, está desconcertado ante esta nueva energía dedicada a una serie de antiguas quejas; las más viejas, que todavía atesoran recuerdos de la fuerza y el idealismo desplegados en la lucha de setenta años por el sufragio femenino, consideran el movimiento de *Women's Lib* débil, desigual, y —como las revueltas estudiantiles contemporáneas —hasta el momento predominantemente negativo. En su corta vida, el nuevo feminismo ha atraído mucho más atención pública que la lucha por el voto; pero las sufragistas experimentadas creen que debería concentrarse en metas específicas para obtener un éxito amplio.

Queda por ver si esta explosión verbal representa algo más que una válvula de escape y una sensación nacional de alivio al pensar y hablar sobre algo menos personalmente opresivo que la trágica guerra de Vietnam. Para los críticos pensantes, *Women's Lib* es todavía un conjunto de caprichos y fragmentos.

Sin embargo, es posible que por su naturaleza misma el antiguo deseo femenino de liberarse del sometimiento tradicional al hombre tenga que proceder de esta manera fragmentaria. Por el momento no representa de ninguna manera un deseo universal, ni siquiera en los Estados Unidos. En la década de 1920, la *Revista de Occidente*, dirigida entonces por José Ortega y Gasset, publicó un ensayo donde el filósofo alemán Georg Simmel se preguntaba qué tipo de mundo querrían las mujeres si alguna vez pudieran rehacer el existente de acuerdo a sus deseos. Hasta ahora, las nuevas feministas no han enfrentado el problema en toda su extensión y profundidad. En la década de 1920, el filósofo predijo que cuando las mujeres obtuvieran el poder que les permitiera una decisión semejante, tardarían todavía cien años en descubrir qué clase de mundo querían verdaderamente. Si Simmel tenía razón, al movimiento de *Women's Lib* le queda todavía un largo camino por recorrer. La primera prueba se producirá cuando esta generación rebelde trate de trasmitir su indignación y sus propósitos a la generación siguiente.

MILDRED ADAMS

LA POSICIÓN DE LA MUJER EN LOS ESTADOS UNIDOS: LA REALIDAD DETRÁS DEL MITO

Las mujeres argentinas, en su mayoría, creen que en los Estados Unidos la mujer ha alcanzado la igualdad política, social y económica con respecto al hombre. La propaganda norteamericana hasta ha logrado convencer a muchas de ellas que en los Estados Unidos existe un matriarcado. Esto está lejos de ser cierto. De hecho, la estructura social y los valores culturales de los Estados Unidos muestran discriminación en perjuicio de las mujeres. Por el solo hecho de haber nacido tales, el 53 % de la población está limitado a realizar papeles automáticos inferiores. Sin embargo, como las mujeres pertenecen a todas las clases socio-económicas, resulta a menudo difícil descubrir los modos en que se las oprime como grupo. Es evidente que algunas —las mujeres blancas de la clase trabajadora y las mujeres de las minorías negras y mexicanas— sufren una mayor explotación económica. Pero, sobre todas, incluso las que pertenecen a la burguesía, se ejerce presión cultural, psicológica y sexual.

En el país más altamente industrializado del mundo, en el cual las vidas de todos los ciudadanos debieron haber mejorado cualitativa y cuantitativamente en los últimos treinta años, las mujeres como grupo han experimentado, en términos de oportunidades económicas y categoría social, una *declinación* relativa contínua. ¿Cómo sucedió esto? Actualmente muchas universitarias jóvenes se consagran a un análisis de las causas de esta situación y lo que sigue son algunas conclusiones conjeturales que se basan en este análisis.

Todas las instituciones económicas y sociales de la sociedad de los Estados Unidos tienden a afianzar la dependencia de las mujeres con respecto a los hombres y a limitar el control que, sobre sus propias vidas, pueden ejercer las primeras. Una ideología que introduce en la cultura el supuesto de que las mujeres son inferiores a los hombres refuerza esta situación. En forma categórica nos referimos a esa ideología como "sexismo". A semejanza del racismo, sirve para justificar las discriminación mediante estereotipos generales de inferioridad. Para justificar su posición secundaria en la sociedad se utilizan los mismos estereotipos

que la sociedad blanca ha usado para racionalizar la explotación de los negros. Se considera que, al igual que los negros, las mujeres son inferiores, lentas, perezosas, estúpidas, infantiles, inestables, débiles, irracionales, dependientes, caprichosas, atolondradas. La cultura dominada por el hombre usa estos estereotipos negativos para justificar el encerrar a la mujer en papeles limitados proscriptos.

La cultura norteamericana define como papel natural de las mujeres el de esposa y madre. Se considera que una mujer que se autoafirma o desarrolla aptitudes fuera de la estructura limitada de la familia es inadaptada o tiene deseos secretos de ser hombre. Aunque esta interpretación existió siempre, se reforzó después de la segunda guerra mundial al popularizarse la definición freudiana de la sexualidad femenina. Durante la guerra las mujeres reemplazan a los hombres en las fábricas y el Gobierno Federal estableció una amplia red de guarderías infantiles baratas. Pero, al desmovilizarse los hombres, para evitar un exceso de oferta en el mercado de trabajo debía desviarse a las mujeres hacia sus casas, sea directamente por despido o indirectamente por medio de la propaganda. Todas las guarderías infantiles del gobierno fueron desmanteladas. Y los medios de comunicación de masas prepararon una activa campaña para que la mujer se identificara con la imagen de ama de casa y madre. El análisis freudiano de la sexualidad femenina reforzaba esta interpretación del papel "natural" de las mujeres con la que el público era acribillado desde la radio, la televisión, las revistas femeninas, los manuales matrimoniales y los avisos. La teoría alega que el papel subordinado de la mujer se basa en la realidad biológica. Freud asegura que las mujeres son capaces de tener dos orgasmos: el clitoridiano que caracteriza a las mujeres en las etapas de la pubertad y adolescencia y el vaginal, que caracteriza a las mujeres adultas. Las que no pueden alcanzar este último estado (maduro) tienen una "fijación", son inmaduras, neuróticas, masculinas. Debido a su deseo de ser varón, estas mujeres no pueden aceptar su femineidad, que Freud identificó positivamente con la pasividad y dependencia. Esta explicación de la sexualidad femenina, tosca y carente de bases científicas, se popularizó por los medios que, so pretexto de franqueza, detallaban el comportamiento sexual que la mujer realmente femenina debía demostrar. Sólo que se presentaba un problema: muchos indicaban que, de acuerdo a esta definición de sexualidad femenina, la mayor parte de las mujeres en la sociedad eran frígidas, es decir, incapaces de alcanzar el así llamado orgasmo vaginal. Esta hubiera sido una situación divertida a no ser por el terrible daño psicológico que había sufrido la mayoría de las mujeres que se sentían inadecuadas e incapaces de alcanzar la sexualidad madura. Recientemente, en el primer

estudio científico que se ha escrito acerca de la sexualidad humana en la historia (William H. Marters, M. D. and Virginia Johnson, *Human Sexual Response*. Boston: Little Brown, 1966. Hay traducción al español) se demuestra que esta idea de la sexualidad es un mito. Este estudio prueba que la teoría de Freud es incorrecta y que la mujer experimenta un orgasmo que está localizado en el clítoris. Esta conclusión es revolucionaria, pues exige reconsiderar el supuesto de que las mujeres son por naturaleza pasivas y receptivas. Sin embargo, los medios todavía proyectan la mujer ideal, mitificada, tradicional, de modo que la mayor parte de las mujeres continúan creyéndose inferiores a aquella imagen. Lamentablemente, en su mayoría, están alienadas la una de la otra al competir entre ellas por los hombres y, por lo tanto, no pueden hablar sinceramente entre sí para luchar contra la inseguridad individual que las aqueja. Les resulta casi imposible descubrir la diferencia que existe entre el mito y la realidad de su sexualidad propia.

La imagen de la mujer ideal que se presenta por radio y televisión refuerza el mito anterior. La mujer ideal es la esposa y madre feliz, realizada, que consume los muchos artículos que le venden las estructuras comerciales. Está satisfecha, es encantadora, olvidada de sí misma, está dedicada siempre a limpiar y mejorar su casa y a cuidar de sus hijos. Se da por sentado que las mujeres se identifican con esta división prescripta del trabajo, que por lo tanto no han de buscar otras oportunidades fuera del hogar (con lo que agravarían un mercado de trabajo ya abarrotado) y que, además, los artículos innecesarios que se fabriquen han de tener asegurado un mercado en constante expansión. El hecho de que ahora se espere además que las mujeres sean sexualmente atractivas y estén impecablemente vestidas a la última moda aumenta la presión. Las mujeres están acribilladas en forma constante por anuncios que les exigen consumir una infinidad de productos cosméticos con la amenaza desembozada que, de no hacerlo así, han de perder su femineidad y, por lo tanto, su poder sobre los hombres. Por supuesto, ninguna puede aspirar a vivir en conformidad con la idealizada imagen de ama de casa abnegada —objeto supersexual. Esta combinación de exigencias para conservar a los hombres significa que ellas están constantemente ocupadas en una lucha por una meta imposible. Los resultados son una sensación contínua de fracaso personal y un terrible desperdicio de las energías femeninas en actividades improductivas que no amenazan alterar su posición tradicional en la sociedad.

La así llamada revolución sexual, en lugar de estar liberando a las mujeres, como lo afirma, tan sólo refuerza esta limitada definición de la mujer en términos sexuales. So pretexto de liberación, las agencias de pu-

blicidad usan cuerpos femeninos (no masculinos) desnudos para vender artículos y casi no hay película que no contenga escenas, a menudo sin significado alguno, en que no aparezca el desnudo femenino. En los cafés y *night-clubs* de los Estados Unidos, de algunos años a esta parte, es lo más común presentar camareras y alternadoras desnudas de la cintura para arriba o totalmente. Muchas mujeres de la clase media aceptan estas tareas a falta de alternativas positivas de trabajo y a la limitada autodefinición que, como resultado del enfoque de la sociedad, éstas tienen de sí. Esta *objetificación* sexual (y no liberación) de la mujer aumentó en los últimos cinco años y sólo sirvió para que los hombres acrecentaran su sensación de poder y las mujeres la sensación de ineficacia, rivalidad, aislamiento e inseguridad.

Existe una gran diferencia entre la imagen del ama de casa burguesa, realizada y encantadora que los medios retratan y la desesperante realidad de la vida de la mayor parte de las mujeres. Un porcentaje creciente de ellas trabaja no tanto por el deseo y la oportunidad de auto-realización cuanto por necesidad económica. Actualmente, las mujeres representan el 37 % de la fuerza de trabajo total y en algunas áreas urbanas esta cifra alcanza al 40 %. Antes de la segunda guerra mundial las mujeres que trabajaban eran en su mayoría solteras sin hijos. Hoy, la mayor parte de las que trabajan son esposas y madres, cuyos maridos, en gran proporción, ganan 5.000 dólares o menos al año. Puesto que las cuatroquintas partes de las mujeres que trabajan tienen marido, muchas de ellas lo hacen para ayudar a enfrentar gastos familiares básicos. Esto se debe a las fluctuaciones que la economía norteamericana ha sufrido en los últimos veinte años entre las tendencias recesivas y las inflacionarias. El porcentaje de mujeres negras que trabajan es mayor (45 %) debido a las bajas entradas de la familia y a la alta tasa de desempleo entre los hombres negros. Muchas mujeres que trabajan son jefes de familia: en las áreas urbanas una de cada ocho familias tiene como jefe a una mujer. Puesto que ésta gana menos que un hombre, la familia sufre desde el punto de vista económico. Según informes del Gobierno Federal, las familias cuyo jefe es una mujer son las más frecuentes víctimas de la pobreza.

Pese a que en los últimos veinte años el número de mujeres que trabajan ha aumentado, la categoría del trabajo que realizan y los salarios que reciben declinaron. En el nivel profesional, casi no se emplean mujeres, En los Estados Unidos son mujeres sólo el 1 % de los ingenieros, el 3 % de los abogados y el 7 % de los médicos. La gran mayoría trabaja cada vez más en ocupaciones clasificadas como administrativas (31 %), de servicio (15 %) y ventas. Relativamente pocas lo hacen en fábricas y representan

sólo el 20 % del personal empleado. Las mujeres, donde las hay, trabajan en las tareas peor remuneradas y en las condiciones peores. A menudo, se las toma como empleadas de tiempo parcial y temporariamente de tiempo completo, puesto que a los empleadores les conviene no pagar cargas sociales.

Los mujeres, además de estar limitadas a los puestos peor rentados, reciben una paga desigual por su trabajo. Su salario medio disminuyó en forma importante durante los últimos treinta años, en especial con respecto al de los hombres. Esto sucede cualquiera sea su nivel de educación: en promedio, una mujer que ha cursado el *college* gana mucho menos que un hombre que sólo tiene educación secundaria. En Norte América las mujeres de color constituyen el grupo más explotado, pues sufren una doble discriminación de salarios, como puede deducirse de las cifras de salarios medios anuales en 1968:

Hombres blancos	8.047 dólares
Hombres no blancos	5.518 „
Mujeres blancas	4.687 „
Mujeres no blancas	3.635 „

En 1950 las compañías manufactureras obtuvieron una ganancia de 5,4 billones de dólares por pagarles a las mujeres salarios menores que los que percibían los hombres por un trabajo similar. Las ganancias extras obtenidas al emplear mujeres con salarios menores que los de los hombres constituyeron el 23 % del total de las ganancias.

Esta situación opresiva es exacerbada por la ausencia total de centros para el cuidado de los niños a un costo que resulte accesible para la mujer que trabaja. La mayoría sólo puede proporcionar a sus niños arreglos informales y poco satisfatorios. Por ello se sientes culpables y personalmente responsables de no poder pagar los altos precios que piden las pocas guarderías privadas que existen. No pueden comprender que existen causas sociales que les impiden proporcionar un cuidado adecuado a sus niños. Tienen una sensación de fracaso personal ante la gran diferencia que existe entre sus vidas apremiadas y llenas de tensión y esa imagen del ama de casa —madre, feliz y despreocupada que todas las noches llega a sus hogares por la televisión.

Sin embargo, para las mujeres que *no* trabajan fuera de su casa —una mayoría del 60 %— se presenta otro sistema de opresión. Las tareas domésticas que realizan, incluido el cuidado de los niños, representan servicios necesarios, sin los cuales no podría existir el sistema capitalista como está constituído actualmente. Pero como en el sistema capitalista este trabajo

no cae dentro de la economía del mercado, no está remunerado. Comúnmente se calcula en *1/5* del producto bruto nacional el valor monetario del trabajo no pagado que las mujeres realizan en sus casas. Pero en una sociedad en que el dinero determina el valor este trabajo no remurado carece de él. En este contexto, se explota a las mujeres materialmente (energía de trabajo no remunerado) y se las rebaja psicológicamente. Además, las que no trabajan fuera de su casa dependen por completo de sus maridos en lo que respecta al bienestar económico y a su categoría social. Deben asegurar su subsistencia y su identificación en forma sustitutiva por medio de sus maridos. En un sentido muy real, sus posiciones son semejantes a las de los siervos. La ironía es que a las mujeres se les enseña que esta condición opresiva es un privilegio, algo que deben luchar por alcanzar.

A las mujeres se les inculca que deben sentirse realizadas mediante el trabajo diario, monótono, sin imaginación y no acumulativo y que deben satisfacerse con la cantidad limitada de contacto humano que pueden obtener en las relaciones con sus hijos. Así, las mujeres burguesas que viven en los suburbios y permanecen aisladas de sus maridos y amistades durante todo el día acuden al diván del psicoanalista convencidas de que sus sentimientos de vacuidad e insignificancia son el resultado de algún desajuste e insuficiencia. Y las mujeres de clase trabajadora están físicamente agotadas y vejadas mentalmente, pues sufren una doble explotación: largas horas de trabajo mal remunerado fuera de su casa y, dentro de ésta, presiones psicológicas y trabajo físico. En contraste con la imagen de las mujeres que la cultura ha estereotipado, según la cual son perezosas e improductivas, el Chase Manhattan Bank asegura que, por término medio, su semana de trabajo es de 99,6 horas.

Es evidente que el efecto de esta situación sobre los niños es totalmente negativa: los niños sufren sea porque se los ignora o, en el caso del ama de casa que carece de otra fuente de identificación, porque son sofocados emocionalmente por madres sobreprotectoras y excesivamente cariñosaas. Muchos sociólogos y psicólogos afirman que en los Estados Unidos esta generación joven presenta un grado de dependencia y neurosis de ansiedad que no parece ser necesario para el crecimiento emocional del individuo sano ni aún en los primeros años de vida. Otros modelos, tal como las pautas de educación colectiva del niño características del *kibutz* en Israel permiten el desarrollo personal de la madre en áreas ditintas del cuidado de los niños y tienen también efectos positivos sobre ellos. Todos los estudios de niños criados en *kibutz* señalan rasgos de la personalidad más positivos que los de los niños criados en el núcleo familiar tradicional. Los niños del *kibutz* muestran una percepción más

correcta de la realidad, mayor amplitud de intereses, mejor base cultural, mejor control de las emociones y mayor madurez general. Pero la ideología oficial continúa apoyando la creencia de que las mujeres deben dedicarse al cuidado permanente de sus niños, so pena de dañarlos irrevocablemente. Las estructuras alternativas amenazan las instituciones establecidas e implican una revaluación de la función de la familia y de las relaciones entre varón y mujer. Las mujeres son quienes sufren más como grupo por el mantenimiento de las estructuras tradicionales.

Las instituciones cuya función es socializar a las personas en el sistema existente inculcan y perpetúan los papeles e imágenes de la mujer que hemos visto. En la familia las niñas aprenden la división tradicional del trabajo y todos los valores que han de servir para mantenerlas en los papeles prescriptos. Cuando las niñas ingresan en la escuela, todo el sistema escolar actúa para reorientarlas desde sus aspiraciones primitivas a ser médicas, abogadas o pilotos hacia las metas de categoría de ama de casa, madre, enfermera y secretaria. En especial, en las escuelas donde concurre la clase trabajadora, se prepara a las mujeres casi exclusivamente en economía doméstica y tareas administrativas. En 1962 el 53 % de los estudiantes egresados de la escuela secundaria eran mujeres, pero sólo lo eran un 43 % de los que ingresaron al *college*. Aunque el porcentaje de las que concurren al *college* ha aumentado, el porcentaje de las que obtienen títulos avanzados declinó con respecto al nivel alcanzado en la década del treinta.

Como respuesta a la categoría inferior real y a la imagen disminuida que tienen en esta sociedad, las mujeres han debido internalizar psicológicamente los dos aspectos de su opresión. Creen ser lo que la sociedad afirma de ellas: emocionales, irracionales, pasivas. A menudo, debido a esta internalización de valores sexistas, las mujeres luchan activamente para mantener estos rasgos y condenan a las que pueden autoafirmarse por cualquier otro medio. Las mujeres presuponen que su ambivalencia y su dolor sólo ejemplifican sus reacciones personales. Por lo tanto, experimentan gran inseguridad y culpa y se sienten aisladas de las demás mujeres. El modo competitivo como se miran la una a la otra refuerza esta situación. Éste se basa en una lucha de vida o muerte que libran las mujeres entre sí para conquistar sus respectivos hombres pues éstos son su única fuente de identidad y realización. Muchas están convencidas que la mujer pasiva, dependiente y completamente orientada hacia el hombre es precisamente la que éstos desean y temen que cualquier afirmación de su autonomía y autodefinición les acarree una vida sin hombre. A menudo las mujeres que han alcanzado cierto grado de independencia afectan pasividad y dependencia con respecto a sus hombres

para no perjudicar su relación con ellos. El resultado es una clase de esquizofrenia psíquica.

Sin embargo, un número creciente de mujeres, sobre todo de universitarias, está adquiriendo conciencia del *status* secundario que ocupan en la sociedad. Comienzan a luchar para despertar la conciencia de otras mujeres y para exigir reformas en el sistema que faciliten su autodeterminación. La reacción de los medios de comunicación de masas al Women's Liberation Movement (Movimiento de Liberación de la Mujer) constituye un buen índice del modo como nuestra cultura rebaja a la mujer. Estos medios ridiculizaron y tergiversaron tanto el movimiento como a sus temas de discusión. Nunca se discutieron seriamente las críticas políticas que las mujeres del movimiento hacen sobre nuestra sociedad. Es evidente que se intenta mantener la división que siempre existió entre las mujeres e impedir que sus representantes más politizadas despierten la conciencia de las masas femeninas hacia su opresión. El poder potencial del Women's Liberation Movement estriba en el hecho que éste identifica sus fines con los de otros grupos oprimidos del mundo. Muchas mujeres están alcanzando la convicción de que los pueblos podrán alcanzar su liberación y autodeterminación sólo mediante un cambio radical en el sistema existente.

NANCY CARO HOLLANDER

(Traducción de Leticia Halperin Donghi)

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

El proceso social incorporado a la civilización del conjunto humano que se ha llamado "emancipación de la mujer" se ha desenvuelto en forma desigual a través del mundo, beneficiándose, a menudo, de factores que, teóricamente, podían ser los contrarios. El concepto de emancipación encierra, evidentemente, el de liberación: ¿liberación de qué?, de una fuerza opresora que mantenía un estado de sujeción. Cuando se habla de la emancipación del proletariado se da por admitido que pesa sobre él una fuerza que lo oprime y contra la cual debe luchar. A menudo, en el curso de la historia, el grupo humano que se emancipaba de una opresión cayó bajo otra. De ahí la permanente aspiración por algo nuevo, enunciado por los hombres capaces de prever, e incorporado, más o menos lentamente, al resto del pueblo. Esta necesidad de cambio que trastroca la conformación social cuando llega a la efectividad produce la revolución; palabra que evoca, de inmediato, la idea de brusquedad, de violencia y, a veces, de terror. Puede serlo y la historia contiene numerosos ejemplos. Pero la revolución puede ser tranquila, pacífica, sin horrores: basta para ser revolución que el cambio originado sea *irreversible* y su valor es tanto o más significativo cuanto mayor es el cambio abarcado.

Pasteur es, a mi modo de ver, uno de los más grandes revolucionarios, aun cuando probablemente nunca haya pronunciado esa palabra al anunciar sus descubrimientos. La humanidad entera ha pasado de la era *pre-pasteuriana* a la *post-pasteuriana* revolucionando las técnicas de las ciencias de la vida y de muchas industrias y, directa o indirectamente, todas las actividades humanas. Esto es el resultado de una enorme suma de trabajo universal del cual él fue el iniciador. *Pasteur abrió el camino.*

Esto nos aleja un poco de la concepción habitual de la asonada militar, del golpe de fuerza que substituye a unos gobernantes por otros, pero no cambia substancialmente el ordenamiento social. La revolución no siempre es brusca, puede exigir el paso de varias generaciones y cuando éstas consolidan, a su paso, la transformación iniciada el término revolución es aplicado genuinamente. Por esto hablamos aquí de revolución femenina, teniendo siempre presente que el hombre no le es ajeno, ni en

la finalidad, ni en la realización, ni en las consecuencias, *ni se hace en contra de él.*

Revolución en el trabajo

Podría ser enunciada en una sola frase: desaparición de la discriminación sexual, y la afirmación: *"A igual trabajo igual salario; igualdad en la preparación para el trabajo."*

La división del trabajo de acuerdo con las aptitudes físicas e intelectuales ha de ser tan vieja como la humanidad, puesto que, en muchas especies animales esta adaptación aparece y, en especial, la de la hembra en la protección de la descendencia. En la especie humana, cuya gestación es larga y la incapacidad para valerse por sí mismo más prolongada que en los demás mamíferos, se comprende que la madre se haya visto ligada a todas las tareas directamente relacionadas con la alimentación, abrigo y protección del hijo. Estos hechos se observan en todas las poblaciones que aún subsisten en estado más o menos primitivo y que nos muestran al niño colgado de la espalda de la madre, en América, en África o en Asia —remedo de marsupialismo— que permite a la esclavizada conservar sus manos para el trabajo y al mismo tiempo proteger al niño.

Desde ese estado hasta la participación de la mujer en las más altas tareas de la investigación científica, como en la creación artística y literaria, han pasado siglos de historia. En sus etapas diversas la mujer ha intervenido siempre, y es fácil suponer que una división primera se impuso. Al hombre quedaron reservadas las tareas que exigen gran fuerza muscular y agilidad, a la mujer persistencia y cuidado. Esta adaptación natural aún subsiste y la mujer reemplaza al hombre cuando la máquina le ahorra el esfuerzo intenso y brusco.

Durante siglos esta adaptación ha entregado a la mujer las tareas domésticas, a las que se han agregado otras relacionadas con la agricultura, la alfarería, la tejeduría, etc., cuando cada casa era un pequeño taller produciendo lo que hoy se compra envasado o empaquetado. En este sentido las funciones domésticas, como tales, han perdido importancia, a tal punto que algunos consideran la posible evolución hacia la realización en común de muchas de ellas. Pero este trabajo ha carecido siempre de valor monetario, salvo cuando la mujer vendía directamente sus productos. Es necesario llegar a la era industrial para ver aparecer la *asalariada*, es decir la trabajadora cuyo esfuerzo tiene un valor pecuniario. Muchas veces han sido descriptos aquellos comienzos, cuando mujeres, niños y hombres realizaban en pésimas condiciones higiénicas agotadoras

jornadas, pagadas con salarios de hambre. Sin embargo, en ese lejano y doloroso comienzo está la emancipación femenina. Su trabajo tuvo un valor socio-económico. Las leyes protectoras del trabajo tuvieron que tomarla en cuenta. En períodos de guerra, cuando los hombres eran arrancados de la fábrica y del campo, la trabajadora los reemplazaba, aunque no siempre con la misma jerarquía laboral, pero cobrando un salario y sujeta a las mismas leyes.

A medida que el progreso técnico ha permitido la eliminación de la potencia muscular en infinitas tareas, la mujer interviene cada vez más y hoy se puede sostener que, en términos muy globales, las mujeres representan la tercera parte de los asalariados y se reconoce esta mano de obra como indispensable para mantener y acrecentar la potencia económica alcanzada por un país.

Pero, esa aparición del trabajo asalariado *extra doméstico*, no libera a la mujer de la obligación de atender a las necesidades familiares. Casada, con o sin hijos, viuda o soltera que convive con padres ancianos, constituye una clase trabajadora con doble horario, sin descanso, sin esparcimientos, sin vacaciones propias —salvo en contados países—. Cuando aparece el embarazo y, más tarde, la crianza del hijo, esa trabajadora conoce el agotamiento y, por lo tanto, su rendimiento es inferior. De ahí una discriminación sexual de origen patronal.

Para remediar esta *injusticia*, dado que el nacimiento y crianza del niño es indispensable para que haya una clase trabajadora abundante [1], se ha creado poco a poco en todos los países la legislación protectora de la madre [2] asegurando el descanso pre y post-parto, facilitando la lactancia con guarderías anexas, el cuidado de los niños pequeños con jardines de infantes a veces igualmente anexos, medidas todas que, al exigir la contribución patronal, disminuye su interés por el rendimiento de la trabajadora. De ahí el salario inferior que se le paga en la inmensa mayoría de los casos, a pesar de los convenios nacionales e internacionales de carácter gubernativo o no, que han establecido incesantemente el principio: *a igualdad de trabajo, igualdad de remuneración*. Los permanentes reclamos de los trabajadores organizados demuestran que los dueños de las fuentes de trabajo escapan, siempre que lo pueden, al cumplimiento de lo que, razonablemente, es inobjetable. Resisten a las resoluciones de las Naciones Unidas, Oficina Internacional del Trabajo, Unesco, etc.

Durante los siglos XVIII, XIX y el actual la lucha de los trabajadores

[1] Stalin, Mussolini, Hitler coincidieron en el elogio y hasta la condecoración de mujeres muy fecundas.

[2] Iniciada en la primera Conferencia Internacional del Trabajo, Washington, 1919. En nuestro país, en 1908 (Alfredo L. Palacios).

se ha centrado en la defensa de los salarios, el mejoramiento del ambiente, el acortamiento de la jornada, la obtención del descanso, la seguridad contra el desempleo, la vejez y la enfermedad. Esta lucha engendró la *organización sindical* que hoy, en el plano nacional e internacional, agrupa a millones de hombres. Su proyección social y política es uno de los grandes factores de transformación del mundo actual, siguiendo al proceso científico-técnico-económico que es fundamental. Comenzado en Europa y extendido a los demás países, hoy abarca también a los que recientemente se han liberado del colonialismo, engendrando un movimiento que tiende cada vez más a la liberación del hombre, sin distinción de razas y de creencias, proceso que, seguramente, caracterizará a los tiempos venideros.

Dentro de la organización sindical, que indudablemente le interesa, la mujer ha penetrado con extremada lentitud. La hasta ahora invencible dificultad para armonizar sus obligaciones de madre con sus tareas de trabajadora, su inferioridad política y cultural, la atmósfera asfixiante creada por infinitas tradiciones y prejuicios [1] la han alejado de la participación activa en el movimiento sindical. En los países que han superado —en parte— estas dificultades, grandes masas de mujeres toman su puesto en la acción, y algunas en forma destacada, alcanzando funciones directivas; pero, en la inmensa mayoría de los casos las posiciones de mando están en manos de los hombres, ann en los gremios con fuerte predominio femenino.

La asalariada (incluímos en esta denominación desde la obrera hasta la más encumbrada profesional) se incorporará a este movimiento en la medida en que su elevación cultural y política la convierta en componente plenamente activo de la sociedad. Esto exige una evolución mental que ha de operarse tanto en el hombre como en la mujer. Lejos estamos aún de la aspiración de Lenin: "Cada cocinera debe aprender a dirigir el carro del Estado." Aún en los países comunistas —Rusia, Bulgaria, etc., donde el progreso femenino ha sido considerable desde el punto de partida— raras son las mujeres en puestos directivos; están ausentes del manejo del "carro del Estado".

La transformación que la vida moderna impone a la organización familiar, bajo la innegable absorción del niño y del joven por el medio social, crea a la mujer una situación nueva que aquí no podemos sino señalar. Cumplida su función maternal (insustituible hasta ahora) cuyo valor se exalta cada vez más, queda, para muchas mujeres, el vacío. Se observa en los Estados Unidos y en numerosos países europeos un movi-

[1] *La mujer honrada, la pierda quebrada y en casa*; las tres famosas K alemanas: *Kinder, Küche, Kirche*...

miento llamado de "la vuelta al trabajo". Pero el alejamiento de muchos años y, por otra parte, el rápido progreso científico-técnico, hace que la mujer se vea obligada a actualizar sus conocimientos. Esto hace decir a un autor francés: "quand les ménagères retournent à l'école" [1] se encuentran con jóvenes compañeros que las sobrepasan en su capacidad mnemónica, pero a quienes ellas son superiores en poder de síntesis y juicio originado por su mayor experiencia vital. Al mismo tiempo se observa hoy un mayor esfuerzo para preparar a las mujeres profesional y técnicamente y, en esto también, en los países más avanzados, las mujeres reclaman igualdad de trato.

La lucha contra la discriminación sexual en el trabajo no ha desaparecido. En la aspiración hacia la justicia social (hoy en boca de todos) la mujer reclama su parte en el esfuerzo y su puesto en la realización.

Revolución política

La intervención de la mujer en la vida política, como proceso integrante de la vida social, sólo puede ser considerada dentro del sistema democrático general. Nadie desconoce la existencia de mujeres reinantes que han dejado su nombre en la historia, o de famosas escritoras, o de cortesanas que han dominado a ciertos príncipes. Nada de esto tiene significado en cuanto a la elevación política de la mujer.

Desde fines del siglo XVIII se inicia un intenso y extenso movimiento que podríamos hacer partir de la declaración de Olympe de Gouges, que redactó la primera Carta Feminista (1792), contrapartida de la Declaración de los Derechos del Hombre. En los Estados Unidos las mujeres, que habían participado activamente en la liberación de su país y que, más tarde, trabajaron intensamente en el reclamo anti-esclavista, lanzaron una esclarecida organización que exigió sacrificios. Por primera vez votaron en el Estado de Wyoming (1869) y el ensayo fue aplaudido. No trajo ninguno de los desastres familiares pronosticados que hacían las delicias de los caricaturistas del mundo. Recordar hoy la lucha de las sufragistas inflesas, desafiantes y heroicas, que dieron relieve al movimiento en favor de los derechos políticos —aun cuando en el mundo occidental el mismo proceso se había ya iniciado— es volver mentalmente hacia algo que hoy parece perimido.

Actualmente las mujeres votan en el mundo entero y son casi siempre elegibles. Muchas se han desempeñado en altos cargos de gobierno; basta considerar, para apreciar el camino recorrido, que tres países que

[1] Cuando las amas de casa vuelven a la escuela.

pasan por momentos cruciales tienen a tres mujeres encabezando el gobierno: Golda Meir en Israel, Indira Gandhi en la India y Sirimawo Bandaranike en Ceilán.

Este proceso, *integrante* de la *democracia*, es *irreversible*, y los países totalitarios lo han asimilado dentro de sus modalidades propias. Hoy y aquí, en el momento en que escribimos, frente a las grandes dificultades que ofrece la vuelta a la organización democrática, no se escucha a nadie proponiendo la supresión del voto femenino —a pesar de que el régimen militar es, entre nosotros, totalmente ajeno a la participación de la mujer—. Cuando los partidos políticos puedan libremente organizarse tenemos la plena seguridad de que las mujeres tendrán en ellos el lugar que les corresponde por sus actividades, su capacidad personal y su interés político.

La incorporación de las argentinas al sufragio fue algo tardía (excepción hecha de San Juan y fue de orden municipal calificado), si se considera que muchas mujeres actuaban en o cerca de los grupos políticos (el Partido Socialista las incorporó desde su fundación, 1896, con plena igualdad de derechos). Recordemos que la Ley de Derechos políticos, votada en 1947, fue el resultado final de esfuerzos anteriores. Una serie de proyectos de diversos sectores[1] culminaron con la aprobación de la Ley de la Cámara de Diputados en 1932. Estancada la semi-Ley en el Senado por la incomprensible y absurda resistencia conservadora, fue necesario llegar a la primera presidencia peronista para que las argentinas obtuvieran sus derechos políticos.

Esto permitió la formación de un partido político femenino, hecho que creemos único, pues si casi todos los grupos políticos organizados en el mundo admiten una sección femenina en su seno (especializada en problemas que atañen a la mujer) no aparece la razón de un partido femenino separado, lo que encierra un claro sentido discriminatorio. Todos votan en la misma urna.

Sólo hoy el sufragio merece el nombre de *universal*. Durante largos años abarcó la mitad de la humanidad. Creemos que también en este caso el proceso es *irreversible*. Se ha desenvuelto dentro de un vasto movimiento, algunos de cuyos aspectos señalamos: incorporación al trabajo remunerado, incorporación a la cultura en todos sus grados. Nada en este acontecer está aislado del resto de lo que constituye la historia humana y, por lo tanto, hemos de afirmar que el hombre no es ajeno ni en el pensamiento ni en la acción a la conquista del sufragio. Si en

[1] Derechos políticos: 1907, Aráoz (conservador); 1919, Rodríguez Araya (radical); 1925, Leopoldo Bard (radical); 1929, Mario Bravo (socialista), este último proyecto de Ley aprobado por la Cámara en 1932.

algunos períodos y lugares pudo parecer una lucha de sexos, esto no fue sino accidental, incomprensión generacional, prejuicios no analizados, temores injustificados. Bastaría señalar la influencia determinante que tuvieron las dos grandes guerras de este siglo, la desaparición de los restos del feudalismo, la organización de Repúblicas Democráticas y Comunistas y, más recientemente, la desaparición del colonialismo.

La elevación de la mujer —desde el punto de vista económico, social y cultural— ha exigido, es verdad, el intenso esfuerzo de algunas de ellas, pero nunca fue agitación de masas, sino trabajo de "élites". A menudo se han formulado las siguientes preguntas: ¿ha beneficiado a las mujeres la conquista del voto? ¿En qué medida el voto fenemino ha modificado el equilibrio de los partidos políticos? A la primera pregunta es difícil contestar, pues si bien ha desaparecido una de las formas de inferiorización de la mujer, y los partidos políticos, que trataban de obtener su apoyo, se veían precisados a incluir en sus programas cuestiones que pudieran interesarlas, esto coincidía con el momento en que la difusión de la cultura y los problemas sociales, nacidos por una parte de la incorporación de la madre al trabajo extra familiar, y, por otra parte, de la formación y educación del niño, hacían que esas cuestiones se impusieran por sí mismas, como manifestaciones propias del momento.

En cuanto a la segunda pregunta es de tanto valor que mereció que la Unesco entregara al eminente sociólogo Duverger el estudio del tema. El resultado fue el que nuestra experiencia propia nos permitiría suponer: la mujer vota de acuerdo con sus intereses o el arrastre de la clase a la cual pertenece, o en forma más reducida, de acuerdo al ambiente familiar. Lo que no excluye, por supuesto, la disidencia personal.

Los problemas que la política tiene que encarar, resolver o prever, son humanos y el progreso está en la discusión que de ellos hagan el hombre y la mujer. Ésta es la esencia de la democracia.

La revolución cultural

Durante siglos la mujer ha quedado alejada de las fuentes de enriquecimiento espiritual. La acompañaban en esta situación los esclavos, los siervos, los asalariados de la era industrial. No es que se la pudiera aislar de los acontecimientos pequeños o grandes de la vida ciudadana o nacional. En el curso de la historia aparecen infinidad de mujeres que, por su rango social o porque aprovecharon el sacudimiento que rompía el encierro, se arrojaron al escenario religioso, bélico, revolucionario o político. Pero todas han sido excepcionales y la inmensa mayoría de las

mujeres han vivido alejadas de las fuentes de la cultura aprendiendo, como posibilidad máxima, a leer el libro de oraciones o a calcular para llevar las cuentas del hogar o de la artesanía doméstica. Nuestro mundo actual, pese a su rápido y extraordinario progreso científico, ofrece desniveles culturales abismales. De 0 % de analfabetismo en muchos países europeos (nórdicos en primer término) pasamos a 90 y 95 % en países africanos. Algo semejante fue el pasado en cuanto a la cultura femenina se refiere. El desnivel se borró lentamente. Las mujeres fueron admitidas en las escuelas primarias, en las clases religiosas; más tarde en la enseñanza secundaria —sobre todo la profesional— y, en la casi totalidad de los casos, separadas de los varones. Las escuelas mixtas constituyeron un atrevido paso.

Hoy la discriminación sexual en este aspecto ha desaparecido. Cuando la enseñanza puede realizarse en todos sus grados no existe obstáculo para la mujer. Las barreras que la secular tradición había levantado para limitarla a las funciones que biológicmente le corresponden, han desaparecido con lentitud. Hoy nos parecen absurdos los obstáculos que tuvieron que vencer la primera mujer que quiso ser médica en los EE.UU. o en Inglaterra, o la primera abogada francesa.

En el simple curso de una vida hemos sido testigos del acceso de las mujeres a la cultura superior sin necesidad de vencer la hostilidad o el desprecio hacia la "marimacho", hostilidad a veces más evidente de parte de las otras mujeres, sus contemporáneas.

Hoy, en el mundo entero, los instrumentos de la cultura están al alcance de todas. Aun en los países llamados subdesarrollados no sólo tienen acceso a ellos (en la medida en que cada país los pueda ofrecer, tanto como a los hombres), sino que alcanzan cargos representativos y administrativos de alto significado con una rapidez y facilidad que no tuvieron sus iguales americanas o europeas. Han llegado en hora distinta. No les fue exigido sacrificio, ni lucha. Así como la civilización occidental necesitó el curso de siglos para llegar al presente científico-técnico, las naciones, ex-colonias, tratan de asimilarlo de inmediato. Sus mujeres, ayer descalzas y semi desnudas, u ocultas tras sus velos, reciben el voto y el acceso a las funciones públicas con escaso interés y aptitud, salvo notables excepciones.

Imposible nos sería señalar el número de mujeres destacadas actualmente en las ciencias, la literatura, las artes. Día tras día su contribución se acrecienta; y en casi todos los países dominan en la enseñanza primaria, comparten la secundaria y es cada vez mayor su autoridad en la universitaria. Bástenos, como exponente, señalar que trece mujeres han recibido el Premio Nobel. Bien es verdad que resulta reducido el

número de mujeres que alcanzan a ocupar cargos directivos y de gobierno. Admitamos que lo que se ha obtenido es la vía abierta. Y eso es mucho.

Revolución sexual

No se trata, desde ya, de un cambio de naturaleza orgánica que engendre un hermafrodita; se trata de una serie de problemas que derivan de la convivencia de seres que tienen, por razones biológicas, no sólo funciones distintas en la sociedad sino deseos, aspiraciones, posibilidades e ideales comunes o dispares. Sobre ellos actúan las presiones ambientales, tanto más complejas cuanto más evolucionados son los medios sociales.

El vacío espiritual, perfectamente descripto por la escritora norteamericana Betty Friedan en su libro *La mística de la feminidad*, cuyo campo de observación es un reducido grupo de mujeres cultas, absorbidas por la maternidad y el hogar, no ha de existir, seguramente, en los millones de mujeres que, sobre la tierra, luchan simplemente por la conquista del pan diario y la mediocre conservación de sus vidas.

En cuanto al aumento de la natalidad en la post-guerra, a la cual se refiere la escritora, no es producto de una mística de la feminidad y no la creemos culpable de los trastornos psíquicos que describe. Se ha observado siempre, después de las grandes destrucciones de hombres. En países europeos, después de la primera y segunda guerra (Francia, Bélgica, Inglaterra, etc.) apareció toda una serie de medidas en favor de la madre de familia: cuidados sanitarios, reposo, subsidios familiares, etc., como si políticos y legisladores hubiesen querido *llenar pronto el vacío*.

Nunca como hoy se ha hablado tanto de la discriminación sexual como manifestación de *intolerable injusticia*. Esta discriminación ha existido siempre, y podríamos recurrir a la Biblia para encontrar la primera expresión de este hecho cuando a la mujer se la responsabiliza de la desobediencia que engendra el *pecado original*.

Sobre nuestra civilización occidental ha gravitado la maldición divina, la que, por supuesto, no ha impedido ni el uso, ni el abuso, ni la desviación, la corrupción o la explotación de la vida sexual en todo el mundo cristiano y hasta nuestros días. En la medida en que la emancipación de la mujer se ha producido en el lento proceso que muy rápidamente hemos esbozado, la vida sexual femenina ha salido de la oscuridad vergonzante para pasar casi al mismo plano que la masculina.

Hemos de reconocer, en ese proceso esclarecedor, ante todo el empuje científico cuyo lenguaje directo se ha impuesto. Ningún legislador, ningún simple periodista osaría hoy, al referirse a la protección familiar, por ejemplo, emplear expresiones tales como "estado interesante", "en espera de familia", etc. Dirá embarazo y parto. No sólo el lenguaje científico sino el conocimiento, aunque sea superficial o incompleto, de los hechos de la vida sexual en todos sus aspectos normales o anormales se ha impuesto a través de numerosísimos estudios. La literatura, la cinematografía, se han apoderado de sus conocimientos y lo que pudo parecer escandaloso en la época en que Zola lanzaba el libro *Naná* hoy asegura el éxito de muchas obras al lado de las cuales aquélla palidece (por ejemplo *El amante de Lady Chatterley*, o *Lolita*, para no citar sino dos obras conocidas mundialmente y cuyo éxito no proviene, evidentemente, sólo del valor literario).

Todo ello ha contribuido a destruir los tabúes sexuales que pesaban casi exclusivamente sobre la mujer. En especial el de la virginidad. Esto nos ha conducido al *resurgir pagano* de nuestros días que da a la forma humana, a la vida vuelta hacia lo natural y simple un valor creciente, al cual es especialmente sensible la juventud moderna. La moda actual, desde la playa hasta el salón, se empeña en no ocultar esa forma. Los concursos mundiales de belleza que, en un momento dado, movilizan a mujeres de todas las razas, los desfiles de modelos, el uso y abuso de la desnudez femenina en el formidable aparato de la *propaganda comercial* han contribuido a luchar, sin proponérselo, contra la discriminación sexual, así como las encuestas realizadas en los Estados Unidos y en Europa (nórdica sobre todo) para revelar etapas y circunstancias de la vida sexual de hombres y mujeres.

Como demostración de la intrincada correlación de causas y efectos señalemos dos hechos: la primera guerra lanzó bruscamente a los campos de lucha a millones de hombres arrancándolos de los campos de trabajo. Pero la vida no pudo interrumpirse, las mujeres ocuparon en masa los lugares libres y, para hacerlo, tuvieron que modificar su vestimenta. Fue la desaparición del corsé y de la pollera que barría el suelo, que habían resistido a todas las demostraciones de médicos e higienistas. Nunca se volvió a la indumentaria engorrosa, y la actual *simplificación* no es sino la continuación de lo que se inició hace cincuenta años y que la ininterrumpida intervención femenina en todas las tareas ha hecho cada vez más necesaria.

La *planificación familiar*, hoy estudiada y aplicada en el mundo entero por obra del gobierno de algunos países de excesiva población, o por la acción de instituciones no gubernamentales, ha adquirido una impor-

tancia indiscutible. Las medidas contraconceptivas son difundidas ampliamente y las discusiones promovidas llevan la luz sobre lo que antes eran misterios de alcoba. ¿Quién no habla de la píldora?

La generación a la cual pertenezco —y más aún las anteriores inmediatas, de la que se ha dado en llamar la era victoriana— jamás se habría atrevido a discutir abiertamente estas cuestiones que hoy forman parte, en algunos países, de la educación sexual de los jóvenes. Es que un problema angustioso se ha planteado a la humanidad entera, el *futuro desequilibrio entre la población en incontenible crecimiento y los medios de alimentación*. Entrevisto por algunos pensadores hace años, hoy es un problema planteado en la prensa común —no ya la científica—, y una organización internacional, la International Planned Parenthood Federation, en la que intervienen médicos y no-médicos, extiende cada vez más su acción de información colaborando con los gobiernos y hablando directamente a hombres y mujeres.

Ya no se trata de la vida sexual que va de lo picaresco a la corrupción. Es la vida normal comprendida con ayuda de la ciencia, para la cual ninguna verdad es impura y que, lejos de buscar la resistencia al *pecado* como vía de perfección, prefiere hallar los medios para que toda vida sea engendrada con la seguridad de que todo lo necesario le será dado. Que esto implica infinitos problemas económicos, educacionales, políticos, etc., nadie lo duda; pero ahí está contenida una altísima finalidad social, en la cual la madre desempeña un papel de primer plano.

La emancipación sexual de la mujer la lleva a dejar de ser el animal reproductor del creced y multiplicaos, para ser un individuo que dispone de su cuerpo en la plenitud de su conciencia. Ahora comienza este proceso. Era necesario para empujarlo la aparición del *estallido demográfico*, la aceptación de la intervención científica en los problemas reservados antes a la religión o resueltos por la voluntad del mandante, era necesario el profundo análisis psicológico iniciado por Freud y sus discípulos.

Esto está contenido en la declaración que ha lanzado el N.O.W. (National Organization for Women, 1967) cuya presidenta es la señora Betty Friedan, cuando sostiene que sus fines no son los del *pasado* movimiento feminista que reclamaba los derechos de la mujer, sino que es la *igualdad*. Quiere "llevar a la mujer a la plena participación en la dirección de la sociedad americana (N.O.W.) ejercitando todos los privilegios y responsabilidades en igualdad de participación con el hombre". Comienzan la lucha contra la discriminación en el trabajo denunciando que, a las mujeres como a los negros, les están reservados los peldaños inferiores de la escala social.

Esta plena participación de la mujer en igualdad con el hombre es

evidentemente hoy un objetivo de difícil alcance. El mundo está dominado por un tremendo aparato de fuerza. Dos grandes imperios[1] se enfrentan en rivalidad bélica no detonante (por ahora). Sumas siderales son empleadas entre los dos hemisferios para mantener los ejércitos y millones de hombre trabajan para armarlos, alimentarlos y vestirlos, alistándolos para una función que, cuando se transforme de pasiva en activa, generara desastres tan enormes que se ha predicho la extinción de la humanidad. En este formidable aparato que, en estado de pasividad, sirve de apoyo al gobierno (o gobierna), y el aparato represivo (policía en todas sus formas), la mujer no tiene intervención. Si hubiese buscado, a raíz de su participación en la política activa, la extinción del armamentismo, tal vez lo que piden hoy las partidarias de N.O.W. fuese posible.

Esa ilusión tuvimos muchas de las mujeres que, poco después de comenzado el siglo, iniciamos aquí el movimiento feminista (1906) siguiendo el pensamiento de las que, en Europa y América, luchaban por la misma causa. Nobles propósitos fueron entonces perseguidos —no sólo el derecho de votar—: la educación para todos, la lucha contra el alcoholismo, las enfermedades que entonces se llamaban sociales, la desaparición de la prostitución, etc.; esos propósitos no podían lograrse por una sola vía. Cuando se alcanzan, aunque sea parcialmente, es que ha habido la concurrencia de múltiples factores (baste recordar el fracaso del prohibicionismo en los EE.UU., en el que se empeñaron valientemente las mujeres).

En lo que hoy se llama la emancipación sexual de la mujer el hombre tiene una participación *equivalente*. Es tal vez lo más plenamente humano. En el enfrentamiento permanente entre el pasado y el presente que ello implica (creencias religiosas, costumbres y tradiciones de todo orden) la única vía segura es la ciencia, el único fin aceptable es el fortalecimiento y embellecimiento de toda vida humana.

ALICIA MOREAU DE JUSTO

[1] Y tal vez pronto tres.

UNA EXPERIENCIA PENITENCIARIA

La Directora de la revista SUR, espíritu abierto siempre a las evoluciones que los pueblos emprenden camino de su progreso, de la mejora de su vida, etc., me pide que colabore en este número que dedica a la mujer, con la consigna de que cuente mis experiencias durante el tiempo que desempeñé el cargo de Directora General de Prisiones en España en la primera época del régimen republicano. Lo hago con gusto por varias razones.

La primera por cumplir el requerimiento que me hace la revista SUR; la segunda por sacar a la luz aquellos balbuceos de una verdadera reforma penitenciaria que no pudo ser llevada a los términos que me propuse; la tercera por considerar que quizá es oportuno poner aquel intento sobre el tapete, hoy, frente al estado actual de la vida penitenciaria en tantos y tantos países, y en especial el retroceso impuesto a la vida carcelaria en España por el régimen franquista que padece el país desde hace más de treinta años.

Ahí van, pues, *grosso modo*, aquellas experiencias que son hoy tan válidas como ayer. No puedo afirmar que sea completo mi relato; me faltan fechas y datos precisos sobre ciertas disposiciones tomadas; pero no faltarán aquellas reformas fundamentales que fueron introducidas durante el período de 18 meses que tuve a mi cargo la Dirección General de Prisiones.

En el mes de mayo de 1931 fui requerida por el primer gobierno republicano para ocupar el cargo de Directora General de Prisiones. Mi conocida labor social, mis estudios y experiencias en cuestiones penales por mi profesión de abogado, movieron sin duda al Gobierno a ofrecerme el cargo. Lo acepté con la plena convicción de las dificultades que llevaba aparejado semejante cargo, y principalmente por estimar que la reforma del régimen penitenciario en España era uno de los grandes problemas que se debían acometer.

El presupuesto de que podía disponer para todos los servicios de cárceles y penales era el insuficiente que había señalado el gobierno monárquico anterior al advenimiento de la República. Con ese presupuesto, al que debía atenerme, aumenté la consignación establecida para

la alimentación de los reclusos, sin necesidad de pedir suplemento de crédito; fueron reemplazados los camastros inmundos por nuevos jergones. Estas elementales medidas fueron las primeras que tomé.

Conociendo como conocía por experiencia que toda la correspondencia de los reclusos debía ser entregada abierta a la dirección de la prisión, establecí buzones para las reclamaciones que la población reclusa tuviera que hacer a la Dirección General exclusivamente.

Ateniéndome a los principios básicos de nuestro régimen republicano, establecí la libertad de cultos en las prisiones, haciendo voluntaria la asistencia de la población reclusa a la misa, que se seguía celebrando como siempre.

En el sector cultural dispuse que se celebraran conferencias y conciertos a solicitud del director de cada prisión y permití la entrada, siempre autorizada por el director de la prisión, de la prensa para los reclusos, evitando así lo que venía sucediendo: la entrada clandestina de toda clase de periódicos.

Tres reformas causaron sensación en la opinión pública: la recogida de cadenas y grilletes que existían en las celdas de castigo (de este asunto volveré a hablar más adelante); la supresión de 115 cárceles de partido, de pequeños pueblos cuyos locales eran inmundos, compartidos en muchos lugares con escuelas, con casas particulares y con albergues de caballerías, y cerré también aquellas otras prisiones que daban un promedio menor a seis detenidos mensuales. Cerré sólo un Penal: el de Chinchilla, en la provincia de Albacete. Estaba instalado en un viejo castillo que no disponía de agua en su interior y, ni qué decir tiene, sin posibilidad de calentar una pieza. Vi penados con las manos cubiertas de llagas por el intenso frío del invierno y la humedad. El pueblo me recibió con grandes pancartas que decían: "¡Queremos el Penal!" Mi deber era explicar la situación al pueblo y así lo hice desde el balcón del Ayuntamiento. La multitud dio muestras de asentimiento a mis palabras y se disolvió pacíficamente. Estas medidas dieron origen a que, los opuestos a toda reforma en las prisiones, propalaran la especie de que las prisiones se iban a suprimir completamente.

No causaron menor sensación los permisos de salida de los reclusos que concedí en casos especiales, permisos sujetos a la conducta del recluso y a sus circunstancias familiares. Ni uno de los reclusos que disfrutó de este permiso dejó de presentarse a la prisión en la fecha que le fue fijada.

Por un decreto cuya fecha no me es posible señalar, pero que encontrará el curioso en la oficial *Gaceta de Madrid* de aquellos meses, quedó

establecido que todo recluso, al cumplir los 70 años de edad, sería liberado fuera cual fuera el delito que hubiese cometido.

En aquellas cárceles nuevas, de regiones excesivamente frías, hice instalar calefacción en las enfermerías y en el local dedicado a escuela. Estas reformas se llevaron a efecto sólo en la cárcel de Salamanca y en el Penal de Burgos, por no disponer el presupuesto de más amplitud. Visité cuantas cárceles pude, aprovechando los fines de semana que me dejaban libres las tareas de mi cargo y del Congreso de Diputados, del que formaba parte como diputada por la provincia de Madrid. Deseaba conocer, ver por mis propios ojos la situación de cárceles y presidios y apreciar la vida penitenciaria en su realidad. Visité las cárceles de Salamanca, Barcelona, Sevilla, Granada, Córdoba, Sanlúcar de Barrameda, y los Penales del Puerto de Santa María, Burgos, Chinchilla y El Dueso (Santoña).

Las cárceles de Madrid, la de hombres y la de mujeres, fueron las primeras visitadas. A la cárcel de hombres se la llamaba "la cárcel Modelo" por haberse adoptado en su estructura interna una combinación de celdas y galerías, en abanico, de tipo nuevo en la época en que se construyó; pero disponía de celdas de castigo. La cárcel de mujeres estaba instalada en un antiguo convento. La impresión que me produjo aquel recinto y las condiciones de vida de las reclusas me llevó a poner en práctica, a toda marcha, la nueva cárcel de mujeres. Trabajé los planos con el arquitecto y tuve la satisfacción de colocar, en los cimientos de esta nueva cárcel, la primera piedra. El nuevo edificio comprendía: setenta y cinco dormitorios individuales, cuarenta y cinco cuartos de baño, una gran enfermería con calefacción, un adecuado salón de actos, talleres para el trabajo manual, un departamento para biblioteca y otro, en la parte alta del edificio, con sol y aire para las madres delincuentes que llevaban con ellas a sus hijos menores de tres años, medida legal ya establecida en el Reglamento de Prisiones. Faltaban las celdas de "castigo". La cárcel se terminó y allí sigue en el barrio de Ventas; pero la vida en el interior, según mis informes, nada tiene que ver con mi proyecto de vida penitenciaria para las mujeres; todo se ha modificado para unas reclusas sometidas a un régimen dictatorial. Debo señalar la buena impresión que tuve de la Cárcel de Mujeres de Alcalá de Henares.

Prometí más arriba volver sobre la recogida de cadenas y grilletes instalados en las prisiones de hombres. Pues bien, esos hierros los mandé llevar a Madrid y fueron fundidos con otros metales en un busto de Concepción Arenal, insigne mujer española, de profundos estudios penales, nombrada oficialmente, a mediados del siglo XIX, Visitadora de Cárceles. El joven y entusiasta escultor Alfonso Palma realizó la obra,

y allí, en el Paseo de Rosales, en Madrid, está el busto de la insigne gallega y mi homenaje fervoroso.

No puedo dejar de aludir a mi visita al Penal de El Dueso. Diputados de la provincia de Santander me había puesto al corriente de la peligrosa situación del Penal, afirmándome que los reclusos estaban armados, es decir, llevaban ocultas armas blancas. Medité sobre esas noticias fidedignas y alarmantes y decidí mi viaje. Mi llegada era esperada y temida por varias razones. Después de hablar con los funcionarios del Cuerpo de Prisiones ordené formar la población reclusa en el gran patio. Desde una plataforma instalada allí dirigí la palabra a lo reunidos. Primeramente dije que el gobierno se interesaba especialmente por la reforma del régimen de las cárceles y presidios, y que estaba dispuesta, por encargo del propio gobierno, a mejorar en todo lo posible la vida en el Penal. Pero teniendo noticias de que algunos reclusos estaban armados, la primera condición que imponía era el desarme *inmediato* —lo recuerdo como si lo hubiese vivido ayer—. El personal que estaba situado detrás de mí quedó sobrecogido, y según me dijeron más tarde los dos secretarios que me acompañaban, los rostros lucían una palidez cadavérica.

Siguieron unos minutos de silencio e incertidumbre, cuando de un lejano rincón del patio, situado a la derecha, surgió un recluso joven, fuerte y decidido, y tomando el arma que llevaba en un bolsillo la tiró al otro extremo del patio. A continuación una lluvia de armas, más o menos pequeñas, fue dirigida al mismo rincón. El Penal quedó desarmado. Agradecí, no sin emoción, el rasgo viril y respetuoso y prometí lo que más tarde se fue realizando en el Penal: el arreglo de un campo de deportes y la puesta en marcha de talleres de trabajo, abandonados hasta entonces. La emoción nos embargaba a todos.

Al día siguiente asistí a la comida en común y pude comprobar que reinaba paz y satisfacción: las caras me sonreían y la comida tenía más alicientes que en días anteriores. Volví contenta y allí quedaron también algunas esperanzas de mejoras con el nuevo director que nombré. Este episodio constituye uno de los más fuertes recuerdos de mi vida, y he podido relatarlo con detalles porque está en mi espíritu tan vivo como el día en que sucedió.

Creé poco después nuevas instituciones: el Cuerpo Femenino de Prisiones, cuyo personal sustituyó a las religiosas que venían desempeñando esa misión con buena voluntad, sí, pero careciendo de los necesarios conocimientos penitenciarios. Este nuevo personal tuvo su preparación en cursos especiales. Con esta finalidad y otras más amplias creamos el Instituto de Estudios Penales, donde se organizaron cursos no sólo para el personal de Prisiones, hombres y mujeres, sino también para la pre-

paración de jóvenes interesados en seguir la carrera judicial y para los jueces que lo desearan. Se nombró Director del Instituto al doctor D. Luis Jiménez de Asúa, insigne penalista español, profesor de Derecho Penal de la Universidad de Madrid, y autoridad internacional en esa disciplina. De este gran profesor fui yo, años antes, la primera alumna, es decir, el primer alumno del sexo femenino que asistió a sus clases.

Presenté la dimisión de mi cargo de Directora General de Prisiones al oponerse el Gobierno a mi proyecto de la reforma que tenía proyectada del Cuerpo de Prisiones (masculino).

Es posible que alguien se pregunte adónde pueden conducir las nuevas teorías penitenciarias. Muchos de los principios actuales se encuentran ya llevados a la práctica en varios países nórdicos, en Suecia y Noruega, por ejemplo. En Suecia se ensaya en las prisiones de corrección —conocidas como Prisiones de Familia— un nuevo sistema, y éste es: la vida del delincuente en familia; fuera, pues, de la prisión. El director de esta prisión, señor Torsten Eriksson, ha declarado: "No creo en los castigos, ni en las prisiones. Es necesario encarcelar a ciertos hombres, claro está, para proteger la sociedad; pero una vez que hemos encarcelado al hombre, tenemos que trabajar contra la prisión; lo que quiere decir: proteger al prisionero contra la prisión."

Termino mi relato con esta afirmación: las cárceles, tal como funcionan y están concebidas hoy —centros de deformación humana— desaparecerán; serán sustituidas por clínicas especializadas y talleres de formación profesional. Evidentemente habrá siempre un cierto número de delincuentes cuya especie criminológica necesite un período de aislamiento más o menos prolongado. Pero esas prisiones estarán en manos de un personal técnico capaz de poner al recluso en camino de reincorporarse en la sociedad.

Ésta es mi profunda convicción.

VICTORIA KENT

New York, mayo 1971.

ESPAÑA ES UN PAÍS ANTIFEMINISTA

El movimiento mundial de integración de la mujer, que comenzó en el siglo XIX, se repite periódicamente, en sus diversas manifestaciones, en esa historia contemporánea.

El balance en los determinados países de la identificación mujer-hombre viene condicionado por la actividad adoptada por los órganos de poder político ante la existencia del propio movimiento.

Ante el feminismo, los que detentan el poder pueden optar por tres fundamentales caminos: 1º Hacer causa común e incorporarlo al propio contenido ideológico, que determine su hacer político; 2º Ignorarlo; 3º Combatirlo.

No cabe duda que dentro de estos tres amplios caminos hay variaciones. Los que optan por acogerse a su programa político pueden, por no haberlo asimilado, crear una praxis contraria; los que se declaran neutrales están naturalmente con esta postura, tomando ya partido por la concepción discriminatoria del mundo, y por último los que lo combaten pueden hacerlo frontalmente o en forma encubierta, con el mantenimiento de los tradicionales mitos.

Con estos criterios, encuadro, sin titubeos, a España, precisamente dentro de los países en los que el poder político combate en la actualidad al feminismo.

¿Cuál ha sido y cuál es esa forma de combate al feminismo?

La Condesa de Campo Alange, en su libro "La mujer en España", acaba uno de sus capítulos con esta expresión: "El sangriento paréntesis de la guerra rompe la línea normal de la evolución de la mujer."

Es cierto. Y no por la anormalidad que comporta siempre una guerra civil, sino porque supone un trascendental cambio de actitud política.

A lo largo del siglo XIX, en nuestra tierra, no se combate al feminismo oficialmente en forma sistemática, sino a través de la propia estructura social, ya que la inestabilidad del poder político permite que legalmente, se le tolere.

El advenimiento de la República significó el triunfo del progresismo español, y en esa nueva forma de poder político el feminismo tuvo mucho que ganar:

De simplemente tolerado, pasa a ser reconocido en sus principales logros. Sin embargo, queda eliminado con el nuevo régimen implantado en 1939.

La mujer española en el período de la República tuvo la posibilidad de encontrar el camino de su liberación; por un lado la mujer de la clase obrera vivía el despertar de su doble explotación, y en la incardinación en la militancia revolucionaria se desdoblaba su conciencia de la gran discriminación. Ahí, en esa vivencia, es donde surge el líder obrero, la militante revolucionaria.

La mujer de la clase media tiene acceso a la cultura, cuya desalienación femenina se produce a través de las exigencias de la inteligencia.

En el período legislativo 1933-36 están en la Cámara de Diputados: Margarita Nelken, Francisca Bohigas Gavilanes, Matilde de la Torre Gutiérrez, Veneranda García Blanco, María Lejarraga Gracia, todas representantes de partidos socialistas o progresistas, a excepción de Francisca Bohigas Gavilanes, afiliada a la Unión Popular Agraria.

En las elecciones del 36 son elegidas otras cinco mujeres, se mantiene Margarita Nelken, ingresan Victoria Kent, Dolores Ibárruri, Matilde La Torre y Julia Álvarez Rosendo.

Socialistas y comunistas todas ellas.

En el 39 todo esto acaba, el progresismo desaparece, los centros culturales y de enseñanza, en algo contaminados con esa concepción heterodoxa de la vida, son clausurados. Las mujeres que constituian esa trama de cultura y pueblo como posibilidad de emancipación desaparecen físicamente de nuestro suelo, algunas han muerto ya, otras, desde el destierro, aún esperan volver.

Las que quedan de esa nueva generación que prometía, poco a poco, se ven obligadas a abdicar de sí mismas.

La guerra ha acabado, y hay pocos puestos de trabajo, nadie piensa en el derecho del trabajo de la mujer. Las depuraciones por la mínima participación con los vencidos están a la orden del día. Para sobrevivir, la mujer tiene que olvidar, y renunciar a su propia exigencia de mujer como "ser humano".

Y ahí, al filo de ese año de 1939 comienza el activo combate al feminismo español. Junto a la Falange ha surgido la Sección Femenina, que es en sí misma una Sección de la Falange, con su misma ideología.

La Falange es sincera en demostrar su antifeminismo, no se cuida ni evita traslucir la discriminación que preconiza. La mujer no puede desempeñar tareas que no le corresponden y por su estricta naturaleza está destinada a realizar su misión específica.

Poco habla José Antonio, el fundador de Falange Española, de la

mujer, lo que ya implica bastante de su pensamiento. Sin embargo, cuando lo hace, en un discurso dirigido a las mujeres del pueblo extremeño de Don Benito, en 1935, poco de lo dicho en aquella ocasión puede no ser calificado de antifeminista.

Textualmente dice: "Ningún otro partido podréis entender mejor, mujeres, precisamente porque en la Falange no acostumbramos a usar galantería, ni feminismo. La galantería no es otra cosa que una estafa para la mujer, se las sobornaba con unos piropos, para arrinconarla en una privación de todas las consideraciones serias. ...Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla a su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles. A mí siempre me ha dado tristeza ver a la mujer en ejercicios de hombres, toda afanada y desquiciada en una rivalidad donde lleva, entre la morbosa complacencia de los competidores masculinos, todas las de perder. El verdadero feminismo no debiera consentir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas."

Continúa diciendo: "...pues bien, si hubiera que asignar a los sexos una primacía en la sujeción a esas dos palancas, es evidente que la del egoísmo correspondería al hombre y la de la abnegación a la mujer. El hombre —siento mucho, muchachas, contribuir con esta confesión a rebajar un poco el pedestal donde acaso lo tenéis puesto— es torrencialmente egoísta, en cambio la mujer acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea..."

Todo este bagaje ideológico lo asimila la Sección Femenina, convirtiéndose así en un órgano específico del poder que combate la concepción de la mujer-hombre, la mujer ser humano.

La actividad de la Sección Femenina se centra principalmente en el establecimiento de un servicio social obligatorio para todas las mujeres. El enfoque de este servicio social es muestra de esa ideología; mientras los hombres, han de cumplir el servicio militar obligatorio, las mujeres desempeñan servicios sociales. El hombre se prepara para la guerra, la violencia, la fuerza, el poder, etc., etc.; la mujer para las obras sociales, ayuda a ancianos, a niños, a enfermos, etc.... la dulzura, la benevolencia, la entrega.

La estructura de esta obligación es doble: por un lado, comporta un tiempo de formación, por otro, de estricta prestación social. La formación se centra en la profundización de la "Formación de Espíritu Nacional" a través de las propias obras de José Antonio, ayudada por clases de labores, cocina, puericultura, etc. Las prestaciones consisten en cola-

boración gratuita en determinados centros de beneficencia o de laboral social.

La Sección Fenemina ha conseguido que el Servicio Social sea absolutamente obligatorio, exigiendo el cumplimiento del mismo para múltiples facetas del desarrollo de la vida nacional, matriculación universitaria, carnet de conducir, pasaporte, etc.

Esta labor no ha parado ahí. Dentro de los diversos planes de educación que han venido existiendo en nuestro país, siempre han aparecido determinadas enseñanzas específicas para la mujer, que se engloban en la denominación de "Enseñanzas del Hogar", absolutamente obligatorias para el grado de bachiller y para la posterior licencia universitaria.

El Hogar, como su propio nombre ya anuncia, consistía en estudios de cocina, puericultura y otras normas de menaje, tal y como poner una mesa, como guardar las mantas en verano y demás cosas similares.

Después de ese primer intento, nada más acabar la guerra, de impedir el acceso de la mujer al trabajo —se crea el plus familiar, pequeña retribución complementaria que recibe el hombre si su mujer no trabaja—. Ante los primeros contactos de integración europea y ante las necesidades que la nueva estructura económica exige respecto a la integración de la mujer en el sistema productivo se impone el establecimiento de algún tipo de regulación legal de esta realidad y Pilar Primo de Rivera con la sinceridad de la incomprensión plantea y defiende en la Cortes la Ley sobre derechos políticos, profesionales de la mujer: su discurso es la evidencia y la necesidad de aceptar ese mal del trabajo de la mujer como un mal menor ya inevitable.

Dice Pilar Primo de Rivera: "No es ni por asomo una Ley Feminista —seríamos infieles a José Antonio si lo hiciéramos... En modo alguno queremos hacer del hombre y de la mujer dos seres iguales; ni por naturaleza ni por fines a cumplir en la vida podrán nunca igualarse, pero sí pedimos que en igualdad de funciones tengan igualdad de derechos. El trabajo de la mujer es un hecho real y universal que no podemos desconocer, y precisamente basadas en ese hecho, lo que pedimos con esta ley es que la mujer empujada al trabajo por necesidad lo haga en las mejores condiciones posibles; de ahí que la Ley, en vez de ser feminista, sea por el contrario el apoyo que los varones otorgan a la mujer como vaso más flaco para facilitar la vida..."

Naturalmente, como el prólogo ya anuncia, la Ley no fue una Ley feminista —basada en las específicas diferencias entre el hombre y la mujer—, no puede llevar a la práctica el ejercicio de una verdadera igualdad.

La Sección Femenina, a pesar de ser un órgano del poder, no ha logra-

do enraizamiento popular alguno; su propia naturaleza, la de ser un movimiento femenino regresivo, explica que no encuentre eco en las mujeres: quizá la mujer de una forma tácita intuia el absurdo de ser encuadrada en un movimiento que tiene por único objeto el que sea devuelta al hogar.

Sin embargo, no es sólo ésta la causa de desprestigio de la Sección Femenina; no se puede olvidar que surge a la vida oficial en la dura post-guerra, como representante de los vencedores y que, como parte de Falange a la que pertenece, pierde en el transcurso de estos años la hegemonía política inicial que disfrutaba. Este fenómeno general de la desaparición de muchas formas o modos de ser falangistas (desaparición del S.E.U., la propia Ley Orgánica de 1966, etc) viene coincidiendo en España en torno a los años 60. El vacío y el aislamiento de la Sección Femenina la inhabilita para continuar cumpliendo esta tarea de regresión de la mujer.

Al mismo tiempo que languidece la organización femenina falangista, va adquiriendo sitio dentro de las estructuras de poder una nueva organización que, ambicionando acaparar todos los resortes de la vida nacional, tampoco olvidará a la mujer.

El Opus Dei, definido de forma diferente según las distintas concepciones e interés, es un grupo, sin duda, de poder. Sus miembros insisten en recalcar el apoliticismo del grupo, pero hoy día y a pesar de todo el misterio de que ha sido rodeado, en España nadie niega, salvo sus propios afiliados, que el Opus Dei es un grupo de presión política.

No cabe duda, tampoco, de que precisamente en esa calidad de actuante de presión política el Opus Dei no ha abandonado el terreno de la política para la mujer; sin embargo, si el análisis de la ideología y la estructura de la Sección Femenina resulta fácil, el de la política para la mujer, en el Opus Dei, por el contrario, aparece especialmente dificultoso.

¿Quiénes son del Opus Dei? ¿Cuáles son sus instituciones, sus organizaciones, sus órganos de difusión y prensa?

Muy poco se puede aclarar de todo esto; salvo un pequeño núcleo, la mayor parte del poder de Opus Dei reside en el acaparamiento de estructuras y organizaciones por parte de sus miembros, y los que se encargan de remodelarlos con su propia ideología y práctica, siendo así que resulta difícil determinar lo que es el Opus Dei, de forma inequívoca, por lo que es necesario hablar, más que del propio Opus Dei, de sus áreas o zonas de influencia.

Telva, revista femenina de muy importante tirada, pertenece a esa

denominada área de influencia. Desde sus páginas y desde sus publicaciones complementarias irradia la difusa ideología de la organización.

La mujer es la reina del hogar, es la madre de maternidad nunca acabada, es, en fin, de nuevo, la concepción tradicional de la mujer diferente, la mujer ser específicamente dedicado a la función de la maternidad.

Este regresivo mensaje se adorna de formas modernas con el indudable afán de, cambiando algo, no cambiar nada. La propia revista *Telva* es una imitación de la revista francesa *Elle*, aunque naturalmente guardando las formas que exige la propia confesionalidad de la ideología del Opus Dei.

A título de ejemplo citamos al azar un editorial de esa revista *Telva*. El editorial se refiere a la Navidad y dice: "Importantísimo el arreglo personal de la anfitriona que, cansada y agitadísima, puede olvidarse de que, aunque humilde servidora de todos, debe ser más que nunca reina de la casa" (*Telva*, 15-12-69).

La concepción de la mujer que analizamos, por esa interrelación de formas modernas, puede ser fácilmente filtrable entre las mujeres que no han tomado conciencia de sí mismas. Ese refrán tradicional de que el casar era "hilar, parir y llorar", recogida en cierta forma en esos alarmantes elogios a la llamada virtud de la abnegación, se esconde ahora en el esfuerzo por demostrar la inmensa felicidad que proporcionan la maternidad y la excelsa femineidad. Éste es, en resumen, un depurado tipo de alienación femenina. Castilla del Pino dice que la forma más grave de alienación es la que se acompaña de la pérdida de la conciencia de la propia alienación.

Digamos, pues, que el Opus Dei ha actualizado la concepción reaccionaria e integrista de la mujer, que ha sabido llenar ese hueco vacío que el desprestigio de la Sección Femenina había dejado al descubierto, pero, ¿cómo han reaccionado las mujeres españolas ante esas influencias dirigidas sobre ellas desde la estructura del poder?

Desgraciadamente las místicas de la femineidad en esa doble versión española que antes hemos estudiado han vertido sus efectos negativos sobre la población. El paso atrás que significó 1936 no podrá ser superado hasta que la estructura política permita libremente el desarrollo de un necesario feminismo; sin embargo, la propia evolución de la historia, a pesar de lo poco propicio del terreno, ha creado ya nuevos gérmenes que pueden permitir el renacimiento de la lucha por la mujer partiendo de la transformación de la sociedad. Organizaciones no oficiales (es decir no del poder establecido) han logrado sobrevivir, nuevas organizaciones ilegales o clandestinas impiden también, en la medida de sus

fuerzas, el avance de las formas de alienación femenina, por medio de un incipiente proceso de mentalización de esa problemática.

Las fábricas y la universidad son de nuevo las dos canteras clásicas de mujeres dispuestas a luchar por la transformación de la sociedad.

Las obreras, a pesar de los elementos de presión, comprueban su propia situación ante la realidad del ni tan siquiera cumplimiento de la Ley de 1961. En este mismo verano se ha publicado con fecha de 20 de agosto de 1970 un nuevo decreto que completa y articula la mencionada ley.

Escasos días después se publicaba la Ordenanza Nacional de la Industria Siderometalúrgica de obligatoriedad para todos los trabajadores del Metal, en la que en su artículo 75 prevé una reducción de 0,9 % sobre el salario masculino para los trabajos que se consideran específicamente femeninos.

También la propia existencia legal del premio económico a las trabajadoras que rescinden su contrato por contraer matrimonio es en sí misma una prescripción, aparentemente beneficiosa para la mujer, pero que en realidad constituye una restricción de las posibilidades de trabajo femenino, que ya son muy reducidas, sobre todo para las mujeres que no estén comprendidas entre los 18 y 25 años.

También la Universidad abre velozmente los ojos a la mujer; aún en nuestra situación la crisis y la propia revolución universitaria que comienza por poner en cuestión cualquier tipo de discriminación no puede dejar de lado la segregación sexual.

¿Pueden ser, pues, las obreras y las universitarias españolas las que desencadenen el necesario renacimiento del feminismo español?

Es difícil profetizar la capacidad de estos dos movimientos convergentes ante una estructura política absolutamente adversa, pero de todas formas, hoy por hoy, es la única probabilidad fundamentada.

MANUELA CARMENA CASTRILLO

Madrid, abril 1971.

LA MUJER Y LA FILOSOFÍA

1. Una rápida consideración histórica nos muestra que en nuestro mundo occidental la relación de la mujer con la filosofía ha tenido sólo una alternativa: o Xantipa o Elizabeth de Bohemia; o la criada tracia o Lou Salomé. Xantipa y la criada tracia que se burlaba de Tales de Mileto representan uno de los términos de la alternativa: la mujer para quien la filosofía es algo totalmente incomprensible y ante lo cual sólo caben —según los casos— el fastidio, la cólera o la risa alegre y burlona. Elizabeth, corresponsal de Descartes, y Lou Salomé, confidente de los más recónditos secretos filosóficos de Nietzsche, representan el otro término de la alternativa única: la mujer que comprende más hondamente que nadie el pensar de un filósofo. A estos dos extremos parece pues haberse reducido la actitud de la mujer ante la filosofía o, mejor dicho, ante el varón que filosofaba.

Hasta aquí, así planteado, el tema parece agotarse dentro de un tratamiento general de la emancipación o liberación de la mujer en nuestro tiempo. Así como no hubo mujeres de ciencia, ni casi mujeres artistas, no habría habido filósofas. Pero aun a riesgo de padecer una deformación profesional, me atrevo a sostener que la respuesta a la cuestión "¿qué pasa con la mujer y la filosofía?" no se resuelve simplemente dentro de un tratamiento general de la emancipación femenina, ya que en mucho mayor medida que el arte y la ciencia la filosofía ha estado consustanciada de modo ancestral con lo masculino, con la idea de una personalidad dueña de sus actos y soberana en su pensamiento. Platón pone en boca de Fedón (*Fedón*, 60 a), antes de que Sócrates iniciara con sus discípulos la última conversación previa a su muerte, las siguientes palabras:

> "Entramos, entonces, y hallamos a Sócrates recién liberado de los grillos, así como a Xantipa... sentada a su lado con su hijito. En cuanto Xantipa nos vio, se echó a gritar y a decir cosas como las que suelen decir las mujeres en estas ocasiones: 'Oh, Sócrates, ¡ésta es la última vez que te hablan tus compañeros y tú a ellos!' Sócrates echó una mirada a Critón y le dijo: 'Critón, que se la

lleven a casa'. Algunos de los hombres de Critón se la llevaron mientras ella daba alaridos y se golpeaba el pecho."

En otra parte, en el *Banquete* (204 c), Platón da una interpretación etimológica de la filosofía que fundamenta esta actitud de Sócrates en la prisión. Filosofía es, en el *Banquete*, amor a la sabiduría. Es, pues, actividad propia de una naturaleza *amante*, vale decir viril, esencialmente activa, de la que queda excluida una naturaleza pasiva, femenina, receptiva.

Hoy la filosofía ha dignificado la noción de receptividad, llegando hasta identificarla con la verdadera creación y con el auténtico pensar [1]. Considero que de ese modo, si se siguen con la idea femenino-receptivo, se han dignificado también el punto de vista de la creación y el pensar el modo de ser de la mujer. Y así como ha variado hondamente la valoración de la receptividad, se ha roto también una serie de esquemas acerca de las limitaciones específicas que definían al ser femenino, hasta el punto de hacer de la mujer actual un interrogante, un manojo de posibilidades aún inciertas. Esa es la razón de la obsesión actual por el tema de la mujer. Y por eso no es ocioso replantear la cuestión especial: ¿qué pasa con la mujer y la filosofía?

Pero nos encontramos con que el otro extremo de la relación, la filosofía, carece —y quizá hoy más que nunca— de una definición cierta. Inclusive quien pasa por ser el máximo metafísico de nuestro tiempo ha diagnosticado que la filosofía ha llegado a su fin.[2] Trataremos, pues, sin adscribirnos a una definión determinada, forjarnos de ella la noción más amplia posible.

La filosofía, entendida como una actividad creadora y no una mera asimilación académica de lo recibido, es libertad del pensar. Y por eso es que, en mayor medida que la ciencia y que el arte, estuvo consustanciada con lo masculino, y vedada a un ser relativo, no responsable de su persona [3]. Y efectivamente, un ser que se sienta por completo relativo a otro y fatalmente motivado por su circunstancia no puede ejercitar la libertad del pensar. Trataré de explicarme. En el arte se trabaja con una materia sensible. Pues bien, contrariamente a lo que afirmaba Croce, en la creación estética tal materia es fundamental. Una vez que el artista

[1] *Cf.* por ej. Marcel, *Du réfus à l'invocation*, Gallimard, París, 1940, esp. p. 41 ss. Y Heidegger, *Gelassenheit*, Neske Pfüllingen, 1959.

[2] M. Heidegger, "Das Ende der Philosophie und die Aufabe des Denkens", en *Zur Sache des Denkens*, Niemeyer, Tübingen, 1969.

[3] *Cf.* Aristóteles, *Política*, Libro I, cap. 12.

ha tenido la intuición originaria y ha dado el primer impulso creador, esta materia se impone cada vez más por sí misma, y a partir de entonces es ella misma la que va dictando su ritmo al pensar. El pensar tiene pues allí un *apoyo* en la materia sensible. De gran parte de la investigación científica podría decirse otro tanto. La investigación científica se ve al fin de cuentas controlada por cosas y hechos extraños al pensar, pero, sobre todo en nuestro tiempo, la instancia de la utilidad, de la aplicación más o menos inmediata de los resultados es lo que requiere y brinda un *apoyo* al pensar, extraño al pensar mismo. En la filosofía, en cambio, el pensar se halla en cierto modo solo, en cierto modo puro, sin el directo apoyo incitador de una materia sensible como en el arte, y sin el apoyo estimulante de una necesidad evidente que lo requiera, como en la ciencia. En este sentido es la filosofía fundamentalmente libertad del pensar. Y de allí su riesgo permanente de perder las conexiones con los hechos y las cosas. En el filosofar el pensar se apoya sólo en sí mismo, y esta autofundamentación, esta "libertad", lo es a costa de un esfuerzo de concentración sostenido y a menudo penoso de toda una vida, a fin de desentrañar y organizar las experiencias e intuiciones motivadas en segundo grado por los hechos y las cosas. Por ejemplo, hay muchas formas de entender la filosofía vigentes en nuestro medio. Una de ellas, y que tiene bastante prestigio, concibe a la filosofía "como crítica del modo de vida establecido". Quien la entienda así, tendrá como punto inicial de referencia para el pensar, quizá sin una clara conciencia de ello, una experiencia de desagrado o malestar, y no uno o unos hechos o cosas aisladas de tal sociedad. A partir de tal experiencia tendrá una intuición de lo que anima y define a tal sociedad, por ejemplo: una insaciable voluntad de poder. El posterior trabajo del pensar filosófico será el despliegue más riguroso posible de una tal intuición.

Yo no dudo que hayan existido antes mujeres con hondas experiencias e intuiciones acerca, por ejemplo, del puesto del ser humano en la realidad, o de Dios o del mundo. Pero la mujer ha carecido hasta nuestro tiempo de ciertas condiciones básicas favorables para poder desplegar el contenido de sus intuiciones fundamentales (desde tiempo y espacio libres para ella —un "cuarto propio" en el sentido de Virginia Woolf—, hasta confianza en sí misma). Y la filosofía es precisamente el ejercicio sostenido, concentrado para esclaracer, examinar, profundizar y ponderar el contenido de tales experiencias e intuiciones, y esto en forma además de un diálogo creador con lo pensado por la tradición.

La filosofía, es pues, posible sólo por la libertad: 1) porque es el pensar de un ser que se siente libre, responsable de su persona, y 2) porque

es un pensar que de modo misterioso pareciera motivarse a sí mismo. (¿Qué hecho, qué cosa podría *directamente* provocar la cuestión central de la metafísica: ¿por qué hay cosas y no más bien nada?

El llamado movimiento de emancipación femenina en nuestro tiempo está conquistando las condiciones para que la mujer se sienta responsable de sí misma, adquiera la conciencia de sí y de su capacidad creadora. Frente a las figuras típicas de una Xantipa y de una Elizabeth de Bohemia, de una criada tracia y de una Lou Salomé, en Edith Stein, Jeanne Hasch, Simone Weil, Susan Langer, Medwig Conrad-Martius, Suzanne Mansion, María Zambrano se va insinuando una tercera posibilidad que rompe con la única alternativa que por tradición tenía la mujer ante la filosofía. De la mujer dependerá en adelante demostrar si, desafiando toda una opinión ancestral acerca de sus limitaciones, puede afrontar de modo creador la difícil empresa de la libertad del pensar.

2. Si la mujer llegara a intervenir de un modo creador en la filosofía se ampliarían de modo necesario las perspectivas filosóficas. Quiero aquí reducirme a indicar una de esas posibles nuevas perspectivas.

Hoy un amplio campo de la filosofía, corrigiendo la tradición órfico-platónica y cartesiana, ha reconocido la realidad ineludible del cuerpo. Nietzsche, Marcel, Sartre, Merleau-Ponty, entre otros, nos han convencido de que el cuerpo, con toda su contingencia, es el punto de referencia con relación al cual se nos da el mundo. Si el cuerpo es esto, si de él depende nuestro modo de situarnos en el mundo, podemos preguntar: ¿hay una manera o maneras propias de experimentar, de intuir y eventualmente de concebir el mundo para la mujer, vinculadas con lo específico de su cuerpo?

"Yo soy mi cuerpo" es una afirmación que la filosofía actual ha acuñado para corregir la aberración de concebir al ser humano por su solo espíritu. Pues bien, pienso que en ciertas experiencias propias de la mujer, y especialmente en una experiencia señalada, tal afirmación debe modificarse o matizarse. Me refiero a la *experiencia de la maternidad*[4] en sus momentos precisos de gestación y lactancia. La experiencia del propio cuerpo se da entonces de un modo que podría expresarse así "yo soy mi cuerpo, efectivamente; pero mi cuerpo no es mío"; se ha transformado en la sede de "otro" que le exige una casi total entrega. Yo soy mi cuerpo; efectivamente, pero mi cuerpo se ha enajenado; se ha tornado el receptáculo y el alimento material de "otro" que allí se forma y se nutre, de

[4] Reproduzco aquí parcialmente y con algunas modificaciones unas ideas que expuse en las II Jornadas de Filosofía, en La Plata, y publicadas en *Aislamiento y comunicación*, Sudamericana, Bs., As., 1966, p. 299 a 304.

"otro" cuyos intereses vitales tienen preferencia sobre los míos. (A esta experiencia personal del enajenamiento del cuerpo propio la refuerzan las leyes sociales y los preceptos religiosos, al menos en nuestra sociedad occidental.)

Si nuestro cuerpo y sus estados influyen en nuestro modo de sentir el mundo, si nuestro cuerpo sano nos abre francamente el mundo, mientras nuestro cuerpo enfermo y dolorido hace las veces de una opaca pantalla, ¿cómo "abre", cómo sitúa en el mundo un cuerpo del que puede decirse que es mi cuerpo pero no mío, un cuerpo enajenado por el hecho de ser el receptáculo vivo y el alimento de "otro"?

(Con la palabra *mi* entiendo una situación de hecho, con la palabra *mío* una situación de derecho además. En este último caso, a algo que me ha sido naturalmente dado puedo también utilizarlo libremente.)

Quiero señalar ahora sólo algunas maneras que creo específicas de darse el mundo con referencia a este cuerpo del que puede decirse "mi cuerpo, pero no mío".

a) Este cuerpo que es mi cuerpo, pero no mío; este cuerpo que atraviesa por sucesivas y sorpresivas variaciones, no en beneficio propio, sino en beneficio de "otro", implica una experiencia de humildad ontológica. Es un cuerpo que no permite olvidar la sujeción a un orden y a un ritmo compartidos con otras regiones de la vida vegetal y animal. La orgullosa afirmación de la persona como autodeterminación y poder sobre la naturaleza se hace difícil para un ser humano que nota que sus mejores reservas y fuerzas vitales se desplazan hacia los intereses de la especie; para un ser humano que deja literalmente de ser individuo, y que de modo natural y no por enfermedad o decadencia no es libre en la utilización de sus propias fuerzas. Por más que quieran convencernos en contra de ello Epicteto o Pascal, la vivencia del poder y de la libertad como autodeterminación están naturalmente vinculadas a la falta de trabas para ejercitar las fuerzas físicas. Un cuerpo que obedece dócilmente a los proyectos individuales: he aquí una fuente de la vivencia de la libertad. Pues bien, para una parte de los seres humanos es difícil albergar *espontáneamente* esta vivencia de la libertad y del poder ejercitado en la acción. Para tal parte de los seres humanos, los proyectos individuales se entrecruzan en un momento dado con los proyectos de la especie, que hacen del cuerpo humano no una forma ágil y centrífuga, apta para la aprehensión, transformación y dominio de la circunstancia, sino una grave y sensitiva materia que tiende a dejarse estar en el reposo y la espera.

Pues bien, supongo que un pensar que con sinceridad quisiera respetar esta experiencia no llegaría a instalar espontáneamente al ser humano

en un "puesto especial dentro del cosmos', puesto siempre relativo a la necesidad de fundamentar el poder sobre la naturaleza.

b) Este cuerpo que es mi cuerpo, pero no mío, se experimenta como el vulnerable receptáculo de "otro', de "otro" indefenso y tierno –y por eso objeto de ternura–, en torno al cual las cosas que rodean presentan un aspecto vulnerable. El "otro" que mi cuerpo lleva trenzado en sus entrañas, y que luego se alimenta de mi cuerpo, se sirve de mí como medio para entrar en el mundo. Por eso el responsable de un cuerpo así siente el mundo como una realidad en la que debe moverse con un cuidado extremo, en custodia de los intereses del "otro".

Supongo que un pensar que quiera respetar esta experiencia no podrá pasar por alto este carácter del mundo como cuidado.

c) Este cuerpo que es mi cuerpo, pero no mío, padece, como algo que le es propio, una de las llamadas formas del mal: el dolor físico. (Darás a luz con dolor, dice el Génesis.)

Ante el sufrimiento natural de un cuerpo así enajenado son posibles varias actitudes, que podemos hallar consignadas en la sabiduría trágica popular y en la literatura femenina:

1. resignarse como ante una fatalidad natural (*cf.* las expresiones de las mujeres del pueblo, como "estamos hecha para sufrir");
2. rebelarse, de un modo que podríamos llamar forma específica de rebeldía metafísica, contra la condición de toda una mitad de los seres humanos dentro de una creación o de una orden natural a los que se juzga injustos;
3. rebelarse de modo especial contra la sociedad y la historia que han convertido a la maternidad en un mito necesariamente ligado al mal físico;
4. admitir el dolor físico propio de la maternidad, por juzgar que sólo aisladamente tomado es un mal, pues se sublima dentro del proceso grandioso de creación de una nueva vida.

La obra literaria de Alfonsina Storni, de Simone de Beauvoir (esp. *El segundo sexo*) y de Gabriela Mistral son un claro ejemplo de las tres últimas actitudes.

Supongo que un tratamiento concreto del problema del mal no puede desdeñarlas.

d) A este cuerpo que es mi cuerpo, pero no mío, se le afina la sensibilidad. Todos los sentidos se agudizan, puestos al servicio del "otro", que no puede servirse aún de sus propios sentidos. En mi cuerpo ocurre una verdadera transferencia de la sensibilidad al "otro". Las sensaciones olfativas, gustativas, tactiles, etc., son agradables o desagradables más en

función de los intereses del "otro" que de los míos. Es como si la maternidad "descentrara" la sensibilidad del cuerpo propio, y esto en mayor medida cuando la determinación *para*, que afecta al cuerpo durante la gestación y la lactancia, se experimenta como donación de sí y no sólo como un medio para los fines de la especie.

Supongo que un tratamiento concreto de las relaciones intersubjetivas tendría que interesarse por este desplazamiento de la sensibilidad.

Mi intención aquí ha sido sólo indicar *una* de las direcciones en que la mujer podría contribuir a la libertad del pensar a partir de experiencias e intuiciones. En lo que a esta dirección se refiere, el terreno está preparado: la filosofía de los últimos decenios ha revisado la noción de receptividad y ha hecho entrar en crisis la noción moderna de sujeto como consecuencia de tratar, como centrales, problemas tales como el del cuerpo propio y el de los "otros". La misma temática, pues, y el estilo de algunas corrientes de la filosofía actual añaden a las condiciones señaladas más arriba, otras condiciones favorables para que la mujer ingrese activamente en el filosofar. Y entre las tareas iniciales no desdeñables para ella está quizá el revisar ciertas imágenes que por tradición han servido como "vehículo" al pensar filosófico. Recuerdo en este momento éstas: la del pensador de gabinete, propenso a secos escolasticismos, y cuyo pensamiento se "va por las nubes", y, opuesta a ésta, la imagen del campesino, cuyo renovado contacto con la semilla que germina en sus tierras le hace ver las cosas de modo más verdadero, más real. En la filosofía ha sido usual oponer estas dos imágenes. Pues bien, las mujeres que pretendemos ocuparnos de filosofía hemos repetido más de una vez esta oposición, en parte quizá por falta de imaginación, en parte tal vez por temor a hollar un terreno virgen y sin prestigio en la materia. Pero ¿no es acaso mucho más contundente que la del campesino la experiencia de un ser humano que, desde dentro, en "carne propia", asiste al lento germinar y desarrollarse de un ser vivo? ¿De un ser humano que está tejiendo en silencio, en esta quietud, "un milagroso cuerpo, con venas, y rostro, y mirada, y un depurado corazón"? [5]

LUCÍA PIOSSEK PREBISCH

[5] Gabriela Mistral, *Desolación*, Santiago de Chile, 1923, p. 248.

HOMBRE Y MUJER

(CONSIDERACIONES Y RE-CONSIDERACIONES)

De un prejuicio al otro, y por los mismos motivos

Karl Mannheim demostró que la vida social está dominada por fantasías ideológicas que se tienen por verdades objetivas. Es el caso de muchas "ideas" con respecto al género femenino. Los grandes cambios en la posición de la mujer, su participación cada vez más activa en casi todos los órdenes del trabajo comunitario, revelaron cuánto de mero prejuicio o de necia arrogancia masculina había en la mayor parte de "ideas" que sobreentendían la inferioridad de la mujer.

Pero por una curiosa dialéctica del proceso, y como consecuencia de la misma mentalidad masculinizante, se propagó la inversa fantasía de que la mujer es *idéntica* al hombre. Hace unos veinte años publiqué en esta misma revista los fundamentos probables de esta curiosa (y temible) hipótesis.

Un celebrado aforismo francés, expuesto en forma de jubilosa exclamación, nos recuerda —nos tiene que recordar a cada rato, tal como van las cosas— que hay entre los sexos una cierta diferencia. Contra esta propaganda podrá argüirse que el ser humano no es una mera biología sino un ser cultural. Pero deberá responderse que las complicadísimas transformaciones que las sucesivas culturas han realizado sobre aquella infraestructura no la han anulado: los hijos se siguen teniendo como ya se sabe. Y, afortunadamente, con el mismo y tradicionalista procedimiento.

Esta simple constatación de discrepancias pone inmediatamente en funciones el sistema de radares que el género femenino tiene a lo largo de sus fronteras, y que se desencadena apenas una mosca entra en el territorio enemigo. Esta alarma es en mi caso infundada: no estoy hablando de *superioridades*, estoy refiriéndome a tranquilas y visibles *diferencias*. Ya veremos luego qué clase de consecuencias espirituales pueden suscitar estas básicas diferencias biológicas. Mientras tanto, y para tranquilizar entre otros a Victoria Ocampo, que ya se me vino una vez hecha una furia, me apresuro a recordar que en más de una ocasión, contra cierta

clase de machos desdeñosos me vi obligado a recordarles la existencia de Emily Brontë, Sonia Kowaleska, Edith Stein, Simone Weil o Virginia Woolf.

Una sociedad creada, instrumentada y juzgada por hombres, como la nuestra, revela su menosprecio no sólo en sus teorías sino (semi concientemente) en su lenguaje.

Si se tiene presente que la izquierda está vinculada al inconciente y a lo femenino (Cf., por ejemplo, las teorías de Jung), es significativo que todo lo que en nuestra cultura es un desvalor resulta referido a la mano izquierda. No sólo en castellano "derecho" tiene que ver con lo justo y lo exacto: es así en todas las lenguas indoeuropeas que se originaron en comunidades patriarcales, desde los arios: orthos, rectum, regere, regimen, rectitudo, regula, dirigere, corrigere, erigere, recht, right, etc. Para no hablar de las costumbres o hábitos más cotidianos: el lado "derecho" de un género es el que se debe mostrar, el izquierdo es el que debe ocultarse; lo siniestro tiene siempre que ver con la desgracia, con la perversidad y lo funesto; se jura con la mano derecha, se hace cuernos con la izquierda, etc., etc. Que esto es característico de comunidades patriarcales se ve fácilmente cuando se observa lo que sucede en las matriarcales: lo bueno es lo izquierdo, no se cuentan los días sino las noches, los molinos para la oración en el Tibet giran en el sentido levógiro, etc. Según quien mande, pues, se hace la ley y se establece lo que es bueno. Ninguna novedad, claro.

Pero los Tiempos Modernos agravaron la opresión de la mujer porque sobre la base de una sociedad patriarcal se desarrolló una sociedad técnica y abstracta, que ha llevado hasta catastróficas consecuencia el predominio de la mentalidad masculina. En *Hombres y Engranajes* intenté, hace ya muchos años, una teoría sobre la deshumanización y el enajenamiento que provocó en nuestra entera civilización, y no sólo en la capitalista, la obra combinada de un hiperracionalismo y de una ciencia positiva. No repetiré aquí los fundamentos de aquella teoría. Únicamente me referiré a ciertos aspectos del mismo problema en tanto se refieren al *cuerpo,* pues, como se comprende, son decisivos para el examen del problema hombre-mujer.

Sexos platónicos y sexos reales

En todas las tradiciones de las sociedades primitivas, aun en las matriarcales (lo que prueba que no se trata de una clasificación peyorativa de parte del hombre), la tierra representa por antonomasia a la mujer. Para los antiguos habitantes de la India, *Prithivia,* la Tierra, es la ma-

dre del género humano. Démeter es a la vez la diosa madre y la personificación de la Tierra. En ella acontece la reproducción de la vida en sus formas más elementales y todas las simbologías arcaicas vinculan la fecundidad terrestre a la fecundidad de la hembra.

La historia de las culturas, la etnología y la antropología, la mitología y la psicología profunda parecen autorizar una lista de atributos que caracterizan a los *arquetipos platónicos* de cada sexo, pero que en la realidad aparecen mezclados en mayor o menor proporción en cada ser humano, por su radical bixesualidad. Así, con las debidas precauciones que deben tomarse cada vez que se aplican ideas platónicas a seres concretos, la clasificación podría hacerse del siguiente modo:

En la mujer: la tierra, el cuerpo y la noche; y, por lo tanto, el instinto, la inconciencia, el misterio, lo mágico, lo simbólico, la curva, lo blando, lo húmedo, lo contradictorio, los sentidos "corporales" (gusto y tacto). Origen de lo romántico, lo barroco, lo existencial.

En el hombre: el día y la conciencia, la razón, la recta, lo duro, la lógica, los sentidos "intelectuales" (oído, vista). Origen de lo clásico.

Quizá por esta *propensión* de orden general, con las inevitables excepciones (el caso de una Sonia Kowaleska, que vivió sus últimos años renegando dolorosamente de su actividad matemática), el genio femenino ha creado en aquellos órdenes que están enlazados entrañablemente a su esencia profunda, a su cuerpo, a su subjetividad: la danza, la interpretación teatral, la novela, las memorias, los diarios, la correspondencia.

Desvalorización y revaloración del cuerpo

Los Tiempos Modernos se edificaron sobre la ciencia, y no hay ciencia de lo general, lo que inevitable y pavorosamente fue convirtiendo el mundo real de los seres humanos en un monstruoso universo de abstracciones, de logaritmos y geodésicas, de tensores y ecuaciones diferenciales. Porque lo particular se va con lo concreto.

¿Qué tiene de asombroso que con esta mentalidad el cuerpo se haya desvalorizado, si es lo más concreto que tiene el hombre?

Si los platónicos lo excluyeron por motivos religiosos y metafísicos, la ciencia lo hizo por razones heladamente gnoseológicas. Y así, por la convergencia de estas dos maneras de considerar la realidad, se llegó a aquella entelequia de los iluministas, ajena a la tierra y a la sangre, a la sociedad misma y a sus vicisitudes. Un hombre tan abstracto que desde ese momento hubo que nombrarlo con una H mayúscula. Y tan extraño a las reales angustias y esperanzas del ser de carne y hueso que en su nombre se pudo guillotinar a algunos centenares de miles, sin problemas

de mala conciencia. Y se siguió torturando y matando en las cárceles soviéticas.

Ya sabemos cómo el mismo Hegel empezó a reaccionar contra ese fantasma antropológico, y cómo Kierkegaard por un lado y Marx por el otro reivindicaron al hombre concreto, aunque en el caso de Marx su fetichismo científico le impidió advertir una de las dos causas de alienación: la que proviene de la razón y la tecnología. Motivo por el cual, seguramente, Stalin, sus secuaces y sus seguidores pudieron realizar la operación policial ya mencionada.

Nietzsche, por su parte, se preguntó si debía dominar la ciencia sobre la vida o la vida sobre la ciencia. Y en la correcta respuesta a este interrogatorio sintetizó la revolución antropocéntrica de nuestro tiempo: el centro no será ya más el frígido objeto de la ciencia y ni siquiera el sujeto trascendental, sino la persona concreta, con una nueva conciencia del cuerpo que la sustenta.

Este vitalismo es superado e integrado en la fenomenología existencial, porque sin renunciar a la integridad del ser humano se coloca por encima del mero biologismo. Para Heidegger, el hombre es un ser en el mundo, lo que es posible por el cuerpo y sólo por él: es quien lo individualiza, quien le da una perspectiva del mundo, desde su "yo y aquí". No el Observador Imparcial y Ubicuo de los científicos o de la literatura objetivista (esa retaguardia de un mundo que termina, con aire de vanguardia), sino este yo concreto encarnado en el cuerpo. En un cuerpo que lo convierte en un "ser para la muerte", restituyendo al hombre su auténtica condición trágica. Visto el problema desde esta perspectiva (¿y qué otra puede haber?), la existencia de la mujer no puede ser *idéntica* a la del hombre. No ya por la diferenciación que la historia o un tipo u otro de sociedad les haya provocado, sino por la radical diferencia en su corporalidad.

Por la profunda admiración que tengo por su genio, querría poner un solo ejemplo, el de Virginia Woolf. ¿Quién podría dudar, a menos de carecer de sensibilidad literaria, que una obra como *Al Faro* fue escrita por una mujer?

La (trágica) des-mitificación

Gusdorf sostiene que el hombre pasó de la prehistoria a la historia cuando Sócrates descubrió la Razón, poniendo fin al reinado del Mito. Es cierto. Pero es exageradamente cierto. En rigor, el hombre ejecuta ese acto cada vez que a una cultura mágica sucede una cultura profana y técnica; lo que ha sucedido muchas veces en la historia de la huma-

nidad está aun sucediendo en pueblos primitivos y, lo que es más curioso, sucede cada día en el despertar de cada hombre, cuando en virtud de un acontecimiento misterioso abandona el universo de los sueños (intemporal, irracional, ahistórico, mitológico) para ingresar en el universo de la luz. Ingreso por otra parte parcial y precario, ya que, con excepción de las acciones referentes a las ideas puras y a la ciencia positiva, ningún ser humano, ni aún el que pertenece a una civilización eminentemente racionalizada como la nuestra, procede según los estrictos cánones de la razón pura: su entero orbe emocional permanece fuera de su dominio. Y en el caso de los pueblos llamados primitivos podría llegar a afirmarse que ni siquiera esa pequeña porción de territorio razonable tiene vigencia plena, hasta el punto de que es difícil de comprender para nosotros si sus hombres viven una neta diferencia entre el universo del sueño y el de la vigilia, pues en ambos la magia mantiene su hegemonía.

Con todo, una vez formulados estos reparos, es cierto que hay momentos en que el poder de la razón se manifiesta dominantemente en nuestra civilización occidental: la Grecia socrática, el Renacimiento, la Ilustración. Y hay que reconocer que en aquella Grecia se produjo, de modo casi didáctico, el surgimiento de la Razón con mayúscula, iniciándose de este modo el proceso de des-mitificación de Occidente. Y aunque esa clase de tránsitos es obra de generaciones enteras, y hasta de antagónicas tentativas (porque siempre las fuerzas del espíritu actúan en lucha con fuerzas contrarias), es indudable que es el Sócrates del "conócete a tí mismo", el hombre de la soledad y de la lucha, del libre examen y la dialéctica, el que tipifica el acontecimiento y el que le da su fundamento filosófico. Y si se tiene presente que gracias (?) a este acontecimiento se hará posible la ciencia y la técnica, debemos aceptar que con Sócrates hace su aparición el Hombre Moderno.

La rebelión romántica tenía, pues, que constituir una reaproximación al mito .El genio de Vico ya vio claro lo que todavía mucho tiempo después otros pensadores no alcanzaron a comprender. Y es en buena medida por obra de su pensamiento que se inicia esta revaloración, que Freud, Jung y (paradójicamente) Lévy-Bruhl, harán culminar en nuestros días, porque en la obra de Lévy-Bruhl, a medida que se desarrolla, se constata la vanidad de cualquier intento de racionalización total del hombre. Comenzada para demostrar el paso de la mentalidad "primitiva" a la conciencia "positiva", concluirá tres décadas más tarde con la patética confesión de su derrota, cuando el sabio debe por fin reconocer que no hay tal mentalidad "primitiva" o "prelógica", como un estadio inferior del hombre, sino que los dos planos coexisten, en cualquier época y cultura. Observemos que esta misma mentalidad "positiva" (la palabra me produ-

ce mucha gracia, no lo puedo evitar), no es solamente la que inyectó en Occidente la idea de que nuestra cultura técnica es superior a las otras sino, y por las mismas razones y motivaciones psicológicas, la idea de que el espíritu del hombre, por su propensión mayor a la lógica y a las ideas puras, es superior al espíritu de la mujer.

Para el pensamiento ilustrado, el hombre progresaba en la medida en que se alejaba del estadio mito-poético. Thomas Lowe Peacock lo dijo en 1820 de modo (grotescamente) ilustre: un poeta en nuestro tiempo es un semibárbaro en una comunidad civilizada. La excavación de Lévy-Bruhl reveló hasta qué punto esta pretensión es equivocada, además de estrafalaria y arrogante. Expulsado del pensamiento puro, el mito se refugia en la literatura, que así resulta una profanación pero también una reivindicación del mito. en un plano dialécticamente superior, ya que permitirá la incorporación del pensamiento racional al lado del pensamiento mágico.

Alma y espíritu

Siguendo parcialmente a Nietzsche, Klages afirma con razón que el espíritu (*Geist*), expresión de lo racional y lo trascendente, perturba y hasta destruye la vida creadora del alma (*Seele*), que es irreductible a lo racional, a lo impersonal y objetivo que es propio del espíritu puro. El alma es una fuerza que se halla en entrañable vinculación con el cuerpo, con la naturaleza viviente, creadora de símbolos y mitos, capaz de interpretar los enigmas que se presentan ante el hombre y que el espíritu a lo más no hace sino conjurar. En suma, la relación entre el alma y el espíritu es la misma que existe entre lo romántico y lo clásico. O *entre la mujer y el hombre.*

El espíritu destruye el mundo de los mitos por la acción mecánica de los conceptos, es la despersonalización y la muerte. El espíritu juzga mientras el alma vive. Y es el alma la única potencia del ser humano capaz de solucionar los conflictos y antimonias que el espíritu tiene como una red sobre la fluyente realidad. Sólo los símbolos que inventa el alma permiten legar a la verdad última del hombre, no los secos conceptos de la ciencia. Únicamente el alma puede expresar el flujo de lo viviente, lo real-no-racional.

De ahí la trascendencia gnoseológica de la novela, porque la novela es producto del alma. Y de ahí la trascendencia metafísica de la mujer, o de lo que cada hombre tiene de mujer.

La rebelión de las furias

Desde un punto de vista profundo, el Romanticismo es la reacción contra la mentalidad técnica, suerte de misticismo profano que defiende los derechos de la emoción y la fantasía. Es artificioso poner fecha exacta a esta rebelión, pues no dejó de manifestarse desde el momento mismo en que Sócrates decretó la excomunión del cuerpo y sus pasiones. A veces abiertamente, otras en secreto y con aviesa perversidad, esa invencible fuerza no desapareció en ningún instante, hasta que estalló con toda su violencia a fines del siglo XVIII. Desde el Renacimiento hasta la Revolución Francesa no sólo insurgió en el arte, donde es condición previa, cualesquiera sean las doctrinas oficiales, sino en el pensamiento mismo, que es el territorio enemigo por excelencia: filósofos como Pascal en Francia y Giambattista Vico en Italia abren el camino del Rousseau que en el siglo XVIII proclamaría los derechos del corazón. A través de sociedades ocultas, en esotéricos como Claude de Saint-Martin y Fabre d'Olivet, en taumaturgos charlatanes como Cagliostro, en místicos como Swedenborg (que significativamente abandona la ciencia para dedicarse a la magia), y, en fin, en el propio campo adversario en doctrinas como la del magnetismo animal. Pero lógicamente, el poder irresistible de la inconciencia se revela de modo ejemplar en la ficción: en el *Candide*, uno de campeones de los tiempos modernos deja escapar los espectros de la negra desesperación a través de la corteza del pensamiento ilustrado; y, como suprema ironía, como retorcida venganza de la Furias, en el corazón de la Enciclopedia se presentan los siniestros fantasmas de la inconciencia romántica y hasta de la conciencia existencialista en el revelador "sobrino de Rameau", que no es otro que el Mr. Hyde del mismísimo Diderot. Esta novela resulta así una de las más significativas manifestaciones de la dialéctica entre la luz y las tinieblas. Y el contraste casi escolar entre el filósofo progresista y el cínico endemoniado sólo se volverá a dar de modo tan extremo en otro ilustre progresista francés, cuando su otro yo, Roquentin, demuele despiadada y perversamente al Autodidacta que esgrime todos los lugares comunes del progresismo.

No hay casualidad en el dominio del alma, y si en la Francia tradicionalmente cartesiana se ha dado la más grande acumulación de endemoniados, desde el mariscal Gilles de Retz hasta Rimbaud, desde el marqués de Sade hasta Jean Genet, no es a pesar de esa manía intelectualista sino a causa de ella misma. Las fuerzas de las tinieblas son invencibles, y si se las proscribe —como lo intentó el Iluminismo— se revuelven y estallan aviesamente en lugar de contribuir a la salud del hombre, como en

cambio sucedía en las sabias culturas de los pueblos llamados primitivos.

Barrett describe el drama de las Euménides, cuando Orestes, obedeciendo a la orden de Apolo (la nueva deidad que el Iluminismo masculino lanzará el mundo), mata a su madre. El conflicto estalla entre este dios luminoso y las Furias, las antiguas diosas matriarcales de la familia y de la tierra. La tragedia registra dramáticamente el momento de la historia griega en que estas deidades femeninas deben ceder su lugar a los nuevos dioses del Olimpo. Pero el hombre de la calle todavía recordaba (y oculta o inconscientemente temía) a esas diosas nocturnas, y se sentía angustiado ante esa elección que se le imponía. Esta angustia está unida al desenvolvimiento de la conciencia griega, que en cierto modo es la conciencia moderna, en la medida en que avanza por el camino de la civilización. Pero observemos que ya el verbo "avanzar" es una oscura falacia de esta prepotente civilización, que considera bueno y positivo lo que sirve a sus fines, y malo o retrógrado o falso lo que se le opone. Hoy podemos medir el tremendo tributo que la conciencia moderna ha debido pagar por este proceso contra las potencias arcaicas del inconsciente. En la obra de Esquilo hay una suerte de compromiso por la intervención de esa ambigua deidad que es Atenea, entre lo masculino y lo femenino. Las Furias, desconsoladas, sin embargo amenazan a la tierra con toda clase de calamidades. Atenea reconoce o debe reconocer (sabiduría del poeta) que son más antiguas y más sabias que ella misma. Casi no debemos dudar: en Esquilo se da por primera vez esa prevención del artista contra la ciencia, y en lo más profundo de su alma siente que las Furias deben ser reverenciadas, y que, aunque constituyen el lado sombrío de la existencia, sin ellas el ser humano no puede ser lo que debe ser.

El resultado de esta desatinada proscripción lo tenemos a la vista. En el mejor de los casos, como violenta pero sana y justificada rebelión de las fuerzas y sectores oprimidos: los pueblos coloniales, los hombres de color en los Estados Unidos, las mujeres en casi todo el mundo, los muchachos. En el peor de los casos, la neurosis, la angustia, la propagación de las enfermedades psicosomáticas, la histeria colectiva, la violencia y las drogas. En el país más tecnificado del globo sucede (y quizá únicamente ahí podía suceder) la serie de crímenes sádico-sexuales del clan Manson.

En cuanto al Oriente, el ser humano estaba hasta hace poco protegido por las grandes tradiciones míticas y religiosas que aseguraban su armonía con el cosmos. La invasión brutal y desenfrenada de la técnica occidental ha producido estragos que ya empiezan a advertirse en el Japón (el suicidio de algunos artistas y escritores es revelador), donde creyeron

astutísimo reemplazar probadas y milenarias tradiciones por la producción masiva de radios a transistores.

Hemos sobrevalorado el lado derecho o consciente de la criatura humana. Así nos ha ido.

Si no somos destruidos por la bomba atómica...

Aceptar la vida es aceptar la existencia del Mal. El Romanticismo, como filosofía de la vida, no podía ignorarlo como insoslayable y positiva manifestación del ser concreto. Y William Blake, que en muchos sentidos anticipa a Nietzsche y a Jung, pensaba que el hombre alcanzaría su máxima dimensión cuando lograse integrar su cielo con su infierno.

Siendo el demonio el señor de la tierra, este dilema es el del cuerpo y el espíritu. Dilema que el racionalismo tecnológico no fue capaz de superar: simplemente lo suprimió, proscribiendo e ignorando uno de sus términos. Pero lo que la ciencia y el pensamiento puro fueron torpemente incapaces de aceptar, el arte jamás dejó de tenerlo como fundamento, ya que el arte se hace en primerísimo término gracias al comercio con las todopoderosas fuerzas "inferiores", las fuerzas que emanan de la tierra y de la inconsciencia, las sempiternas creadoras de magia y de mito. Las fuerzas femeninas, digámoslo de una buena vez.

En *Hombres y engranajes*, hace más de veinte años, traté de probar que esta civilización abstracta ha escindido trágicamente al hombre. Abstraer significa separar, y todo en esta cultura mecánica ha sido separado de todo: el cuerpo del alma, la intuición del concepto, el hombre del cosmos. En este vasto y monstruoso proceso de desintegración, el arte es lo único que se ha mantenido fiel a la unidad primitiva. Más o menos reprimido, según Jung llevamos en nuestra inconsciencia al sexo opuesto. Si admitimos que lo irracional es nuestra parte femenina, el arte sería la expresión de la feminidad modificada por la conciencia masculina, y constituiría quizá la *única* manifestación integralista del hombre en este universo abstracto. El ideal que hemos perdido es el que los chinos simbolizan en el Tai-Gi- Tu, cuyas dos partes integran el todo armónico, tienen la misma forma y superficie, se complementan y requieren mutuamente: lo masculino y lo femenino. El espíritu se inspira y autofecunda con la acción recíproca de los dos sexos, y no hay alumbramiento sin esa colaboración. No sólo alumbramiento físico sino también espiritual. Esta gruesa mentalidad cientificista sobrevaloró el pensamiento racional, pero hoy sabemos que *ningún* conocimiento sale del razonamiento: la razón sólo desarrolla lo que ya está en germen en las intuiciones últimas.

Es hora que reivindiquemos el pensamiento mágico al lado del pensamiento lógico, y que sepamos que éste no puede existir sin aquél.

La superación de nuestra crisis ha de suponer así un retorno a lo mágico y femenino. La revaloración del mito, la vindicación de las culturas llamadas primitivas, el reconocimiento de los elementos a-lógicos son todos indicios de la forma en que se ha de superar esta crisis, la más grande, profunda y peligrosa que jamás haya enfrentado la raza humana.

Si es que los generales de los Estados Unidos y de la Rusia Soviética (todos machos, según se sabe) no aprieten algún botón que desencadene la guerra atómica, con la típica inteligencia masculina.

Gamocentrismo

El esquema de la crisis contemporánea y de su posible superación, pues, yo lo veo de este modo:

Comunidad medieval (NOSOTROS) - Individualismo mercantil del Renacimiento (YO) - Ciencia y capitalismo (ESO) - Rebelión romántica y existencial, concreta y femenina (YO) - Síntesis fenomenológica, hacia una nueva comunidad femenino-masculina (NOSOTROS).

¿Progresistas o reaccionarios?

Por la clase de reflexiones que vengo haciendo a propósito del sexo y de las potencias ocultas —y sin importarles mi defensa de la justicia social—, he ganado fama de reaccionario entre los espíritus que en el siglo pasado abandonaban los templos para arrodillarse ante una pila de Volta. Ahora lo hacen ante un ciclotrón, lo que hace más espectacular su positivismo pero no menos candoroso. Tan pobre, como el de antes, pero mucho menos defendible, por los demoledores argumentos que la filosofía ulterior le ha aplicado. De modo que entre un progresista de barrio que hacia 1900 fundaba una biblioteca llamada "Luz y Progreso" y éstos a transistores, que creen que todos los males físicos y metafísicos han de ser resueltos con computadoras, no hay una diferencia de esencia, sino de cantidad: los de hoy son más zonzos.

Por favor, que las mujeres no se dejen subyugar por esta clase de paparruchas electromagnéticas, y que piensen que si la humanidad se ha de salvar no es gracias al desarrollo de la electrónica japonesa sino volviendo a esa Madre Tierra que olvidamos. Y de la que ellas son sus genuinas manifestaciones.

Y recordemos las palabras de Nietzsche cuando, a propósito de Schopenhauer, habla de "la reacción como progreso", señalando cómo el Enciclopedismo no había hecho justicia al cristianismo y a las grandes religiones asiáticas. Sólo después de esa rectificación es posible llevar adelante las banderas del auténtico progreso.

De este modo Nietzsche prefigura su célebre aforismo de *Aurora*, en que advierte el carácter contradictorio y ambiguo de todos los fenómenos espirituales. Que no es sino una variante moderna de aquella *enantiodromia* que ya Heráclito de Efeso señalaba como una ley del espíritu.

ERNESTO SÁBATO

LA MUJER EN LA HISTORIOGRAFÍA

Cuando la mujer de nuestro siglo irrumpe en la producción intelectual, su lugar queda relegado durante tiempo al exclusivo dominio de la literatura. Sólo allí se la admite, en mérito al fecundo eco de esporádicas antecesoras próximas o de siglos atrás. Su nombre al pie de poesías, cuentos y novelas no resultaba del todo insólito, en verdad. Parecía más bien la salida lógica de esa frívola cultura de adorno, la única que el sexo generalmente conoció.

El cultivo de las letras se presenta al principio como simple devaneo en hijas de familias acomodadas. Aún hoy, al mencionarse a una escritora, de primer intento se le atribuyen versos o ficciones. Rara vez, por no decir nunca, se piensa en la ensayista, en la historiadora. Quizá contribuya a la precedente omisión la memoria de la grave imagen de los venerables ancestros —un Plutarco o un Montaigne, un Tácito o un Mommsen—, la que poco se compadece con la mentada fragilidad femenina. Hasta se le negó antaño la mínima capacidad de comprender los entresijos de la disciplina. Recordemos que Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1765) desciende al empleo de un lenguaje harto llano y claro con el solo obieto que sea aprehendido por la mente virgen de Madame de Chatelet.

Por otra parte, el predominio en épocas lejanas del sentido pragmático, que pretendió convertir a la Historia en escuela de estadistas o de conductores de guerra, y la restricción del sujeto a lo meramente político y militar ,indujo a su ejercicio por el más afín intelecto varonil. En la Italia de los siglos XV y XVI sabemos de finas poetas celebradas en los cenáculos escogidos de Roma y de Florencia, sin que a nadie se le ocurriera entonces concebir posible émulas de un Maquiavelo o de un Guicciardini.

Ampliado el sujeto a fines del siglo anterior hasta abarcar el pretérito humano en su totalidad, bajo el concepto inicial de historia de la civilización y muy luego de historia de la cultura, nuevos cauces ofrécense a la consideración. El avance de las ciencias auxiliares, como la psicología, imprescindible para descriminar los móviles recónditos de tantas actitudes, torna preciso una sensibilidad dúctil, alejada del empaque

retórico de los modelos clásicos. Tanto como los progresos de la heurística, que exigen una contracción acuciosa, certera y constante.

Teóricos contemporáneos —el austríaco William Bauer, entre otros, en *Introducción al estudio de la Historia* (1921)— analizan los fundamentos psíquicos de la elaboración histórica, detacando el papel de la fantasía, que asocia ideas o completa percepciones; el de la intuición y el de lo irracional; el poder de adivinación y el don de establecer relaciones, que ya señalara Guillermo de Humboldt. Dotes que en la mente femenina abundan, por cierto, y cuyo uso adecuado, creemos, ha de introducir profundas innovaciones en el quehacer historiográfico.

En el esclarecedor opúsculo *Cultura Femenina* el filósofo y sociólogo alemán Jorge Simmel (1858-1918) realza esta positiva participación al sostener: "...caben en la ciencia histórica funciones específicamente femeninas, productos basados en la especial constitución de los órganos perceptores, sentimentales y constructivos de la mujer, desde la más fina inteligencia de los movimientos populares hasta la intuición aguda de las motivaciones inconfesadas e incluso la simple interpretación de las inscripciones".

Abona igualmente este derrotero el holandés Huizinga al anatematizar la inflación de conceptos, el antropomorfismo y el uso de patrones fijos por los historiadores en unas conferencias pronunciadas en julio de 1934 en la Universidad Internacional de Verano de Santander y recogidas en volumen por la *Revista de Occidente*.

Sin embargo, la mujer demora en asumir la trascendente tarea para la que ingénitas cualidades debían inclinarla. No se anota en la copiosa nómina de cultivadores de la ciencia de Heródoto que proporciona el sigle XIX, siglo de la Historia por excelencia, junto a los Thierry, a los Michelet, Carlyle, Macaulay, Ranke, Dreysen, Pais, Altamira. Ningún nombre de mujer trae la *Historia de la Historiografía Moderna*, la fundamental obra de Eduardo Fueter. Apenas si citaríamos nosotros a Emilia Pardo Bazán (1852-1921), la insigne escritora española que, con *San Francisco de Asís* (1882) incursiona tempranamente en la biografía, mas con trazas de devota aún y sin abandonar por entero el terreno literario.

Pese al espaldarazo de Simmel, debemos alcanzar la segunda mitad de nuestra centuria para encontrar cierto elenco femenino que actuó en forma permanente en los centros historiográficos universitarios europeos y estadounidenses. Corresponde ubicar como precursora a la venezolana Mercedes Gaibrois, quien trabajó a la par de su marido, el historiador español Antonio Ballesteros y Beretta, y tuvo asiento en la Real Academia de la Historia de Madrid.

Por lo demás, la referida amplitud del sujeto de la Historia permite abordar nuevas cuestiones en el orden social, económico y cultural. Se impone ahora una seria formación metodológica, acorde con la diligencia y disciplina que la mujer contemporánea manifiesta con frecuencia en los claustros universitarios. Atrás queda el historiador solemne, cuan horro de técnicas de estudio, que busca refugio en el examen del pasado huyendo tal vez de alguna frustración. Su antítesis la depara Eileen Power, autora de un libro delicioso, *Gente de la Edad Media* (1924), cuyas dinámicas páginas reconstruyen el período a través de la vida cotidiana de campesinos, viajeros y comerciantes, captada en testimonios variadísimos: cartas familiares, testamentos, archivos de un obispo, el libro de hacienda de un señor feudal.

Análogo proceso ocurre entre nosotros. La *Historia crítica de la historiografía argentina* de Rómulo D. Carbia, en la versión definitiva de 1940, tampoco incluye nombres de mujeres, salvo dos excepciones: la de Juana Manso, la ilustre educadora que en 1962 da a luz un breve texto escolar —*Compendio de la Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento hasta el año de 1820*— y la de Elisa Ferrari Oyhanarte, quien en 1909 publica *Cepeda. Ensayo monográfico dedicado al estudio de una faz política de la historia argentina en la época de la organización nacional*. Se trata de una labor estimable para su tiempo, basada en la exégesis de documentos del Museo Mitre. Lamentablemente, luego de este primer paso, con seguridad por falta de estímulos, la autora se llamó a silencio por el resto de su vida prolongada hasta los altos años en completo olvido por las generaciones siguientes.

Transcurren cerca de cuatro décadas desde los días de esta solitaria precursora sin que se manifieste a lo largo de tal lapso ningún indicio de la mujer argentina en la historiografía nacional. A buena distancia de la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1921) y del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata se la verá penetrar, tímidamente y muy de tarde en tarde, en el gabinete de trabajo donde se aplican las rigurosas normas de Berheim. Desde 1950 su número comienza a acrecentarse hasta determinar una bella eclosión en la actualidad. Nutridos grupos se agolpan hoy en archivos y bibliotecas, prevaleciendo a menudo sobre el sector masculino.

Tesis doctorales significativas de ingentes y demoradas indagaciones, exhaustivas biografías, novedosos enfoques de cuestiones capitales, muestran el valioso aporte de las historiadoras argentinas del presente. Institutos surgidos con posterioridad en las universidades de Córdoba, de

Cuyo y del Sur han revelado promisorias vocaciones femeninas en la materia. Al IV Congreso Internacional de Historia de América, reunido en Buenos Aires entre el 5 y el 12 de octubre de 1966, asistieron cuarenta argentinas y seis sudamericanas En asambleas y simposios más recientes han contribuido con trabajos de serio compromiso y en publicaciones polémicas intervienen asiduamente. En los últimos años, los distintos órganos de la especialidad —boletines académicos, anuarios y revistas universitarias— acogen sus colaboraciones regularmente en cada entrega. Honra a nuestros historiadores este ecuánime reconocimiento de la labor de las colegas.

BEATRIZ BOSCH

Paraná, 1971.

LA SALIDA

Hace 2290 años, Aristóteles asentó dos premisas: una, que el varón es el ser perfectamente logrado mientras la mujer es el resultado de una procreación imperfecta y constituye una monstruosidad necesaria para la conservación de la especie; otra, que cuando un hombre es esclavo, la esclavitud es su condición natural y que, por lo tanto, "le conviene ser esclavo".

Siempre ligadas la una a la otra, revestidas con el ropaje de cada época e indefectiblemente utilizadas para defender un privilegio, esas dos premisas siguen gravitando en las "bellas conciencias" empeñadas en mantener todo *statu quo*. Afortunadamente, la historia, que no es estática, les da, vez tras vez, sus embestidas. En la actualidad arrecian más que nunca y, puesto que tratamos aquí el problema de la mujer, señalemos una de las últimas y más sorprendentes de estas embestidas; la del movimiento de liberación de la mujer que se expande en los Estados Unidos y en algunas naciones del norte de Europa con una virulencia desconocida hasta hoy.

Que tal fenómeno se produzca en los países con mayor libertad de costumbres y nivel de vida más alto, aunque sorprende a muchos, es comprensible: la gente se moviliza para obtener lo que le falta o para liberarse de lo que la asfixia. En los países superdesarrollados, satisfechas las necesidades básicas de sus mayorías, afloran y se hacen patentes otras: las mujeres pertenecientes a sociedades opulentas como hay pocas, "ganan la calle" en demanda de salario igual por igual trabajo; similares facilidades y oportunidades de estudio que el hombre; guarderías infantiles donde dejar los hijos mientras ellas trabajan; que se provean otros medios para aliviarles la doble tarea (fábrica u oficina-hogar); que se les reconozca el derecho a tener cuantos hijos quieran o el de no tener ninguno ("500 dólares el aborto, equivale a su prohibición") rezaba una pancarta en la manifestación del *Women's Liberation Movement* realizada el año pasado en Nueva York, y que se deje de considerar a la mujer un objeto de consumo. Salvo esta última demanda, que para ser satisfecha requeriría modificar totalmente los medios de la publicidad comercial, las otras son tan lógicas que es dable preguntarse por qué

no se han tomado en cuenta en países con economía generalmente próspera. ("Los *bowling'a* y los *supermarkets* tienen guarderías: las fábricas y las oficinas, no", decía otro cartel.) ("Cuando hay crisis de producción, el desempleo masculino supera al femenino", demuestran las estadísticas.) ("Entre las portorriqueñas de Harlem es donde se dan más casos de muertes a consecuencia del aborto barato" se informa en una tesis)... Desde luego, no es nada sorprendente que tales demandas queden en pie.

Ahora bien —y esto nos concierne más a los argentinos— todas aquellas exigencias, a excepción de la de las guarderías (de las cuales hay contadas), señalan problemas en los cuales ni siquiera tiene tiempo de pensar la mayoría de las mujeres en los países subdesarrollados. Estas mujeres, de llegar a la protesta masiva, lo harían, o lo harán, reclamando alimento, vivienda, empleo (por hoy, con tal de tenerlo, aunque peor remunerado que el del hombre), escuelas para sus hijos, asistencia médica y social. Es decir lucha desigual, ardua y constante, que mujeres y hombres libran juntos para lograr ese fin, y no se la puede debilitar introduciendo en ella el antagonismo de sexos, a pesar de que la campesina y la proletaria por el hecho de ser mujer sufre peores penurias que el hombre en su condición social.

Sería, sin embargo, demasiado simplista, deducir por ello que en los países subdesarrollados deba postergarse todo intento de esclarecer a la mujer sobre el origen de las causas que traban su avance. Al contrario: si se tiene en cuenta que las diferencias que median entre las naciones sub y superdesarrolladas son tan marcadas como las que se dan, dentro de un mismo país, entre la clase proletaria y la burguesa, es menester —más: es urgente— que en esta última, las mujeres que han podido estudiar, ejercer una profesión o simplemente disponer de tiempo para leer, al analizar los fenómenos determinantes de la discriminación que, en el radio de la actividad se ejerce contra ellas, vayan enterándose de todos los problemas aún no solucionados en su contexto social, y de qué manera éstos inciden, directa o indirectamente, en los que personalmente les atañen. A esta profundización de la conciencia social atribuyo el hecho de que las iniciadoras y militantes del *Women's Liberation Movement*, provenientes en su mayoría de la inmensa clase media norteamericana, están llegando a la conclusión de que sin un cambio de estructuras políticas y económicas, la liberación a que aspiran no podrá realizarse.

El cambio de estructuras por si solo no trae aparejado el cambio de mentalidad necesario para modificar, por proceso espontáneo, el concepto milenario (compartido por muchas de nuestras congéneres) de la supe-

rioridad del hombre respecto a la mujer. El cambio de estructuras, al satisfacer más ecuánimemente las necesidades básicas puede, a lo sumo, abrirle cauce al cambio de mentalidad y acelerar la aparición del hombre y la mujer nuevos, que larval o plenamente aparecen como aislados ejemplares proféticos, incluso antes de que estructuras nuevas hayan sustituido las viejas. Donde la sustitución de estructuras ya se ha producido, la forma y el grado en que el socialismo va aplicándose varían según las características de cada pueblo y las etapas a cumplirse en el desarrollo de la producción nacional. En este difícil proceso se dan marchas y contramarchas: todas han dejado incólume uno de los principios básicos del marxismo (que Engels reforzó): el de la absoluta igualdad civil del hombre y de la mujer. Tanto en la Unión Soviética como en China se cumple la ley de salario igual por trabajo igual; no hay discriminación alguna en cuanto a la índole de éste, sea manual o intelectual (en la URSS el 70 % de los médicos son mujeres y en China sólo nos atendieron médicas; en ambos países se ven mujeres jueces, albañiles, ferroviarias, etc.); el acceso a las universidades es tan fácil a muchachas como a muchachos, así también las posibilidades de obtener trabajo al graduarse; las guarderías para niños en edad pre-escolar cubren la demanda; nada limita el uso de los anticonceptivos (en China, cuya población aumenta en un promedio de 10 millones al año, los anticonceptivos y las instrucciones pertinentes se suministran gratis. Ignoro si el aborto es legal, pero en la URSS, donde lo hubo, fue suprimido por razones médicas); en ambos países el divorcio se concede a pedido de cualquiera de las partes, luego de agotados los intentos de reconciliación; la madre soltera y su hijo tienen amparo legal y son socialmente respetados. Queda pendiente el problema del doble trabajo: en la URSS, a pesar de los restoranes colectivos, el hombre se resiste a comer fuera de casa y a compartir con su mujer las tareas hogareñas (así me lo dijeron la última vez que estuve allá, hace ya diez años) y ella, por amor, tradición o prejuicio, acata ese capricho. A estos resabios del pasado, al parecer más fuertes que las conviccione ideológicas (y que, como es lógico, los hombres no se empeñan en borrar) atribuyo el hecho de que, en una sociedad que ofrece iguales oportunidades de progreso tanto a la juventud femenina como a la masculina, sea tan reducido el número de mujeres en los altos puestos estatales y en la diplomacia.

En China —y me explayaré sobre este país porque como el nuestro pertenece a ese complejo de pueblos que el Nehru bautizó "Tercer Mundo" —el cambio traído por la revolución es más drástico porque está más en contraste con el pasado inmediato—. En mayo de 1950, o sea a los ocho meses de haber asumido el poder, el nuevo gobierno sancionó la llamada

"Ley del Matrimonio", previa discusión de su proyecto a lo largo y a lo ancho de aquel vasto territorio. Esta ley que, además de los derechos ya enumerados, concede a la mujer casada el de llevar, si lo desea, su apellido de soltera; el que le reconoce igual autoridad que al marido para elegir domicilio y educar a los hijos; que fija en 24 y 18 años respectivamente la edad en que varón y mujer pueden contraer matrimonio y que declara delito punitivo el concubinato, tiene que sustituir las costumbres milenarias que, desde su nacimiento hasta su muerte, mantenían a la mujer sujeta al hombre, fuera éste el padre, el hermano mayor, el hijo ídem, el tío "más respetable" y, claro está, el marido, por poco "respetable" que fuera; que, convenio económico interfamiliar mediante, permitían el casamiento de las niñas de corta edad para, llegada la edad núbil, ser concubinas (mientras tanto eran esclavas de la suegra, que se vengaba en ellas de su propia sujeción), o su venta para ser prostitutas, a menudo antes de la pubertad. Consecuencia —entre otras—: el número de mujeres suicidas llegó en China a sobrepasar de manera pavorosa —proporción de habitantes guardada— el de cualquier otro país. Sabía todo esto cuando, hace dieciocho años, en Pekín nos exponían los fundamentos de la "Ley del Matrimonio", tendientes a la "constitución de parejas bien integradas como base de familias estables y armoniosas"; lo sabía, pero por ello no dejaron de impresionarme desfavorablemente dos recomendaciones que en esa ley se hacen: una, que la mera atracción física no es factor que debe contar para contraer matrimonio; otra, que marido y mujer deben compartir los mismos ideales políticos y la decisión de ser útiles a los demás. El primer consejo me pareció puritano; el segundo sectario. El correr del tiempo y el ahondar en la vida me han demostrado que aquella mi primera reacción fue muy de occidental y muy poco de cristiana.

Si desgraciadamente la atracción física se desgasta por fuerte y deslumbrante que haya sido en su comienzo, si marido y mujer no tienen la afinidad sobre la cual se basa y se renueva el diálogo, si su mundo se reduce al acontecer diario entre cuatro paredes (o seis ventanillas de un auto), aunque en esos ámbitos haya niños, el amor conyugal se marchita y muere, luego de agonizar en el aburrimiento. Su cadáver, a pesar de que como momia faraónica esté, a menudo, embalsamado y ornado, hace entrar a la familia entera en proceso de descomposición. Evidentemente ni el cambio de estructuras, ni la prédica de las virtudes teologales son fórmulas mágicas para evitarlo: nada exterior puede dar la integridad, cuya carencia se siente como una sed no saciada. Pero sí puede hallársela en ese "camino que se hace al andar", en los padecimientos y esperanzas compartidos, así como en la solidaridad con los

sufrientes que es la máxima expresión del amor, y al parecer el único medio para salir de esa alienación, que es el mal de nuestro siglo.

Tanto el libro de Betty Friedan, "La mística de la feminidad", como el publicado por el *Women's Liberation Movement*, señalan hechos sintomáticos de esa enajenación general que empieza a hacer crisis, de manera dramática, en las naciones superindustrializadas. Sean las mujeres que, respondiendo a la campaña de "la vuelta al hogar" y seducidas por la "mística de la feminidad", abandonaron estudios y trabajo para terminar neurotizadas por el ocio en sus elegantes residencias de los barrios suburbanos; sean las que, por escrito o a gritos, proclaman su odio al hombre y su negativa a convivir establemente con él, son víctimas de un estado social que en parte contribuyeron a crear. Ellas, consciente o inconscientemente, en mayor o en menor grado, alentaron y usufructuaron un modo de vida basado en el tener cada vez más de esas cosas ostensibles que ayudan a trepar en pos del *status* social hasta llegar a una cumbre donde, a lo mejor, puede haber un yacht anclado ante una isla griega (vagando por ahí, el alma del otro Aristóteles ha de sentir una íntima satisfacción) o, a lo peor, puede comenzar un declive que lleva a la noche en que se ingiere un tubo entero de barbitúricos o se carga la dosis de una inyección. Rodeados de todo cuanto hace relumbrante y cómoda una vida, si carecen de los valores que, trascendiéndola, le dan un sentido, el hombre y la mujer no llegan a conocerse a sí mismos (a *centrarse*, diría Teilhard de Chardin) y por lo tanto se desconocen mutuamente. Viven el uno junto al otro, pero aislado cada cual en su campana neumática, y al sentir que en ese vacío decrece la mutua atracción física, atribuyen a alguna falla en su relación carnal la incapacidad de establecer un vínculo entre sus espíritus. Es sabido que esa corriente de ser a ser, en los Estados Unidos fluye menos que en parte alguna, como lo reflejan sus excelentes novelistas, sus cada vez más verídicos films y como hemos podido comprobarlo muchos extranjeros ante la frecuencia con que el norteamericano que acababa de sernos presentado nos hacía confidencias sobre su vida íntima. Siendo así, ¿puede extrañarnos que, llegado el momento de liberarse por la verdad, sus mujeres clamen por encima de los tejados lo que ellos murmuraban al oído de la persona que, por desconocida y transitoria, era sólo un efímero recipiente de su angustia?

Aquí podría decir "allá ellos"; hoy no hay un "allá ellos". El mundo se ha vuelto chico, las intercomunicaciones instantáneas y los fenómenos generales, aunque se manifiestan con las variantes propias de cada pueblo. Así, ni por el origen étnico de nuestra población, ni por nuestra situación económica, ni por el poco tiempo transcurrido desde que nues-

tras mujeres empezaron a trabajar fuera de casa (me refiero a las de la clase que más gravita en el país: la pequeña burguesía acomodada) puede darse el problema que Betty Friedan analiza. Hay otro: el de las mujeres ahora maduras que, antes de cumplir veinte años, pasaron directamente del hogar paterno al que compartieron con su marido; que al comienzo de su vida marital, si bien no se sintieron sometidas "a la esclavitud de las cacerolas", como la llamó D. H. Lawrence, tampoco tuvieron el goce que sus madres quizá conocieron: el que le hizo decir a Teresa de Ávila: "Dios anda también entre las ollas"; que tuvieron hijos y los cuidaron con amor y que al anochecer esperaban ilusionadas la vuelta del marido; ahora, pasados sus cuarenta años, esas "cumplidas esposas y madres" suelen estar poseídas por un extraño desasosiego. Los hijos pasan el día entero afuera, estudiando o divirtiéndose; una persona a sueldo cocina y limpia la casa suburbana o el departamento céntrico; el marido sigue volviendo al final del día (aunque no tan puntualmente como antes) pero es sólo un emisor de monosílabos y un cuerpo cansado por un trabajo que, a él, sí le interesa. Si la hija estudia (esto es lo común), o tiene una profesión, o hace, como se dice, "su propia vida" (y esto es menos común, aunque parezca lo contrario), la madre siente, por comparación, que ha desperdiciado la propia. La mayoría se resigna a lo irreparable con una crispación que delata su descontento; muchas corren del peinador a la modista y de ésta al instituto de belleza (los psicoanalistas quedan para las más cultas, para las que han cursado más de seis grados) con la ilusión de que aún pueden encontrar un hombre que les haga recuperar el tiempo perdido. Algunas (fenómeno social nuevo) al enterarse por las revistas femeninas y la televisión de que existe un mundo que tiene por centro la cultura y el arte, presas de un bovarysmo agudo, tratan de ingresar en él. Comprobar que carecen de la preparación intelectual y de los medios económicos suficientes para lograrlo las amarga tanto como a las que, en busca de un amor, vieron que lo que creyeron tal era para el hombre nada más que una aventura pasajera cuando no una interesada prestación de servicios. Así para ellas, la edad crítica lo es por algo infinitamente peor que el natural cambio fisiológico: el descubrir que su vida ha terminado. La del marido, mientras tanto, va viento en popa: ha prosperado en sus negocios (suele llevarla a cenar con sus socios a restoranes de primer orden, donde a ella le toca ser la presencia muda); ha "hecho carrera" y se ha relacionado con personas para las cuales ella es sólo la "mujer del doctor Fulano"; o se ha convertido en uno de esos políticos que, de vez en cuando, salen fotografiados en su "hogar ejemplar". Salen sonrientes: claro, a ellos les queda un futuro en que proyectarse.

La política, particularmente, era terreno vedado para la mujer (aunque sintiera, y sienta, sus colazos a diario, en la suba del precio de los alimentos y de los útiles escolares, en las dificultades de transporte, en la paga de impuestos, etc.). Sigo oyendo, pasados casi cuarenta años, voces engoladas que decían: "La política es asunto de hombres", "¿No les basta con ser las reinas del hogar?", "¿Acaso ser madre no llena una vida?", "No hay nada peor que una mujer sabihonda", "Yo, con la mía, tengo otras cosas que hacer que hablar de política" (aquí el tono denotaba la satisfacción del "experto"), "Al pobre Mengano le ha tocado una mujer con ideas propias" (no necesitaba explicar que las de él eran prestadas), "Dejen eso del voto para las sufragistas marimachos", "¿Qué les importa de las leyes laborales, si ustedes, por suerte, no tienen que trabajar?" Esto último cuando, en 1935, un grupo de mujeres se oponía a la inclusión en el Código Civil de una cláusula que estipulaba que la mujer casada no podía salir a trabajar o ejercer una profesión sin expresa autorización legal del marido. Ya veinte años antes, los "preclaros estadistas" que instituyeron la Ley del Voto Universal, cautamente advirtieron en el mismo Código, que "están exentos de cumplir esa obligación los deficientes mentales, los delincuentes y las mujeres". Como los deficientes mentales no leen y los delincuentes son poco legalistas, de los aludidos sólo nosotras pudimos sentirnos menoscabadas. En su oportuno momento lo dijimos y tuvimos que oír de nuevo las antedichas retahilas de los "bien pensantes". En la campaña electoral de 1945, que como ninguna anterior polarizó a la ciudadanía, ni los hombres de la Unión Democrática ni los del Partido Justicialista fueron lo suficientemente demócratas o justos para incluir en sus programas el voto femenino. La lesiva clausulita siguió en pie hasta que, un par de años después, por voluntad de una mujer fue borrada de un plumazo. Aunque Eva Perón dijo que tomó esa decisión para aumentar el caudal electoral de su marido (que para ella encarnaba al pueblo) dudo que nos hubieran dado el derecho al sufragio por razones de justicia o de progreso los que después abolieron el divorcio, también de un plumazo.

Pero el voto femenino, aquí como en otras partes, se ha sumado al masculino sin beneficiar mayormente la condición de quienes lo emiten. Son otros los factores que, en la familia y en la sociedad, van modificando la condición de la mujer a un ritmo tan acelerado, que es más bien de revolución que de evolución, por lo menos en las ciudades. El cambio se está operando en las costumbres, porque las mujeres, al enfrentarse con la realidad y tener que entendérselas directamente con ella, van desechando las imágenes de sí mismas que les habían sido impuestas desde afuera. Entre otras la de "la hija sumisa", "la esposa abnegada",

"la mujer fatal", "la niña muy niña", "el reposo del guerrero", "la dama piadosa", "la real hembra", "el ángel tutelar", la *Venus Celestialis* y la *Venus Vulgivalva*. Talladas, las más, en virginal moralina, y las menos en mármol libertino, tales imágenes se están cayendo a pedazos. Ni necesidad hay de arrojarlas a una hoguera pública, como lo hicieron nuestras exasperadas *sisters* neoyorquinas con sus lápices labiales, pestañas postizas, sombras de párpados y otros cosméticos que suelen ser el toque final del necesario aseo personal (esperemos que los desodorantes axilares se hayan librado del fuego) y que, al fin y al cabo, por más que se abuse de ellos, no lleguen a distorsionar la verdadera personalidad, como lo hace la adaptación a cualquiera de las imágenes-modelo.

Es difícil prever qué prototipos sustituirán a aquéllos con el correr del tiempo: por ahora —salvo en la vestimenta, con todo más variada que antes— no veo en la generación de los que tienen entre dieciocho y treintaidós años la adecuación a ninguno en especial. Un tanto anárquicos, hasta en sus expresiones colectivas, cada uno trata de ser fiel a sí mismo. Y al serlo, cae por su propio peso el disfraz de la superioridad masculina. Así lo quería creer, pero cuando, hace pocos meses, el director de un programa televisivo, con gran *rating*, me preguntó, muy serio, ante el micrófono: "¿Usted cree que la mujer que se emancipa se corrompe?", me entró la duda de si los árboles no me habían estado impidiendo ver el bosque. ¿No sería ilusorio el cambio de la actitud del hombre hacia la mujer, y viceversa, que vislumbré en mis amigos jóvenes? ¿O serían parte ínfima de una ínfima minoría intelectual esos muchachos y muchachas —provenientes de todos los estratos sociales— que se trataban, mutua y sencillamente, como seres humanos? Seguí observándolos y oyéndolos hablar de otros amigos, de otras... parejas, de otras vidas... No, no son pocos los que, aunque consideran absurdo que no exista el divorcio, se las arreglan para convivir como si existiera, sin que nadie de los que, en su contorno, cuenta para ellos se sorprenda o les haga la menor crítica; sí, se dan con bastante frecuencia los casos de solteras que deciden tener el hijo y asumen la responsabilidad de criarlo; aumenta el número de los que se unen —legalmente o no— sin sentirse atados por otro vínculo que el de un amor basado más en una afinidad espiritual, probada y cultivada en el compañerismo del estudio o del trabajo, que en una mera atracción física. "Ésta viene por añadidura", aseguran (y me basta mirarlos para saber que es cierto). "Cuando no es así, y la atracción es fuerte, bueno... cedemos a ella pero sabiendo que será de corta duración", puntualizaron algunas. Otra explica: "Claro, él me ayuda con la casa, con los chicos... bueno, si no lo hiciera sería un bo... (aquí un término que nunca habría salido de los labios de una "niña

muy niña"); otro informa: "Sé cocinar mejor que ella, pero la muy avivata me hace lavar las cacerolas...", "Nos hemos separado pero seguimos siendo amigos", dicen con gran frecuencia. A esta manera de adecuarse a un tiempo, ni muelle ni fácil, y en el que como nunca el mañana es incierto, algunos podrán llamarla "corrupción".

Muchas madres, en cambio, aunque inquietas o doloridas por las opciones de sus hijas, van resignándose a que ellas prescindan de ese "qué dirán" que condicionó, frustrándolas a menudo, sus propias vidas. Los padres que, en cuanto a comportamiento sexual, hicieron, por lo general, cuanto les dio la gana, son más remisos en aceptar el cambio: la autoridad que desde milenios se habían atribuido o adquiere la flexibilidad de los edificios antisísmicos o se derrumba en el terremoto. En uno y otro caso el "machismo" sufre. Y aguanta y —¿por qué no?— hasta llega a aprovechar cualquier oportunidad que la "escandalosa liberalización de las costumbres" les brinda. Pero a las andanzas de los trasnochados "don juanes" (que apenas salen a la calle son incitados al pecado tanto por las piernas y otros movedizos encantos femeninos como por sus réplicas en los afiches de las paredes), a esas últimas "echadas de cana al aire", tampoco se las puede tildar de corrupción. Sólo se corrompe lo que alguna vez estuvo sano. Para hallar esa salud, esa inocencia prístina, los "civilizados" tendríamos que retroceder en el tiempo a más distancia de lo que estamos remontándonos en el espacio. Mejor es tratar de mirar hacia adelante... o en torno.

En este mismo instante, ya al final de esta nota, leo en un diario matutino: *"La evolución de las legislaciones debe... orientarse en el sentido de proteger su vocación propia* [la de la mujer], *al mismo tiempo que a reconocer su independencia en cuanto a persona y a la igualdad de sus derechos a participar en la vida económica, social, cultural y política."* (Paulo VI "Carta al cardenal Maurice Roy", Vaticano, 14 de mayo de 1971.) No se trata de una encíclica y por lo tanto no compromete la infabilidad papal, en la que algunos siguen creyendo; se trata de un mensaje para orientar, y señalarles su deber a los que profesan la religión más extendida de todas y la basada en principios más humanos.

Verdad que Paulo VI dice en párrafo anterior: *"Nos no hablamos de esa falsa igualdad que negaría las distinciones establecidas por el mismo Creador y que estaría en contradicción con la función específica, tan capital, de la mujer en el corazón del hogar y en el seno de la sociedad."* Esta referencia a la "función específica" y "capital" sólo podrá irritar a las feministas que confunden igualdad de derechos con igualdad fisiológica (y que de esta manera admiten indirectamente la superioridad del "varón", al tratar de parecerse y actuar como él). ¿No es acaso una

superioridad de la mujer la de ser procreadora de la especie? ¿Y de los dos, la única en saber que el hijo es suyo? Estas preguntas nos llevan a otra: ¿Tiene la mujer derecho a decidir cuántos hijos va a tener, o a no tener ninguno? En principio, evidentemente, tiene ese derecho. Lo tiene de manera incontrovertible, pero ella misma no se toma ese derecho por capricho: su opción depende, casi siempre, de circunstancias exteriores y atendibles: la imposibilidad de criar y educar más de dos o tres hijos con los medios económicos de que dispone, el terror al hacinamiento en un cuarto estrecho, la seguridad de que es más útil a la sociedad ejerciendo una profesión, el seguir una vocación que requiere estar libre de ataduras familiares y, quizá el más decisivo, el de preservar su salud si los partos y los embarazos la resienten. Fuera de estos motivos sólo una gran dosis de egoísmo puede inducir a una mujer joven y casada a permanecer estéril. O una carencia de amor: la mujer que ama verdaderamente a un hombre desea tener un hijo de él, igual el hombre que quiere a una mujer.

El egoísmo —no sólo el individual— es un elemento que impele la campaña pro control de la natalidad: si la ciencia, la técnica y los recursos naturales con que cuenta el mundo se dedicaran —como dicen que es factible hacerlo la F.A.O. y otros organismos internacionales— a suprimir el hambre, ésta desaparecería a corto plazo; en cambio, percibirían menos ganancias los grandes consorcios internacionales. ¡Esto, nunca! Mejor dedicar parte de las ganancias suprimiendo futuros hambrientos. La prueba se ha hecho en algunas poblaciones de la selva amazónica con resultados "positivos"; pasado un año desde que comenzaron a ingerir las "vitaminas", que los *corps* de sanidad y "de ayuda" habían suministrado, los habitantes se dieron cuenta de que ya no nacían niños. (El "asunto" fue llevado al congreso... el polvo rojizo de Brasilia debe de haberlo tapado.) En otros lugares del norte de Sudamérica, también se está dando la esterilización masiva y repentina, según informan los periódicos. En Bogotá, Colombia, funciona una institución, la Population Reference Bureau, Inc. —no nacional— que propala, con materiales de primera calidad, la conveniencia de "regular la población" (no sé en qué quedaría la nuestra si se la reduce aún más), población que —se da el caso que viene al caso— en América latina aumenta más que en los Estados Unidos. Es lógico y justo que el gobierno de la India trate de mitigar el tremendo problema demográfico suministrando anticonceptivos a quienes los solicitan: es inadmisible e injusto que, en otros países, sean arteramente suministrados, desde afuera, como arma preventiva. ¿Las mujeres que reclaman el derecho a decidir el número de hijos que

quieren tener van a ceder a otros el de dictaminar que no pueden tener ninguno?

..."Bueno, es distinto... son indias de la selva... seres primitivos", murmuran muy al fondo de nuestra conciencia los pertinaces parásitos dejados por las premisas aristotélicas. Inútilmente: sabemos ya que sólo una promoción general ayudará a "liberar al Hombre de toda servidumbre" (innecesario aclarar que el genérico, en el sentido en que lo emplea Cristo, engloba también a la mujer: tratar de suprimirlo, como algunas lo piden, sería pueril y complicado en esta época de siglas y abreviaciones). Ayuda, así mismo, a esa promoción —a pesar de oportunistas marchas y contramarchas— el cambio de estructuras sociales, económicas y políticas que, por lo demás, sólo se produce cuando las en vigencia están caducas.

Del grado en que mujeres y hombres se complementen como dos seres humanos, ni mejor ni peor el uno que el otro, y que, unidos vayan teniendo conciencia de la diferencia entre el *tener* y el *dar*, entre el *yo* y el *todos*, no sólo dependerá la eficacia y la profundidad del cambio sino también el que sea menos penoso.

MARÍA ROSA OLIVER

Buenos Aires, mayo de 1971.

EL CAMINO QUE FALTA RECORRER

"Las mujeres son para nosotros como los hotentotes: las hallamos admirables en cuanto tienen sentido común", dijo –seguramente con un dejo de amargura– Mademoiselle de Lespinase, a pesar de haber tenido su célebre salón literario en pleno siglo XVIII, época en que estaba de moda que las mujeres de mundo se interesaran por las artes, las letras y hasta las ciencias, y en la que no faltaron en el sexo femenino brillantes aficionadas a las cosas del intelecto. Esos tiempos, acordarán nuestras contemporáneas, quedaron atrás. Quedaron atrás los días en que Mary Wollstonecraft clamaba, en su *Vindication of the Rights of Woman*, que sus hermanas debían recibir mejor educación porque la condición sexual no debería excluir la humana; apenas recordamos la época en que, casi un siglo después, John Stuart Mill hacía el alegato más inteligente, lúcido y elegante de su generación, denunciando la esclavitud legal de la mujer inglesa en un ensayo admirable, modelo de lógica y de generoso altruismo, titulado *On the Subjection of Women*. Aquella pesadilla que condenaba a la mitad de la humanidad, irrevocablemente, a la ignorancia, la dependencia económica, la incapacidad legal y la sumisión a un amo que era dueño de su persona, de sus bienes y hasta de sus hijos, acabó para alivio de muchos y para el establecimiento de una tardía y necesaria justicia. Hoy vemos a la mujer en casi todas las profesiones, en las artes, la investigación científica, el comercio y hasta ocupando, en algunos países, altos cargos políticos. La vemos estudiando, trabajando, administrando sus bienes, escribiendo; la vemos libre en la elección del amor y del matrimonio; la sabemos segura, informada y capaz. Podemos pensar, con legítima satisfacción, que en los últimos cincuenta años se han equiparado los sexos y que la milenaria inferioridad de la mujer ha desaparecido de la tierra.

Pero en cuanto reflexionamos un poco, a lo largo de nuestras observaciones o lecturas, empezamos a comprender que el progreso, con ser tan considerable, no ha alcanzado a todas las esferas, ni a todos los países, ni a todos los aspectos de la conducta humana. Es preciso recordar, en primer término, que cuando hablamos de la posición de la mujer, estamos refiriéndonos a la de aquellas que forman la vanguardia de todo movi-

miento de emancipación, las que pertenecen a las clases educadas; el progreso no ha llegado, o sólo lo ha hecho en una medida ínfima, a los sectores más primitivos de la comunidad. Quien conozca el campo, quien haya viajado por las provincias en zonas alejadas de las ciudades, se da cuenta de que en esas regiones sigue imperando un régimen estrictamente medieval: la mujer es, virtualmente, la sierva del marido, por quien siente un respeto que suele llegar al temor reverencial; donde existe padre conocido, el sistema patriarcal no tiene atenuantes, y donde haya rastros de la mentalidad del indio —que, desgraciadamente, abundan en nuestra América— la mujer campesina es la bestia de carga, la que realiza las labores pesadas y tediosas, universalmente despreciada por el hombre desde la cuna. Nunca olvidaré el tono con que oí a un padre, en un rancho del norte, adoctrinar a su hijo de tres o cuatro años: "No llorís más; ¿vos sos varón o sos chinita?"; ni la velocidad con que el crío paró el llanto ante el horror de ser confundido con un ser tan vil. Me consta que este tipo de enseñanzas se practican también entre personas civilizadas, pero creo que en ningún otro caso sentí de modo tan patente, tan como una ofensa personal, el desdén de aquél rústico por mi sexo.

Sabemos muy bien que en la vida humana son mucho más importantes los hábitos del pensamiento y las costumbres cotidianas que las leyes escritas; de poco puede valerles a esas desdichadas que se les haya otorgado el derecho de votar (derecho que ejercen, naturalmente, con un criterio similar al de sus hombres, es decir, eligiendo al más demagogo y al menos escrupuloso de los candidatos que se hayan presentado); ni el de administrar su dinero, cuando el marido borracho les quitará a golpes el jornal y ellas aceptarán esa situación como natural o, cuando menos, irremediable. En los países poco evolucionados del Asia y el África, nadie ignora que la situación de la mujer de condición humilde es atroz; de manera que, cada vez que nos felicitamos por las conquistas conseguidas, es preciso tener en cuenta que la inmensa masa de las mujeres del mundo entero continúa en una inferioridad indiscutible: la gran mayoría no tiene educación para conocer las leyes que las amparan, en caso de haberlas; ni la inteligencia para rebelarse contra la tiranía doméstica, ni oportunidad de conocer un mundo más justo. En un cuento de Celia de Diego, *La crece*, basado en un hecho real que sucedió en la provincia de San Luis, la protagonista muere ahogada por la creciente porque el marido, ya a salvo con los chicos sobre una higuera, manda a su mujer al corral a soltar las ovejas. A ella no se le ocurre desobedecer: esclava dócil, va a cumplir las órdenes del amo sabiendo que arriesga la vida. Si, como todos sabemos, la gran mayoría del género humano es ignorante, primitiva y cruel, podemos afirmar que la situación de la

mujer, salvo un grupo reducido, continúa siendo la misma de los siglos menos evolucionados de la edad media.

Pero, ¿qué pasa con el grupo privilegiado, en el que se encuentran las estudiantes, las profesionales, las que viven de rentas o salarios propios y hasta las que dependen económicamente de maridos civilizados y afectuosos? ¿Existe aquí una verdadera igualdad entre los sexos? ¿Se siente la mujer tan segura de sí, tan estimada, tan considerada como el varón? Si dejamos responder a Simone de Beauvoir, contemporánea nuestra, que recoge sus observaciones en un país adelantado como Francia, sólo oiremos lamentos y la descripción de un panorama sombrío. *Le deuxième sexe* es un libro pesimista, tal vez en demasía, pero no le podemos negar inteligencia y una clara exposición de los hechos. Por considerar que las peores injusticias han desaparecido, podemos dejar de lado el volumen dedicado a la posición social y jurídica de la mujer en la historia; nos queda el otro, donde la autora estudia la psicología del *segundo sexo*, cargándola con las tintas más negras. "Es una extraña experiencia, para un individuo que se siente sujeto, autonomía, trascendencia, absoluto, descubrir en sí la inferioridad a título de esencia dada; es una extraña experiencia, para quien se ve como el Uno, ser revelada a sí misma como alteridad. Es lo que ocurre a la niñita cuando, al hacer el aprendizaje del mundo, se percibe como mujer. La esfera a que pertenece está por todas partes encerrada, limitada, dominada por el universo masculino; por alto que se eleve, por lejos que se aventure, siempre habrá un techo sobre su cabeza, muros que le cerrarán el paso." Simone de Beauvoir enumera, con lujo de detalles y de ejemplos, la frustración de la criatura femenina al desarrollarse en un mundo en que la casi totalidad de las cosas importantes o prestigiosas son hechas por hombres, estudiar una historia en que su sexo tiene pocos papeles brillantes y ver que en la leyenda, la poesía épica, los cuentos de hadas, la mujer siempre es un ser pasivo; el hecho de que suela recibir la menstruación como castigo, impureza y vergüenza, cuando el varón en cambio se siente orgulloso de su virilidad; la represión de la violencia y de su natural agresividad infantil porque se consideran rasgos antifemeninos, lo que trae como consecuencia tanta frustración y compensaciones malsanas, como el narcisismo o la astucia; la necesidad de conformar a una imagen preestablecida por la sociedad para agradar al hombre, aún torciendo sus más genuinos impulsos; la penosa iniciación sexual de la mujer, trauma físico y psíquico a la vez; las dificultades del erotismo en la vida conyugal, sujeto a obligaciones y a reglamentos; la monotonía de las tareas domésticas, incesantemente repetidas; la difícil adaptación mutua de dos seres de tan diversa formación y cultura; la maternidad, sólo glorificada dentro del matrimonio (es decir en la medida en que la mujer está subordinada a un hom-

bre y depende económicamente de él) y que en el mejor de los casos engendra considerables sufrimientos y conflictos psíquicos; los trastornos psicosomáticos de la menopausia y la tragedia de la vejez cuando las únicas justificaciones de una vida han sido la belleza y la fertilidad.

Esta breve reseña, que en el libro de Simone de Beauvoir es prolijo y documentado análisis, basta para ver que la mujer que quiere emanciparse dentro de la sociedad patriarcal, cuyos moldes persisten y cuyos modos de sentir y de pensar no se han modificado sustancialmente, tiene por delante una tarea ímproba. Se ha comprobado que, por lo menos para la gran mayoría de las tareas que requiere la comunidad, su capacidad iguala la del hombre, pero se teme en general darle cargos de responsabilidad o de figuración. Más de una vez he oído objetar a que una mujer fuese candidata para presidir la Sociedad de Escritores, con el argumento de que eso le restaría votos a la lista que ella encabezase; en el Centro Argentino del P.E.N. Club Internacional tampoco pasaron de la vicepresidencia, y eso que la profesión de escritor es una de aquellas en que hay una mayor equiparación de los sexos. Los hombres suelen resistirse, conscientemente o no, a recibir órdenes de una mujer; entregarse a su voluntad los humilla. Recuerdo que Marisa Regules me contaba en New York las tremendas dificultades que había tenido cuando quiso dirigir una orquesta, a pesar de sus sólidos conocimientos musicales y de dominar la técnica de varios instrumentos, y lo mismo ocurre en muchas otras actividades.

Estudios y *tests* psicológicos y de toda índole no muestran diferencias entre varones y mujeres en cuanto a aptitudes intelectuales o manuales (siempre, claro está, que se elijan sujeto que hayan tenido educación y oportunidades parecidas); antropólogos y sociólogos han señalado que las diferencias de carácter entre los sexos no son de índole biológica sino resultado del medio cultural, las presiones sociales, la posición de mayor o menor poder dentro de la comunidad. El sexo dominante tiene los rasgos llamados masculinos; el dominado, los que se atribuyen a la mujer, y en las comunidades matriarcales estos rasgos están totalmente invertidos. Sin embargo, se mantienen toda clase de leyendas acerca de las mujeres. "Las chicas tienen mejores notas porque son memoristas, pero no saben razonar", suele oírse con frecuencia. No se les ocurre plantear las cosas como son en verdad: "La mayor parte de los seres no sabe pensar; tal ejemplar no es tonta por razones de sexo, sino de humanidad." Si un hombre maneja mal la lógica se le atribuye a su incapacidad natural; si se trata de una mujer, se invocará su sexo. Lo mismo ocurre con el manejo del automóvil: el conductor que insultó a una docena de hombres en la calle, expresando la más pobre opinión acerca de su pericia, su inteligencia y otros aspectos de su personalidad, agredirá a la transgresora

siguiente con las palabras "tenía que ser una mujer", sin percatarse para nada de las fallas de que adolecen sus estadísticas. Y así, en innumerables casos. "Ser juzgada, no como un individuo, sino como miembro de un grupo estereotipado, implica una cantidad incalculable de restricciones, desaliento, animosidad y frustración", señala Viola Klein en su excelente estudio sobre el tema, *The feminine character*. La mujer no se ha independizado de esto todavía.

Finalmente, me parece que lo más difícil de modificar es la actitud de la propia mujer respecto a su sexo. Estamos en un período de transición, vale decir en una etapa particularmente difícil: la mujer trabaja fuera de casa pero se le exige que además prepare la comida y remiende la ropa; realiza tareas asexuadas, como el varón, pero se requiere de ella que no se olvide jamás de ser mujer, lo que equivale a objeto sexual, dotado de encanto y de coquetería. Toda la propaganda, el cinematógrafo, las revistas, la televisión le machacan sin cesar que debe ser linda, elegante, seductora; que debe colgarse encima el último adefesio o la última extravagancia que inventó la industria de la moda; que, aunque esté trabajando con una computadora o mirando a través de un microscopio, tiene que estar, simultáneamente, dedicada a la tarea *full-time* de atraer al hombre. El varón es tan sexuado como la mujer, pero se le permiten momentos de descanso; nadie le predica que en todos los instantes de su vida tenga que estar de punta en blanco y luciendo sus mayores atractivos para seducir a la mujer. Su virilidad se da por sentada y no tiene que probarla incesantemente. Su compañera, en cambio, se cree obligada a desplegar su femineidad como un estandarte noche y día, y creo que esto proviene de una peculiar forma de inseguridad que le significa una tensión constante y le insume buena parte de sus energías. Quien haya visto a una chica levantarse media hora antes, todos los días, para no ir a la oficina o a la facultad sin pintarse los ojos y colocarse las pestañas postizas, sabe a qué me refiero.

En los Estados Unidos hubo hace poco un movimiento femenino de protesta contra los afeites, las modas y todas las frivolidades que siguen colocando a la mujer en la situación de mercadería ofrecida; supongo que habrá fracasado, como todos los movimientos de protesta, que apenas sirven para desahogar un rato a los disconformes. Nada podrán contra poderosas industrias interesadas en el consumo femenino de vastas cantidades de productos de belleza, ropas, postizos y accesorios, que lanzan una propaganda sin tregua basada en el anzuelo infalible de la atracción sexual. Creo que, por el contrario, será más fácil llegar a una equiparación de los sexos convirtiendo también al hombre en un objeto vistoso y engalanado y obligándole también a él a comprar crema de belleza,

pelucas, conjuntos para cada ocasión --cosa que ya empieza a suceder y acaso no tarde en generalizarse.

Resumamos, pues, las desventajas aún vigentes en la condición femenina, a pesar del sufragio y de los derechos civiles de todas, la relativa independencia de un buen número y la libertad sexual de unas pocas, muy mal mirada por los más: A) Se sigue juzgando a la mujer genéricamente, como miembro de un grupo y no por sus méritos individuales. B) Se la sigue considerando, primordialmente, objeto sexual, y presionando para que no deje de representar ese papel en ningún momento. C) Se le siguen imponiendo como obligación suya exclusiva los trabajos subalternos, sucios, monótonos y embrutecedores necesarios para el mantenimiento de la casa y la alimentación de la familia. D) Persiste el doble código de moral, aunque algo relajado, en lo que a conducta sexual se refiere. E) La legislación sobre hechos que la conciernen particularmente –la patria potestad, el divorcio, el aborto– sigue contribuyendo a cercenar su libertad y a hacerle la vida amarga.

No pretendo decir con esto ninguna cosa novedosa: sólo me propongo formular y sintetizar hechos conocidos por todos pero que, curiosamente, muchos no perciben, ya sea porque la familiaridad los ha convertido en parte de un mundo que no se discute, ya porque no fueron examinados con suficiente rigor. Pero, si bien no creo que la situación actual de la mujer pueda producir a nuestro sexo una satisfacción exagerada, tampoco pienso que se la deba juzgar con pesimismo. El camino por hacer es largo todavía, pero no hay derecho al desaliento en cuanto reflexionamos sobre el que se recorrió en el último siglo. Como lo anuncia Anne Morrow Linbergh en su agudo y poético ensayo, *Gift from the sea*, la mujer ha de llegar a su mayoría de edad: "Deberá aprender a no depender de otro, ni a sentir que debe poner a prueba sus fuerzas compitiendo con otro. En el pasado, se ha desplazado entre esos dos polos opuestos de la dependencia y la competencia, el victorianismo y el feminismo. Los dos extremos le hacen perder su equilibrio; ninguno es el centro, el verdadero centro de una mujer cabal. Deberá encontrar su verdadero centro sola."

A esto se llegará, no me cabe duda, en un plazo máximo de uno o dos siglos, a menos que alguna catástrofe general provocada por el gobierno de los hombres haga retroceder la civilización hacia la edad de piedra.

ALICIA JURADO

LA MUJER EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Con motivo de los cuarenta años de la *Revista de Occidente*, José Luis Aranguren trazó un panorama de las vicisitudes que, en el ámbito de la sociedad y cultura occidentales, acompañaron al reconocimiento de la significación de la mujer entre los años 1923 y 1963. A título de síntoma de un estado de cosas, es oportuno recordar algunas de sus observaciones. Con la primera posguerra mundial, la vida galante, tan estrechamente vinculada con la atracción de lo femenino, adquiere publicidad en "dancings" y "cabarets"; lo erótico "per se" se propaga en las costumbres manifiestas de las sociedades europeas y adquiere carta de ciudadanía preponderante en la novela. La sexualidad, tema otrora tabú, en nexo muy claro con el auge del psicoanálisis, se incorpora como tema de discusión y crítica y se la integra con el amor. Modalidades concomitantes en nexo con esos cambios nos remiten al exclaustramiento de la vida femenina en expansión hacia diversos sectores de la actividad pública, antes reservados a los hombres. La mujer tanto como empieza a frecuentar locales y espectáculos de alcance multitudinario, accede de improviso, y bajo el signo de las férreas necesidades sociales agudizadas por la primera guerra mundial, a una inmensa gama de ocupaciones en el campo, en la industria, en el comercio, en la enseñanza, en la sanidad, en las profesiones liberales. La reivindicación de lo erótico y el papel protagónico de la mujer en el cine, el teatro y la literatura, van unidos, pues, a su influencia creciente en los principales tipos de actividad humana que le hacen trascender los límites de la vida hogareña en que se la confinara por siglos

Es en los procesos a que se ha hecho mención que son cuestionados muchos criterios, normas y valores a propósito del ser femenino, y se revisan los supuestos y la vigencia de una religiosidad que fuera concebida hace más de veinte siglos, en los marcos de una sociedad eminentemente rural, con aislamiento en el espacio y escasa comunicación, sea entre sus partes coetáneas, sea entre sus generaciones. En ella, las bases de convivencia se recuperaban, una y otra vez, por la acción de minorías

con autoridad sobre el común y en uso de un código de símbolos de carácter sagrado, a partir de tradiciones escritas indiscutidas y estables, raramente amenazadas por hechos y cambios demasiado revolucionarios.

En el punto de llegada, la mujer aspira, sin más, a la categoría de ser humano completo; mucho, por efecto de las transformaciones científico-técnicas y económicas que no hacen excepción con ella; también, por los valores de universalidad humana en la concreción histórica de la nueva moral nutrida en las incitaciones de una sociedad progresivamente secularizada. En parte, a consecuencia de los esfuerzos que la mujer misma hace para reafirmar y expandir sus conquistas, a costa de abatir o de minimizar mandatos y prohibiciones que ritualizan su ser, pero lo confinan al pequeño mundo familiar.

Casi todos los dilemas y dualismos de la condición femenina en nuestro tiempo arrancan de esa situación transicional, en la que se van quebrando las distancias y se pasa a la intercomunicación generalizada: de regiones del planeta, de naciones, de sistemas sociales, de clases sociales, de edades, de sexos. Y, por lo mismo, entramos en la interdependencia progresiva de que hablara Mannheim; a los fines de nuestro enfoque, en la mutualidad de lo femenino y lo masculino, plena, sin atenuantes, suscitada por las condiciones de la vida contemporánea que la imponen, más allá de estereotipos y prejuicios, y al margen de la demostración de superioridades históricas que, de aquí en más, se irán considerando coyunturales y para nada fundadas en la naturaleza de las cosas.

I. El status femenino en la sociedad tradicional

Para establecer contrastes a través de una comparación, necesitamos de una imagen de la mujer y de su *status* en etapas anteriores de la evolución humana. Ahora bien, sería arduo proporcionar el marco teórico de encuadre de la estructura de la sociedad tradicional —concepto amplio que puede abarcar sociedades muy antiguas—, dentro de nuestra cultura, a la vez que la sociedad del feudalismo o comunidades humanas no insertas en el contexto de las grandes culturas, de desarrollo rudimentario, detenidas en el tiempo, que antes se denominaban primitivas y ahora "folk", para acentuar su tradicionalismo sin implicancias valorativas de carácter ideológico. Por tanto, en el criterio hoy prevaleciente, son tradicionales todas aquellas sociedades que se sitúan a trasmano de las grandes corrientes o constelaciones de sociedades que han entrado en el proceso de urbanización e industrialización.

Por comodidad, con miras de situar a la mujer del pasado, hablaremos de sociedades tradicionales para referirnos a todas aquellas que no han

descubierto o aplicado las pautas de una transformación científico-tecnológica de su ambiente natural y que no basan en ella la totalidad de sus recursos para producir cambios en las relaciones sociales.

La posición de la mujer —de acuerdo con determinismos orgánicos y sociales de variada especie— desde tiempos antiquísimos y desde las etapas iniciales de la historia de nuestra propia cultura, quedó circunscripta al ambiente hogareño, subordinada al esposo, al cuidado de los hijos y colaborando en las tareas productivas confiadas a la unidad familiar.

En el peor de los casos, su suerte puede ilustrarse con el curioso fenómeno de las esposas en venta, que se extiende a años tan cercanos como pueden serlo los de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, en Inglaterra. Si un marido se cansaba de su esposa, la cedía a otro en venta, solemnizando el acto en un contrato, con todas sus formalidades.

Atendiendo a la rutina, las mujeres eran incorporadas a la gama de ocupaciones masculinas, con estas diferencias: a) se desempeñaban en trabajos complementarios del realizado por los hombres; b) eran peor pagadas; c) su trabajo no era especializado.

Dentro del ámbito de la cultura occidental de raíz cristiana, las ocupaciones atribuidas en exclusividad a la mujer han venido encubriendo las pautas de la dominación patriarcal: Iglesia, hijos, cocina. Y es obvio que ellas se correlacionaban con una estructura social fortaledora de la familia en cuanto unidad de producción en una economía de subsistencia. Sería realmente un error suponer que el fenómeno de la participación femenina en la vida económica arranca de la revolución industrial. Si bien es cierto ésta la ha intensificado, existió en el pasado con abrumadora frecuencia, en la medida de un estadio del desarrollo de la humanidad que, al carecer de un uso generalizado de máquinas y de energía no orgánica, sumió a hombres y mujeres en la necesidad común de afrontar la supervivencia contando con el esfuerzo de la mayoría de los que se hallaban capacitados para contribuir a las actividades económicas.

II. La revolución industrial y su impacto en el status femenino

Cuando la economía se transforma y se hace mercado, en los niveles nacional e internacional, cuando las máquinas revolucionan las relaciones del hombre con la naturaleza, la división del trabajo se correlaciona con la diversificación tecnológica en un complejo sistema económico, y la especialización crece, las funciones sociales de producción se transfieren a las empresas y las fábricas pueblan el espacio social. Al acontecer esos hechos, la participación de la otra mitad de la humanidad se convierte en crítica e indispensable: para que las máquinas marchen no

puede prescindirse del esfuerzo femenino. Al comienzo, por razones capitalistas tanto como funcionales: se trataba de mano de obra barata, como la de los niños, eficaz fermento en el mercado de trabajo para reducir costos, disminuyendo salarios. Pero, con el precimiento de las aspiraciones y la generalización de las expectativas a una vida saludable, a buenos niveles de consumo, a condiciones adecuadas de sanidad y de vivienda, al disfrute del tiempo libre, al crecimiento del derecho social junto al derecho de corte individualista, a la afirmación de los organismos sindicales y a tantas otras resultantes del desarrollo económico social, la mujer ha ganado su lugar al sol. Y lo ha hecho en menor medida a modo de efecto de sus esfuerzos de liberación, que por imprevista consecuencia del progreso social, sin que ello suponga desconocer su acción organizada en la reivindicación de sus derechos, ni pasar por alto la obra de mujeres pioneras.

La evolución de la sociedad industrial, tal como lo destacan Alva Myrdal y Viola Klein, muestra dos etapas principales en la refirmación del *status* de la mujer en nuestro siglo. La primera consistió en su admisión a una amplia variedad de ocupaciones estimadas hasta aquí como masculinas, lo cual equivalía, para el conjunto, a verse libres de las trabas familiares. La segunda, en la que entramos hoy, testimonia el esfuerzo de un gran número de mujeres, con miras a repartir su tiempo entre la familia y el empleo.

Hemos visto que, en el pasado, antes de la revolución industrial, las mujeres nunca dejaron, en su mayoría de tomar parte activa en la producción, unificando su papel económico con el familiar. La industrialización, en la época del primer capitalismo, no sólo separó la actividad económica del ámbito familiar, sino que forzó a una opción a la que debió consentir el grueso de las mujeres de extracción proletaria, entre la familia y la ocupación, en detrimento de la primera, viéndose constreñidas a figurar en las categorías de mayor explotación, junto a los niños.

A medida que en las actividades productivas la mera fuerza física deja de ser un requisito indispensable, un hecho próximo a nosotros es la incorporación de personal femenino a las empresas comerciales e industriales, entre otras razones porque ningún país puede mantener al margen del trabajo colectivo a un tan grande caudal de personas, si se aspira a mejores niveles de vida para toda la población.

Atendiendo a sus relaciones con la estructura del sistema productivo, la cronología de la vida de la mujer actual en las sociedades de alto desarrollo, cada vez más longevas por las expectativas de vida larga que aseguran a sus habitantes, permiten hablar de tres fases evolutivas. Una primera, de cinco a siete años, entre el momento que dejan de estudiar

en las escuelas y el matrimonio. Durante ese período trabajan para mantenerse. Una segunda, de larga duración, en cuyo transcurrir, si dejamos aparte la minoría que no se casa, las mujeres restantes abandonan casi todas sus ocupaciones para fundar una familia. Aquí surgen nuevos problemas: el derecho a casarse de las mujeres que trabajan y el más difícil de concretar del derecho al trabajo de las mujeres casadas. La constante del ajetreo hogareño, inevitable y monótono, lleno de tareas recurrentes, puede complicarse a pesar del auxilio de los artefactos mecánicos que ayudan a realizarlo, pues las dificultades no son técnicas, en rigor, sino psicológicas: saber poner fin a una actividad que, como cualquier otra, es siempre susceptible de ser refinadamente perfeccionada y, por tanto, librarse de quedar constreñidas a sólo ese ámbito de lo doméstico.

La tercera fase, al borde de los cuarenta años, se presenta cuando la mujer, al apartarse de la maternidad activa, con sus hijos ya crecidos o que han empezado a abandonar el hogar, atraviesa una crisis emocional centrada en la vivencia de la inutilidad de su vida, al perder significado lo que hasta ese momento llenó su existencia. Ahora se trata de arbitrar fórmulas satisfactorias que defiendan de la soledad y permitan incorporar a la fuerza de trabajo a ese personal capacitado por conocimientos previamente adquiridos y que pueden actualizarse, o que es susceptible de ser entrenado para ocupaciones en empresas de toda índole, pues se trata de una mano de obra con demanda continua en la sociedad de alto grado de desarrollo. En circunstancias anormales en la vida de los pueblos así ocurre en gran escala; por causas contingentes: viudez, divorcio, enfermedad del marido, acontece de hecho todos los días. El problema candente es el de planear la utilización deliberada de esa clase de mujeres, el de promover expectativas institucionales para que esa fase difícil sea sobrellevada con resultados humanos satisfactorios, sea para el individuo, sea para la sociedad.

Al margen de las dificultades apuntadas, la aportación efectiva del trabajo femenino en la mayoría de los países industriales o en proceso de industrialización es considerable y calificada. Las cifras pueden ir desde países que, como España y Brasil, cuentan entre el 15 y el 20 % de las mujeres en la población económicamente activa, a la U.R.S.S. con una proporción del 47 %, pasando por Holanda con 21 %, Argentina 22,6 % Bélgica, 23 %, U.S.A. 27 %, Inglaterra 31 %, Francia 34 %, Alemania Federal 36 % y Finlandia y Japón con el 40 y 41 % respectivamente, para citar algunos ejemplos demostrativos, según datos recogidos entre los años 1954 y 1960.

Por la relación que mantiene con la participación de la mujer en los niveles más altos del empleo es conveniente hacer referencia a su inserción en la enseñanza superior universitaria, con estas proporciones:

MUJERES QUE RECIBEN INSTRUCCIÓN UNIVERSITARIA

PAÍS	%
U.R.S.S.	42
Francia	39
E.E.U.U. de Norteamérica	37
Argentina	34
Italia	30
Alemania Occidental	26
Japón	13

FUENTE: Doctora Rosa Rabinovich de Pirosky. *Participación de la mujer en la investigación científica,* en Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, 2ª Serie, marzo-junio 1969, Año X, Nº 1-2, pp. 363-378, la cita corresponde a la pág. 370.

III. EL ENFOQUE TEÓRICO DEL PROBLEMA DE LA MUJER

1. *La mujer: su tipo bio-psicológico*

Uno de los factores más importantes en el proceso de refirmación de la mujer en cuanto persona lo constituye el esclarecimiento de un problema: el de sus rasgos diferenciales en relación con el hombre.

Por lo pronto, la llamada condición humana sabemos que no es una estructura originaria e inalterable y se halla sujeta a variaciones sociales y culturales que explican su diversidad. Igualmente, dejando a un lado el hecho límite de las diferencias en las funciones reproductivas, y de estructura orgánica, que afecta ante todo a la realidad física del hombre y la mujer, su realidad socio-cultural engloba el cúmulo de los rasgos verdaderamente significativos para explicarlos dentro del contexto de la vida colectiva.

Cierto es que no debe exagerarse, como para dar fundamento a la objeción que le fuera formulada a Margaret Mead, por su acentuación e insistencia del relativismo cultural en la contraposición de los sexos: "Margaret, todo eso que Ud. afirma es aceptable; pero sería interesante hallar el ejemplo de una sociedad en la cual no fueran las mujeres las que tuvieran los niños."

Al margen de ironías, los estudios biológicos y psicológicos no han probado en ningún sentido la inferioridad de las mujeres. Más aún, se da el caso de sustentar la tesis de la superioridad biológica de las mujeres, basada en estadísticas vitales que así lo prueban: su resistencia a las enfermedades, mayor que en el hombre, y su promedio de duración de vida.

Razón de más para centrar el análisis de la posición de la mujer en el mundo de hoy en las barreras sociales y culturales que fuerzan o generan la inferioridad relativa del sexo femenino, no por otra razón que por el dominio artificial, los prejuicios y los privilegios relacionados con el imperialismo masculino.

2. *La mujer y el cambio cultural*

En los comienzos del movimiento de emancipación femenina, a mitad del siglo XIX, el acceso de la mujer al empleo se produjo a través de cargos en relación con la caridad o beneficencia, el sistema educacional y la sanidad pública; bien raras fueron las novelistas a lo George Sand o Charlotte y Emily Brontë, George Eliot, Jane Austin, o a lo Emilia Pardo Bazán, para citar un caso hispánico.

El nuevo *status* de la mujer sería inconcebible sin la industrialización y el auge de una ideología individualista Con la valoración del individuo se dio aneja la refirmación de los derechos de la otra mitad del género humano.

Como lo subravara Folsom, es el cambio cultural el que nos remite a la transformación en el *status* femenino. Y sus lineamientos pueden quedar encerrados en estos rubros:

1. *Inventos*: Todos los descubrimientos materiales que se basan en las ciencias y, muy en especial, los que reducen trabajos domésticos, los que amplían el radio de la comunicación humana, a lo que se une el creciente ritmo de la secularización que elimina supersticiones, mitologías y tabúes muy fuertes acerca de la mujer, fortaleciendo la racionalidad de las formas de vida.

2. *Los cambios en la estructura social*: Surgen de la ciencia y la tecnología, con su rigurosa especialización y la reducción del esfuerzo físico en todos los trabajos y también en los del hogar, con la elevación del nivel general y una nueva y más afirmativa filosofía de la vida.

3. *El efecto de los cambios en la estructura familiar*: Ha eliminado el ritual en la relación entre el esposo y la esposa y de ésta con los hijos, y ha hecho más flexibles las relaciones que se dan en su seno, valorando en pie de igualdad a la madre respecto del padre y, en general, democratizando el ámbito doméstico.

4. *El efecto en la mentalidad colectiva*: En el nivel de las actitudes, de los valores y de la ideología que se difunden en el pueblo, los cambios en sentido progresivo han sido más lentos y es en este hecho que se advierten resistencias a la reivindicación del *status* de la mujer en la sociedad. Encuestas realizadas en medios obreros y de clase media de Francia, revelan que sólo el 21,7 % de los hombres apoyaban el ejercicio

de un oficio por la mujer, mientras que el 65 % de las mujeres de los sectores medios y el 52,3 % de las obreras son favorables a ello.

IV. Aspectos críticos del status de la mujer en la sociedad contemporánea

1. *El matrimonio como destino y las condiciones socio-culturales del presente*

Es muy común, todavía, el arquetipo de la niña-adorno, profesionalizada en la carrera matrimonial, predispuesta por un clima de determinaciones ambientales a no tener más horizontes que el hogar y los hijos, en sacrificio de su personalidad social en el conocimiento, en el arte y, en general, en las actividades creadoras, así como en los negocios, en el mundo del trabajo o a través de la gama de todos aquellos servicios en relaciones humanas que le pueden ser confiados con la seguridad de un mejor desempeño.

Es obvio que se trata —para decirlo sin ambigüedades— del fomento de un sutil parasitismo social, pues son otros tantos casos de sustracción del esfuerzo femenino al proceso productivo, no justificado en el estado actual de la industria del confort hogareño y de las posibilidades abiertas a todos en el conocimiento y la cultura.

La mujer encerrada en las paredes del hogar, en un siglo de especialización de funciones, pasa por alto el hecho de que la sociedad moderna ha transferido de la familia a la escuela, a la empresa, a la Iglesia, al Estado, las polivalentes funciones socializadoras de la familia del pasado. Y, por supuesto, la formación de los hijos resulta con ello beneficiada: el tiempo que ellos insumen en actividades extra-hogareñas es aprovechado con mayor amplitud y mejores consecuencias educativas. El papel de la madre se restringe e intensifica, no obstante, a otros niveles del cuidado y del sentimiento, que pueden ser muy eficaces si ella queda liberada de las múltiples obligaciones que antaño la restringían en sus posibilidades individuales, introduciendo un dilema entre su servicio a la familia y su destino personal. Aquí viene a cuento la observación de Simone de Beauvoir: el problema no es sustraer los hijos a la tutela de los padres, sino de no dejarlos confiados sólo a ellos. Con ese fin deberían proliferar organismos asistenciales múltiples, a cargo del Estado.

2. *La mujer y la igualdad de oportunidades*

Los avances femeninos empiezan por alarmar a los hombres. Éstos, según los economistas, al tener que competir en el mercado de trabajo

intelectual con la invasión abrumadora de las mujeres, corren peligro de estancarse si no se hallan nuevas posibilidades de actividades creadoras.

Una interpretación más ajustada y menos impresionista conduciría a reconocer en ese fenómeno, que se acentúa sobre todo en U.S.A. y en la U.R.S.S., sociedades desarrolladas según la pauta industrializante, la emergencia de la mujer, a poco que se le aseguran igualdad de oportunidades.

Para los que insisten en el peso inexpugnable de las tradiciones, pocos hechos tan rudos en cuanto a desalentar sus convicciones como la situación de la mujer japonesa. Obtenidos sus derechos civiles y políticos por la reforma introducida en el Código Civil por las fuerzas de ocupación, después de la segunda guerra mundial, le siguió de inmediato una ola de divorcios. De 48.832 en 1943 se pasó a 83.689 en 1950. Pero el dato relevante es éste: 79 % de esos divorcios se iniciaron a instancias de las esposas.

La enumeración de hechos que prueban el ascenso de la mujer en la escala social podría multiplicarse. Si hubiera que sintetizar su signo más visible en un concepto, correspondería hablar de revolución en el *status* femenino.

El proceso de secularización o de modernización iniciado a partir del Renacimiento y que se acentuara en forma ininterrumpida en los últimos siglos exhibe la constante presencia de la mujer, y esto no deja de tener sus efectos en los cambios sobrevenidos en la estructura social, al par que ilustra el resultado de las innovaciones tecnológicas.

Estamos entrando en una etapa cooperativa, masculino-femenina, en la tarea de hacer más humano el mundo. Dicho en los términos más poéticos de Rainer María Rilke: "el hombre y la mujer han de sobrellevar pacientemente el arduo sexo que les ha sido impuesto".

Desde una perspectiva sociológica se plantea el problema de la integración colectiva, con sus variantes en las relaciones sociales entre los sexos. A este respecto, quiero hacer justicia al libro de P. Issaev, que estudia el problema bajo el título de *La masculinización de la mujer*, etapa previa a la integración de los sexos en una sociedad que, siendo exponente del más alto desarrollo humano, muestre la cooperación igualitaria de sus hombres y mujeres. Esta etapa que crece paralela a los siglos modernos culmina con la adopción, por parte de la mujer —de ciertas *élites* femeninas—, de las pautas y valores masculinos, en una cultura saturada de modalidades patriarcales. Análogas conclusiones, pero en el nivel psicológico-social, condujeron a Alfred Adler a elaborar el concepto de la mujer que asume la "protesta viril", para referirse a ese tipo de mujeres que han percibido el sentido de la jerarquía en un mundo masculino, al que llegan tardíamente, con ansias de participación y

dispuestas, por ello, a la adopción de las actitudes y comportamientos que acarrean consigo las ventajas de los que han triunfado.

3. *Los derechos de la mujer*

Las formas visibles de la discriminación de la mujer se advierten en dos aspectos básicos para su realización cabal: los derechos económico-sociales y los derechos políticos.

Es una conquista que sólo data de este siglo el reconocimiento de la igualdad de salario para la mano de obra femenina en comparación con la masculina, por trabajo de igual valor. Y el distingo entre trabajos exclusivamente masculinos y trabajos de mujeres se está borrando cada vez más, a consecuencia del progreso tecnológico. No obstante, hay todavía muchas restricciones basadas en costumbres inveteradas que se oponen al acceso femenino a cargos y ocupaciones que se consideran propias del hombre. La tecnología, y en especial la automatización de las industrias, a lo que se une la educación amplia que reciben las jóvenes de hoy, van borrando las diferencias tajantes del pasado y eliminando las discriminaciones laborales fundadas en el sexo.

Entre las instituciones internacionales relacionadas con esas conquistas de la mujer cabe mencionar a dos que tienen importancia extraordinaria: nos referimos a la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, de las Naciones Unidas, y a la O.I.T. A tal punto se ha avanzado en los últimos cincuenta años que ya figuran en textos constitucionales preocupaciones acerca de la igualdad de salarios en los siguientes países: Albania, Brasil, Bulgaria, Birmania, URSS, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Hungría, India, Indonesia, Italia, México, Nicaragua, Panamá, Polonia, Rumania y Yugoslavia.

En la práctica, la vigencia efectiva del derecho de la mujer a la igualdad del salario por trabajo de igual valor ha de contar con la anuencia de dos poderes de signo opuesto: el de los empresarios, para que la reconozcan en los convenios colectivos de trabajo, lo cual habrá de suceder si el sindicato de trabajadores está dispuesto a sustentarlo, y esto no siempre es seguro.

Por lo concerniente a los derechos cívicos de la mujer, señalemos que en 1900 carecía de ellos en todos los Estados soberanos. Pero, de entonces acá, las cosas han mejorado: en 1950 gozaba de derechos políticos en 65 Estados, mientras que, en los 15 Estados restantes, aún no se le reconocían. Mas no hay razón para exagerar los resultados. Si bien en la mayoría de los países tales derechos le han sido reconocidos por la prédica y la acción efectiva de los partidos socialistas, es sabido cómo, en muchos

casos, la reacción masiva de la mujer, en política, ha consistido en la prueba de su tradicionalismo, de su sujeción a los partidos más conservadores y hasta reaccionarios. Desde luego, esos con los preliminares de un aprendizaje. Para dar un ejemplo, en Japón, donde la mujer tenía una milenaria situación de inferioridad respecto del hombre, a consecuencia del impacto occidental ha modernizado su aparato jurídico, en particular después de la última guerra. Es así que ella tiene reconocido un *status* como individuo del que carecía en el pasado. Ahora vota. Aproximadamente quince millones de mujeres se habían inscripto en 1950 para hacerse presentes en las urnas electorales y, en 1953, una rotunda prueba de la liberación del pasado la proporciona el hecho de registrarse siete millones y medio de mujeres en diversos tipos de organizaciones que las representan.

Por contraposición, en la moderna Francia todavía tenemos la incongruencia siguiente: el puesto de jefe de empresa puede ser desempeñado por hombres o mujeres, indistintamente; sin embargo, si una mujer casada quiere abrir una cuenta bancaria a su nombre, tiene que presentar la autorización de su esposo por escrito, salvo que en el contrato matrimonial se establezca la separación de bienes. Asimismo, hasta 1952 las mujeres tenían prohibida la entrada en la Bolsa de París.

En tanto "las medias azules", las sufragistas de 1900, eran típicas mujeres pequeño burguesas, reivindicadoras de su autonomía frente al poder masculino, las mujeres de la clase obrera reclamaban, para la misma fecha, no independencia, sino protección legalizada por el Estado; por donde se ve que las diferenciaciones de clase social hacen las veces de divisorias de las modalidades en la expresión de los derechos.

Como todo no ha de ser penurias, la bandera de refirmación del ser femenino es, a veces, enarbolada por el hombre. Así, Ashley Montagu, un biólogo norteamericano, enuncia la tesis de la superioridad biológica de la mujer. Tiene mayor expectativa de vida promedio que el varón, resiste mejor a gérmenes y enfermedades. Por cada hembra tartamuda hay cinco varones que padecen ese defecto; por cada daltoniana hay dieciséis hombres con igual perturbación visual; a cada suicidio femenino le corresponden, en proporción, tres masculinos. En las pruebas de inteligencia, el promedio de los niños no reviste inteligencia tan brillante como el de las niñas.

En suma: el problema de la mujer es un problema de igualdad de oportunidades y de enfrentamiento de las restricciones que siempre pesan sobre su condición de tal.

V. La marginalidad de la mujer

La marginalidad de la mujer –lo señala Viola Klein– es todavía notoria, su ubicación en la estructura de la sociedad y sus modalidades psicológicas se muestran afines con grupos que luchan por su *status* o bien que, por razones históricas y sociales, se hallan en situaciones humanas ambiguas o de dependencia: inmigrantes, judíos, conversos, colonizados, negros, intelectuales.

Entre las modalidades psicológicas que ese fenómeno pone en evidencia se hallan una fuerte contradicción de sentimientos, lealtades divididas entre su *status* tradicional y su *status* en el presente, con ambición acentuada de sobresalir y susceptible ante la crítica. La mujer vive con acento dramático cualquier grado de vulnerabilidad de su persona y muestra facilidad para sentirse irritable. Ello se vincula con el reconocimiento de una posición social de inferioridad relativa. Como no podía menos de ocurrir, en éste como en los otros casos de marginalidad, se organiza en la mujer un desprecio y hasta un odio de sí que es el reflejo de su yo ante el espejo de su multiplicada imagen en la discriminación masculina. El resultado paradójico es que su frustración por ser ella misma se vuelca, a modo de contrapartida, en la prevención contra las otras mujeres.

Es cierto tipo de mujer intelectual la que ha llevado todos los matices de esa problemática al máximo grado de conciencia. Virginia Wolf, en *Un cuarto propio*, o Victoria Ocampo, a través de su alegato *La mujer y su expresión*, y en el empeño puesto en sostener sus derechos de escritora en el mundo de la aristocracia y la burguesía argentinas. En tiempos más recientes, cito los esfuerzos de Fryda Schultz de Mantovani, con su libro *La mujer en la vida nacional*.

Esas obras, de variado acento, tienden a la reivindicación de la autenticidad humana, de la dignidad propia del ser femenino, sin disculpas, por cierto, de las inautenticidades que tantas mujeres encarnan.

Desde otras perspectivas, sea Viola Klein, sea Simone de Beauvoir, y en fecha más reciente Alva Myrdal, han desplegado un gran ingenio para acometer las cuestiones más grávidas de consecuencias en torno a la problemática de la mujer. Ellas nos advierten que en la realización vocacional femenina en un trabajo que sea a la vez fuente de su independencia económica y proyección de sus especiales capacidades finca en primer término la posibilidad de asegurar su existencia como persona, en verdad equiparable al hombre, y con destino paralelo, y no meramente complementario del de éste. Casi todas las libertades femeninas

penden de su inserción satisfactoria en el sistema productivo, no sólo las que comparte con el hombre, por su condición humana, sino las que hacen a su peculiaridad biológica y a su estado civil.

La mujer, en la lucha por su *status*, ha de centrarse en un objetivo: el reclamo de iguales oportunidades institucionalizadas.

A ese respecto, ha de vencer la imagen de su dependencia resignada, superando los tabúes sociales que la presionan para inducir en ella la actitud de la subordinación esclavizante. El mundo no ha sido hecho de una vez para siempre, ni hay un destino manifiesto del hombre o de la mujer. El ser humano es lo que hace de sí mismo —en sentido individual o colectivo— en su vida-proyecto. En la exaltación voluntaria de las palabras de Henri Barbuse, al final de su novela *El infierno*, cabría agregar que "todo está en nosotros y todo depende de nosotros". Adaptando ese principio a nuestros fines, correspondería afirmar que todo está también en las mujeres y todo depende de ellas, en un mundo construido sobre aquellos sólidos fundamentos científicos y técnicos que consoliden la mejor vida colectiva de la especie. Pero, en tal supuesto, habrán de disponerse a plantear su condición en la compleja urdimbre de sus problemas peculiares y, en concordancia con un máximo imperativo, a perseguir juntamente con los hombres: trascender los prejuicios coagulados de sistemas políticos y económicos caducos, sustentados en el monopolio de una clase social o en el imperialismo masculino.

NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE

LA MUJER EN EL PROCESO HISTÓRICO DE LA PINTURA EN ARGENTINA

No soslayó la sagacidad de Sarmiento la significación de la educación estética en lo formación integral del ser humano. Para quien por su sensibilidad entrañaba un espíritu fermental, el arte gravitó como una de las facetas de su personalidad luminosa. En el proceso histórico cultural es Sarmiento quien impulsa en San Juan, a partir de 1840, el movimiento plástico, y a cuya zaga adquieren relieve las mujeres que se formaron en el "Colegio de Santa Rosa". Nombramos a Magdalena Bilbao, Lucila Antequera de Godoy, Rosa Suárez de Gómez, Corina Videla, Tránsito Videla, Eugenia Belin Sarmiento y Procesa Sarmiento. Por aquellos tiempos, Emilia Lima "enseñaba como profesora particular rudimentos del arte de dibujo y pintura". Estos hitos, que señalan la presencia de la mujer en la historia del arte en el país, ponen en evidencia en las diversas etapas del proceso la contribución a un nuevo estilo de vida. Durante el siglo XIX, lo fue de disciplinas escolásticas, para encauzar vocaciones, que se distinguen fundamentalmente por la "ejecución". Más tarde, en el siglo XX, los valores intrínsecos que se desprenden de la obra cobrarán relieve, al incorporarse la mujer con su capacidad "creadora".

En el arte de la pintura, Sor Josefa Díaz y Clusellas es otra de la revelaciones de un nativo, entre los artistas precursores. A esta "monja movediza y hacendosa —según Horacio Caillet Bois— nunca se le caían los pinceles de la mano". Su vocación artística nació en el seno del hogar, contemplando en la casona, recostada en las barandas del Paraná, el jardín agreste que se extendía en un vasto patio, cubierto de parra y árboles frutales, que le inspiraron sus naturalezas muertas y bodegones. Estos poseen, como los de los pintores *naïfs*, la pureza, la morosa detención de los detalles, deslizándose una raíz popular que, en nuestro tiempo, el crítico Wilhelm Uhde ha denominado la de los "pintores de corazón sagrado". Pues es una visión lírica. Estimulada por su maestro Héctor Facino, adquirió disciplinas escolásticas, pero más bien, se guió por un seguro instinto. Su obra se caracteriza por esas "vidas en silencio", res-

plandeciendo el color, con un alucinado realismo mágico. En las composiciones existentes en el Museo Provincial de Bellas Artes de Santa Fe se capta un encantador espíritu franciscano, exaltando los dones de la naturaleza, en los higos y brevas, uvas, duraznos y sandías, en el ámbito de una composición, cuyo fondo le permite explayarse en la gama de los verdes y cuya valoración establece la perspectiva cromática. También cultivó el retrato y la iconografía cristiana, descollando por el realismo y la interpretación psicológica, tal como la cultivaron nuestros precursores, como Prilidiano P. Pueyrredón. No oculta Sarmiento, cuando llegó a Santa Fe en 1874, al visitar su taller, la significativa vocación artística de esta joven de 19 años. La pupila veraz traslada al soporte la imagen de las cosas, con un dibujo que individualiza cada uno de los elementos que intervienen en la composición: al color lo ubica con preferencia para obtener el tono local, consiguiendo el armónico conjunto de tonos locales yuxtapuestos, modificados a penas por el tenue claroscuro de las frutas, o en los retratos, especialmente en el rostro y en las manos tal como en "La Mulata y el Niño", excelente pieza, en "Autorretrato" o "Dolorosa". Contemporánea de la santafecina, María Eugenia Yriarte de Allende también se complació en románticas imágenes de evocación poética. Conservó la imagen de un tiempo que pobló un mundo remoto, infundiendo a las flores de su jardín un halo de vibración subjetiva, con verdadero instinto plástico. Acentuó los detalles de los ramos y ramilletes, con algo de reminiscencia, tal como los evocados en un soneto de su hija Angélica: "una vez más ofreces la nota real y tierna, soltura, gracia, verdad". Captó la nieta del general Yriarte las secretas voces de las cosas inanimadas. Julia Wernicke unía al talento natural las disciplinas del saber, en fuentes de cultura superior. Frecuentó en Alemania al animalista E. Zügel, el que más tarde será maestro de Fernando Fader. Traduce una pintura de ambiente, de un realismo que mediatiza el color para acentuar una fuerte plasticidad y se detiene en remarcar el carácter. Es una de las artistas precursores de la renovación en el color, acentuando el contraluz, los sólidos empastes que consolidan la estructura en plena naturaleza. Tanto en la pintura como en su obra de grabadora se afirma con un jerarquizado *métier*.

Ya a comienzos del siglo la contribución femenina se enriquece con la presencia de Luisa Sánchez de Arteaga, y se continúa, después de un breve lapso, en Elina G. A. de Correa Morales. Los fervores nacientes al calor del Ateneo y del Bon Marché aglutinan a los espíritus nativos, y en el orden cronológico citamos a una discípula de Reynaldo Guidici, la joven Sofía Posadas, que cultivó la figura y la naturaleza muerta. Posteriormente, en los salones de la Sociedad Artística de Aficionados,

pone su acento de distinción Luna Alston de Gallegos, una fina miniaturista. El medio comienza a estimar la personalidad creadora y las mujeres descuellan en el certamen internacional, en conmemoración de nuestro primer Centenario, participando ocho pintoras e incluyendo a Eugenia Belin Sarmiento y a María de Soto y Calvo. La escultura se limitó a los envíos de Luisa Isabel Isella. Pero el impulso estaba dado, afirma José León Pagano. Es posible que las resonancias de la Exposición del Centenario de 1910 hayan influido para establecer el Salón Nacional en 1911, que estimulará a las mujeres. Como se desprende de los conjuntos iniciales del Ateneo, el Salón de Aficionados, el Club Argentino de Mujeres, y más tarde los conjuntos de la Sociedad de Artistas Plásticos, Asociación Estímulo de Bellas Artes, el Círculo de Bellas Artes, la Sociedad de Acuarelistas, o del Camoatí, para nombrar algunos. Otros nombres pueden definir va tendencias en pugna, que cambian la fisonomía, y caracterizan la evolución, dinamizada por renovadoras ideas estéticas promovidas por el proceso de "aculturación", que aflora al calor de la pintura europea. Superadas las dificultades de los precursores, por su contribución creadora, el nombre de Lía Gismondi, "enlaza con el de los organizadores y lo continúa", según José León Pagano. Disciplinada, con dominio técnico, se destaca la frescura del pincelar, captando impresiones sensoriales, manteniendo la coherencia y estableciendo la unidad total del paisaje. La factura de la pasta colorante es elaborada para establecer calidades, a la vez que es rica en la matización. Tal como se lo observa en la serie de paisajes de Córdoba, Jujuy, Nahuel Huapí, y en aquellos de Italia, Francia o Brasil. Lía Gismondi hace realidad los esfuerzos de aquellas generaciones de pioneros de una nueva visión cromática ,concretada con el aporte de los propulsores de la modernidad, Martín Malharro o Faustino Brughetti, que a principios del siglo plantean la problemática del color y la luz. La definida vocación de Catalina Mórtola de Bianchi, adquiere relevancia en la pintura y el grabado. Afirma su personalidad en los paisajes. La inquietan ansias de renovación, búsquedas de estilo, pasión por las formas artísticas, con el deseo de liberar a las artes del diseño de las ataduras objetivas. El tema parece ser un pretexto para llenar las formas con manchas, con efectos de luz radiante. Una vida laboriosa, fecunda, la diversifica en el grabado, abordando todas sus técnicas, sin limitarse a fórmulas y obviando el virtuosismo, preocupada fundamentalmente en traducir en forma sensible la expresión. Tanto en las obras al óleo como en las del arte de lo inciso la impulsa el sentido plástico del color, como en "Movimientos", "Una Murga", concretando el sentido vital que impregna a la obra el toque intenso del pincelar. Dentro de las corrientes que modernizan la técnica, Ana Weiss de Rossi gustó de vehiculizar, en la rica materia, sensaciones

subjetivas, no exentas de sentimientos. Se detiene en el "tema" sin vivir, esclava de éste, tal como las escenas de la vida hogareña y las maternidades, deslizándose a la infancia a la vez que a las nobles efigies de la edad provecta, tales como "La Abuelita", "Hermanitos", "Mis Niños . Pinta con una factura casi impresionista, pero en puridad puede decirse que no llega a la división del tono; y ahonda la proyección sentimental que la acerca a la plenitud. Más espontánea y directa, por los senderos de la vida cotidiana, transita Aurora De Pietro de Torras, con fino humorismo, cuando ausculta la vida de los barrios porteños y desfila en sus telas la vivaz nota de la gente y sus moradas, con sentido humano. Posee cierto gracejo, al caracterizar los rasgos típicos con ágil espiritualidad. Gusta del trazo dibujístico, que individualiza y tipifica las actividades de sus personajes, abordando con la paleta las pautas de sus visiones sensibles. Nacida al calor del ámbito de un hogar de artistas, Lía Correa Morales de Yrutia adquirió una sólida cultura plástica, deteniéndose "en la fineza como expresión de sutil órgano visual". Ciñe las formas con un dibujo cerrado, para mejor captar las singularidades de sus modelos. Retratista, gusta del estudio del carácter, para hacer resaltar el yo interior de sus personajes, ambientándolos con tonos armoniosos tal como en "Jacky la Bailarina", "Mademoiselle Marthe Launois". Partiendo de la realidad, Ángela A. Vezzetti traduce una comunicación vibrante por el color, sostenido por los impulsos de la fuerza expresiva de su temperamento. Articula formas en el espacio, que conviven en medio de masas de claroscuro, aflorando algún toque sonoro y vigoroso. Lo que la distingue es el placer de pintar gozosamente, deteniéndose en extraer de la materia intensidad expresiva, conducida con un pincelar enérgico y sensorial. Diversificando su vocación entre la medicina y el arte, María Escudero, con mente disciplinada, metódica, emprende la figura y el paisaje. Inquieta, su labor es sostenida por anhelos renovadores, en el planteo postimpresionista. Las telas proyectan algo más que los aspectos cambiantes de la naturaleza, esa especie de metereología plástica, mediante las modificaciones de la luz y el irisado aspecto de las cosas. Luego, en las figuras, modela por el color, oponiendo a la gama otras zonas de contraste, de más acentuada policromía. Y arriba hasta el color intimista, obteniendo un clima, cuyos matices sugieren la fina sensibilidad. Connatural con un espíritu poético, Emilia Bertolé ambienta sus figuras con emoción, y no excluye la técnica puntillista, donde el color posee significación, controlando lo riesgoso que contiene su vena romántica. Compañera de la generación precitada es María Mercedes Rodrigué de Soto Acebal. Es una mujer de fe, cuya visión interior, guiada por el secreto misterio de su sensibilidad, además de ser un reflejo del espíritu, lo es de la mente y del armónico razonar. Sus cuadros religiosos no lo son por

su iconografía, sino por la recreación, sostenida por un sentido trascendente, como "Anunciación" o "La Virgen del Patio", irradiando por el color tenue, leve y sereno, la presencia de un ser contemplativo.

Después de los planteos del impresionismo, primer paso de ruptura con los aspectos más tradicionales, las inquietudes se acentúan con la llegada de artistas que regresan de su estada europea: habían frecuentado las corrientes renovadoras, asistido a apasionantes experiencias, en camino de una expresión acorde con el espíritu del tiempo que se vivía. La década de 1920 a 1930 queda consignada como arranque de nuevas expresiones del color y de la forma, sustentada por el grupo de pintores de la Escuela de París. Los nuevos artistas aspiraban a plasmar en las telas una expresión estética más pura, la exaltación de los elementos plásticos, una orientación común en la rebusca de sus propias posibilidades. Campea en el movimiento renovador la actitud de un espíritu fermental, al cual no permanece ajeno la presencia de la mujer, por sus contribuciones creadoras. El "Orbis Pictus" de Raquel Forner acusa la presencia de una personalidad vigorosa, sosteniendo su dicción en las líneas significativas a la vez que en la densidad del color, obteniendo el clima donde dialogan sus "dramatis personae", tratadas como símbolos que aluden a una tierra onírica de pesadilla. La viva imaginería creadora lo transfigura todo, lo vitaliza con la intensidad de su espíritu, la emoción de su sentir y la serena reflexión de su saber. Raquel Forner compromete su destino con el destino de los seres acosados por las tensiones de su tiempo existencial. Para esta sagaz escrutadora, que testimonia inquisitivamente cuanto la rodea, nada puede parecer sin importancia; todo cuanto observa adquiere valor en términos expresivos y pictóricos. Se presencia la irrupción, dentro de los elementos complejos de una personalidad tangencial con el expresionismo, del surrealismo y la abstracción, pero jamás adherida a cada uno de los grupos mencionados. Podríamos decir que en ella aparece aquello de que existe una acción pendular que va de lo subjetivo a lo objetivo, que el ser humano vive y se angustia por cosas que están en él y fuera de él. En la medida en que se expresa, esas "constantes" actúan hasta arribar a lo premonitorio. Las telas de esta última década proyectan la visión de un mundo cósmico, poblado de imágenes que, sin dejar de ser terrenas, conviven como "Astro-Seres", o rompen las ligaduras del horizonte terrestre y por los acontecimientos de la moderna tecnología —en el campo de la astrofísica—, la incitan a explorar y ampliar su cosmovisión. Fue traspasando el romanticismo expresionista donde constaba un sentir más tenso para ingresar a lo universal. Las incisivas búsquedas la conducen a crear formas mágicas, texturas contenidas, haciendo deslizar intensos croma-

tismos y provocando oposiciones como disonancias, cuyas calidades de empastes configuran una tectónica que adquiere siempre la encarnación simbólica del continuo dinámico. Lo que vive en gestación, dentro de un clima alucinante, y emergen los fantasmas del Apocalipsis. Estructura y cromatismo son vigorosos, dialogan en el despliegue de formas con la presencia de un personal sistema de exclusivos valores plásticos, con dicción original. A la misma década señalada pertenece Norah Borges, cuyo aporte se individualiza por una depurada decantación de formas esenciales, la que permite a sus pinturas al agua y al óleo una vivencia poética. El encanto reside en la evocación de un tiempo que ya fue, y donde resplandece la sencillez de la vida de sus candorosos personajes, en el ámbito de viejas residencias porteñas. Pinta lo que gusta con amor, las casas ornadas con balaustradas, balcones, estatuas. Las calles solitarias pobladas de silencio. Lo define todo la línea depurada y el melodioso color. Y lo anima con un "racconto" proustiano. El secreto de la obra emana de su sensibilidad quintaesenciada del color, donde despliega la sutileza de los grises, amarillo limón, verdes, rosados o salmón, hasta el límite del blanco. La paleta se halla controlada a la vez que, en connubio con el dibujo, permite establecer un mundo estático. Las figuras poseen el candor de la infancia y la unción espiritual de los adolescentes que contemplan el mundo con la tierna mirada del ensueño. Espíritu connatural a Norah Borges es el de Susana Aguirre, que vierte el encanto de las viejas casas-quintas de San Fernando o Belgrano. El color posee vibración, así como también la caligrafía lineal que juega en el diseño de las arquitecturas. Como lo manifiesta Manuel Mujica Láinez, en su obra "la ingenuidad y el misterio se encuentran y conviven con su pureza inicial". Dentro de este vasto friso generacional nombramos a Dora Cifone, Elena Cid, Biyina Klapenbach, Julia Peyrou, Andreina Bai de Deluca, Laura Mulhall Girondo, Eugenia Krenovich. Entre los artistas que promueven una línea de avanzada en el país la presencia de Anita Payró configura una singular personalidad, ubicándola en el ámbito de rigor estético de la abstracción, con motivaciones creadoras, en pos de un lenguaje enraizado en las vivencias de nuestro tiempo. Sus obras nos ofrecen un arte condicionado por una estética platónica. Pintura de renunciamiento, austera en ciertas instancias, intelectual, debido al autocontrol que sobre ella ejerce la inteligencia, no obstante poética por el refinamiento que sugiere el color y la rítmica disposición de los planos, dentro del contexto estructural del cuadro. Podríamos decir que su concepción abstracta trasciende la razón, por la sensibilidad cromática, la cadencia melódica, la sutil elaboración del plano, el juego de las interpenetraciones y las trasparencias, para lograr la bidimensionalidad espacial. Anita Payró une "al espíritu de geometría el espíritu de fineza".

Las vanguardias, que irrumpen con las nuevas generaciones, actúan en un área donde gravitan inquietudes para hallar un lenguaje que capte el *Zeitgeist*. El movimiento moderno, lo subraya Francis Henry Taylor, "no es una teoría, sino un estado que surge de una concatenación de hechos históricos y consecuencias centradas en la dignidad del hombre, su posición en el universo, su búsqueda de la verdad y su perenne deseo de expresar la verdad en la forma sensible", de manera que otros hombres puedan aprehender su significado y su belleza.

VICENTE P. CARIDE

REUNIÓN DE MUJERES EN JERUSALÉN

En la fría noche de Jerusalén, el 29 de noviembre de 1964, las delegadas de cuarenta y nueve países que asistíamos a la Primera Conferencia Internacional sobre el papel de la Mujer en la lucha por la Paz y el Desarrollo, nos enterábamos que a nuestra invitante, la Canciller Golda Meir, no la veríamos porque estaba enferma. Se leyó su mensaje: "A vosotras, hermanas de todo el mundo, envío mis más cálidos saludos de bienvenida... En nuestra calidad de mujeres, sentimos una profunda ansiedad por el destino de este mundo atormentado que apunta descuidadamente hacia la guerra. Estamos obligadas, pues, a hacer algo más que lamentarnos y expresar exaltados deseos de ver al mundo en paz; estamos obligadas a intervenir activamente por la causa de la paz, tan desesperadamente ansiada a través de todo el mundo, y por el adelanto de la sociedad humana, para que el goce de la actividad constructiva y la alegría de crear alcancen a toda la humanidad." No eran palabras al viento. La mujer que así hablaba, con tan firme resolución, no tenía comprados la vida ni el futuro, y aunque podía suponérsela vencida por la enfermedad y a pocos pasos de salir de la escena política —como en verdad ocurrió, ya que se retrajo por algún tiempo—, pronto sería llamada para ocupar el cargo de Primer Ministro y demostrar con los hechos que sus palabras no eran simple retórica ni afán de poner en boca ajena lamentaciones y propósitos admirables. Porque resulta a la vez irónico, y contradictorio hasta lo absurdo dentro de la lógica de los hombres, apelar a una mujer para que gobierne los destinos de un pueblo en una de las coyunturas más difíciles de su historia. Pero es verdad que Golda Meir es una personalidad de austera y serena reciedumbre, dulcificada quizá en su antigua profesión pedagógica, por lo que al ser maestra resulta doblemente mujer. De todos modos, cabe hacer justicia a quienes la eligieron, ya que "un pueblo ignorante, elegirá siempre a Rosas", como decía Sarmiento, y esta Primer Ministro de Israel es lo contrario de lo que significaba para nosotros Rosas.

A propósito del sexo aparentemente débil, según la secular creencia que el hombre toma por hecho incontrovertible, nos conviene traer a cuento algunas afirmaciones del antropólogo Ashley Montagu (*An in-*

troduction to physical antropology, y *The Natural Superiority of Women*, entre otras obras): "En efecto, las mujeres son menos vulnerables a la mayor parte *de gérmenes y enfermedades* y recuperan la salud con más frecuencia que los varones. / . . .saben ocultar sus impresiones mejor que los hombres. Dominan más las emociones y, en consecuencia, son menos vulnerables a su acción. Durante la última guerra se pudo comprobar que en todas partes —en iguales condiciones de sitio y ocupación, encarcelamiento y campos de concentración— las mujeres soportaban las penalidades con más entereza que los hombres... / . . .por cada suicidio femenino ocurren tres masculinos. Y las taras hereditarias se manifiestan más frecuentemente en el varón que en la hembra." De modo que, para una situación tan crítica como la que hoy atraviesa ese país, no cabía mejor piloto que Golda Meir: claro que con una tripulación confiada y decidida a sus espaldas. Esperemos los acontecimientos, a ver qué pueda hacer por la causa de la paz —y la dignidad del ser humano— que tan ardientemente preconizaba en esa reunión de mujeres en Jerusalén a la que ahora vuelvo con esta crónica.

Treinta y cuatro africanas, quince europeas, igual número de americanas de habla española o inglesa, doce asiáticas y unas diez israelíes estaban sentadas a la mesa internacional. Las negras, con sus turbantes y vestiduras sueltas de colores —tantos y tan diferentes que nada hubiera extrañado ver una caravana de camellos arrodillándose a las puertas del hotel, transportados en alfombra mágica—, se manejaban en francés e inglés con naturalidad; muchas habían estudiado en Europa y, de vuelta en África, eran trabajadoras sociales, educadoras, mujeres de la industria y el comercio, concejales y diputadas. Josephine Cheffi Meatchi, mujer del Vice-Presidente de Togo, *puericultrice d'Etat*, dijo que hablar de la mujer africana era hablar de la mujer del tercer mundo, que tiene que armonizar la emancipación con las tradiciones y costumbres, salir a trabajar a los campos y ser el centro del aspecto económico, al que asegura con su dedicación, paciencia y buen sentido del ahorro. Caroline Diop, de la Cámara de Representantes de Senegal, subrayó la similitud que existe entre el saludo de paz en su idioma natal, *¡Samaret!*, y el hebreo, *¡Shalom!*... Pero, frente a las cortas experiencias de los países recién emancipados, como Uganda optimista, o el Camerun, con su concreto pedido de ayuda en especialistas en educación y dirigentes comunitarios que le hacían falta, se alzó la voz angustiada de la joven Juliana Mamede, secretaria de la Asociación de Mujeres Angolesas en el exilio, pidiendo que se formulase una declaración en contra de la dominación colonial en Angola. (Conviene anotar, como prueba de la fraternal solidaridad establecida entre las de un mismo color de piel, que al interrumpir la conferencia el traductor simultáneo, diciendo que no

podía entender lo que Juliana Mamede hablaba con voz tan trémula y de prisa, otra africana, de Tchad, se levantó de su asiento para pasarle un papel en el que le decía que siguiese leyendo, pero más tranquila...)

Stella Makunga, militante del Congreso Africanista —África del Sur—, dijo que las mujeres de su país no tenían tiempo para pensar en la paz: tenían que pensar en el presupuesto familiar, en cuidar a los hijos mientras sus hombres estaban en la cárcel; que había más de mil de ellos cuyas condenas oscilaban entre diez meses y prisión perpetua; que, por extraño que parezca, eran los que amaban la paz, los que independientemente del color de su piel o del nombre de su Dios, creían en el africanismo. "En nuestro vocabulario —afirmó—, la palabra raza no tiene plural. Sólo reconocemos la raza humana. Se nos reservan muy limitadas ocupaciones; entre ellas, los trabajos forzados. Y según la opinión de los que gobiernan somos o subversivos o comunistas. Por eso es que nosotras pensamos en la lucha y en la guerra, no en la paz."

La representante de algún país de Europa objetó que la Conferencia se estaba deslizando, en su opinión, a un peligroso terreno político; pero las sudamericanas y las africanas —lo mismo que la representante socialista al Parlamento alemán, Kaete Strobel— manifestaron su adhesión a la causa de Angola y de África del Sur. La delegada por Ghana opinó que no eran armas lo que necesitaba el mundo, sino educación y servicios agrícolas. "Con lo que cuesta un cohete espacial —dijo— se pueden levantar cuatro universidades y cinco hospitales; con lo que cuesta una bomba, varias escuelas. Y debieran dejarse de echar al mar los excedentes agrícolas." Eva, Marchioness of Reading, representante de Gran Bretaña, pidió que la Conferencia se ajustase estrictamente al temario; pero la diputada israelí Beba Idelson, que presidía, zanjó la cuestión diciendo que todas estábamos allí reunidas para saber de todas y que a nadie podía impedírsele hablar de lo que traía en su corazón.

Inteligentes y sinceras, las israelíes demostraron, tanto en la intervención personal como en la conducción del debate, ese autodominio y conciencia de su papel en la formación nacional que las ha llevado, en igual pie que el hombre, a ocupar planos destacados en la vida política, social y familiar de ese pequeño país en el que contrastan su juventud como Estado y su existencia de pueblo milenario. Un Canciller, dos Vice-Presidentas del Parlamento, once diputadas, mujeres jueces, la mayor parte de la educación en sus manos, pioneras junto al hombre en el trabajo de las tierras desiertas, lo mejor, como dijo en su primera aportación Beba Idelson, era "que no tenían miedo a decirse la verdad". Por eso, al presentar la sencilla y sin embargo revolucionaria organización del *kibutz*, o granja comunitaria, Yona Golán expuso los logros realizados y sus posibles desventajas; y Riuka Bar-Joseph, socióloga, analizó el desni-

vel que se producía entre los hábitos del hogar, en gentes venidas de todas partes a Israel, y la nueva sociedad en la que se procuraba integrarlos: las tensiones psicológicas que se producían y cómo los rápidos cambios sociales destruian las relaciones personales primarias: los mayores habían perdido prestigio y la nueva generación era dinámica, pero inestable. "En lo posible, es preciso mantener el equilibrio entre el cambio y lo estable; que los jóvenes no experimenten la sensación de que tienen que vivir, egoístamente, sin pertenecer a una familia. Para ello no debe frenárselos, sino ayudarlos a construir un refugio, un paragolpe —la personalidad no es otra cosa—, que mantenga lo estable de las relaciones fundamentales: padres e hijos, marido y mujer, hermanos, etc. Relaciones primarias que hacen a la sociedad humana."

Las asiáticas —India, Japón, Nepal, Thailandia, Corea— hablaron de su larga historia feudal y el cambio acelerado; la japonesa, Taki Fujita, de la Constitución de 1946 que proclama la igualdad de derechos civiles. Antes de esa fecha, dijo, la mujer del Japón no votaba, ni poseía propiedad alguna; le escogían el marido otras personas, no podía divorciarse y era considerada inferior. Mientras ella hablaba, nosotros recordábamos lo que decía la profesora sueca Alva Myrdal en un *Correo* de la UNESCO (1955): "La mujer del Japón avanza más aceleradamente que las de Estocolmo." ¿Sería verdad? ¿Lo es hoy, en 1971, fecha en que nos enteramos que ningún nombre de mujer figura en la guía telefónica de Tokio, simplemente porque la costumbre secular ha hecho del varón el jefe de familia, el dueño de vidas y haciendas sin cuya venia es imposible hablar con nadie? De este modo, una viuda tendrá que justificar la posesión del teléfono a nombre de un hijo, si lo tiene, o un cuñado que lo permita, o el jardinero de la casa... Habría que subsanar esta incongruencia, Taki Fujita; actualizar las costumbres, como hizo la Academia de la Lengua Española introduciendo la "papeleta" alfabetizar, hace pocos años, porque aunque existía el Alfabeto y por supuesto eran legión los analfabetos, no existía el verbo, la acción que intentase ponerlos en movimiento. Es verdad que, como dice un proverbio japonés traído a cuento por la delegada en Jerusalén, las mujeres en su inmovilismo oriental también eran felices: "Las ranas en el pozo no conocen el océano."

Kim Okgill, Rectora de una Universidad Femenina de Corea, proclamó a la libertad como primera condición de lucha contra la ignorancia: es la pacífica lucha de las mujeres en el mundo. Bimala Maskey, de Nepal —la tierra donde nació Buda—, señaló que en su país el papel de la mujer había sido insignificante, y todavía era pequeño el porcentaje de las que sabían leer y escribir. Se abolió la poligamia, pero quedaba aún mucho que hacer. Y la representante de los Países Bajos,

Johanna Schouwennar (ministro de Asistencia Social, catedrática de griego y latín, concejal de la ciudad de Roterdam) dijo que la libertad era como el dios Jano: se la veía libre de trabas económicas, políticas, culturales; pero que el aspecto positivo de la libertad era la elección de posibilidades. La mujer en el hogar es trampolín para toda la familia, tanto en la materia como en el espíritu; y lo humano que hay en el hombre el centro al que se dirige.

Las deliberaciones de la Conferencia estuvieron centradas en los siguientes temas principales: compartiendo responsabilidades a) en el orden político, b) en el orden económico, y c) en el orden social. La fogosidad de algunas intervinientes y la prudencia y sagacidad de las otras hizo que el esquemático sumario resultase a la vez apasionado y constructivo. Al término, se decidió publicar un manifiesto, una proclama dirigida en primer lugar a las mujeres, pero para que también lo escuche el mundo entero. Es la Declaración de Jerusalén.

No quiero acabar esta crónica sin dos anotaciones antitéticas, reveladoras, una al lado de la otra, del extatismo intemporal —que cierra los ojos al fluir de las cosas— y de la serena sabiduría de la India, que hace pie y trasciende el acontecer hasta el punto de situarse en una línea de avanzada, precisamente porque nada altera sus principios y su dirección. Maya Devi Chhettry, ex-parlamentaria, presidenta en ese momento de la Unión del Trabajo, dijo que en algo las mujeres deben estar en segundo lugar: en la línea de avanzada de las fronteras, en el duro trabajo de las minas. "El hombre nos tiene en un pedestal; somos símbolo de delicadeza, suavidad y temperamento. Nuestro destino es el hogar, la familia, hacer la felicidad del mundo. La mano que mece al niño, mece a la humanidad." En cambio, la actitud de la mujer india, en lo que tiene de conciencia al asumir la responsabilidad que se deposita en ella, la definió el primer día de sesiones Krishna Khatau, redactora de la revista United Asia: con las palabras de Nehru afirmó que la mujer es el espíritu de la India toda, la ancestral y la moderna. En sánscrito se dice: "Donde las mujeres sean respetadas, allí estará la paz."

Me parece un buen corolario esta sentencia, así como traer el recuerdo de Nehru, el estadista que vio en la mujer la inspiradora y continuadora de la historia. Un eslabón más, pero quiero creer que bien soldado, fue esta reunión de mujeres en Jerusalén, convocada precisamente para saber qué han hecho ellas y qué pueden hacer por la paz y el desarrollo.

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI

NOVIAZGO MORO EN MARRUECOS EN EL AÑO 1935

La madre musulmana (Tetuán, Tánger, Xexauen) comprende que su hijo se encuentra ya en edad de tomar estado, y sentada en la azotea de su casa, rodeada de esclavas que tejen o cantan "a lallá, ia lallá —a llalá, la llalá" medita en cuál de las muchachas de la vecindad puede ser convenientemente la esposa de su hijo—. Aixa, la hija del platero, es demasiado cara; seguramente sus padres pedirán la misma dote que si su hijo fuera un cadí; Menana es ligeramente bizca y los padres ocultan inútilmente un secreto que ha dejado de serlo, pues ya de terraza en terraza ha corrido la noticia; Rahma es aficionada a mirar a los cristianos y no será extraño que aquel que se case con ella tenga que hacerla encarcelar por adúltera; Zodia, aunque es bonita, tiene mal aliento, lo sabe por chismes de su esclava. Seguramente los padres pedirían cien duros por la muchacha; Axuxa aunque tiene los muslos bien torneados, ideal del marido musulmán, no vale más de ochenta duros; cierto es que cuando ella casó a su hija Festoma pidió por la muchacha cien duros... pero entre Festoma y Axuxa hay diferencias; además, aquellos eran otros tiempos. Y la mujer gira en torno de esa abstracción que se llama Axuxa hasta que se resuelve a visitar su casa para pedir la mano de la muchacha. Ni ella ha consultado al varón, ni la madre de Axuxa consultará a ésta. Aquí en Marruecos, en el año 1935, el matrimonio lo conciertan los padres.

La madre del galán desconocido visita a la madre de la virgen invisible. A la entrevista no asiste la interesada. Se ha refugiado en el cuarto de las mujeres, costumbre marroquí practicada al llegar visitas. Nadie debe ver el rostro de la niña casadera. Puede rumorearse desfavorablemente sobre sus encantos. Sin embargo, las dos familias va están enteradas por los chismes de sus respectivas servidumbres que han volado de azotea en azotea. Al encontrarse las madres, fingiendo ignorar de lo que van a tratar, se saludan así:

—La paz sobre ti.
—La paz.
—Ningún mal sobre ti.
—Ningún mal.
—¿Tu marido bien, tus hijos bien, tu madre bien, tus hermanos bien?
—Bien.
—Alabado sea Dios.
—La bendición de Sidi Mohamed sobre los creyentes.

Luego los circunloquios, los largos circunloquios árabes. Hace diez años (1925), aquí en Tetuán, en el mercado de los esclavos no se preguntaba cuánto costaba una esclava sino que el comprador, acercándose al hombre que la vendía levantaba los labios de la mujer para examinarle los dientes; luego, dirigiéndose al amo, le preguntaba señalando el jaique de la esclava:

—¿Cuánto vendes este jaique?

Y si comprador y vendedor se entendían el adquirente se lleva el jaique, naturalmente con la que lo tenía puesto.

Satisfecho el ritual de los circunloquios, las dos mujeres entran en materia. La visitante pregunta:

—¿Qué dote pides para casar a tu hija?

La discusión de la dote origina disputas agrias. Una muchacha musulmana de la pequeña burguesía cuesta doscientos pesos argentinos, es decir, de ochenta a ciento veinte duros. Si el matrimonio se concierta, cuatro días antes de la boda el novio, que no conoce a la que va a ser su esposa sino por referencias poéticas, envía a la casa de su prometida un par de babuchas para cada pariente de la que será su mujer. Los amigos ya han sido avisados y remiten obsequios a la casa de la novia. Dos días antes de la unión comienza el martirio de la virgen.

La visten con maravillosos pantalones de seda, le calzan los pies con babuchas de terciopelo recamadas de oro, le pintan el cabello, el rostro, las uñas, la adornan de ajorcas y diademas, y la cubren de un gran velo blanco. Luego la sientan en un cojín, ella cierra los ojos y comienzan a desfilar las visitas. Una multitud de mujeres invade la casa. Pero está escrito que ella no debe ver otro rostro que el del que será su esposo. Las visitas se aproximan al cojín y levantan el velo blanco y miran a la novia que inmóvil permanece allí sentada, con los ojos cerrados. Ella tampoco habla con nadie, porque está escrito que las primeras palabras que debe pronunciar sean dichas en presencia de su esposo. No habla ni mira. Muda y ciega, como lo requiere el rito musulmán en las relaciones con el esposo. Muda y ciega. Las visitas, las amigas, las parientas, las esclavas, levantan el velo sobre la jovencita diademada que con los párpados cerrados oye bullir la fiesta y los cánticos en torno de sí, y recitar

a la esclava negra la lista de regalos que ha recibido, pero ella no despega los labios ni abre los ojos hasta que se encuentra en presencia del que será su marido. Reconoce a las mujeres que se le acercan por el tono de la voz, pero sus párpados apretados no dejan entrar un solo hilo de luz, sus labios soldados no dejan escapar una sola sílaba. Ciega y muda, para ser conducida a la presencia del esposo desconocido.

Cae el día, la noche se avecina. Tinieblas. De pronto siente que la levantan en los aires, la introducen en una estrecha jaula de madera revestida de telas preciosas, la cargan sobre un asno, abre los ojos, obscuridad de cereza. La han colocado sobre el lomo del burro que la conduce a la mezquita.

Esto ocurre aquí... en las ciudades de África que están a la orilla del Mediterráneo, en el centro de poblaciones circundadas de barrios europeos, con hombres de chilaba que en sus ratos de ocio van al casino y al cine, y en el año 1935.

Tal es la vida de la mujer musulmana: la de una prisionera.

Hasta los nueve años de edad, aquí en Marruecos, la mujer musulmana disfruta de libertad infantil. Su vida se desarrolla como la de una criatura normal europea; le está permitido encontrarse o jugar con varones; algunas, muy pocas, concurren a la escuela árabefrancesa, pero al llegar a los diez años de edad las puertas de la calle se cierran para ella; ya no podrá salir más, ningún hombre debe verle el rostro, incluso se ocultan las criaturas a las mujeres que van de visita a la casa de los padres y hasta ocurre que en chismes de vecindad denigran la belleza de la futura mujer, dificultándole con ello la posibilidad de encontrar marido.

De allí que casi todas las mujeres que encontramos por la calle pertenezcan a la llamada clase baja de esta sociedad medieval. Sin medios económicos para rodearse de criadas, se ven obligadas a salir personalmente para hacer las compras.

Las otras, las hijas de la clase media y de la pequeña burguesía, permanecen rigurosamente enclaustradas hasta el día que se casan.

Para la musulmana matrimonio significa cambiar de prisión doméstica. Algunas sufren horriblemente ante la proximidad de su matrimonio con un desconocido. Una señora europea, que conversa algo en árabe, me contaba que aquí en Tánger vive la hija de un ex baiá (gobernador) de Fez, hace cinco años que se casó, su esposo la condujo en automóvil desde Fez a Tánger, llegaron de noche a esta ciudad y ella confiesa que no ha salido a la calle aún, y que por lo tanto ignora la estructura de la ciudad. He citado semejante caso, porque se trata de una dama de sociedad marroquí, y para que el lector comprenda que el encierro de

la mujer no es un privilegio retrógrado de las clases bajas, sino de las medias y aristocráticas.

Una acomodadora del mejor cine de Tánger, el Capitol, me cuenta que al salón concurre de tanto en tanto una sola señora musulmana, casada con un empleado europeizante del correo español. Es el único caso de mujer honesta que frecuenta el cine.

El encierro es rigurosísimo. Una ex vendedora de la casa de máquinas de coser Singer me contaba que en muchos casos se ven obligados a transportar las máquinas a la casa de las interesadas musulmanas, porque sus esposos no les permiten concurrir a la agencia. La empresa tiene profesoras de bordado que hablan correctamente el árabe y dan lecciones a domicilio. Muchas moras pudientes ¡es notable el caso! para distraerse se dedican a trabajos de costura y bordado, que intermediarias especiales colocan en los comercios al por menor.

En el hogar, marido y mujer viven separados, ellas con sus criadas, él con los suyos. La servidumbre se compone de esclavos, comprados muy pequeños en el mercado, de modo que su adhesión al amo es incondicional. Las criadas traen del mercado todos los cuentos que circulan por la ciudad: que Fulana concurrió a una fiesta de boda mal pintada, que ha visto a Mengano, de quien se dice que se casará con la hija de Perengano, etc. A veces suben a las terrazas, donde se comunican con sus vecinas, algunas saltan las balaustradas, y en estas alturas se han tramado amoríos complicados. Otras veces concurren a los baños, y si cuentan con años, buscan aventuras, pero esto es excepcional y además peligrosísimo. La esposa es casi siempre acompañada a la calle por su madre o la madre de su marido o una matrona anciana y respetable. No es muy fácil indagar su vida psíquica. La falta de cultura las priva de elementos de lenguaje para expresar los matices que diferencian los estados de espíritu. Casi todas ellas son analfabetas. Las europeas que las tratan (son frecuentes las amistades de musulmanas con cristianas, y a los marroquíes les enorgullece ver asistir a sus hogares a cristianos) tropiezan en sus preguntas no sólo con las dificultades del idioma, sino también con la pobreza de sintaxis de sus interlocutoras, pobreza propia de seres humanos casi primitivos, cuya conversación sólo se refiere al vestido o a la alimentación. Sería, haciendo una comparación ajustada, como tratar de planteos metafísicos con una vaca, dotada por un milagro del don de la palabra.

Sin embargo, son inteligentes, absorben rápidamente los elementos de cultura occidental; una europea un poco pudibunda me dice que "tienen una facilidad extraordinaria para asimilar los vicios europeos"; creo que

esta reflexión es ingenua; los vicios nacen en el harén o en la soledad de estos hogares de secuestradas.

Un comerciante, hace muchos años radicado en Tánger, me asegura que las musulmanas viven rabiosas de su estado, al cual no tienen miras de poner remedio en la actualidad. Ellas admiran vivísimamente a las europeas, cuya existencia libre se les antoja un prodigio cósmico, monstruoso, que las aterroriza y las sume en cavilaciones inexpresables.

ROBERTO ARLT

ENTREVISTA A FRANÇOISE PARTURIER

OBS.: Señora Parturier, ¿por qué es usted feminista?

FP.: Soy feminista porque me dijeron que era feminista, porque me parecía que era una palabra que no debía ya existir en 1971; sencillamente, yo era una moralista que observaba la discordancia entre las palabras de los hombres, sus ideas y sus acciones cuando se trataba de las mujeres. Dicen que somos todos iguales, que vivimos en una democracia, pero me di cuenta de que el hombre era, por naturaleza, dominador y colonialista, y que, luego de haber perdido Occidente todos sus imperios, mantuvo en la esclavitud a la mitad del país, es decir a las mujeres. Evidentemente, esta esclavitud no es oficial, es una esclavitud de hecho, no de derecho; para dorar la píldora se dice a las mujeres "su papel es el más importante, el más feliz; ustedes llevan la mejor parte, y son mucho más felices quedándose en su casa sin hacer nada", es decir, trabajando desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche, porque las mujeres no descansan nunca. La mayoría de las mujeres se han dado cuenta de que son explotadas, de que son sirvientas sin sueldo, de que son criadas; lo hacen por amor. lo hacen por necesidad a causa de los niños: la necesidad biológica las pone en una situación en la que se ven obligadas a aceptar condiciones que determinan su inferioridad. En la segunda parte de su vida, cuando los hijos ya han sido educados, se encuentran con esa segunda parte completamente desprovista: su marido, a quien ayudaron con su trabajo cuando ellas eran jóvenes, tiene una buena posición, y, generalmente, tiene ganas de tener una nueva mujer; entonces se divorcia o la engaña, y ella se queda sin una posición, sin un oficio, sin dinero, sin dependencia; y descubre que todo esto es un engaño. Entonces debe examinarse la conclusión en el terreno de los hechos; basta de palabras. Las mujeres tienen que poder elegir; la sociedad debe transformarse de modo que las mujeres puedan trabajar y educar a sus hijos: que no sean castigadas socialmente por tenerlos; de modo que, si por otra parte eligen quedarse en su casa, sus intereses materiales y morales sean salvaguardados, es decir, que las leyes protejan

a la mujer que se queda en su casa. Creo que éste es un nuevo feminismo; ya no se puede hablar más del feminismo de otras épocas. No es un feminismo agresivo en su espíritu; es un feminismo que se tornará combativo. Las mujeres, a fuerza de pedir, han descubierto que se les ha respondido con lindas palabras y no con hechos, y a fuerza de observar el mundo de los hombres, que es muy hábil, comprenderán que, si no defienden por sí mismas sus intereses, nunca obtendrán lo que quieren. En Occidente, la rebelión de las mujeres ya ha comenzado.

OBS.: Muy bien; estamos en pie de guerra. Las mujeres ¿están de acuerdo con usted?

FP.: No. La mayoría de las mujeres no está de acuerdo conmigo. Están condicionadas por esa psicología masculina que domina al mundo, porque los hombres hacen reinar una especie de terror psicológico al decir que si las mujeres se emancipan, si trabajan, ya no serán más amadas ni besadas. Pero las mujeres ya se están dando cuenta de que no les interesa ser amadas por mediocres, y que prefieren no ser amadas a serlo por unos pobres tipos, y que, por otra parte, a los verdaderos hombres siempre les gustarán las mujeres. No porque sean libres y sus derechos justos e iguales las mujeres serían menos lindas, menos bonitas o menos suaves en la cama. No será el Código Civil lo que cambie la suavidad de la piel de las mujeres.

OBS.: ¿Por qué, según usted, la mujer ha sido dejada de lado, durante mucho tiempo, en ciertas actividades?

FP.: Por buenas y por malas razones. Las buenas, porque el hombre tiene ganas de protegerla: siente su debilidad, su fragilidad, su belleza. Por otra parte, tiene ganas de convertir en sirvientas suyas a aquellas mujeres que no son para él débiles, ni suaves, ni tiernas, ni deseables: son sus sirvientas naturales.

OBS.: Con todo, es necesario una división del trabajo. ¿Cuáles son, según usted, las actividades que convienen a los hombres, y cuáles a las mujeres?

FP.: Creo que las actividades superiores y más agradables convienen a las mujeres, porque cuando en el mundo moderno se trate de apretar botones, tendrán la fuerza suficiente para hacerlo, mientras que no podrán hacer trabajos pesados, como la minería y la construcción, porque son demasiado débiles: la debilidad actual de la mujer se convertirá en su fuerza.

OBS.: Pasemos ahora a otro tema, que es también muy actual. ¿Cómo tuvo usted la idea de presentarse a la Academia Francesa?

FP.: Después de un viaje a los Estados Unidos. He observado la rebelión de las mujeres norteamericanas; mi libro *Carta abierta a los hombres* –que ha sido traducido al inglés en noviembre de 1968– me puso

en contacto con el Womens Liberation Movement; me reprocharon que fuera una mujer francesa, que tenía ideas pero que no actuaba. Me invitaron a una manifestación de protesta; después de verla tuve la impresión de que, dado nuestro temperamento latino, que es una especie de respeto por la femineidad, las manifestaciones muy violentas o escandalosas no eran posibles en Francia ni serían útiles a la causa femenina. Entonces tuve una idea casi maquiavélica: presentarme respetuosamente al más antiguo bastión del paternalismo y de los privilegios masculinos, la Academia Francesa. Lo hice porque nada en sus estatutos lo impedía, y, por otra parte, quería demostrar a las mujeres que bastaba atreverse, con tranquilidad, sin escándalo, para obtener muchas cosas, y obtuve muchas cosas. Evidentemente, no una voz, aunque fuese la primera voz que hubiera obtenido una mujer. Yo ya había prevenido que mi gesto era simbólico, pero lo que obtuve fue poder expresar ante el mundo entero, durante tres meses, las ideas de un nuevo feminismo tal como lo concebimos en Europa, y debo decir que tuve repercusión en todo el mundo, y sobre todo en Argentina. De Argentina llegaron muchos artículos y muchas cartas pidiéndome autógrafos y fotografías autografiadas, cartas no sólo de mujeres sino también de hombres.

OBS.: Muy bien. Para usted, la suerte de la mujer ¿es mejor o peor en Francia que en otros países? ¿Qué impresión tiene?

FP.: No puedo comparar con muchos países. Puedo hacerlo con Brasil y con los Estados Unidos, que conozco muy bien, y creo que la suerte de la mujer en Francia es mejor que en esos otros dos países. En Francia la mujer es mucho más independiente que en América latina, y, por otra parte, en relación a la población total, tiene puestos más importantes que en los Estados Unidos. Pienso que esto se debe a dos razones: Francia es a la vez conservadora por su origen aristocrático, que respetaba mucho a las mujeres, y más revolucionaria por sus movimientos de avanzada que ponen la liberación femenina en primer plano. Por ejemplo, el Partido Comunista francés tiene muy en cuenta a la mujer por su caudal electoral, y los otros también se ven obligados a tenerla en cuenta para no quedarse atrás: las tradiciones señoriales de los salones, la vida literaria en la que la mujer siempre tuvo un papel muy importante, y el espíritu revolucionario francés han de considerarse también. En cambio, en todos los países del mundo, las personas más misóginas son siempre los burgueses. Y los Estados Unidos, a pesar de lo que se cree, son el triunfo de la burguesía.

OBS.: ¿Usted cree que sería posible para una mujer, en Francia, ser Presidente de la República, o Primer Ministro, Ministro de la Cultura?

FP.: Por el momento creo que Ministro de la Cultura quizá sí. En cuanto a Primer Ministro o Presidente de la República, creo que ese

tipo de aventuras, por una extraña paradoja, es posible en aquellos países donde el grupo dirigente es una minoría; entonces ella tiene su oportunidad. En Francia, en cambio, hay una tal abundancia de hombres formados, formados para dirigir o para mandar, hay una tal abundancia de cuadros, que las mujeres tienen muchas menos oportunidades que en los países en vías de desarrollo.

OBS.: Muy interesante. Señora ¿qué es lo que admira en los hombres, y qué es lo que no le gusta en ellos?

FP.: Usted sabe que soy una gran admiradora del general De Gaulle. Admiro, entonces, en los hombres, una virilidad que se base en cualidades morales, en la vitalidad, la originalidad, el espíritu creador, el coraje, el espíritu de aventura.

OBS.: Ahora pasemos a las mujeres Pero, no me ha dicho qué es lo que critica en los hombres.

FP.: Critico en los hombres algo muy sencillo. Es un poco como el problema colonial. Un hombre como Liautey hizo cosas extraordinarias, pero después le sucedieron pequeños hombres blancos. Lo que no me gusta es ese pequeño hombre blanco racista que golpea la mesa y que dice que, porque es un hombre y lleva pantalones, se siente autorizado a mandar a las mujeres.

OBS.: Señora, ¿qué es lo que le gusta a usted en las mujeres y qué es lo que no le gusta?

FP.: Lo que me gusta en las mujeres es la lógica. Contrariamente a lo que se cree, cuando las mujeres están tranquilas, cuando no hay problemas de interés o cuando no se trata ya de deshonestidad, las mujeres hacen lo que dicen, y se sorprenden de esa especie de astucia masculina de hombres habituados a los negocios que dicen muchas veces lo contrario de lo que piensan o se reconcilian, si sus intereses están en juego, con su enemigo del día anterior. Cuando la mujer quiere, quiere de veras, y cuando no quiere también. Es más íntegra. Cuando presencia una injusticia se opone a ella, mientras que un hombre lo que quiere es no tener problemas. Creo que la mujer es mucho más honesta.

OBS.: Señora ¿usted cree en la debilidad de la mujer, en el sexo débil y en el sexo fuerte?

FP.: No. Hay diferencias fisiológicas y biológicas que son evidentes, pero el mundo ha cambiado de tal modo con la máquina que la debilidad de la mujer ya no tiene importancia, y como es la inteligencia la que está al servicio del mundo —la mano de obra ha sido reemplazada por el cerebro—, y como los científicos se han dado cuanta de que el cerebro de la mujer funciona exactamente igual que el cerebro del hombre, ya no hay razón, hoy en día, para hablar del sexo débil y del sexo fuerte. Es cierto que, aunque obtengan una igualdad que corresponda a lo que

promete nuestra civilización, la mayoría de las mujeres no se servirán de sus derechos; sólo lo hará una minoría, de la que el mundo necesitará porque todos los cerebros estarán movilizados. Finalmente, la evolución del mundo, que los hombres quieren retrasar porque sienten horror por el cambio; esa evolución es inevitable, y aunque las mujeres no obtengan por sí mismas ciertos derechos, habrá que concedérselos, habrá que concederles una verdadera participación en los diversos países porque hacerlo será una necesidad.

OBS.: Señora Françoise Parturier, le agradezco mucho este reportaje, y espero que algún día venga a Buenos Aires a hablar a las mujeres argentinas. Muchísimas gracias.

FP.: Gracias a usted.

ODILE BARON SUPERVIELLE

(Trad. de Pedro Albertelli)

Lo característico del gobierno de Bonaparte es un profundo desprecio por todas las riquezas intelectuales de la naturaleza humana... quisiera ver tan sólo en el hombre fuerza y astucia, y llamar a todo lo demás tontería o locura. Los ingleses lo irritan sobremanera, porque aciertan a conciliar el buen éxito con la honradez, cosa que Napoleón quisiera presentar como imposible.

...Pero Bonaparte no quiere reconciliarse con nadie sin exigirle una bajeza...

José Bonaparte, cuyo ingenio y conversación me agradaban, vino a verme y me dijo:

—Mi hermano está quejoso de vos. ¿Por qué —me preguntó ayer— por qué la señora de Staël no se adhiere a mi gobierno? ¿Qué es lo que quiere? ¿La devolución del depósito de su padre? Lo decretaré. ¿Residir en París? Se lo permitiré. En suma, ¿qué quiere?

—¡Dios mío! —repliqué yo—. No se trata de lo que quiero, sino de lo que pienso.

Mme. de Staël

"Siempre he pensado que la mayor felicidad era amar a una persona, ponerla sobre todas las cosas, verla a menudo y sentirse correspondida."

Sara Jennings, duquesa de Marlborough
1660-1744

Comentario de Edith Sitwell sobre la duquesa: "Su ternura iba acompañada de una violencia que la hacía lanzar llaves, guantes y cuanto tenía a mano a la cabeza de las personas que la ofendían... Durante toda su vida, aunque John Churchill [su marido] declaró que prefería emprender de nuevo todas sus campañas antes de intervenir en las pendencias de la duquesa, ésta fue, para él, *su alma querida* y en ese amor halló su mayor felicidad."

"Por qué ciertas personas están dotadas para las matemáticas es tan misterioso como la razón por la cual están dotadas para otras cosas o no lo están. Si se trata de algo genético, ¿por qué es que se dan tan pocas familias dotadas para las matemáticas? Y también, ¿por qué tan pocas mujeres lo están y por qué lo están menos que para otras ciencias exactas?

Parece existir una correlación, aunque algo débil, entre el interés por las matemáticas y el interés por la música. Y es cierto que a pesar de que las mujeres se han distinguido en todas las ramas de la literatura y en la interpretación de la música, no hay ni una mujer que se haya distinguido como compositora. ¿Esto podría ser la clave?"

The Mathematically Gifted
Prof. Joseph Gillis

"El número de mujeres que escriben ficción no es *négligeable*. La tradición de la hermana mayor de Tagore, Swarnakumari Devi, que fue la primera mujer que en ese género escribió novelas originales en la India moderna, ha sido mantenida por muchas distinguidas escritoras contemporáneas, entre las que se encuentran Ashapurna Devi y Protibha Bose, en Bengala; Basanta Kumari en Oriza; Ismet Chugtai y Qurratulain Hyder en urdu; Usaha Priyawvda en hindi; Malati Bedekar en maharathi; Amrita Pritam en punjabi y muchas otras. Afortunadamente, no hay prejuicios sociales contra las mujeres que adoptan una carrera literaria y no hay necesidad de que se disfracen como George Elliot y George Sand. Por otro lado, se ha dado el caso que uno de los principales poetas de Assam, el ya fallecido Dr. Birinchi Kumar Barna, publicó su famosa novela *Souji Pater Kahini*, que describe la vida de los obreros de una plantación de té, con el seudónimo femenino de Bina Barua."

Krishna Kripalani [1]
Modern Indian Literature, 1968
Bombay

Las mujeres se hallan obligadas a cierta actitud que les exigen los hombres, aún a sabiendas de la hipocresía que implica y con la cual ellos se deleitan como con un tímido homenaje a sus deseos. Pocas son las que rehusan esta servidumbre.

Rémy de Gourmont
(Citado por Alfonso Reyes)

Mi objeto es probar que la sujeción legal de la mujer al hombre está mal y debe ceder el paso a la perfecta igualdad.

Algunos pueden objetar que el gobierno en manos del sexo fuerte es natural; mientras que poseer esclavos, la monarquía absoluta y la ley del más fuerte son arbitrarias. Pero todas esas formas de tiranía

1 Krishna Kripalani, secretario de la Sahitya Akademi (Academia Nacional de Letras de la India, en Nueva Delhi) cuya *Biografía de Tagore* fue publicada por la Grove Press, Nueva York, y por la Oxford University Press, de Londres, es nieto político de Tagore.

han parecido naturales a los que las han sostenido y hasta a los que las han padecido. Cualquier cosa que esté dentro de las costumbres parece natural.

No probamos nada con decir que la naturaleza de los sexos adapta al hombre para mandar y a las mujeres para obedecer. No podemos saber nada de la naturaleza respectiva de los sexos porque no los hemos visto sino en su relación presente y artificial. Lo que se llama la naturaleza de la mujer es un resultado de fuertes represiones y estímulos no naturales.

Los hombres que temen suprimir impedimentos en el camino de la mujer parecen creer que si las mujeres son libres esquivarán la vocación de esposas y madres. Pero si esta vocación es natural en ellas y, sin embargo, quieren esquivarla, tiene que ser porque la vocación ha estado acompañada por descalificaciones que violaban otros lados de la naturaleza femenina...

Ver el futuro de la especie siempre ha sido el privilegio de la *élite* intelectual o de los que han aprendido algo de ella; tener el sentimiento de lo futuro ha sido la distinción, y generalmente el martirio, de una aún más rara *élite*.

Todas las mujeres han sido educadas desde su infancia en la creencia de que su ideal tiene que ser lo opuesto al del hombre; no voluntad propia y nada de gobierno propio, sino sumisión y ceder al poder de los demás. Toda la moral les dice que ése es el deber de las mujeres, y todas las sensiblerías corrientes les enseñan que su naturaleza consiste en vivir para los demás; en llegar a la negación completa y en no tener más vida que la de sus afectos, y por afectos se entiende solamente los que se les permite tener —aqullos que se refieren o están ligados a los hombres con los cuales están relacionadas— o los niños, que constituyen un lazo adicional y que no puede desatarse entre ellas y el hombre.

J. Stuart Mill
La sujeción de la mujer

ENCUESTA

"QUÉ PIENSA LA MUJER —DE QUINCE A TREINTA Y CINCO AÑOS— DE SU PAPEL EN EL MUNDO, DESTINO Y RESPONSABILIDAD"

1. ¿Dónde ha nacido?
2. ¿Dónde ha vivido la mayor parte de su vida?
3. ¿Vive con su familia? ¿En una pensión? ¿Sola?
4. Profesión de su padre.
5. Profesión de su madre.
6. ¿Qué estudios ha realizado?
7. ¿Tiene una profesión?
8. ¿Cuánto gana?
9. Cuando en su infancia preguntó sobre el origen de la vida, ¿qué le contestaron?
10. ¿Quién le informó sobre ese asunto?
11. ¿Cómo calificaría su ambiente familiar? ¿Anticuado? Abierto y tolerante? ¿Despreocupado? ¿Unido? ¿Desunido?
12. Si tiene una profesión, ¿continuará ejerciéndola después de casada?
13. ¿Es creyente?
14. ¿De qué religión?
15. ¿Cree que las exigencias religiosas y morales deben ser iguales para el hombre y la mujer?
16. Hay quien dice que los católicos franceses, ingleses. alemanes y norteamericano son mejores que los argentinos. ¿Está de acuerdo?
17. ¿Cree que se puede ser buen católico estando en desacuerdo con muchas posiciones de quienes representan a la Iglesia?
18. ¿Su trabajo le gusta?
19. ¿Qué es para usted el trabajo?
20. ¿Cree que le pagan en relación con lo que trabaja?
21. ¿Se casaría para dejar de trabajar?
22. ¿Se casaría por miedo a la soltería?
23. ¿Cree que es lícito evitar tener muchos hijos?
24. En caso de contestación afirmativa, ¿por cuáles razones?
25. ¿Cree que se debe permitir el divorcio?
26. ¿Sería fundamental para la felicidad de su matrimonio la mutua fidelidad conyugal?
27. ¿Cree que se puede tener una conducta recta sin practicar la religión?
28. ¿Cumple en general lo que promete, aún en cosas pequeñas?
29. ¿Hay algún libro en su casa? ¿Menos de diez? ¿Más?

30. ¿Qué libro le ha gustado más de los que ha leído?
31. ¿Cuáles son sus entretenimientos preferidos?
32. ¿Qué periódicos o revistas se leen en su casa?
33. ¿Conoce otro idioma?
34. ¿Qué le parece más importante para bien de la humanidad?
35. ¿Cree que la ciencia puede estar en desacuerdo con la religión?
36. ¿Le interesa la política?
36. ¿Cree que la mujer debe interesarse por la política o que es cosa de hombres?
38. ¿Cree que la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre?
39. ¿Estima que la mujer debe hacer un trabajo remunerado? ¿Para qué?
40. ¿Cree que la sociedad actual necesita una reforma?
41. ¿Considera necesaria la evolución de las costumbres para el bienestar de los pueblos?
42. ¿Piensa que es justa la actual división de la sociedad en clases?
43. ¿Le parece bien que la mujer casada trabaje fuera del hogar?
44. ¿Cree que el nivel cultural de la joven elevará el de la sociedad?
45. Por su propia experiencia, ¿cree posible la amistad entre chicos y chicas?
46. ¿Cree necesaria la educación sexual?
47. ¿Sale con muchachos de diferente clase social (raza, religión, fortuna, nacionalidad)?
48. ¿Considera fácil llegar al matrimonio sin experiencias sexuales?
49. Si la enamora un casado, ¿qué diría?
50. ¿Es el matrimonio la meta ideal de su vida?
51. En el caso de que una mujer soltera espere un hijo y no pueda casarse, ¿qué solución le parece mejor?
52. ¿Dónde cree que está el problema más urgente de la mujer?
53. ¿Cree que las leyes que rigen el control de la natalidad o el aborto deben estar en manos de la Iglesia o de los hombres que gobiernan, o bien de las mujeres —protagonistas de este problema— que sin embargo hasta ahora no tienen voz ni voto en algo que les concierne por encima de todo?

El cuestionario se responde por escrito, sin intervención de entrevistadoras, a fin de conservar el anonimato y lograr mayor sinceridad. (Método empleado por M. Campo Alange, Cif. *Qué piensa la mujer*, Madrid.)

COTEJO DE LAS RESPUESTAS

"Qué piensa la mujer —de quince a treinta y cinco años— de su papel en el mundo, destino y responsabilidad"

El presente trabajo es un sondeo de opinión; para su realización se entrevistaron a setenta y cuatro mujeres de la Capital, Gran Buenos Aires e interior, cuyas edades oscilan entre los quince y treinta y cinco años.

Todas se desempeñan en muy distintas actividades: las hay profesionales, antropólogas, abogadas, fonoaudiólogas, dietistas, trabajadoras públicas, maestras, profesoras, una periodista. asistentes sociales y numerosas estudiantes universitarias de varias disciplinas. También obreras, junto a un número importante de vendedoras y oficinistas, estudiantes secundarias, una modista, amas de casa y una cosmetóloga.

La gran mayoría es soltera; las casadas suman solamente catorce. La desproporción se origina en el hecho de que muchas madres de familia —a quienes entrevisté— alegaron no disponer del tiempo necesario para responder al cuestionario.

Las preguntas fueron respondidas por escrito, sin intervención de encuestadoras y en forma anónima.

Dada la extensión del cuestionario se han agrupado las respuestas que apuntan un objetivo común. Así las ocho primeras, más las numeradas 11, 13, 14, 29. 30. 31, 32, tienen una intención referencial, pues aluden a las características socio-culturales. económicas y religiosas del grupo estudiado. De dichas respuestas se desprenden varias conclusiones: un número importante pertenece a lo que habitualmente se define como clase media propiamente dicha y media baja.

Aunque dos encuestadas son extranjeras este factor no incide, pues la mayor parte de su vida ha transcurrido en nuestro país.

Las dos terceras partes nacieron y viven en la Capital Federal. El resto se reparte en las provincias y el Gran Buenos Aires. Dieciocho encuestadas pertenecen a la zona de La Plata-Ensenada-Berisso (colaboró en estas últimas Carlos Adam).

Se observa que un escaso porcentaje no reside *en familia* y lo hace sola. en pensión o con compañeras en una vivienda. Aunque los bajos salarios —a que más adelante hacemos referencia— puedan incidir en esta determinación, no es osado pensar en la perduración del viejo prejuicio acerca de la mujer que *vive sola.*

Entre las actividades paternas hay un predominio de comerciantes, empleados, profesionales y obreros. Las hijas con estudios universitarios o superiores son mucho más numerosas que los padres de nivel

cultural elevado; pero donde la desproporción se acentúa es en relación a las tareas maternas. Si comparamos las cifras, notamos frente a las cuarenta y cuatro madres amas de casa que sólo dos encuestadas lo son en forma exclusiva. El resto de las casadas, si bien con dificultades y limitaciones a menudo, comparte los quehaceres del hogar con actividades de otro orden.

Creemos importante aclarar que el criterio seguido con respecto a los estudios ha sido el de ciclo finalizado; por ello el elevado porcentaje de estudiantes universitarios o de cursos superiores se encuentra incluido dentro del segundo rubro (Estudios secundarios).

A pesar de que la mayoría posee una profesión, los sueldos son bajos. Llamativamente menores, todavía, en La Plata y su zona de influencia, donde no logran trepar más allá de los veinte mil (moneda nacional) mensuales. Muchas encuestadas que trabajan lo hacen *ad honorem*.

Una gran parte de los hogares de estas jóvenes —según la calificación de las interesadas— ofrecen características muy positivas: son unidos, abiertos, tolerantes. Claro está que hay que tener en cuenta la personal valoración de cada una. Pues, por ejemplo, para otras —pequeña proporción— se enlazan los conceptos de *anticuado* y *unido*, y así este último pasa a denotar una falta de determinación de los miembros del grupo familiar, demasiado supeditados a la fuerte autoridad paterna.

Con respecto a las creencias religiosas una tercera parte se reconoce atea. Las demás se distribuyen entre los diferentes credos: católicas —la mayor parte—, judías, ortodoxas y *cristianas* (como se auto-denominan unas pocas). En cuanto a las jóvenes hebreas se aprecia, curiosamente, que algunas de ellas —y a pesar de haber negado una creencia en Dios— se consideran pertenecientes a la religión judía. Aparentemente el concepto *religión* se evade de la simple adhesión a un dogma en particular para significar la inclusión dentro de un grupo racial, de una cultura y una forma de vida específicas.

Todas las encuestadas poseen más de diez libros, como mínimo, con la sola excepción de una joven obrera de Berisso; entre ellos el grupo mayoritario prefiere las obras de imaginación. De las respuestas se desprende que los autores de *best-sellers* de los últimos tiempos (H. Charière, Guy de Cars, A. Hailey) cuentan con el fervor de jóvenes empleadas y vendedoras; mientras la actual novela latinoamericana y argentina (Sábato, Vargas Llosa, García Márquez, Carpentier, Asturias) atrae a las de mayor nivel cultural. Muchas no señalan una obra en especial sino que generalizan por temas o géneros.

Se ha señalado repetidamente la creciente intelectualización de la mujer argentina. Los datos que siguen parecerían comprobarlo. Mientras los deportes tienen escasa importancia (sólo un diez por ciento los practica), numerosísimas entrevistadas declaran a la lectura como uno de sus pasatiempos favoritos. Escuchar *buena música* (mucho más que bailar) entusiasma a varias y el teatro, el cine y los espectáculos desplazan, en importancia, a las tradicionales labores femeninas.

Un hecho curioso: aunque se suele reconocer el tremendo auge de la televisión, una sola encuestada lo considera entretenimiento.

La siguiente pregunta, muy relacionada con la anterior, permite significativas apreciaciones. Unicamente seis mujeres no leen el diario.

El interés por las revistas informativas más o menos serias ha desplazado las otrora frecuentísimas revistas femeninas, compradas por un tercio de las lectoras. Sería interesante comprobar si el temor al ridículo no impidió al grupo ser sincero con respecto a las revistas de cine o televisión, que cuentan con dos únicas adeptas.

EL TRABAJO

(Se analizarán aquí las respuestas 18, 19, 20, 21, 39).

La opinión del conjunto es positiva en lo que se refiere al trabajo. Las contestaciones negativas provienen de un ama de casa y de algunas vendedoras.

En cambio varían las definiciones acerca de su significado. Se lo ve, predominantemente, como el medio adecuado para realzar las potencialidades espirituales y ver gratificada la obra en varios planos —incluído el económico—. Para las menos favorecidas social y económicamente constituye una necesidad; en tanto para algunas es un entretenimiento, para otras es el modo de lograr la independencia monetaria.

La mayoría de las que trabajan se estima mal remunerada. Los salarios percibidos conforman a muy pocas. Entre estas últimas —obviamente— se encuentran las beneficiarias de los sueldos mayores (una abogada que no contesta por Réditos, dos mujeres que perciben $ 80.000 y una joven que gana $ 130.000) pero también remuneraciones muy bajas donde no existe tal relación entre conformidad y suma importante.

Nadie se casaría por dejar de trabajar. Quizás una estudiante de veintidós años resuma el temor latente en todas: "Creo que tendría que trabajar más al casarme".

Por último, al grupo entrevistado no le cabe duda alguna de que el trabajo debe ser remunerado, por las razones que el lector hallará en el apéndice.

LA RELIGION

(Acá se estudian las respuestas números 15, 17, 23, 24, 25, 27, 35 y 53; tangencialmente, las números 13 y 14, ya vistas).

Una gran parte profesa las religiones tradicionales. Sin embargo, como veremos, el acatamiento a las directivas morales emanadas de aquéllas no es total).

La religión católica, practicada por un número mayoritario, se manifiesta claramente en problemas concretos y actuales tales como el control de la natalidad, el divorcio, acuerdo entre ciencia y dogma, aceptación de las posiciones sustentadas por quienes gobiernan la Iglesia, por ejemplo. Pero, en tanto cuarenta y dos encuestadas se autodefinen como católicas, solamente ocho son contrarias al divorcio; catorce no admiten la anticoncepción (para quienes la aprueban, las motivaciones son económicas, educativas, psicológicas, profesionales, según se aprecia en el apéndice); veinte suponen imposibles las divergencias entre ciencia y religión; y siete jóvenes no creen buen católico al que

manifieste desacuerdo con representantes de la Iglesia. No termina allí: dos opinan que no se puede tener una conducta recta sin practicar la religión y es igual el número de las que sostienen el derecho eclesiástico a legislar con respecto al planeamiento familiar.

Todos estos ejemplos nos muestran la notoria independencia de criterio que en estas cuestiones religiosas se siente capaz de asumir el grupo de encuestadas católicas.

LA POLITICA

(Se consideran las respuestas 16, 34, 36, 37, 40 y 42).

Mucho se ha hablado del complejo de inferioridad de los argentinos frente a hombres pertenecientes a países más desarrollados. Los resultados de la pregunta número 16 permiten apreciar que nuestras encuestadas no se ven influídas por este tipo de prejuicios. La mayoría estimó que diferencias de origen nacional no podían ocasionar diferencias de actitudes morales.

Tanto el grupo numeroso de muchachas que se interesa por la política como el más pequeño, al que le preocupa poco o nada, está de acuerdo en admitir que la mujer puede participar como el hombre en estas actividades si es que le agrada hacerlo. En suma, no ve en su sexo un obstáculo para el desarrollo de las inquietudes políticas.

El repertorio de propuestas para lograr el bien inmediato de la humanidad es crecido y en general abstracto; paz, unión y comprensión entre los hombres constituye la aspiración de una mitad; pequeños grupos de la otra mitad dan la primacía a la justicia social, al amor, al progreso, a valores morales... No se ofrecen medidas concretas sino que se expresan deseos teóricos generales, quizás algo convencionales.

La necesidad de una urgente reforma de la sociedad es señalada por una pequeña proporción. En cambio, la gran masa se limita a aceptar la idea del "cambio social". Una joven reclama la renovación total de todas las estructuras. Otra teme que se identifique el cambio con violencia gratuita —una profesora—, y reniega de esta última.

Las cifras demuestran que la mayoría de las encuestadas ve injusta la sociedad de clases. Quienes la admiten experimentan el prurito de justificar su actitud, y la fundamentan en opiniones basadas en la inevitabilidad de las clases sociales, en la existencia de diferencias intelectuales y emotivas entre los hombres, en la no-resolución de este problema en países socialistas, etc. (Cf. apéndice).

LOS PREJUICIOS

A través de este sondeo de opinión se han tratado de medir prejuicios de índole diversa. Las preguntas 9, 10, 46, 49 y 51 se referirán, fundadamentalmente, a los temores y ansiedades que suscita la cuestión sexual en el grupo estudiado.

Los preconceptos acerca de la educación en la mujer y su papel en la sociedad se analizan a través de las respuestas 41 y 44.

El deseo de saber si la "soltería" asusta realmente a la mujer actual, y qué expectativas deposita en el matrimonio, inspira las preguntas 22, 45 y 12 en el primer caso, y las 12, 43 y 50 en el segundo.

¿Tienen todavía prejuicios basados en situación social y económica religión o raza las jóvenes de hoy? Responde a esta cuestión la pregunta 47.

La búsqueda de la igualdad con el hombre y la consolidación de la propia imagen, por último, se explicitan bajo los números 15, 26, 38 y 52.

LOS PRECONCEPTOS SEXUALES

Durante siglos se han ocultado persistentemente a la mujer las cuestiones relativas al sexo. Las consecuencias de esta actitud, que todas conocemos de manera directa, se aprecian en las respuestas ofrecidas por las encuestadas.

El número de las que no preguntaron acerca del origen de la vida (las condiciones no lo permitirían), y de las que recibieron evasivas, fábulas o fórmulas incompletas, es elevadísimo. Apenas un treinta por ciento, entre quienes se hallan las más jóvenes, tuvo información adecuada de personas responsables y capacitadas.

Amigas o compañeras, situadas en la misma ignorancia sexual, proporcionaron furtivos y culposos datos de esta importantísima cuestión a una proporción muy significativa de entrevistadas. Incluso comparando las respuestas (¿cuántas recibieron la verdad? ¿cuántas fueron informadas por sus madres o miembros de la familia?). Resulta que en el mismo hogar se ocultaron o distorsionaron los hechos reales. Libros, maestras, circunstancias, o nadie en particular, fueron los encargados de impartir esta enseñanza a algunas pocas mujeres.

Por estas razones muy posiblemente sean tan unánimes las respuestas(hay una sola negativa) acerca de la necesidad de la educación sexual. No es aventurado entonces formular la hipótesis, a la vez una expresión de deseo, de que las hijas de las encuestadas, correctamente guiadas e informadas, tal vez logren vivir y asumir de un modo más adulto y libre de tensiones su sexualidad.

Frente a la posibilidad de relaciones prematrimoniales se despiertan resistencias importantes; por ello un grupo considerable, las más temerosas, se niega a responder. La mitad de las consultadas insiste en las dificultades que implica la conservación de la virginidad, en tanto las más religiosas aseguran que ello se consigue fácilmente.

Con respecto a la situación planteada por el casado seductor, poco más del diez por ciento se atrevería a aceptarla sin aparentes dificultades; la mitad —otra vez coincide con el grupo más religioso— lo despacharía sin más trámite; y una cantidad de jóvenes considera el problema desde diversos ángulos (por ejemplo: un separado no provoca rechazos; un padre de familia, sí). Varias, refugiadas en lo hipotético de la situación, no responden.

Ante la madre soltera, la mayoría considera que debe tener su hijo, criarlo y reemplazar al padre ausente. Algunas se inclinan por el aborto y otras tantas no contestan. Sin profundizar demasiado, llama la atención el hecho de que en la realidad ocurra precisamente lo contrario.

Las estadísticas disponibles acerca del aborto clandestino, con sus cifras abultadísimas, corroboran nuestras palabras.

LA EDUCACIÓN

El viejo prejuicio que le impidió a la mujer el acceso a la cultura ha perdido entre estas jóvenes toda vigencia. La inmensa mayoría aparece lúcidamente conciente de su función dentro de la sociedad (y no sólo como esposa o madre). Sus actividades o estudios, enunciados al comienzo de este trabajo, constituyen un buen índice.

En cuanto a la evolución de las costumbres, es bien vista por la gran masa. Asombra la púdica opinión de una devota estudiante de arquitectura, quien teme que aquéllas se conviertan en malas costumbres.

SOLTERÍA Y MATRIMONIO

Una abrumadora proporción dice que no se casaría por temor a la soltería. Recordemos, sin embargo, que el 20 % de las encuestadas ya está casada y que, entre las solteras, hay muchachas muy jóvenes, que no saben cómo actuarían con más edad.

Con respecto a la amistad entre chicas y muchachos, ésta es aceptada en general. Algunas encuestadas no la creen posible dadas las actuales condiciones, o restringen las posibilidades para el desarrollo de una amistad de esta naturaleza.

En lo que concierne al matrimonio, si bien las que tienen una profesión, mayoritariamente, aceptan seguir trabajando una vez casadas, no se ignoran los inevitables conflictos derivados de la antinomia trabajo-hogar. Muchas traducen estos sentimientos señalando obstáculos para el ejercicio de dicha profesión (los más frecuentes: la correcta atención de los hijos, la opinión del marido, la no-necesidad económica). Idénticas objeciones provoca, en una parte del grupo, la pregunta acerca del trabajo de la mujer casada fuera de su hogar; el resto de las opiniones lo admite sin inconvenientes.

El matrimonio, como meta, seduce a muchas (empleadas y vendedoras, en su mayoría); otra cantidad opta por considerarlo uno de los objetivos, tan importantes como el estudio o el trabajo, por ejemplo.

IGUALDAD CON EL HOMBRE

Este anhelo brota de respuestas en las que se aspira a la reciprocidad en el trato. La fidelidad conyugal debe ser mutua (queda abolido, internamente, el código-especial-para-hombres), o las exigencias religiosas y morales semejantes para ambos sexos. Las muy escasas discrepancias provienen de jóvenes de hogares muy religiosos, de diferentes credos.

PREJUICIOS SOCIALES

¿Tiene la joven prejuicios sociales basados en el dinero, la raza, la religión o la nacionalidad? Predominan las opiniones negativas; el veinte por ciento prejuiciado se encuentra motivado principalmente por razones de raza o credo.

IMAGEN FEMENINA DE SÍ MISMA

Por último se quiso apreciar la auto-valoración que la mujer hace de sí misma, su noción del contexto y de los problemas con que choca a diario.

Un escaso número no cree en la existencia de problemas exclusivos de su sexo y otro grupo reducido, opinando a través de viejos prejuicios, teme que la igualdad de derechos conduzca a la pérdida de la esencia femenina, como si ésta consistiera en ocupar un lugar subalterno.

La mayoría desea desenvolverse en un medio más respetuoso de las posibilidades y derechos femeninos. Una parte reclama mayor educación. Una pequeña cantidad cree que la sociedad aceptará a la mujer si ésta posee la fuerza interior que viene de su propia conciencia esclarecida.

A MANERA DE CONCLUSIÓN:

Nuestro grupo de entrevistadas se nos aparece viviendo una difícil transición. Distanciada del estereotipo hogareño —un ser disminuído, subordinado e incondicional—, no distingue, sin embargo, claramente sus crecientes posibilidades. Está a medio camino. Pero logra atisbar a la Nueva Mujer: más adulta, más libre, dueña de un ideal propio y específico de desarrollo humano. Como bellamente ha dicho sor Valentine Buisseret: "El gran defecto de muchos movimientos femeninos es el de concebir a la mujer según el modelo del hombre, y dar razón, de esta manera, a los que ven en el hombre el único modelo de la humanidad".

RESULTADOS DE LA ENCUESTA A SETENTA Y CUATRO MUJERES DE ARGENTINA

1) ¿Dónde ha nacido?

Capital Federal	46
Gran Buenos Aires	2
Provincias	24
Otro país	2

2) ¿Dónde ha vivido la mayor parte de su vida?

Capital Federal	44
Gran Buenos Aires	6
Provincias	24

3) ¿Vive con su familia? ¿En una pensión? ¿Sola?

Con su familia	67
En pensión	2
Sola	3
Otra posibilidad	2

(En una vivienda con otras jóvenes)

4) Profesión de su padre.

Docentes	2
Profesionales	13
Empleados	15
Comerciantes	18
Obreros	10
Hacendados	3
Martilleros	2
Ejecutivos	2
Otras	3
Jubilados	4
Ninguna	1
Fallecido	1

5) Profesión de su madre.

Amas de casa	44
Empleadas	2
Comerciantes	3
Docentes	10
Profesionales	2
Obreras	2
Martillera	1

Modista	1
Hacendada	1
Empresaria	1
Ninguna	5
Fallecidas	2

6) ¿Qué estudios ha realizado?

Primarios (Ciclo completo)	14
Secundarios (Ciclo completo)	41
Superiores (Ciclo completo)	19

7) ¿Tiene una profesión?

Sí	47
No	27

8) ¿Cuánto gana?

Nada	24
Menos de 25.000	15
Menos de 50.000	26
Menos de 100.000	6
Cifras mayores	1
No contesta	2

"No contesto por Réditos" (D. abogada, casada, 35 años).

9) Cuando en su infancia preguntó sobre el origen de la vida, ¿qué le contestaron?

La verdad	19
Fábulas y/o evasivas	24
Fórmulas intermedias	3 (Sin alusión al acto sexual)
No preguntaron	18
No recuerdan	9
Nada	1

"Que la cigüeña era un correo". (Periodista, 18 años.)
"Que había nacido de un repollo". (Vendedora, 26 años.)
"Que no hiciera esas preguntas". (Ama de casa, 29 años.)
"Me relataron la gestación pero eliminando toda participación de los órganos sexuales en la concepción y parte. El nacimiento se producía a través del ombligo". (Antropóloga, 28 años.)

10) ¿Quién le informó sobre este asunto?

Amigas, compañeras, vecinas	29
Miembros de la familia:	
Madre	24
Padres	6
Otros	3
Libros, profesores	4
Nadie	4
No contesta	4

"Las circunstancias y la gente que me rodeaba se encargaron de educarme al respecto, aunque no de la mejor manera". (Estudiante de psicología, 19 años.)
"Mi hermana, un año y medio mayor que yo". (Estudiante secundaria, 17 años.)
"Lo leí en algún sitio". (Maestra, 31 años.)

11) ¿Cómo calificaría su ambiente familiar? ¿Anticuado? ¿Abierto y tolerante? ¿Despreocupado? ¿Unido? ¿Desunido?

Anticuado 3 y unido 9	12
Abierto y tolerante	27
Despreocupado	2
Unido	25
Desunido y anticuado	3
Desunido y tolerante	2
Desunido	2
No contesta	1

12) Si tiene una profesión, ¿continuará ejerciéndola después de casada?

Sí	48
Sí, con objeciones	12
No sabe	6
No tiene profesión	7

"Consultaría con el que fuera mi esposo". (Empleada bonaerense.)
"Considero que la mujer puede retornar a su profesión cuando los hijos posean cierta edad en que puedan prescindir de la madre por unas horas". (Vendedora, 26 años.)
"Dejé mi ocupación al tener mi primer bebé". (Estudiante de sociología, 25 años.)

13) ¿Es creyente?

Sí	55
No	15
No sabe	4

"No en Dios, sí en el factor suerte". (Maestra de idiomas, 26 años.)
"Aún no he podido contestarme yo misma esa pregunta". (Fonoaudióloga, 21 años.)
"Sí, no podría vivir sin fe". (Vendedora, 26 años.)

14) ¿De qué religión?

Católica	42
Hebrea	7
Ortodoxa	1
Cristiana (sic)	3
Otras	4
Ninguna	17

"De la mía. (Maestra, 31 años.)
"Ninguna en especial, sólo creo en Dios". (Estudiante universitaria, 21 años.)

15) ¿Cree que las exigencias religiosas y morales deben ser iguales para el hombre y la mujer?

Sí	64
No	4
No contesta	5
No cree en exigencias de este tipo	1

"No, porque en ciertos aspectos la mujer y el hombre desarrollan distintos papeles y tienen distintas obligaciones y responsabilidades". (Secretaria, 19 años.)
"En la vida de relación no son iguales". (Estudiante de abogacía bonaerense.)

16) Hay quien dice que los católicos franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos son mejores que los argentinos. ¿Está de acuerdo?

Sí	4
No	50
No los conoce	10
No sabe	7
No contesta	3

"Los argentinos son mejores". (Estudiante de arquitectura, 20 años.)
"¿Cuándo se es buen católico?" (Maestra, 31 años.)
"No, nuestros católicos verdaderos son excelentes". (Profesora de historia, 31 años.)

17) ¿Cree que se puede ser buen católico estando en desacuerdo con muchas posiciones de quienes representan a la Iglesia?

Sí	66
No	7
No sabe	1

18) ¿Su trabajo le gusta?

Sí	53
No	8
No trabaja	13

"...los quehaceres domésticos realmente no me gustan". (Ama de casa, 29 años.)

19) ¿Qué es para usted el trabajo?

Libertad económica	6	
Simple necesidad	23	
Realización personal	35	(Que no excluye ganancia de dinero)
Entretenimiento	4	
No trabaja	1	
No contesta	1	
Otras definiciones	4	

"Un medio impuesto por la sociedad para sobrevivir". (Estudiante de filosofía, 21 años.)
"Un canje, cierta labor por x cantidad de dinero". (Estudiante de filosofía, 19 años.)

20) ¿Cree que le pagan en relación con lo que trabaja?

Sí	18
No	39
No trabaja	17

"No, de ningún modo. Muy poco... ¡es más! ¡Miserable sueldo! (Empleada, 28 años, m$n. 40.000 mensuales.)
"En general los sueldos son muy bajos en relación al costo de la vida". (Vendedora, 26 años, m$n. 40.000 mensuales.)

21) ¿Se casaría por dejar de trabajar?

Sí	—
No	71
No contesta	3

"No, el matrimonio es algo muy importante para tomarlo como una

forma de evasión de problemas..." (Estudiante de arquitectura, 20 años.)
"*No, creo tener que trabajar más al casarme*". (Estudiante de psicología, 22 años.)

22) ¿Se casaría por miedo a la soltería?

Sí	5
No	64
No sabe	3
No contesta	2

"*Tal vez después de los cuarenta y cinco años*". (Vendedora, 26 años.)
"*Soy casada, pero tal vez me casé por eso*". (Traductora, 25 años.)
"*Hasta los treinta años esperaré el amor y luego me casaré si siento por lo menos ternura y respeto por el futuro cónyuge*". (Maestra de idiomas, 26 años.)

23) ¿Cree que es lícito evitar tener muchos hijos?

Sí	55
No	14
No sabe	5

"*El tener hijos es una bendición de Dios y por ningún motivo, que no sea enfermedad o peligro de muerte, admito medios para evitar la llegada de un nuevo ser*". (Estudiante de arquitectura, 20 años, *soltera.*)
"*No es lícito, pero comprensible*". (Estudiante de cinematografía, 19 años.)
"*Si estoy en buena posición, no*". (Obrera bonaerense.)

24) En caso de contestación afirmativa, ¿por cuáles razones?

Económicas	27	
Mayor libertad	3	
Morales y psicológicas	5	
Mejor educación	3	
Varias razones	10	(Engloba a las anteriores)
Por enfermedad	1	
No contestan	25	

"*Porque a veces es más ilícito hacerlos vivir*". (Maestra, 31 años.)
"*Porque es lícito hacer uso de la libertad*". (Estudiante de filosofía, 21 años.)
"*El problema económico lleva a la planificación familiar*". (Dietista, 28 años.)

25) ¿Cree que se debe permitir el divorcio?

Sí	64
No	8
No sabe	2

"*¿Quién va a permitir el divorcio? Si es el Estado, lo que haría sería legalizar el concubinato*". (Estudiante de psicología, 19 años.)
"*Sí. El hecho de que yo crea en la indisolubilidad del matrimonio, no implica que otros piensen igual*". (Estudiante de ingreso a la Facultad, 18 años.)

26) ¿Sería fundamental para la felicidad de su matrimonio la mutua fidelidad conyugal?

Sí	69
No	5

"No, si fuera impuesta desde afuera". (Estudiante de filosofía, 21 años.)

"Sí, a veces". (Profesora universitaria en filosofía.)

27) ¿Cree que se puede tener una conducta recta sin practicar la religión?

Sí	72
No	2

"Creo que las personas que no practican una religión sólo rinden cuentas ante su propia conciencia y ésta es más difícil de engañar que la religión". (Estudiante de ciencias económicas, 21 años.)

"Sí, pues hay muchos hombres que por alguna eventualidad no han tenido la dicha de conocer a un ser superior, pero por ello no dejan de tener una vida recta". (Estudiante de arquitectura, 20 años.)

28) ¿Cumple en general lo que promete, aún en cosas pequeñas?

Sí	60
No	4
A veces	9
No sabe	1

"Sí, siento gran necesidad de cumplir con mis promesas". (Vendedora, 25 años.)

29) ¿Hay algún libro en su casa? ¿Menos de diez? ¿Más?

Más de diez libros	73
Menos de diez libros	1

30) ¿Qué libro le ha gustado más de los que ha leído?

Religión	1
Psicología	7
Sociología	1
Filosofía	1
Imaginación	52
No sabe	7
No contesta	5

"No puedo nombrar a uno. He leído muchos que me han impactado, otros que me han gustado, enseñado, entretenido. Lo que ayer me gustó, tal vez no me guste hoy... Es una cuestión de estado de ánimo... Los contemporáneos me ayudan a ubicarme en el mundo (Maestra de idiomas, 26 años.)

"No tengo un libro en particular, las preferencias van por temas: psicología, sociología". (Estudiante de sociología, 25 años.)

31) ¿Cuáles son sus entretenimientos favoritos?

Cine, teatro, espectáculos	22
Labores	14
Lectura	49
Música y/o baile	30
Salir con amigos	6
Dibujar y pintar	4

Deportes	9
Conversar	3
Caminar	5
Otros (filatelia, ajedrez etc.)	12
No especifica	1
No tiene entretenimientos	1

"Leer, conversar con alguien que valga la pena". (Estudiante de bachillerato, 17 años.)
"Escuchar música, leer, tejer, divagar". (Maestra, 32 años.)

32) ¿Qué periódicos o revistas se leen en su casa?

Diarios tradicionales	68
Revistas informativas	49
Revistas femeninas	25
Revistas científicas	6
Revistas literarias	1
Revistas cómicas	1
Revistas de T.V., cine, espectáculos	2
Revistas deportivas	4
Otras	2

"Cualquier periódico y cualquier revista". (Obrera de Berisso.)

33) ¿Conoce otro idioma?

Sí	61
No	13

34) ¿Qué le parece más importante para bien de la humanidad?

Paz	20
Justicia social e igualdad de oportunidades	11
Amor	7
Unión y comprensión	19
Otros valores morales	5
Solución de enfermedades y del hambre	3
Progreso	1
Educación	1
Otras soluciones	4
No sabe	1
No contesta	3

"La emancipación de las presiones externas, colonialismo, vasallaje, injusticia, junto a la liberación de las internas, miedo, represión, angustia, etc." (Profesora de literatura, 30 años.)
"La justicia, el aumento de los sueldos". (Traductora, 28 años.)
"Que el hombre deje de lado su egoísmo es fundamental". (Empleada de comercio, 26 años.)

35) ¿Cree que la ciencia puede estar en desacuerdo con la religión?

Sí	53
No	20
No contesta	1

"Sí, con la religión como dogma, no con la idea de Dios". (Dietista, 28 años.)

"Sí, de hecho. En el Renacimiento se dio. El caso de Galileo". (Profesora de filosofía, 27 años.)
"Creo que a la ciencia no le importa estar o no de acuerdo con la religión. Sigue adelante aunque no esté de acuerdo con ella". (Estudiante de ingreso, 18 años.)

36) ¿Le interesa la política?

Sí	46
No	20
No se definen	8

"La política, sí. La politiquería, no". (Traductora, 28 años.)

37) ¿Cree que la mujer puede interesarse por la política o que es cosa de hombres?

Puede	72
No	2

"Pienso que todos deben interesarse por la política ya que, de un modo u otro, hasta cuando se pretende ser apolítico, todos hacemos una política determinada". (Estudiante de ciencias exactas, 21 años.)
"Sí, pero no fanatizar ni analizar". (Estudiante de abogacía bonaerenso.)
"Debe interesarse, pero el hombre ocupa siempre el primer lugar". (Estudiante secundaria, 18 años.)

38) ¿Cree que la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre?

Sí	70
No	4

"Debe tenerlos, pero hay algunos vedados". (Empleada de La Plata.)
"Depende de qué derechos". (Traductora, 28 años.)
"Algunos sí, pero no todos". (Estudiante de arquitectura, 20 años.)

39) ¿Estima que la mujer debe hacer un trabajo remunerado? ¿Para qué?

Sí	72
No	2
Para afianzar su independencia económica	31
Para vivir con mayor bienestar	9
Para ayudar a su cónyuge o familia	10
Para distintas finalidades	15
No da razones	9

"Si lo necesita para el mantenimiento del hogar, sí". (Asistente dental, 26 años.)
"Porque es seguro que si trabaja necesita del dinero". (Estudiante secundaria, 17 años.)
"Sí, para tener independencia económica y mental". (Profesora de literatura, 30 años.)

40) ¿Cree que la sociedad actual necesita una reforma?

Sí	66
No	4
Otra solución	2 (1) (2)
No contesta	2

(1) *"No, poner en práctica la Encíclica Rerum Novarum"*. (Traductora, 28 años, católica.)
(2) *"No creo que las estructuras sociales necesiten cambiar. En realidad el cambio debe producirse en la mente humana a fin de conseguir la felicidad dentro de las mismas estructuras existentes"*. (Estudiante de ciencias económicas, 21 años.)
"Sí, pero estoy en contra de una violencia gratuita". (Profesora de inglés, 35 años.)

41) ¿Considera necesaria la evaluación de las costumbres para el bienestar de los pueblos?

Sí	64
No	4
Otras respuestas	5
No contesta	1

"Depende, soy antrolóloga". (Antropóloga, 28 años.)
"Es una pregunta muy difusa". (Estudiante de sociología, 25 años.)
"No es cuestión de evolución sino de cambio". (Estudiante de psicología, 19 años.)
"Sí, deben evolucionar pero no por eso convertirse en malas costumbres". (Estudiante de arquitectura, 22 años.)

42) ¿Piensa que es justa la actual división de la sociedad en clases?

Sí	7
No	61
No sabe	4
No contesta	2

"Justa no, pero necesaria". (Vendedora de una perfumería, 26 años.)
"No, pero siempre la sociedad de clases va a existir". (Estudiante de filosofía, 19 años.)
"¿Qué división? No creo en ellas". (Estudiante de traductorado, 19 años.)
"No si se divide en base a poder adquisitivo o cuna. Si es por valores humanos, intelectuales, etc., sí". (Estudiante de Relaciones Públicas y periodista.)

43) ¿Le parece bien que la mujer casada trabaje fuera de su hogar?

Sí	49
Sí, con objeciones	21
No	4

"Sí, en la primera etapa, mientras no tengan hijos". (Secretaria, 19 años.)
"Sí, siempre que la mujer sea una esposa que trabaja y no una trabajadora que tiene hogar". (Estudiante de ciencias químicas, 21 años.)
"Mientras no se desatienda a los hijos". (Estudiante de arquitectura, 20 años.)

44) ¿Cree que el nivel cultural de la joven elevará el de la sociedad?

Sí	70
No	3
No contesta	1

"Lo que la elevará es su capacidad de amor y sacrificio". (Estudiante de psicología, 19 años.)

"La relación es a la inversa". (Estudiante de sociología, 24 años.)

45) Por su propia experiencia, ¿cree posible la amistad entre chicos y chicas?

Sí	56
No	13
Otras opiniones	5

"Sería posible si se nos educara dentro de una tónica de espontaneidad y naturalidad". (Estudiante de letras, 22 años.)
"Hasta cierto punto". (Traductora, 25 años.)
"Sí, es posible dadas determinadas circunstancias, como, por ejemplo, que soy amiga del esposo de mi mejor amiga que es, a su vez, el mejor amigo de mi esposo. ¿Es difícil, no?" (Fonoaudióloga, 22 años.)

46) ¿Cree necesaria la educación sexual?

Sí	73
No	1

"En este momento no sólo es necesaria sino obligatoria". (Cosmetóloga, 24 años.)
"Sí, ya que contribuirá a tornar todo lo concerniente a la sexualidad en algo no tan misterioso y a darle el valor e importancia que merece". (Estudiante de bibliotecología, 23 años.)
"Actualmente en que todo lo relacionan con el sexo, sí". (Empleada, 32 años.)

47) ¿Sale con muchachos de diferente clase social (raza, religión, fortuna, nacionalidad?

Sí	56
No	15
No contesta	3

"Depende de las personas, no de las condiciones enumeradas". (Estudiante de traductorado, 19 años.)
"Salgo con muchachos de los que a veces no sé siquiera a qué clase social, raza o nacionalidad pertenecen, porque no me interesa". (Estudiante de psicología, 19 años.)

48) ¿Considera fácil llegar al matrimonio sin experiencias sexuales?

Sí	28
No	35
No quiere opinar	11

"Considero que esta pregunta debe ser contestada por aquella persona que esté casada". (Secretaria, 19 años.)
"No llegar con experiencias sexuales lo considero irresponsable y obsoleto". (Antropóloga, 28 años.)
"Sí: creo que para la mujer una experiencia sexual no agrega nada al matrimonio, incluso puede hasta ser un problema en su relación de pareja, en nuestra sociedad". (Profesora de historia, 31 años.)

49) ¿Si la enamora un casado, qué haría?

Lo aceptaría	8
Lo rechazaría	34
No se define	23 (Depende de la situación concreta)

No contesta 9

"A esta altura de mi vida lo rechazaría, siendo mayor no sé". (Estudiante secundaria, 17 años.)

"Trataría de arreglar las cosas sin lastimar a nadie". (Empleada 26 años.)

"No lo miro más, porque me demostraría lo poco que vale como persona". (Estudiante de psicología, 19 años.)

50) ¿Es el matrimonio la meta ideal de su vida?

Sí	32
Sí, pero no la única	21
No	19
No contesta	2

"El ideal de la mujer, desde niña es (tener) quince años y el matrimonio". (Empleada de Berisso.)

"No. Está entre varias cosas que deseo, pero no es el único fin de mi vida". (Estudiante de ciencias químicas, 21 años.)

"Una podría ser, pero no la única ni la última". (Estudiante de psicología, 20 años.)

51) En el caso de que una mujer soltera espere un hijo y no pueda casarse, ¿qué solución le parece mejor?

Tenerlo	49
Abortarlo	12
Otra solución	3
No contesta	10

"Tenerlo, si lo puede mantener; de lo contrario, abortarlo". (Asistente social, 30 años.)

"Pienso que el criterio estaría ligado al estudio del caso en particular y a la situación-problema en forma específica". (Asistente social, 29 años.)

"Que lo tenga y luche por él. De todos modos la educación sexual adecuada puede ayudar a que esta situación no se presente". (Profesora de inglés, 35 años.)

52) ¿Dónde cree que está el problema más urgente de la mujer?

Igualdad de derechos y posibilidades	19
Mayor educación e información	9
Adaptación al medio	6
Su auto-aceptación	6
Conciliar el papel de madre y miembro de la sociedad	4
Opiniones prejuiciadas	9
Otras opiniones	2
No contesta	11
No cree en la existencia de problemas exclusivos de la mujer	8

"Que sepan diferenciar libertad de libertinaje". (Vendedora, 26 años.)

"En que está perdiendo feminidad". (Estudiante de arquitectura, 21, años.)

"Olvidarse de que es mujer y cuál es su lugar". (Estudiante de psicología, 19 años.)

53) ¿Cree que las leyes que rigen el control de la natalidad o el aborto deben estar en manos de la Iglesia o de los hombres que gobiernan, o bien de las mujeres —protagonistas del problema— que, sin embargo, hasta ahora no tienen voz ni voto?

Gobierno	3	
Iglesia	2	
Mujeres	39	
Pareja	14	
Otra solución	7	(Organización integrada por la Iglesia, el Gobierno y las mujeres)
No contesta	9	

"Pienso que son las mujeres las que deben decidir en forma personal lo que prefieren; lo opuesto es ignorar lo que de todas maneras se da". (Fonoaudióloga, 21 años.)

"En las manos de las mujeres, pero que sean conscientes de lo que hacen". (Empleada de comercio, 25 años.)

"En un organismo en que estén representados los tres sectores". (Estudiante de historia, 23 años.)

8 PREGUNTAS A ESCRITORAS, ACTRICES, MUJERES DE CIENCIA, DE LAS ARTES, DEL TRABAJO SOCIAL Y DEL PERIODISMO.

1. ¿Cree que la mujer, en todos los planos, ha de tener los mismos derechos que el varón?
2. ¿Cree que la sociedad actual necesita una reforma y que redundará en beneficio de la mujer?
3. ¿Cree necesaria la educación sexual?
4. Por el hecho de ser mujer, ¿ha encontrado impedimentos en su carrera? ¿Ha tenido que luchar? ¿Contra qué y contra quién?
5. ¿Cree que las leyes que rigen el control de la natalidad y el aborto deben estar en manos de la Iglesia y de los hombres que gobiernan o bien en las de las mujeres que, a pesar de ser las protagonistas del problema, no han tenido ni voz ni voto en algo que les concierne vitalmente?
6. ¿Es partidaria del divorcio?
7. ¿Dónde cree que está el problema más urgente de la mujer?
8. ¿Está usted enterada de la lucha de la mujer por sus derechos en los siglos XIX y XX? ¿Sabe cuáles fueron los primeros países en reconocerlos y hasta qué limites?

RESPUESTAS

1. Me gusta la palabra "plano", tan imprevistamente colocada en esta primera pregunta. Dice la Real Academia de este adjetivo: "llano, liso, sin estorbos ni tropiezos". Bueno, pues así creo que deben ser los derechos tanto del hombre como de la mujer, en todo orden de cosas.
2. Creo que la sociedad actual necesita una reforma total, no sólo en beneficio de la mujer, sino, fundamentalmente, de ella misma.
3. Por supuesto. Y creo que ya existe. A mi hija le dan estos conocimientos en la escuela y yo he contribuido para que su educación sea total.
4. Nunca he encontrado impedimentos en mi carrera por el hecho de ser mujer. Sólo he debido luchar, como luchan hombres y mujeres, por superarme a mí misma.
5. Si las mujeres no han tenido ni voz ni voto —como se afirma— es por culpa nuestra. O tal vez —acaso— porque, una vez más, esta-

mos librando esas batallas desde la profundidad que dan las sombras.

6. Sí, después de que se hayan agotado las posibilidades de arreglo en la pareja. Es decir, cuando se recurre a él como algo inevitable y necesario.
7. En atreverse a ser mujer, realmente, con todo lo que la naturaleza le ha asignado para tales fines. Aclaro: estar unida en pareja, tener hijos, educar, dar lo mejor de sí a la sociedad.
8. No estoy enterada en profundidad, pero sé que debo a grandes mujeres de otros siglos y de éste el pensar y actuar como lo hago; sin sentir más diferencia de sexo que —lamento repetir— aquella que la naturaleza me asigna.

Quiero aprovechar esta encuenta de SUR para agradecer a estas feministas, incluidas las sufragistas de quienes con inconciencia me reía en mi juventud, todo lo que ellas hicieron para que yo hoy pueda sentirme orgullosa de ser mujer y confesar que por ese mero hecho no he tenido problemas en la sociedad moderna que me toca vivir y que ellas contribuyeron a formar.

MARGARITA AGUIRRE
(escritora)

Viernes 12 de marzo

Estimada Victoria Ocampo:

Mi respuesta a su amable carta se ha retrasado demasiado por dos motivos: primero que aunque está fechada el 4, llegó a mi poder el 8, y segundo por una mala jugada de los papeles, que suelen hacérmela con bastante frecuencia; yo leí su carta y la dejé sobre una mesa donde está el teléfono, una lámpara, el reloj, los libros que estamos leyendo y los papeles que rodean siempre a los teléfonos con anotaciones, dibujos, etc...

Su carta quedó en buena compañía hasta el día siguiente, pensando que a la tarde, que es la hora más tranquila, la contestaría. Me senté, ubiqué el papel de escribir, pedí prestada una lapicera de las que escriben, cosa que no pasa con las más, y me senté inspiradísima para contestarle a su carta, que realmente tanto me había gustado recibir; la tomé nuevamente para releerla, lo hice y busqué en el sobre el papel con las preguntas de la encuesta; no estaba y me extrañó porque estaba (digo estaba, porque ya no lo estoy) segura de haberlo puesto allí, pero sin desanimarme todavía lo busqué entre los papeles y libros de la mesa con la misma suerte. Entonces comencé la búsqueda con interrogatorios, tan común en mi casa como la pérdida de objetos, pero tan estéril como de costumbre, y tan contradictoria como todas las pesquisas. Todos vieron el sobre y nadie lo tocó, pero la hoja no ha aparecido y hoy me decido a escribirle, ya sin ninguna esperanza de encontrarla hasta dentro de tres o cuatro días que aparecerá cerca del teléfono; sé que toda esta explicación no sirve de nada, pero a lo mejor a usted le sirve para comprender que no ha sido mala mi voluntad, sino que he sido víctima de la magia de los espíritus burlones.

Igual haré lo posible por reconstruir algunas de las preguntas y contestarlas.

Una era si los hombres y las mujeres debían tener los mismos derechos (creo), la otra si la sociedad debía sufrir algunas mejoras o transformaciones, que beneficiarían a la mujer; otra pregunta si yo había tenido en mi vida de trabajo problemas por ser mujer, otra preguntaba algo que no sé y es ¿en qué país se lograron las primeras conquistas en beneficio de la mujer? Y creo que también preguntaban ¿cuáles fueron? Esto no lo sé. Diría por tirarme un lance que en los países nórdicos y en Inglaterra, porque allí fue más fuerte la lucha feminista, como lo es ahora en Norteamérica, pero realmente no lo sé y menos todavía cuáles fueron esas conquistas. Y con esto me doy cuenta que me ha costado mucho luchar por una igualdad con los hombres, y qué poco me hubiera costado informarme y cómo casi nunca hago las dos cosas al mismo tiempo.

Voy a ordenarme y tratar de contestar con más claridad(por lo menos de orden). La pregunta de ¿en qué país se lograron las primeras conquistas en beneficio.. ? creo que ya le contesté. Ahora voy a contestar a las otras: la primera era si creía que debía existir una igualdad de derechos para el hombre y la mujer: contesto, sí. La sociedad necesita un cambio o transformación que beneficiaría a la mujer: con esto sí. Un cambio radical político-económico y social que pusiera en vigencia la tan manoseada igualdad de derechos que recibiera el que trabaja los beneficios en proporción del producto de su trabajo. Pienso que esto nos beneficiaría a todos y ayudaría quizás a que se extinguiera la mentalidad de esta moral victoriana que con tanto éxito se ha sentado en nuestras cabezas. Con esto las mujeres ya tendríamos un beneficio y con el cambio de estructuras socio-políticas también, porque la igualdad de derechos nos beneficiaría a nosotras, que somos el proletariado en la historia del hombre.

La pregunta si en mi trabajo he tenido dificultades por mi condición de mujer: sí; no más ni menos que cualquier mujer que pretende expresarse sin presiones, tutelas o paternalismos masculinos. Algunas veces ser mujer me ha proporcionado la posibilidad de comprobar que no sólo los hombres están en una actitud reticente con respecto a una mujer que se maneja independiente con respecto a su economía y sus relaciones, y sobre todo en su trabajo, sino que muchas mujeres son las primeras en traicionar sus propios intereses.

Me he referido indiscriminadamente hasta ahora al nombrar a los hombres, porque creo que es innecesario que aclare que existen excepciones que no hacen más que confirmar lo triste de la regla.

En este momento recuerdo que también había una pregunta muy interesante, con respecto al uso de anticonceptivos. En este caso creo que únicamente la mujer es la que debe decidir tomarlos o no y que no es el Estado o la Iglesia la que debe tomarse esa libertad o, mejor dicho, hacer abuso de poder, directa o indirectamente prohibiendo en el caso del Estado, o censurando en nombre de Dios, en el caso de la Iglesia. Lo que sí creo es que la sociedad debería estar preparada para saber utilizar los adelantos de la ciencia. No me extraña que en nuestro país haya mujeres que no sepan que existen los anticonceptivos, porque hay mucha gente que no sabe leer o que no sabe que existe la vacuna Sabin; y aquí no se puede culpar al pueblo sino al sistema que en nada beneficia a la vida de la gente y menos de la clase baja u obre-

ra. Ahora sí que ya no recuerdo si había alguna otra pregunta o si las que yo recuerdo son exactamente como usted las había redactado. Espero que sí, o que por lo menos se parezcan bastante. No le pido que me mande otro formulario porque pienso que todo se ha retrasado bastante. Si usted lo cree así, puede enviármelo y con gusto trataré de atarlo a la mesa inmediatamente y lo contestaré sin permitir que se me escape de las manos...

NORMA ALEANDRO
(actriz)

1. ¿Alguien lo duda? La igualdad de derechos significa la supervivencia del más apto. ¿O no se trata de eso?
2. Pienso que la sociedad requiere una reforma en beneficio de si misma, y que todo lo que redunde en beneficio de la sociedad redunda en beneficio de las almas que la habitan. (Es claro que Otto Weininger demostró que la mujer no tiene alma. Y si Otto Weininger está sentado-a-la-diestra queda invalidado mi razonamiento... ¿qué se va a hacer?).
3. Sí; sobre todo porque la relación hombre-mujer estuvo tradicionalmente regida por una sobrevaloración del pubis. Entrar en otro tipo de equilibrio en las relaciones humanas significa una difícil labor educativa. Aunque también a golpes se hace al hombre, y la mujer... caramba, caramba (como diría Borges).
4. He encontrado impedimentos y he tenido que luchar, efectivamente, ¿Contra qué, contra quién? Contra mí misma, contra la gravitación de las costumbres, contra los despropósitos jurídicos a favor y en contra de la mujer, contra los representantes de los valores establecidos (a quienes no siempre he podido responder con el portazo y la mala palabra). No se puede saber bien contra qué he luchado porque de pronto, en un simple ademán, está implícita la lucha contra el código civil y la constitución. En este campo todo está muy imbricado.
5. Creo que las leyes que rigen el control de la natalidad deben estar simplemente en manos de quienes manifiestan probada capacidad para no considerar a la mujer como la incubadora primera y más funcional de la humanidad.
6. ¿Y quién es partidario del divorcio, con lo fatigante y triste que resulta la destrucción de lo que uno mismo ha construído? No se trata de ser partidario, se trata de legalizarlo sin ser partidario, porque es una necesidad y punto.
7. Creo que hoy dos urgencias simultáneas: la reforma de las leyes civiles y religiosas y la toma de conciencia. ¿De qué? De que la tontería es el único pecado hereditario que se castiga como si fuera voluntario y se transmite hasta sabe Dios qué generación. ¡Ah! y demora la reforma de las leyes civiles y religiosas. O sea que si bien se debe empezar por lo tangible, sospecho que el grito sagrado depende de lo segundo.
8. Y sí, algo, pero no me haga hablar de Emmeline Pankhurst y de las leyes australianas. Yo les estoy agradecida, y hasta creo que la estatua en honor de Emmeline a orillas del Támesis es re-

compensa magrísima para sus agallas. Lo cierto es que los límites actuales de los derechos femeninos en distintas partes de la tierra no condicionan mi juicio. Tan importante es poder ser presidente de la república como realizar actos jurídicos sin la autorización del marido (autorización unilateral), o hacerme socia del Jockey. Porque aunque uno pensara que hay que abominar del Jockey, lo que importa en ese caso es el principio de discriminación. Además la lucha está planteada en términos de totalidad y no de cuota de contención de la ira. El proceso histórico ha ido regulando límites y ya estamos dando el salto. Si el hombre cree que por haber posibilitado el suicidio en la luna tiene supremacía sobre la especie, cuando advierta todos los síntomas de inteligencia que dejó sin utilizar se habrá dado cuenta de cómo fue engendrando la destrucción de su propio poderío. Cómo su inteligencia ha sido una partícula de la inteligencia que podría haber tenido si hubiera sido realmente inteligente.

MIRTA ARLT
(escritora)

1. Sí, creo que la mujer debe tener los mismos derechos que el varón, en todos los planos, y las mismas responsabilidades.
2. Sí; creo que en la sociedad actual se está realizando mundialmente una reforma; cuando la posteridad la estudie con la perspectiva del tiempo, uno de los rasgos que han de destacarse será la irrupción de la mujer en todas las áreas de la vida social.
3. Sí, creo necesaria la educación sexual, realizada con inteligencia y delicadeza.
4. No. Sin duda se debe a que mi carrera la he realizado en el campo educativo, donde hay muchas más mujeres que varones, lamentablemente, en mi opinión. (Para mí el ideal sería 50 % de educadores mujeres, 50 % de educadores varones en todos los niveles de la enseñanza).
5. Creo que las mujeres deben tener voz y voto en cuanto a las leyes que rigen el control de la natalidad, puesto que les concierne vitalmente en primer lugar.
6. Soy partidaria de una ley de divorcio muy severa, que ofrezca a la pareja la oportunidad de reflexionar largamente y con ecuanimidad sobre las consecuencias de su actitud, antes de decidir la separación.
7. Para mí el problema más urgente de la mujer consiste en cumplir bien el papel que quiera desempeñar en la vida social, política, económica, educativa, cultural de su comunidad, sin perder la dirección, compartida o no, de su unidad familiar.
8. Me avergüenza un poco declarar que estoy superficialmente informada de la lucha valiente de las mujeres por sus derechos los dos últimos siglos. Conozco algo de los movimientos feministas de Gran Bretaña, Dinamarca y los Estados Unidos.

AIDA A. BARBAGELATA
(profesora)

1. Pienso que sí.
2. Sí, necesita una reforma. Pero para que redunde en beneficio de la mujer tendríamos que saber de qué reforma se trata. Porque aún si fuese una reforma de las infraestructuras económicas de tipo socialista podría no beneficiar a la mujer.
3. Sí, por supuesto, pero habría que definir bien como tendría que ser esa educación sexual, porque el tipo de educación sexual que nosotros conocemos, sobre todo a través de sus versiones anglosajonas, escandinavas, etc., basadas en motivos higiénicos, es como dice el sociólogo alemán Weber un resabio de la ética puritana. Es decir, no creo que sea pertinente ninguna educación sexual que implícitamente reduzca el sexo a información anatómica y a un mero repertorio de técnicas, sino que debería ser algo más profundo en que el sexo esté más ligado a los valores personales.
4. Ninguno.
5. Sí, en manos de las mujeres cuando se trata de leyes, aunque considero que podrían colaborar los hombres. En cuanto a la Iglesia, siendo un poder espiritual y además no legislativo, reconozco su autoridad porque existe la posibilidad para cada uno de aceptar o rechazar libremente su doctrina.
6. Sí.
7. ¡Hay tantos!
8. Confieso estar poco enterada. Creo que fueron primero Inglaterra, Francia y Estados Unidos; espero saberlo al leer el número de SUR dedicado a la mujer.

ODILE BARON SUPERVIELLE
(periodista)

1. Que tenga los mismos derechos que el varón, siempre que asuma la responsabilidad que esos derechos implican. La mujer tiene que dejar de sentirse una "menor de edad que pasa de la tutela paterna a la tutela marital".
2. La sociedad actual necesita una reforma, pero sólo beneficiará a la mujer en la medida en que ella participe de esa reforma. Lamentablemente: "Les femmes n'ont gagné que ce que les hommes ont bien voulu leur concéder; elles n'ont rien pris, elles ont reçu" ("Le Deuxième Sexe".)
3. Indispensable para de-mistificar la tan mentada virginidad por un lado y prevenir también sobre las posibilidades de lastimarse que puede ocasionar el "practicar" antes de tener la madurez necesaria.
4. Sí. Fui educada para ser exclusivamente esposa y madre. Cuando realicé con la experiencia que "procrear no es crear", me sentí muy frustrada por mi falta de preparación profesional, por el clima castrante de la familia y por mi propia inseguridad. Además, pienso que el peor enemigo de la mujer está en ella misma, eterna víctima de la naturaleza que la tiraniza. No hay que negar sus ovarios, pero sí aprender a controlarlos.
5. "No tiene voz ni voto en algo que la concierne vitalmente" por su propia culpa, por su milenaria mansedumbre y pasividad. La mujer

se siente inferior al hombre y prefiere que sea él quien mande en su casa y en el mundo.

6. Mientras el matrimonio siga siendo la mejor "carrera' para una mujer, la mejor solución a sus problemas afectivos y económicos, mientras se sienta insegura, indefensa, dependiente de su marido, viviendo por procuración, pienso que el divorcio le sería perjudicial. Primero que sea autónoma, vertical. Recién entonces el divorcio —debidamente legislado— hará de ella, si lo desea, una mujer libre y no una víctima.
7. La mujer debe tomar conciencia de la "condición femenina", o sea del estado de dependencia política, social y económica en que se encuentra. El primer paso para lograr un cambio es desear ese cambio.
8. Sé muy poco. Únicamente aquello que se encuentra en las revistas editadas generalmente por hombres.

MARIA LUISA BEMBERG

1. Sí. Y me remito a la pregunta segunda para avalar mis razones.
2. La mujer llegará a ocupar en la sociedad actual el lugar que pueda corresponderle por inteligencia y educación sólo si una reforma social le da el apoyo necesario que hasta ahora le fue reservado al hombre. De esta manera germinará en ella, naturalmente, un brote que, aunque esporádico, dio luminarias ejemplares como Mme. Curie, Indira Gandhi, Golda y otras.
3. Sí, indispensable. A pesar de que hoy en día la joven descubre el sexo a edad bastante temprana, no por ello se debe pensar que está al tanto de todos los conocimientos que sólo una educación sexual adecuada puede procurar, evitando así desviaciones y anormalidades.
4. El ser actriz es un trabajo que por suerte tiene antecedentes gloriosos en la rama femenina: las más grandes divas del pasado han atraído multitudes. Eleonora Duse y Sarah Bernhardt fueron claros exponentes de libertad de acción en una época en que una mujer sola de cierta clase social no salía a la calle sin compañía. Yo fui actriz desde pequeña y, a pesar de haber tenido una cierta resistencia familiar, mi terquedad y tenacidad limaron con el tiempo esas asperezas. En cambio en el ambiente artístico fui aceptada con toda naturalidad y simpatía.
5. Nadie mejor que la mujer para saber lo que pasa en el alma de otra mujer. Una comisión integrada por mujeres, inclusive, pienso, de distintos nivel y educación, desde una ama de casa a una médica, es para mí la única solución de un candente problema en el que la Iglesia y la política tienen una ingerencia que no les corresponde.
6. Desde ya si el amor desaparece, si desaparece el respeto, si desaparece el diálogo y todo lo que forma la pareja, ¿por qué no intentar reconstruir legalmente con otra persona lo que se ha perdido?
7. En comprender que el arma de seducción y conquista va más allá de las pestañas postizas.
8. No estoy enterada de la lucha de la mujer a través de los siglos;

tengo una vaga idea de los movimientos feministas a fines del siglo XIX y principios de éste. Lo único que sé es que la lucha continúa, que hemos ganado algunos derechos y nos costará mucho trabajo obtener otros.
El hombre está demasiado acostumbrado a observarnos con una óptica particular, pero podremos con el tiempo cambiarle el color del cristal con que nos mira.

AMELIA BENCE
(actriz)

Querida Victoria:
Yo no sé escribir. Si prefiere le mando la reproducción de un cuadro mío que me expresará mejor. Por si acaso eso no le gusta le mando lo que yo pienso sobre esos temas.

1. El único derecho que prefiero es el de arreglar la casa.
2 y 3. Creo que todos los niños necesitan un hogar feliz, con el buen ejemplo de sus padres unidos entre si, donde les lean cuentos de hadas y unas historias maravillosas que se llamaban "Genoveva de Brabante" y "Rosa de Tanemburgo".
5. Nunca he luchado —pintar para mí ha sido una gran felicidad, siempre.
7. No. Porque el casamiento es un Sacramento, y es para mejorarnos los unos a los otros.
8 y 9. Me parece que no hay problemas. Lo más importante es alegrar el hogar y dar alegría a todos los que nos rodean.

Reciba un abrazo cariñoso de

NORAH BORGES
(pintora)

1. Creo que se necesita una adecuada legislación para proteger a la mujer de todo concepto de inferioridad e ir creando en la gente la noción de igualdad social. Eso sí, debe tenerse en cuenta que en lo que a legislación del trabajo se requiere —ya existen— leyes diferentes que contemplan los problemas específicos de la mujer (maternidad, debilidad física para algunos trabajos, etc.) Por eso no es igual el problema de los derechos, ya que no es totalmente igual el problema de los deberes.
2. Sí, la dinámica del progreso social exige que accedan al bienestar material y espiritual los minorizados por abuso de poder. Y en muchas organizaciones sociales la mujer ha sido colocada en situación de dependencia como menor de edad.
3. Es como preguntar si creo necesaria la educación. Por el importante papel que juega el sexo en la vida es necesario ayudar a hombres y mujeres a emplear acertadamente esa fuerza vital. Lo difícil es hacerlo con acierto, porque en la educación sexual como en cualquier tipo de educación suele andarse a los tumbos.
4. No creo que los impedimentos encontrados se deban a mi condición de mujer (a la que quiero porque me ha deparado muchas ale-

grías) sino a ciertas bellezas de la condición humana. A veces ser mujer me ha ayudado. He tenido que hacer valer mis derechos, eso sí... ¿contra qué o contra quién? Contra todo y todos los que pretendían someterme (siempre que he sido consciente de esa mala costumbre del otro).

5. Por supuesto que deben tener voz y voto. Con respecto al aborto quiero decir que acertadamente lo consideran un crimen la Iglesia y la legislación civil. Sería necesario modificar la estructura mental y moral de la sociedad de modo que ninguna mujer —soltera, divorciada o viuda— se vea compelida a desembarazarse de un hijo por vergüenza o miedo a su infelicidad o a la infelicidad de su hijo en ciernes. En los otros casos, cuando la mujer está casada, el control de la natalidad debe ser suficiente para regular el número de hijos en cada matrimonio y el aborto sobra.
6. El divorcio es una frustración. Me molesta que se le agite como receta de felicidad. Si la pareja no se integra primero es necesario corregir las fallas que se oponen a la integración (porque esas fallas pueden estorbar lo mismo en un primer matrimonio que en un segundo, tercero, cuarto, etc.) Si a pesar de esto no es posible la convivencia, sólo queda como razonable camino el divorcio.
7. En nuestro país tener la patria potestad de los hijos en caso de divorcio.
8. Sí, no sé si suficientemente porque me interesa más lo que hay que hacer que lo que ya se hizo.

MARIA ANGELICA BOSCO
(escritora)

1. Siempre que existan las mismas responsabilidades, la mujer ha de tener, en todos los planos, los mismos derechos que el varón.
2. La sociedad actual necesita reformarse constantemente, adaptándose a las condiciones de la existencia moderna; una mayor racionalización y organización del quehacer diario, sobre todo al nivel hogareño, traerá evidentemente aparejado un gran beneficio para la mujer, que necesita verse liberada de la rutina para poder desarrollar su propia personalidad y tener tiempo libre para actuar en otros quehaceres y aun mismo dentro del hogar poder dedicarse a los suyos y convivir con ellos y aún colaborar en sus ocupaciones.
3. Sí, es fundamental una educación sexual apropiada.
4. No, no he encontrado mayores impedimentos en mi carrera. He tenido que luchar, pero creo que ello ha estado dentro del margen de lo esperado.
5. Las leyes que rigen el control de la natalidad y el aborto deben estar en manos de la Iglesia y de los "hombres" que gobiernan, pero al decir "hombres" incluyo el término genérico; podrían ser también "hombres y mujeres" que gobiernan, en el sentido de idoneidad en dictar esas leyes, guiados por la ley de Dios. Creo que en esta materia tan delicada no puede existir intereses particulares, a nivel del momento; debe de existir un principio superior que guíe a esos "hombres".
6. No en principio; porque, asumida una responsabilidad, deben hacerse

todos los esfuerzos por convivir en matrimonio; sobre todo cuando están los hijos de por medio no puedo justificar fácilmente que se deshaga un hogar; pero reconozco que hay casos en que está justificado el divorcio, solamente para no agravar errores.

7. El problema más urgente de la mujer a mi entender es el de que se le brinde la oportunidad de prepararse integralmente para poder actuar en la vida y en segundo lugar que se la deje actuar; no debe existir la mujer desvalida dependiente de su familia, ya sean padres, esposo o hijos; esto sin desmedro que ante todo debe de ser ella el centro del hogar y mujer ante todo, es decir: ternura y comprensión. Si se da el caso que no trabaje fuera de su hogar, entonces es urgente que esté de algún modo prevista su protección cuando se encuentre sola, ante sus únicos recursos.
8. No he leído mayormente sobre el tema. Creo que Inglaterra y Suecia.

SONIA BRIEUX DE SALEM
(científica)

Considero que en todos los países del mundo la mujer tiene menos derechos y más deberes que el hombre; esto se acentúa en los países latinos y llega a cobrar matices dramáticos en Latinoamérica. La mujer, como el obrero, como el negro, adelanta un paso y retrocede dos. En Estados Unidos, los negros tienen teóricamente los mismos derechos que los blancos, pero en la práctica están marcadamente restringidos.

Comparo a la mujer con el negro porque sufrimos como ellos no sólo la injusticia social sino a menudo el menosprecio. La burla, el ataque mezquino y vil desfiguran nuestra imagen, la deterioran con reportajes cortados, mutilados, encuadrados por comentarios llenos de sorna. A igualdad de valores, cuando se trata de un premio lo gana un hombre, con valores muy superiores si se trata de un cargo público lo pierde también la mujer. Cada año nombran con mucha publicidad, bombos y platillos, a una mujer en un cargo importante o a dos o a tres, mientras centenares de hombres ocupan los mismos puestos sin que nadie se sorprenda. Esas mujeres que, tarde en la vida, logran lo que merecían hace muchos años, son excepciones que pueden demostrar al fin sus valores, aunque difícilmente olvidarán como fue de dura la lucha para ellas, a menudo en el mismo seno de la familia, en la Facultad y sobre todo al lanzarse al mundo, cuyas leyes están hechas a conveniencia de los hombres.

Hasta hace pocos meses se obligaba en la Argentina a la mujer casada y divorciada a llevar el apellido aborrecido de un hombre que la había hecho desdichada. En Francia, la mujer pierde por completo su apellido al casarse; algo semejante ocurre en España e Italia aunque con menos rigor en los círculos que frecuenta; en la Argentina afortunadamente se conserva siempre, salvo ese "de" que parece implicar posesión pero al menos no despoja del nombre natal.

Las revistas sensacionalistas dejan pasar opiniones, incidentes públicos, cartas abiertas de escritores, pero se ensañan con cuanto ha hecho o dicho una mujer escritora en terrenos que no las atañen en nada. Las mujeres escritoras llevamos en la boca el gusto amargo que da ver

deformadas todas nuestras palabras y terminamos por callar, conscientes de que nos están azuzando para obtener las respuestas que vuelvan a poner nuestra cabeza en la picota y les llenará gratis alguna página de la revista.

En el terreno público y político no hay aún ningún país del mundo en que pueda compararse el número de mujeres que han obtenido cargos de importancia comparado con el de los hombres. Israel y la India lucen una Primer Ministro, una ministro de Relaciones Exteriores, pero ningún país de Occidente puede jactarse de lo mismo. No hay presidentas de la república mujeres. La Argentina no tiene a ningún ministro femenino, una sola embajadora ante las Naciones Unidas de Ginebra; esto es un país donde los hombres vienen dando un espectáculo deplorable de incapacidad, inestabilidad, ineficiencia desde hace decenas de años.

Una mucama gana menos que un mucamo, una cocinera menos que un cocinero; de arriba a abajo de la escala social pasando por las fábricas y las tiendas la mujer sufre una postergación. Inglaterra, uno de los pocos países donde la mujer puede reinar lo hace sólo si no tiene hermanos varones aunque estos sean menores; es decir, el mayorazgo es masculino.

A los factores acotados entre los cuales el más importante es la tendencia del hombre a postergar a la mujer debemos agregar los que provienen de las mismas mujeres; 1º) la mujer suele temerle a otra rival de su sexo; habituada al halago masculino se acostumbra desde chica a ser una excepción y le sorprende que intenten superarla sin advertir que las generaciones venideras logran estos derechos gracias al esfuerzo hecho por sus mayores y a las injusticias sufridas por las que empezaron años atrás; 2º) una inmensa mayoría de mujeres prefiere ser mantenida legal o ilegalmente antes que trabajar. En verdad, como lo he dicho antes, el esfuerzo es tan arduo, los escollos tan escarpados, las burlas masculinas tan ácidas, las ganancias tan insignificantes que muchas se cansan antes de graduarse en una carrera y se casan con un compañero de estudios que las mantendrá con más lujo y comodidades. El tercer punto abarca a los dos anteriores: la mujer sabe que se triunfa antes y mejor apoyada por un hombre que sola. Nunca Elizabeth Taylor ocuparía el lugar que ocupa en la cinematografía ni gozaría de la opulencia que la rodea sin Richard Burton. Lo mismo podríamos decir de Sofía Loren, de las que fueron mujeres de Vadim, para dar algunos ejemplos cinematográficos. La lucha fue mucho más difícil y requirió más dotes en una Marlene Dietrich o en una Gina Lollobrigida.

Después de la muerte la injusticia continúa. Los hombres no olvidan reunirse y formar comisiones para recordar a sus compañeros desaparecidos. Los homenajes póstumos a mujeres admirables y destacadas muertas cuentan con menos público, se detienen al año o a los dos años de su muerte o terminan por convertirse en actos escolares.

La mujer en resumen está casi tan postergada hoy como hace veinte años. No digo hace cien ni cincuenta. Pero avanzó mucho después de la guerra y la detuvieron antes de que ganara más terreno. Por supuesto, sus deberes cívicos son semejantes a los de los hombres. Su aporte tributario, las multas, no reconocen sexos. Sólo las canonjías siguen

siendo exclusivamente masculinas. Podríamos decir sin exagerar que hemos ganado mucho pero hemos perdido paz y sosiego. Nos exigen, aún sabiendo que trabajamos duramente, que estemos vestidas a la moda, bien peinadas, que no engordemos, que nos privemos de los pocos placeres que permite la madurez, como la comida; el hombre puede engordar sin que nadie se escandalice. Sabiendo que la pubertad, las maternidades, las menstruaciones y la menopausia han exigido de nuestra voluntad un esfuerzo mayor, nos dan sólo dos años de handicap a favor respecto a las jubilaciones.

Posiblemente de todo lo dicho lo más injusto y doloroso es el escarnio de que somos víctimas, el anonimato en que se empeñan en hundirnos y sacarnos a relucir cuando creen poder señalar alguna ridiculez nuestra. He visto hace una semana el anuncio de un álbum sobre escritores hecho por dos mujeres que comparten vida y trabajo y por lo tanto no pueden desdeñar a la mujer; sin embargo, salvo una excepción, ese álbum de fotografías está compuesto sólo por escritores hombres. Hecho inaudito en un país donde la única gran revista literaria fue fundada por una mujer, donde las escritoras somos autoras de los principales *best-sellers*, traducidos a varios idiomas, editados en español en otros países de América latina. Esto subraya mi teoría; la mujer no ocupará el lugar que merece mientras no estreche filas y acepte su fuerza, su cantidad y su calidad.

Cabe agregar que a las mujeres nos reprochan no nuestra ignorancia sino nuestros conocimientos; que hablemos bien el francés o el inglés, por ejemplo, escandaliza a esos misteriosos enemigos que juegan con nuestra dignidad. Que necesitemos viajar para gozar de la cultura europea, ver una catedral gótica o románica, visitar los grandes museos, conocer las maravillas del mundo como el Partenón, las Pirámides o los templos orientales los hace revolcarse de risa y luego indignarse de que consideremos que aquí la cultura es menor y no tenemos catedrales, ni ruinas greco-romanas, ni el Prado o el Louvre. No les escandalizan en lo más mínimo las opiniones semejantes vertidas por hombres ni el hecho de que los actuales *best-sellers* masculinos latinoamericanos se hayan instalado definitivamente en Londres o en París. Pero al parecer el derecho a aprender idiomas, a compartir la vida de los centros civilizados y a nutrirse en la cultura de Europa es también un derecho exclusivamente masculino.

SILVINA BULLRICH
(Escritora)

1. La mujer y el varón son muy distintos; creo por lo tanto que deben tener derechos equiparables, aunque no sean los mismos. El varón es más fuerte y resistente físicamente; la mujer suele tener más resistencia moral y es más paciente y sufrida. Claro que las leyes deben ser justas y amparar a ambos por igual. "La mujer es la depositaria de la vida", dijo alguien.
2. Creo que esa reforma es necesaria. Las leyes han sido en su mayoría creadas y sancionadas por los hombres, las mujeres poco han tallado en su elaboración. La mujer, por ser madre y madre de hombre, es por instinto una educadora (aunque no siempre) y necesita ser más

apoyada por la sociedad. No olvidemos que estamos en un mundo manejado por hombres, hecho por ellos y dirigido por ellos. Solamente en este siglo la mujer ha conquistado posiciones. Recuerdo haber oído decir cuando jovencita a varones retrógrados: "La mujer debe limitarse a ser bonita; nada más". Como si fuéramos objetos de adorno.

3. Necesarísima, para defensa de la misma mujer.
4. Yo jamás tuve impedimentos en mi carrera literaria. Me impuse a los quince años con dos premios ganados en Francia. Todo se me ha brindado como en bandeja de plata. Tampoco hice política literaria y el público siempre me acogió y alentó. Si hubo luchas... fue contra las propias mujeres: pero las pasé por alto.. Sé que ahora hay ideologías y modas que no me aceptan: pero las modas y las ideologías pasan y las obras quedan. Eso me reconforta.
5. Para los verdaderos católicos, esos asuntos están de hecho pura y exclusivamente bajo el control directo de la Iglesia, que ya se ha pronunciado. Pero como además el aborto es un crimen, está bien que haya leyes estatales al respecto. Para los no católicos, todo eso es cuestión meramente personal. Pero a la ley natural le repugna la supresión voluntaria de un hijo que no ha pedido ser concebido, es cierto, que se ignora a sí mismo, pero que naciendo puede llegar a ser un gran hombre y padre de generaciones. El aborto no suprime solamente a un ser, sino quizás a miles de seres. Si las mujeres pensaran en eso...
6. Desde luego que no, aunque comprendo que hay casos en que la separación es necesaria y hasta urgente. La pregunta es capciosa y tiene doble filo. Creo que el divorcio, para los no católicos es asunto de conciencia personal; pero los que sufren sus consecuencias son los hijos. ¡Qué triste para un niño no poder decir: "Tengo una mamá y un papá que se quieren y me quieren: que me dan buenos consejos y se ocupan de mí"! Vi sufrir a muchos niños a causa de la situación irregular de sus padres.
7. Creo que el más urgente es el económico. ¿Por qué, en igualdad de condiciones, se pagan sueldos mayores a los hombres que a las mujeres? Como grafóloga he comprobado que la mujer media suele ser más consciente y de mayor eficiencia que el hombre... medio. Antes había oficinas públicas donde mientras las empleadas trabajaban, sus compañeros se limitaban a tomar café, a fumar y a charlar de caballos y de sus conquistas y aventuras. ¿Habrán cambiado las cosas? Una amiga extranjera me dijo una vez: "En mi país los hombres se emplean para trabajar. En cambio aquí dicen: ¡Voy a trabajarme un puesto! Y después que lo consiguen, no hacen nada más".
8. Claro que sí. Yo soy muy feminista. Aunque entre los hombres haya más *cumbres* que entre las mujeres (me refiero a la gente culta), la mujer media es superior en general al hombre medio. Es más buena, menos violenta y agresiva, más generosa, prudente y sensata. Esto también lo comprobé como grafóloga. Las mujeres superiores dan excelentes resultados como gobernantes: una Indira Gandhi, una Golda Meir, por citar sólo dos ejemplos. Las luchas de las mujeres del siglo pasado están triunfando en este siglo. Creo también que

si las mujeres tuvieran más ingerencia en los gobiernos habría menos guerras: porque ante todo la mujer es madre y aún las solteras tienen un hijo escondido en el alma. Su misión principal es crear y amar... ¿Cómo pueden dejar, entonces, de ser buenas gobernantes?

SUSANA CALANDRELLI
(Escritora)

Si en todos los planos Naciones Unidas celebra este año el AÑO DE LA INDISCRIMINACIÓN, nada mejor que recordar el art. 1º de la DECLARACIÓN SOBRE LA DISCRIMINACIÓN CONTRA LA MUJER, que dice: *la discriminación contra la mujer, por cuanto niega o limita su igualdad de derechos con el hombre, es fundamentalmente injusta y constituye una ofensa a la dignidad humana.*
Adherimos a todos los puntos de la encuesta organizada por SUR, manifestando:

1. Sí, en todos los planos ha de gozar de los mismos derechos que el varón.
2. Sí. La sociedad actual necesita una reforma que redunde en beneficio de la mujer, la educación está en primer término. Su postergación en nuestro país es intolerable. Si en el plano de la educación propiamente dicha se trata, su situación es de inferioridad. Títulos, cargos, gobierno escolar, etc. son preferidos para el hombre. No creemos que en nuestro país una decena de maestras calificadas haya desempeñado cargos importantes.
3. Sí, la educación sexual debe empezar desde la infancia.
   Merece recordarse que, en los programas de anatomía, está excluido el aparato sexual.
4. Está en parte contestado en la segunda pregunta; podemos agregar que los impedimentos para el acceso de la mujer a los cargos públicos importantes se deben en buena parte a la ignorancia del hombre.
6. Somos partidarias del divorcio. En la carta de Naciones Unidas, se dice:
   "La mujer tendrá los mismos derechos que el hombre durante el matrimonio y a la disolución del mismo. En todos los casos el interés de los hijos debe ser la consideración primordial."
5. Es absurdo que el control de la natalidad y el aborto deban estar en manos de la iglesia y de los hombres que gobiernan.
   El control lo ejercerá la mujer misma, inteligentemente preparada y con el asesoramiento de médicos especializados.
7. Su problema más urgente es su educación; hay que luchar contra la odiosa discriminación que separa al hombre de la mujer en las aulas; que discrimina sobre su preparación para la vida, sobre sus estudios y carreras, sobre su remuneración en los empleos, sobre su estado civil, etc.
8. Sí. Conocemos las luchas de las mujeres pioneras que en el mundo abrieron camino a la emancipación femenina y creemos necesario la difusión de sus nombres y de sus luchas.

LETICIA Y OLGA COSSETTINI
(Educadoras)

1. Sí.
2. Sí, la sociedad actual necesita una reforma. En ella debe participar la mujer ejerciendo plenitud de derechos. Si lo hace consciente y responsablemente habrá de redundar en beneficio de todos.
3. Sí. Pero ejercida con toda seriedad.
4. Ninguno. En la medida en que toda carrera y superación significa lucha y esfuerzo.
5. Las leyes que rigen el control de la natalidad deben ser consideradas y estudiadas por cada país en particular. En algunos países son imperativas; para otros casi absurdas. Por tratarse de leyes, tanto ésta como la relativa al aborto deben ser tratadas y resueltas por la sociedad, *integrada* ésta —parece obvio decirlo— por hombres y mujeres.
   En cuanto al aborto, considero que la verdadera resolución seriamente encarada debería consistir en evitar el embarazo cuando no se quiere traer otro ser al mundo. No estoy de acuerdo con que se lo mate una vez engendrado, aún cuando llegara a considerarse un acto legal.
6. Sí, pero con una legislación muy rigurosa que tenga especialmente en cuenta la existencia o no de hijos.
7. En su falta de preparación para participar con total autonomía y como ser plenamente activo en la organización y la marcha de la sociedad. (En cuanto a investigar las causas de esa falta de preparación, merecería un concienzudo estudio.)
8. Sí. Y podría decir que los países descolonizados después de la Segunda Guerra Mundial marchan a la cabeza. (Éste es uno de los puntos más interesantes a considerar en el estudio a que me refiero en la respuesta anterior.)

MARÍA RENÉE CURA
(Profesora)

1. Lo contrario significaría establecer una diferencia esencial entre los componentes de la pareja humana. Lo que llevaría al absurdo de pretender sentar una arbitrariedad biológica.
2. Las reformas de la sociedad emanan de la conducta de sus componentes. Es notorio que el trabajo de la mujer y los recursos anticoncepcionales han transformado la sociedad en las últimas décadas. Más que reforma social es necesario terminar con prejuicios que no dependen de leyes derogadas o promulgadas.
3. Tanto para la mujer como para el hombre. La pluralidad erótica indiscriminada del varón no debe ser imitada por la mujer. Los hindúes dan al acto sexual carácter sagrado porque trasciende las formas y crea la vida. La educación, más que enseñanza de precauciones y riesgos, debe tratar la valoración del sexo.
4. No sé si a la literatura se le puede llamar carrera. Es una vocación que se cumple contra viento y marea. Y en el sentido de ascesis personal debe luchar tanto el hombre como la mujer. Si hay algo externo que sea barrera o postergación, lo padecen ambos —hombre y mujer— de igual manera.
5. La contestación está implícita en las líneas finales de esta pregunta.

Como corolario podría decirse que la Iglesia no prohibe el control de la natalidad, sino una forma de llevarlo a cabo. Pero la voluntad de control es la misma en ambos casos y la intención idéntica. Lo incomprensible es que se haga recaer el pecado (error) en un solo sector de actuantes.

6. El divorcio no es una panacea. Fue necesario en el matrimonio tipo medieval de otrora. Con los nuevos estilos de vida será cada día más prescindible.
7. En terminar con la secuela de conceptos erróneos sobre feminismo que persiste en el ambiente, y persuadir a las mujeres capacitadas para que no se resistan (como suelen hacerlo) a ocupar puestos públicos importantes.
   Otra tarea que urge es demostrar que la igualdad de los sexos ante las leyes no perjudica al hombre. Por el contrario, la desigualdad trajo la desconexión y la rivalidad disimulada. La injusticia estimula siempre el revanchismo.
   Es necesario difundir una gran verdad: hombres y mujeres —en plano de igualdad— están engendrando un mundo nuevo.
8. Sé que esa lucha fue tesonera y heroica. De la mujer se había hecho un robot. Aquel *slogan* de las espartanas: "vuelve con tu escudo al brazo o sobre él" muestra cómo se distorsionaba su naturaleza para convertirla en productora de material de guerra. La condición de segundo sexo en situación de dependencia, que infligió Napoleón a la mujer, retardó en más de un siglo la igualdad de derechos hombre-mujer ante la ley.
   Todavía en nuestro país se tratan por Radio y TV estos problemas en forma de juego sensacionalista. Esta ignorancia e indiferencia no sólo demuestran la decadencia de esos medios de comunicación sino la superficialidad con que se habla de lo que concierne a la entraña del mundo de mañana.
   Un gran escritor declaró haber llegado demasiado tarde a un mundo excesivamente viejo. Por el contrario, cabe creer que hemos llegado demasiado pronto a un mundo muy joven.
   Conformar el advenimiento de su madurez es la palabra de orden.

CELIA DE DIEGO
(Escritora)

1. En todos los planos siempre que no olvide que es mujer, con todos los privilegios pero con todas las diferencias fisiológicas que la distinguen del hombre.
2. Urge una reforma que consolide a la familia, la moral y la cultura.
3. Indiscutible para evitar muchos males que estamos padeciendo.
4. No. No he encontrado impedimentos. Algunas dificultades propias de la profesión, cosa natural en todas las carreras, para los dos sexos.
5. La mujer tiene, igual que el hombre, todo el derecho religioso y jurídico para protegerse, pues si el hombre la toma para su placer, ella le ofrenda el dolor de su parto o las consecuencias de un aborto y control de la natalidad.
6. Sí, en casos muy justificados, pues de todos modos lo considero una desgracia, sobre todo para los hijos.

7. El voto a la mujer se produjo en la edad moderna, la primera vez, en Estados Unidos, en el año 1869, en Nueva Jersey, pero como mis conocimientos se canalizan naturalmente siempre hacia el teatro, sé que en el siglo pasado, Ibsen con su "Casa de Muñecas" (1879) levantó en toda Europa grandes polémicas en defensa de la mujer y más adelante Bernard Shaw con su "Cándida", amén de muchos otros.

MILAGROS DE LA VEGA
(Actriz)

1. Los mismos derechos y los mismos deberes, con las salvedades dictadas por la diversa constitución física y psíquica que los hacen tales, hombres y mujeres.
2. La sociedad actual necesita reformas que redunden en beneficio del hombre en general. Con tales beneficios resultarán favorecidos, sin duda, los que actualmente están en inferioridad de condiciones: las mujeres, los negros, los judíos, los pobres.
3. Creo en la necesidad de la educación. ¿Por qué educar, entonces, sólo la inteligencia, la voluntad, los sentimientos, y amputar todo aquello que se refiere a la esfera sexual, que sin duda gravitará de modo ponderable en la vida de cualquier criatura normal?
4. No, mi generación no ha sufrido esa suerte de inferioridad colectiva de generaciones anteriores. Se nos han dado algunas "chances" de las que no gozaron nuestras antecesoras. (Pensemos en Eduarda Mansilla, quien debió ampararse en un seudónimo, masculino por supuesto —Daniel—, para firmar su novela "El médico de San Luis" allá por 1860. O en Ema de la Barra de los Llanos, que publicó "Stella "escudada en el nombre de César Duayen, y esto en 1906.) Con todo, quedan resabios de una civilización armada por hombres que, aquí, en nuestro país, resultan avalados por la visión esquemática de mitos tradicionales, canonizados por un cristianismo decadente que, gracias a Dios, ya está casi en su ocaso.
5. El dar vida a los hijos es un problema que incumbe, esencialmente, a la pareja. La pareja, claro está, aparece integrada o participando de una sociedad, de una iglesia.
6. Cuando el amor se acaba, concluye la pareja. Sin pareja no hay matrimonio ¿no?, aunque permanezcan los papeles y la casa en común y el *status* y los hijos tironeados de aquí para allá.
7. Dentro de ella misma. La suerte de la mujer en el mundo actual dependerá, más que de lo que graciosamente le concedan los hombres, de la lucidez de los planteos que proponga y de las soluciones que aporte. La mujer tiene que sacudir la tradicional sumisión que la hacía utensilio, objeto; tiene que asumir su libertad —que, ojo, nada tiene que ver con la frivolidad—, y entregarse a la actividad *creadora* que su vocación le señala. Sólo así será lo que debe ser: compañera del hombre, no su objeto ni su enemiga.
8. Muy superficialmente. Me interesa la historia que se está haciendo, a través de la cambiante problemática de nuestros días, y en la que

tienen que ver mujeres como Mme. Curie, Simone de Beauvoir, Indira Gandhi, Golda Meir, Tania.

MARÍA ESTHER DE MIGUEL
(Escritora)

1. Me es muy difícil contestar a esta pregunta a pesar de ser aparentemente fácil. La respuesta es, con toda evidencia, afirmativa, pero, creo, que de no tener detrás el siglo XIX, el problema se nos presentaría más complejo. Como el del negro, por ejemplo. Si igualdad de derechos debe surgir de igualdad de capacidad, en conciencia ¿qué sabemos nosotros de esta capacidad? ¿Y de la capacidad en todos los planos? La vida de la mujer ha sido, desde siempre, tan distinta de la del hombre que, sin duda, algunas aptitudes fueron acentuadas y otras mutiladas, segadas. Sólo el tiempo nos dará la solución. Por lo tanto la mujer se está educando, actúa en muchos campos y lo hace bien. Sigamos trabajando con optimismo y, en la vida práctica, reclamemos los mismos derechos en todos los planos; en definitiva es la sola manera de conocernos.
2. Con toda evidencia el mundo no marcha, pero no creo que un cambio de estructuras sociales lo haría marchar, si el cambio no nace de la redención del hombre. Mientras "la moral de nuestro tiempo, dígase lo que se quiera, sea la del éxito" de acuerdo a un personaje de Musil —no importará el cambio de estructuras—, el hombre seguirá transformando todo lo que toque o haga en estiércol. Ni vale la pena ejemplificar: todo está a la vista. Y ni siquiera me refiero a los totalitarismos de izquierda o de derecha, creo que hay algo peor, ya que los esclavos encadenados de Miguel Angel pueden seguir siendo hombres, como seguían siéndolo los del ghetto de Varsovia, no así el corrompido. Y la llamada sociedad de consumo nos lleva a ello.
3. Creo que sí, pero no sabría como llevarla a cabo. Esto me hace recordar mis tiempos de estudiante: el profesor de Crítica y Práctica Pedagógica nos decía campanudamente que las clases debían ser interesantes, pero nunca nos dijo cómo lograrlo.
4. Es posible, pero yo nunca he aceptado tal cosa. Quizás por orgullo. Como nunca acepté que el no haber nacido en este país fuera una contra, ni siquiera cuando, hace muchos años, la Asociación de Mujeres Universitarias —creo que ese es el nombre, hace mucho que no pertenezco a ella— dispuso o quiso disponer que sólo la argentina nativa podía ser presidente. Me causó gracia y casi me halagó. Nunca achaqué mis fracasos o falta de éxito a algo ajeno a mi persona, considero muy peligroso el hacerlo. La que fracasaba era Renata Donghi-Halperin y no las mujeres ni los nacidos en Italia.
5. Creo que la familia pertenece a la pareja, por lo tanto ésta debe resolver en cuanto a pareja y la pareja debe estar capacitada para ello. Sin embargo, algo debe ponerse en claro: en las regiones desarrolladas es muy frecuente el hijo único (Turín, por ejemplo, sin el aporte de los subdesarrollados merionales, vería muy mermada su población), ahora bien, la vida del hijo único es, sin duda, una vida mutilada —sería interesante conocer la importancia del hijo

único en las "contestazioni" y violencias, amén de crear una especie de rivalidad afectiva en la pareja.

6. Siempre y cuando se sienta el divorcio una desgracia ineludible. Lo dicho parecerá una paradoja, pero, si se reflexiona un tanto, no creo que lo sea.
7. No creo que haya un problema urgente exclusivamente de la mujer: el problema urgente es el de la sociedad. Quizás mi enfoque dependa de que nunca vi por un lado el hombre con sus derechos, por el otro a la mujer con sus deberes; en mi padre, en mi marido, en mi hijo siempre hallé ternura y comprensión. No conocí, por lo tanto, el varón autoritario, personaje muy explotado en las novelas del siglo pasado.
8. Naturalmente estoy enterada, pero no sé qué debo decir al respecto.

RENATA DONGHI-HALPERIN
(Escritora)

1. Creo que sí, porque los derechos reconocidos al varón son derechos reconocidos al ser humano, y por lo tanto corresponden también a la mujer. Pero en la práctica las cosas no son tan simples, porque los derechos engendran deberes, y hay deberes masculinos que no deseo para la mujer, por ejemplo el servicio militar. En este caso particular la solución residiría en la supresión de esas obligaciones también para los varones. Hace tiempo que pienso que la forma actual de "la conscripción", más que una preparación de los jóvenes para defender eventualmente a la patria, resuelve la manera de contar con un ejército permanente para apoyo de la fuerza.
2. No creo que lo que la sociedad necesite sea una reforma. La sociedad se modifica constantemente por evolución. En todo caso necesitan actualizarse los individuos. Muchos problemas derivan de la tensión que se produce entre la pequeña cabeza que avanza y la enorme masa caudal que tiende a permanecer en el pasado. En cuanto a la mujer, una de las reformas que podrían beneficiarla es la de la actitud mental del varón frente a la mujer y al sexo, y a la de las mujeres que aún se autoperciben y autopiensan exclusivamente como sexo.
3. Según qué se entienda por educación sexual. Si se refiere a la dirección que pueda darse al joven —varón o mujer— cuando ha llegado a una edad generalmente aceptada como conveniente para *vivir* vida sexual, me parece muy necesaria. Pero si se trata de iniciar al niño junto con las primeras letras en el conocimiento del ser humano, me parece pernicioso, y creo que tenemos ya a la vista funestas consecuencias del sistema. Me fortalecen en esta opinión las palabras de Arnold Toynbee en su libro *The Edge of Awareness*, cuando dice que "privamos a los niños del derecho a la infancia" y expresa su admiración por la habilidad con que en el siglo XIX se conseguía retardar el despertar sexual prolongando así el período de la educación. Luego de preciosas consideraciones

concluye que "el retorno a la sexualidad precoz es una de las taras morales de la civilización occidental contemporánea". Adhiero.

4. Como mi carrera ha sido la cátedra, el sexo no me ha creado dificultad alguna para desenvolverla ascendentemente. Es indudable, sin embargo, que el ser mujer ha hecho difícil el trabajo a muchísimos seres atraídos por otras actividades, incluida la de escritora. También la tarea social ha tenido que ser realizada hasta ahora soportando un fuerte paternalismo masculino.
Pero no creo que la lucha haya debido empeñarse, fundamentalmente, con el cuerpo legal, sino con la ley no escrita que esgrimen, por cierto, las propias mujeres.
5. El problema de la natalidad y el aborto concierne sí "vitalmente", pero no exclusivamente, a las mujeres. En cuanto a leyes que lo rijan, infinidad de leyes tienen vigencia sin que en su elaboración hayan intervenido las mujeres, y todas, de un modo u otro, les conciernen. Y todas están en manos del Estado. En cuanto a la Iglesia, lo que emana de ella sólo afecta, en la práctica, a quienes pertenecen a ella, por lo cual no crea problema como no sea dentro de la Iglesia misma. Y no olvidemos que el verdadero protagonista del problema de la natalidad y el aborto es el ser que está con posibilidad de nacer.
6. Creo que habría que perfeccionar esta pregunta con una alternativa: ¿es partidaria del divorcio o de la familia?
Soy partidaria de la familia. Las razones de mi antidivorcio ocuparía más lugar que el lógico en una encuesta.
7. La mujer que realiza un trabajo rentado fuera de su hogar afronta una doble función que entraña una tremenda injusticia.
El no poder desprenderse de la dirección y la atención de su familia y de su casa la obliga a una tarea física y mental sin tregua, inhumana, que repercute negativamente en la salud de sus nervios y, como consecuencia, deteriora la felicidad de los mismos seres que intenta proteger. Es un problema importante cuya solución depende de cambios sociales imprevisibles.
8. Cuando hacia 1910 tomó cuerpo en Inglaterra el movimiento sufragista, su violencia produjo tanto escándalo que se recuerda el hecho como el comienzo del movimiento femenino en procura de los derechos políticos, la punta de lanza. Pero en los Estados Unidos la lucha de la mujer por sus derechos no sólo se había estirado a través de todo el siglo XIX sino que tiene sus raíces en el XVIII. Sería justo que recordáramos dos nombres de entonces: el de Abigail Adams —esposa del que luego fue Presidente— quien ya en 1776, poco antes de la independencia de su país, veía la necesidad de la emancipación de la mujer y escribía a su marido, que tomaba parte en el Congreso continental, exigiéndole que reivindicase los derechos de la mujer, y el de Mary Wollstonecraft, que en 1792 publicó su "Justificación de los Derechos de la Mujer". Luego, sólo en 1866 comienza en EE.UU. una verdadera acción femenina con carácter permanente. El primer fruto se obtuvo hacia 1910 cuando, primero el Estado de Washington y después el de

California, concedieron el voto a la mujer. Desde entonces las conquistas avanzan progresivamente.
Fue muy importante desde las primeras décadas del siglo XIX el movimiento de los Clubs de mujeres, con aspiraciones culturales primero, que luego evolucionaron hacia la acción política.
El movimiento sufragista inglés alcanzó resultados prácticos después de la guerra del 14. Sucesivamente, varios países europeos concedieron el voto a la mujer. Entre las naciones de Sudamérica las conquistas son más recientes. Desconozco la situación en Oriente y en África.

INÉS FIELD
(Escritora)

1. Creo que las mujeres tienen, hoy en día, los mismos derechos que el varón, pero no sé si me gustaría que tuviesen todos, porque a los derechos corresponden las obligaciones, entre ellas, la de subsistir, a veces mediante oficios que son bien duros, no únicamente para la mujer, sino para cualquier ser humano, como ser el de pocero, minero, verdugo...
2. La sociedad emana de la naturaleza del ser humano, por tanto es dinámica y no estática. Se nutre de permanentes reformas que tienden o se proponen mejorar la condición humana. A veces lo logran; otras, no.
3. Se habla tanto de educación sexual, generalmente empleando una pretensiosa terminología, que se ha concluido por colocarla en una vidriera, con la consecuencia de que, en lugar de una educación sexual, se va llegando a una promiscuidad sexual. Creo que ese tema pertenece a la misión educativa de la familia, donde se habla con sencillez y naturalidad, como se ha hecho siempre, con la ventaja de que se evitan grandes desatinos.
4. Por el sólo hecho de ser mujer, no. He tenido y tengo la lucha natural y saludable de alguien que quiere cumplir con su vocación.
5. La Iglesia orienta, los gobiernos sólo pueden proponer. Se actúa de acuerdo con la conciencia de cada uno. Y es la mujer, la no consultada, quien casi siempre decide.
6. Si se trata de un matrimonio que no cree que éste es un sacramento y que no tiene hijos, me parece peligroso, pero en ciertos casos aceptable. Si hay hijos de por medio, no soy partidaria del divorcio, pues éste, al pulverizar la familia, pulveriza la sociedad, que es una conjunción de familias.
7. En el alejamiento paulatino de la mujer de su hogar, que se va llevando a cabo cada vez con más frecuencia.
8. Si se trata de los derechos civiles y políticos es fácil documentarse y precisar las fechas y lugares en que fueron codificados. No ocurre igual con tantos otros derechos que también hacen, y quizás más aún, a la dignidad humana, y que no siempre pueden legislarse.

DELIA GARCÉS
(Actriz)

1. Pienso que todas las personas tienen los mismos derechos humanos. Me parece que la diferenciación ni siquiera debe ser enunciada en el planteo; ambos sexos forman parte de la clase "personas".
2. La sociedad actual necesita muchas reformas. En especial nuestro país precisa una reforma educacional, urbanística, agraria, sanitaria, económica, política y social. No tengo ninguna confianza en que tales reformas, en caso de producirse, beneficien a la mujer como deberían hacerlo; salvo que, conjuntamente con las reformas, se modificase la imagen que muchos todavía poseen acerca del sexo femenino. Si ello se produjese, creo que la posición de la mujer podría cambiar positivamente.
3. La educación sexual es imprescindible, siempre que parta de una actitud básica: asumir la propia sexualidad sin culpa, sin malestar y con sentimiento de disfrute, creación y plenitud personal. Sólo partiendo de la alegría y del bienestar relacionados con lo sexual puede iniciarse la educación de los demás.
4. Sí. Los he encontrado. He tenido que luchar y mucho contra los prejuicios, contra la envidia, contra la fuerza de los que estaban en uso del poder, contra algunos hombres y algunas mujeres. Y he visto a quienes lucharon tanto y más que yo y fueron sometidas a trabajar con salarios más bajos que los de los hombres o discriminadas por su maternidad. Esta situación recién comienza a modificarse tímidamente.
   Me refiero, específicamente, a impedimentos que he encontrado por ser mujer que inspiraba a ciertos jefes, empleadores o profesores a suponer que la necesidad de trabajar era una apertura a galanterías inequívocas, donde no intervenía para nada la competencia profesional o intelectual.
5. Creo que deben estar en manos de los técnicos que estén autorizados para opinar acerca del tema: médicos, psicólogos, antropólogos, sociólogos y todos aquellos que posean formación y experiencia al respecto. Estimo que ninguna religión debe intervenir en leyes de esta naturaleza. Pero no creo que las mujeres no hayan tenido ni voz ni voto: son ellas quienes se someten al aborto y son sus actoras principales. Lo que no hemos podido hacer hasta ahora es defendernos como personas y pienso que hace poco que se ha adquirido conciencia al respecto. Las mujeres tenemos derecho a decidir acerca de los abortos en lo personal, aunque estemos limitadas por las imposiciones socioculturales y legales que nos es imprescindible modificar. Tenemos derecho a recibir asistencia profesional responsable legalmente avalada sin necesidad de recurrir a maniobras peligrosas e ilegales. Pero antes que ello tenemos derecho a ser preparadas, informadas acerca de los anticonceptivos y a entender que planificación familiar no quiere decir castración. De allí el peligro de las campañas masivas con respecto a los anticonceptivos, como las que propician algunos planes en América latina (McNamara por ejemplo) en los que paralelamente a los métodos de planificación no se enseña el valor de la fecundidad.
6. Si bien el divorcio siempre entraña un fracaso y una experiencia no deseable, es imprescindible contar con una legislación que permita recurrir a él cuando sea necesario. Soy totalmente partidaria

del mismo siempre que sirva para reparar una equivocación. Y no sólo del divorcio, sino de la posibilidad de un nuevo matrimonio.

7. En poder disfrutar alegre y creativamente de su femineidad en su vida, en su trabajo, en su obra, en su pareja, en su maternidad.
8. La bibliografía internacional es suficientemente extensa como para que pueda ser ignorada. Me pregunto por qué la pregunta se limita a los siglos XIX y XX, puesto que esta lucha, en otros niveles, se inició mucho antes: Olympe de Gouges, por ejemplo, en 1791 (*Les Temps des femmes*, de Celia Bertin, Paris, Hachette, 1958) y Condorcet propiciaban en 1788 un movimiento tendiente a la igualdad de oportunidades para los dos sexos.

EVA GIBERTI
(Psicóloga)

1. La igualdad de derechos figura en la Carta de las Naciones Unidas, lo que ya es mucho decir puesto que fueron hombres los signatarios de ese documento y... a confesión de partes...
La mujer es tan importante como el varón en la vida humana y si es socia obligada en la célula primaria de la sociedad, ¿por qué ha de aceptar un papel secundario en el resto de las actividades sociales, el cual no le permite el pleno goce de iguales derechos?
Existen diferencias innegables en la condición humana de ambos; son esencialmente distintos en reacciones y temperamentos, pero ello les hace complementarse, no competir. La mujer es distinta al varón en el aspecto biológico pero no en inteligencia. La capacidad intelectual de la mujer ha quedado totalmente demostrada cuando ha tenido oportunidad de cultivarse. Se ha dicho que no ha producido grandes músicos ni grandes pintores, achacándosele falta de imaginación. Es que la mujer no tenía acceso a la cultura y por más que Mozart haya compuesto música a los cuatro años, hay que tener en cuenta que su condición de varón le ofrecía toda clase de facilidades para desarrollar su inspiración. Lo mismo ha pasado con los pintores: a ningún mecenas se le habría ocurrido auspiciar a una mujer en su arte. Aurora Dupin tuvo que llamarse Gerge Sand y Mary Evans se llamó George Elliot, es decir, recurrieron a seudónimos masculinos para poder triunfar.
Felizmente hoy asistimos a una gran evolución. A comienzos de este siglo Marie Curie protagoniza uno de los descubrimientos científicos más importantes para la humanidad. Son muchas las escritoras y poetisas que brillan en la literatura mundial y otras mujeres lo hacen en otras manifestaciones artísticas. Como políticas, tres notables mujeres concitan la atención mundial; Golda Meir en Israel, Indira Gandhi en la India y la señora Banderanaike en Ceylán fueron elegidas por el voto popular y gobiernan a sus pueblos, no con dulzura precisamente, aunque sí con femenina firmeza. En otro campo, Valentina Terechkova, la cosmonauta rusa, también es mujer.
Cuando en 1929, Aneurin Bevan, el gran político inglés, creador del Servicio Nacional de la Salud, fue elegido diputado, manifestó que

a pesar de que el Parlamento Británico tenía varias centurias de existencia, recién en ese momento la democracia británica había llegado a su mayoría de edad. "Soy miembro —dijo— del primer Parlamento elegido por todos los hombres y mujeres mayores de veintiún años de edad. Es decir, hasta este momento no había habido en mi país una democracia real ya que no existía el sufragio universal".

También en el campo del trabajo hay grandes cambios. En la Fábrica Nacional de Armas de Herstal, en Bélgica, 3.800 obreras reclamaron, recientemente, el pago de salario igual por trabajo igual. Para reforzar su reclamo se declararon en huelga, que fue así el primer movimiento de fuerza exclusivamente femenino. Se les hizo el reproche de "ausentismo" a lo que contestaron que el desnivel en las remuneraciones constituía una fuente de ausentismo puesto que cuando se producían problemas familiares, de acuerdo a la edad de los hijos, era la mujer la que se ausentaba pues su salario era más bajo. "Pero lo más interesante —agrega la información periodística— es que asistimos a la entrada definitiva de las mujeres en el sindicalismo. La experiencia de su fuerza ha sido hecha."

Creo que con los ejemplos que anteceden queda demostrado fehacientemente que la mujer debe tener exactamente los mismos derechos que los varones en todos los planos y manifestaciones de la vida. Trabajan, luchan y comienzan a rebelarse en pareja. Lo importante es que haya conciencia de que no hay problemas de varones y problemas de mujeres.

2. Es que la reforma se viene, a pesar de que haya muchos sectores tradicionales que no la deseen. Estamos ante un pasado que desaparece y un futuro que ya despunta. Es un hecho tecnológico y económico irreversible. Si la sociedad desea o necesita que la madre trabaje, debe procurar soluciones a sus problemas familiares. Hay que tener en cuenta también que cada día aumenta el número de jóvenes estudiantes. Estas jóvenes, al casarse, ya no permanecerán en la sociedad de su hogar esperando que el marido regrese de sus tareas y los hijos de la escuela de doble escolaridad o del secundario. A su vez, el uso de un sinnúmero de implementos eléctricos alivia las tareas de la casa. Sienten por lo tanto necesidad de trabajar, de estar en contacto con el mundo para no frustrarse, para poder discutir con sus hijos los problemas diarios evitando así los conflictos generacionales.

   La transformación se está dando en la organización de la familia, sus miembros se van adecuando a las nuevas necesidades y la mujer se va emancipando de las presiones sociales, de ciertos tabúes aún existentes. Al hacerlo se beneficia pues adquiere más libertad para desarrollar su personalidad, va dejando de ser subordinada para transformarse en socia plena del varón.

   Pero aún queda mucho por hacer y será su propia voluntad y decisión la que logrará su ansiada equiparación.

3. En mi opinión, es indispensable. Los niños deben ir sabiendo desde muy pequeños que no los trae la cigüeña ni brotan de un repollo. Se les debe ir enseñando paulatinamente cuál es el origen de la vida, en forma sencilla, natural y de acuerdo a su edad. Afortu-

nadamente se cuenta con una bibliografía muy nutrida de divulgación accesible a todas las edades. Es muy común que los niños criados en el campo conserven una inocencia más fresca, más inédita que los de la ciudad. Ello se debe, indudablemente, a que tienen oportunidad de conocer *de visu* las manifestaciones de procreación y vida en los animales.

El problema existe realmente en los padres, quienes generalmente son reacios a hablar libremente del tema con sus hijos. De ahí que piense que las escuelas para padres sean esenciales en la sociedad moderna.

Por otra parte, entiendo que no deben existir diferencias entre la educación del varón y de la mujer en lo que respecta al ámbito familiar; y en cuanto a las escuelas primarias y colegios secundarios, la co-educación debe ser implantada sin retaceos.

4. Todavía impera el "machismo" en nuestro país y la discriminación en el comercio y la industria, tanto pública como privada, es cosa corriente. Cuando se trata de una promoción en el trabajo, siempre se le exige a la mujer el doble que al varón.

   En cierta ocasión, a raíz de que había cumplido satisfactoriamente con mis tareas, se comentó favorablemente mi trabajo en la sucursal que el Banco donde yo trabajaba mantenía en Lima, Perú. El gerente de dicha sucursal, a quien yo conocía, me escribió preguntándome si yo aceptaría ir a Lima para organizar específicamente esas tareas. Le contesté afirmativamente pero la invitación concreta nunca llegó a mis manos. Transcurrido un tiempo, alguien me dijo confidencialmente que mi viaje no había prosperado por el hecho de ser mujer. Como disculpa amable se agregó que "tal vez el personal masculino de Lima se habría resentido si hubiera tenido que trabajar bajo las órdenes de una mujer".

   Aunque poco a poco van apareciendo más mujeres ocupando puestos de importancia, todavía la mujer no ha obtenido que se la equipare al hombre. Según una publicación de la Dirección de Recursos Humanos, en nuestro país, en el 82 por ciento de los casos, el hombre alcanza las posiciones máximas en lugares en los que trabaja personal de ambos sexos.

5. Ser madre es lo más importante en la vida de una mujer. Es el momento en que se realiza totalmente. Toda madre desea lo mejor para su hijo: que sea sano y fuerte, que pueda vestir con decoro y que pueda instruirse para lograr un buen futuro. Teniendo en cuenta estas condiciones, ella sabe en qué momento de su vida puede tener ese hijo. Entiendo que solamente ella —ni siquiera el marido— debe decidir si está en condiciones de ser madre. Ni los gobiernos, ni la Iglesia deben interferir en algo que es tan caro a la vida misma y a la felicidad de la mujer.

   Al respecto, permítaseme transcribir un extracto de la resolución que sobre "Política Social y Familiar" aprobó la Tercera Conferencia Mundial sobre los Problemas de la Mujer en el Trabajo, realizada en Düsseldorf, Alemania, en 1968:

   "CONSIDERA que una verdadera democracia debe organizar para cada ciudadano la posibilidad de adoptar libremente las decisiones importantes que afecten a su vida privada y concreta-

mente la de tener o no hijos y la de elegir el momento en que se estará psicológica, física y materialmente dispuesto a acogerlos."
En cuanto al aborto, debe ser, como lo es en Gran Bretaña, reglamentado por una ley. Deben existir clínicas especiales para tal servicio debidamente controladas por el Ministerio de Salud Pública.

6. El divorcio es una necesidad social. Debemos comprender que a los matrimonios mal avenidos no les queda otra solución si no quieren cometer adulterios. Cuando la vida de la pareja se convierte en origen de rencillas y escándalos permanentes, cuando el cariño desaparece de la vida en común, cuando ambos cónyuges llegan a perder el respeto que se deben el uno al otro, tal vez por incompatibilidades debidas a la distinta formación o educación, es absurdo obligarlos a seguir viviendo juntos; además es hipócrita. En estas circunstancias se castiga por igual al inocente y al culpable; siendo la mujer, en la mayoría de los casos, la más perjudicada, pues el marido tiene las puertas abiertas para el adulterio con el asentimiento de la sociedad.
Por otra parte, al no tener derecho a iniciar una nueva vida, se condena a la mujer a la desesperanza. Es el divorcio el que le devuelve la libertad; este instrumento puede reparar situaciones anómalas. Obliga también a fortalecer la organización de la familia pues impide al hombre abusar de su predominio.
Se habla con frecuencia del desamparo en que pueden quedar los hijos y su frustración por la ausencia del cariño que necesitan en el ambiente familiar. Pero, ¿acaso es preferible que estos niños sean espectadores cotidianos de las reyertas y a veces insultos que se prodigan sus padres? ¿No es preferible que los hijos puedan encontrar un segundo padre o madre?
En cuanto al sacramento del matrimonio, principal argumento de la Iglesia Católica, es éste en realidad un dogma creado por ella, no establecido por Jesucristo, quien en el Sermón de la Montaña, se pronuncia en favor del divorcio. Más tarde, los Padres de la Iglesia estuvieron divididos sobre la cuestión, un grupo estaba en favor del divorcio —San Ambrosio entre ellos— y otro grupo en contra, entre los que se encontraba San Agustín. El dogma fue sancionado en 1563 en el Concilio de Trento. La Iglesia Griega no lo acepta y los protestantes sostienen lo mismo, basándose en el cristianismo primitivo.
Numerosos fueron los proyectos de ley de divorcio que se presentaron al Congreso de nuestro país; el primero de ellos tiene fecha de agosto de 1888 y fue presentado por el diputado Juan Balestra. Desde entonces, periódicamente se presentaron distintos proyectos hasta que en diciembre de 1954 se sanciona la ley. La misma fue derogada en 1956 por presiones de la Iglesia.
Creo que la ley de divorcio asegura la libertad individual de ambos cónyuges en el seno del hogar, pero por sobre todo emancipa a la mujer. Vale la pena recordar las palabras del Dr. Marañón: "Mientra no planteen este aspecto de su problema con valentía, nuestras feministas no habrán llegado a la médula de su inferioridad actual". Este pensamiento del gran médico tiene todavía plena vigencia.

7. En la educación. Esto es mundial, tanto es así que la UNESCO ha adoptado un programa de diez años para la promoción de la mujer en la educación. En Gran Bretaña, por ejemplo, los derechos económicos no llegaron junto con los derechos políticos. Estos últimos fueron obtenidos gracias a la acción de las mujeres de la clase media que siempre tienen más acceso a la educación que las clases populares.
   Por medio de la educación es que la mujer comprenderá todo el sentido de sus derechos y responsabilidades. Comprenderá que no puede ser simple espectadora ante las contradicciones de este mundo cambiante, integrándose a la actividad cívica y sindical del país. Comprenderá que, aparte de ser productora (la mujer de hoy se ocupa siempre de una actividad gananciable) también es consumidora, contribuyente y sobre todo ciudadana.
   Si bien concurre a las universidades y asiste a congresos científicos, todavía existen grandes sectores donde la mujer no se ha capacitado. Ello es urgente para terminar con la falta de oportunidades de empleo que origina discriminaciones odiosas. Necesita, además de una escuela primaria completa, una orientación profesional que le permita especializarse, a fin de poder acceder a puestos de jerarquía. Ello le daría seguridad en su lucha por la vida y le permitiría tomar conciencia de su responsabilidad social y cívica.
   Como dije anteriormente, este problema es, a mi juicio, de gran urgencia y la mujer debe esforzarse para que los gobiernos se interesen en buscarle una pronta solución.
8. No conozco en detalle el desenvolvimiento de los procesos de la emancipación política de la mujer, pero creo que la lucha por la igualdad de estos derechos contó siempre con la acción de mujeres valerosas que se entregaron por entero a sus ideales de justicia. Ya en el siglo XVII, Mary Astell promueve la emancipación política femenina; luego en la Revolución Francesa vemos a la mujer tomando intervención en las luchas para la transformación de la sociedad. Pero fue en el siglo XIX cuando la mujer irrumpe en la arena política de algunos países europeos y, en los Estados Unidos, reclamando la igualdad de derechos.
   Este movimiento tuvo su epicentro en Inglaterra, destacándose Emmeline Pankhurst y sus dos hijas, Christabel y Sylvia. Mrs. Pankhurst fue cofundadora en Londres de la "Women's Franchise League", logrando en 1894 el voto municipal para la mujer casada. Recién en 1919 se otorga en Canadá el voto a la mujer; en 1920 en los Estados Unidos; en 1928 en el Reino Unido y en 1945 en Francia para las elecciones municipales. Desgraciadamente todavía existen países altamente desarrollados, como la progresista Suiza (no me atrevo a llamarla culta) donde la mujer no goza del derecho al voto en algunos cantones.
   En nuestro país, las mujeres nunca han sido indiferentes a las luchas por la igualdad de los derechos políticos. A comienzos de este siglo se formó el Centro Socialista Femenino organizado por dos grandes luchadoras: Fenia Cherkoff y Juana Colombo. En 1905 se realizó un Congreso de Libre Pensamiento al que concurrió Alicia Moreau. Allí conoció a una anarquista española de gran temperamento y, a

su inspiración, Alicia Moreau (una jovencita que acababa de egresar de la Escuela Normal) presentó un trabajo tendiente a crear un movimiento feminista. Entre las mujeres notables que se incorporaron al movimiento se encontraban la Dra. Rawson de Dellepiane y la Dra. Sara Justo (Hermana de Juan B. Justo). Este movimiento no tuvo larga vida y en 1910 se organiza el Movimiento de las Universitarias Argentinas, presidido por Cecilia Grierson, quien fue la primera médica argentina. A este movimiento también se incorpora Alicia Moreau, que ya había ingresado a la Facultad de Medicina. Nuevos intentos con activa participación de mujeres socialistas corrieron igual suerte. Por fin, en julio de 1946 se aprueba el derecho al voto para todas las mujeres argentinas mayores de 18 años de edad.

ELENA GIL

1. Sí.
2. Pienso que la sociedad, como todo organismo vivo, no puede permanecer estática. Lo que, desde nuestro punto de vista, llamamos "reformas" se cumplirán sin duda dentro de las líneas de esa evolución que camina desde la nebulosa al espíritu. ¿Cómo podrían esos cambios no favorecer a la mujer, protagonista esencial del drama?
3. Creo imprescindible *toda* educación.
4. Personalmente no recuerdo haber sido desplazada por mi condición femenina. Quizá no me he dado cuenta. Pero conozco de cerca muchos casos en que se ha señalado explícitamente la circunstancia de ser mujer como "una contra" para obtener posiciones merecidas.
5. El aborto es sin duda problema de mujer porque la especie le ha dado a ella —y sólo a ella— la responsabilidad —la carga— de la gestación y el *dar a luz*. Si hoy todavía, metida sólo en el plano natural, la mujer resuelve desde él el problema —y ésta es una manera de decir, ya que en ese plano no hay problema que resolver sino sometimiento inmemorial— es de esperar que una mayor lucidez, aparejada a una mayor fuerza, la lleve a una maternidad consciente, etapa en la que asumirá el control de la natalidad con prescindencia de coacción social o legal alguna.
6. Pienso que una buena ley de divorcio es, por ahora, necesaria. (¿Hasta qué punto una ley —muy probablemente hecha sólo por hombres— puede arreglar o componer situaciones de una pareja?) Gran número de jóvenes, mujeres y hombres intelectualmente de calidad, empujados en muchos casos por asesores "psicólogos", se precipitan en conductas destructoras. Con frecuencia adultos, en pleno uso de un egoísmo primario, saltan toda valla renegando de un pasado libremente elegido y vivido. ¿Que todo esto no es nuevo y que lo que ocurre es que una mayor sinceridad devela la intimidad de los hogares? Tal vez. De todos modos, sentado que la convivencia es una de las formas, la más ardua, en que se prueba la condición humana, se ve bien que ésta es todavía azarosa y se halla en una etapa embrionaria, en la que se renuncia a la labor del esfuerzo bien intencionado y se busca el refugio del abandono y el fracaso.

7. Creo que el problema más urgente para la mujer, como para el hombre, es un problema de educación.
8. Sí, hay nombres inolvidables y hay un caudal infinito de criaturas anónimas cuyo quehacer ha permitido —como decía Virginia Woolf— que hoy nosotras hablemos de esto a cara descubierta. Sé también de infinidad de mujeres que todavía prefieren la servidumbre y la minoridad. "¿Los primeros países?... No recuerdo bien. ¿Tiene mucho interés? Sí, individualmente...

JULIETA GOMEZ PAZ
(Escritora)

1. Sí, y en nuestro país se han logrado mejoras en las que creo haber contribuido en algo desde el Centro de Cultura Cívica que presentó en enero de 1967 ante la Comisión de Estudio de Reforma del Código Civil, 13 enmiendas y derogaciones de las cuales 9 fueron aceptadas y especialmente se derogó totalmente el art. 3 inciso 2 de la ley 11.357 que decía en un agregado: "Se presume que el marido tiene mandato para administrar los bienes de la mujer sin obligación de rendir cuentas por las ventas o frutos percibidos, mientras que la mujer no haga manifestación de voluntad contraria inscripta en un registro especial o en el de mandatos si lo hubiera". *Eso* existía aún en 1967 en la ley aunque seguramente ya no en la jurisprudencia. Pero aún hay algo por conquistar: la patria potestad está totalmente en manos del padre sin siquiera tener en cuenta su ausencia como en otros países.
2. Creo que lo principal es aplicar las leyes vigentes y crear otras. Pero la verdadera reforma está en las costumbres. Es preciso terminar con la *idea* de la inferioridad de la mujer como se terminó con la *idea* de la esclavitud.
3. Es un arma de dos filos. Bien llevada desde el hogar es necesaria. Pero con el confusionismo educacional actual puede llevar al caos y al desenfreno.
4. No, porque soy escritora y otras pioneras me han abierto el camino. El arte y la literatura son los medios de expresión (diría los únicos) en los que no hay discriminación.
5. De los hombres que gobiernan de ningún modo. De la Iglesia y de las mujeres sí, pero no de una manera general sino estudiando cada caso. Las mujeres son las que toman las pastillas anticonceptivas y otras drogas que pueden serles fatales y así mismo se tratan si no tienen hijos, sin pensar en que esa deficiencia puede venir del hombre.
6. No, porque favorece principalmente al hombre que, si es rico o famoso, puede volver a casarse a cualquier edad, no así la mujer. Pero creo que puede haber más posibilidades de anulación por parte de la Iglesia, ya que se está modernizando.
7. Su principal problema es soportar los problemas sociales, la carestía de la vida, etc., y que no se le tenga en cuenta para solucionarlos. La misión de la mujer es eminentemente social y por lo tanto debe participar en la vida nacional a igual nivel que el hombre y muy

especialmente en los asuntos que atañen a dicha misión: Bienestar social. Salud Pública, que deberían estar totalmente en sus manos. La mujer es organizadora y lo ha demostrado en las sociedades de beneficencia y las organizaciones de voluntarias que marchan admirablemente y se van transformando a nivel social junto con la evolución natural.

8. Sí. Nueva Zelandia fue la primera en dar el voto a la mujer. Conozco la lucha de las sufragistas inglesas y todo lo que se hizo en nuestro país para conseguir el voto. La provincia de San Juan fue la primera en reconocer ese derecho a la mujer y la Dra. Emar Acosta fue la primera mujer argentina —y latinoamericana— que formó parte de una cámara legislativa. Dicha doctora tuvo que sostener una lucha denodada contra un medio agresivo que intentó impedir su incorporación. Así la diputada fue detenida dos veces en un mismo día.
En el plano nacional el voto pareció logrado por el capricho de Eva Duarte de Perón, cuando en realidad fue el fruto de muchos desvelos. Cuando se inició una campaña para darnos el voto como favor y concesión del gobierno, el Centro de Cultura Cívica junto con otros grupos de mujeres democráticas se opuso a ese regalo y así se consiguió esperar hasta que funcionara el Parlamento que sancionó la Ley del Voto Femenino (diario de sesiones de 1946), ya que nuestro país había firmado las Actas de Chapultepec y la Conferencia Internacional de San Francisco donde la mujer estaba incluida en idénticas condiciones que el hombre.

ADELA GRONDONA
(Escritora)

1. Los derechos se adquieren. La mujer podrá tener todos aquellos derechos adquiridos por sus categorías y posibilidades. Creo en la eficacia ontológica de los sexos: nada más.
2. Es indudable. El beneficio ya está dado por el solo hecho que hoy, una mujer, Indira Gandhi, maneja seiscientos millones de almas.
3. Va implícita en las transformaciones sociales que se proponen. Lamento como novelista la pérdida del poético mundo del misterio reemplazado por un anticonceptivo dibujado en un pizarrón. .....
4. Ninguno. Al contrario. Mi oficio fue un mundo de puertas abiertas, Familiar, editorial y amistoso.
5. Exclusivamente en las manos de la mujer, dentro de una regularización del Estado. En Suecia, los Tribunales Legales a este respecto son atendidos exclusivamente por mujeres.
6. Si existió en el Antiguo Testamento, ¿por qué no entre nosotros? Creo en otro tipo de sacramento.
7. En la cultura. Todavía hoy, en Latino América y otros países subdesarrollados, las propias mujeres son la valla para su transformación ideológica, cultural y política.
8. Pienso que en Francia y en la Revolución Francesa, lo mismo que en la Revolución Rusa, el papel de la mujer fue absolutamente definitivo. Contrario a lo que se piensa, en Estados Unidos el ma-

triarcado se sobrevive, impidiendo en algunos casos el progreso cultural de la mujer, reduciéndola al hogar de la oficina.

BEATRIZ GUIDO
(Escritora)

1. Indudablemente que la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre, puesto que participa de sus mismas obligaciones; actualmente, aunque pueda llegar a encumbradas posiciones en algunos casos, y haya sido aceptada en instituciones artísticas y científicas, los suyos son éxitos a medias, no ha perdido su condición de ser inferior —concepto, naturalmente, al que la sujetó una sociedad condicionada por los hombres—, y continúa su lucha por la equiparación de derechos y posibilidades. En muchos países —el último caso fue Suiza—, inclusive en los considerados más cultos de Europa, la mujer recién ahora está obteniendo el voto; y la ley le otorga una posición inferior en lo que hace a sus derechos jurídicos conyugales y maternales.
2. La sociedad humana está en proceso de cambio; ese cambio procura el imperio del derecho, la justicia, la libertad, condiciones dignas de trabajo y apertura educativas que permitirán que la cultura se transforme en una posibilidad "al alcance de la mano" para todos los sectores. Si se producen los resultados que todos esperamos, ¿cómo no habría esto de beneficiar a la mujer? Se verán satisfechos sus objetivos *primeros* y podrá dedicar su energía y su inteligencia a los *segundos*: convertirse en elemento activo del proceso de mejoramiento de la sociedad y el progreso de los pueblos. Las mujeres llaman a su intervención *colaboración*; los hombres, *competencia*: falta esperar a que estos aprendan que no somos nosotras las equivocadas; que no buscamos competir sino colaborar con ellos; que no existen superioridades de sexo. Pero, a la vez, tendremos que aprender que no basta con tener la razón y estar convencidas de ello, y habrá que continuar luchando para modificar la situación.
3. Sí, porque es una de las bases sólidas de la relación de pareja; hay que impartir una seria, definida y abierta educación sexual desde las escuelas, desde el seno del hogar, e inclusive desde la Iglesia; hay que destruir tantos tabúes que nacen de una anticuada, irreal y desacertada concepción del sexo; reconocer su importancia como "motor" del individuo, y devolverle la calidad que en distintas etapas de la historia del hombre ha tenido, en forma *real*: *no se* trata de endiosarlo, de ninguna manera. Lo ideal sería comenzar la educación desde los primeros años, para que el niño la asimilara como cualquier otro tipo de conocimiento, en forma natural y gradual.
4. Si bien yo he sido bastante afortunada en mi actividad periodística —en la literatura y en la traducción los inconvenientes son menores—, en mis comienzos debí soportar algunos ataques, ya que aún rige en nuestro país el concepto de que "la mujer ni sirve para el periodismo, y que su inclusión en una redacción de diario trae pocas ventajas y muchos inconvenientes, por lo que debe ser utili-

zada como colaboradora, o como redactora de revistas femeninas, únicamente".

Yo ingresé al diario "El Mundo", de Buenos Aires, como cronista; el mismo año fui promovida a redactora y luego a notera; a comienzos del segundo año, se me nombró jefa de la sección Culturales y se me dio la dirección del suplemento. ¡Ahí vinieron los problemas! A la semana me mandó llamar el director del diario, informándome que "en algunos medios se le había pedido dejara sin efecto mi nombramiento (?), al concederle la jefatura de una sección y la dirección de un suplemento importante —se trataba del literario— a una mujer". Nunca supe cuales eran esos "medios', y con la indignación del caso defendí mis derechos aunque me resignaba a aceptar su decisión para impedir problemas que, con satisfacción, debo declarar que nunca fueron originados por mis compañeros. La respuesta del director fue: "No se preocupe, que usted queda en sus cargos, le hice conocer todo esto para que se fuera entrenando, y supiera lo que le espera en esta actividad que usted abrazó con tanto entusiasmo".

Fue una buena lección; y acabé siendo aceptada por mis colegas masculinos de otras publicaciones, conquistando sinceras amistades hasta hoy, que mucho me enorgullecen. Continué en esas funciones hasta el cierre del diario, en 1968, (con un breve lapso durante el que, por cuestiones e intereses de la empresa, debí dejar el suplemento, para retomarlo algunos meses más tarde), e inclusive en algunos casos se me confió la redacción de editoriales sobre temas de mi conocimiento. Tuve en mis jefes y colegas de "El Mundo", en su personal gráfico y administrativo, excelentes amigos, colaboradores (en aquella época estaban en mi sección Jorge D'Urbano, Córdova Iturburu, Carlos Mastronardi, etc.) y consejeros, que me acompañaron y enseñaron todo cuanto sé de taller y de diagramación. Fue un hermoso diario, el único que aceptó mujeres en su redaccion, llegando a contar con dos jefes de sección, la señora Valentina, de "Femeninas", y yo de "Culturales", dos redactoras y una crítica, la señora Dora Lima, de "Teatro".

Lamentablemente el diario cerró y se perdió esa avanzada. Colaboro en varias publicaciones, soy colaboradora permanente en una, se dice que soy buena periodista, pero... no encontré ninguna redacción que repitiera la experiencia; puedo ser consultada, se me solicitan trabajos, pero nada más. Y repito que yo he sido de las más afortunadas.

5. Es un tema tan complejo que, él sólo, merecería ser tratado en un libro; en líneas generales creo que depende de la posición que tenga la mujer en materia de fe; quizá las autoridades deban intervenir en el asunto —por las implicancias en materia social, de salud, etc.—, pero de lo que no me cabe ninguna duda es de que la mujer debe tener voz y voto ¡y en forma preferente! en su tratamiento. Es la mujer, de acuerdo a su salud, su posición, sus recursos económicos y muchos otros aspectos del problema, quien debe decidir sobre el control de la natalidad, y aceptar los hijos que ella *quiera y pueda* tener; solamente ella debe decidir al respecto. Sobre

el aborto, repito, podrá tener influencia la religión, según la actitud que cada mujer asuma frente a ella.

6. Sí; no hay derecho a que dos personas que se equivocaron, o que simplemente dejaron de quererse, continúen unidas toda la vida, a veces odiándose, y en otras ofreciendo inconfesables ejemplos a sus hijos. Los católicos no aceptamos el divorcio, y obraremos en consecuencia; pero el país está compuesto por católicos y por quienes no lo son; ¿con que derecho nosotros vamos a obligar a los que no comparten nuestras creencias religiosas a una infernal vida conyugal?
   A veces es más moral el divorcio, que esos inventados casamientos en el exterior o que el adulterio más o menos disimulado. Lo único importante es señalar que el divorcio se otorgue en casos serios, y en los que no exista otra solución.
7. En el encuentro consigo misma; en obtener los derechos que le corresponden, no como una limosna o en forma incompleta, sino justamente como un *derecho*; y en aprender a usarlos. En constituir un elemento activo y bien capacitado para obtener ese "mundo mejor" del que tanto se habla y por el que tan poco se hace.
8. Toda mujer moderna debe preocuparse por saber cuál ha sido la lucha de nuestro sexo en los dos últimos siglos; yo lo soy, y he escrito reiteradamente sobre el tema, obviamente, lo conozco.

HAYDEE M. JOFRE BARROSO
(escritora)

1. Creo que la mujer debe gozar, en todos los órdenes sin excepción, de los mismos derechos que el varón. Como ser humano la mujer debe tener la posibilidad de actuar, triunfar o fracasar en cualquier actividad humana.
2. La sociedad actual necesita una profunda reforma pero los resultados de esa reforma serán positivos para la mujer si tiene por fin alcanzar un nuevo humanismo en la sociedad. La palabra reforma implica simplemente cambio y el cambio en sí mismo no significa necesariamente juicio de valor en cuanto a los fines en cuya búsqueda se emprende el cambio. Muchos de los actuales movimientos juveniles y adultos de protesta tienen su origen en un deseo de cambio, llevan en sí mismos un juicio sobre la sociedad contemporánea pero no es claro que tengan implícita una formulación teleológica; es decir que junto a la crítica exista una elaboración acerca de la sociedad futura.
   ¿Qué otro fin podrá tener la sociedad futura sino el de permitir al ser humano alcanzar su real dimensión dentro de la libertad y la responsabilidad? La mujer integrante de la sociedad humana, pues, no puede concebirse en la historia, es decir en el tiempo en el cual está inserto el futuro, una sociedad exclusivamente femenina o masculina (Díjose entonces Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella. Y creó Dios al hom-

bre a imagen suya, a imagen de Dios le creó y los creó macho y hembra..." (Génesis 1-26).

Si el ser humano en la sociedad reformada abandona las tristes y violentas manifestaciones de su propio yo, causa de la xenofobia del nacionalismo enfermizo, de los prejuicios de raza, religión, clase o sexo, entonces la reforma redundará en beneficio de la mujer y en ese caso también, la mujer liberada deberá abandonar a su vez los prejuicios que ella, por su ubicación en la sociedad, pueda tener respecto de los otros seres humanos. Porque en esta sociedad limitada y pequeña en la que vivimos también la mujer participa con los hombres de los otros prejuicios que impiden ver en todo ser humano ante todo a un prójimo (prójimo en la naturaleza y próximo en el existir), y elaborar a partir de esa base una relación comprensiva e inteligente con él.

3. También debemos aclarar en este caso qué debemos entender actualmente por educación sexual. Evidentemente en esta época el "misterio del sexo", con todas las connotaciones que esa expresión puede tener, es revelado, por lo menos en forma parcial, a los niños desde su segunda infancia. El cuerpo ha dejado de ser un mundo más o menos oculto y prohibido y ha pasado a ser objeto adorado, expuesto y utilizado (basta ver la proporción que ocupa el desnudo femenino en los medios de propaganda en esta sociedad de masas y consumo). Las relaciones sexuales prematrimoniales son cosa corriente y los anticonceptivos un medio más o menos común de solucionar los problemas que pueden producir las relaciones prematrimoniales o intramatrimoniales ,problemas no sólo físicos sino también psicológicos y morales. ¿Qué sentido debe tener entonces la educación sexual en esta época?

   Pienso que la educación sexual actualmente debe tener por finalidad desarrollar el sentido de la responsabilidad específica que al ser humano le corresponde por el irreversible hecho biológico de estar encarnado en uno u otro sexo. Es decir, manifestar, poner al descubierto cuáles son los derechos, cuáles son los deberes que derivan necesariamente de esa condición biológica, cuáles son las modificaciones que sobre el hecho natural provoca una psicología y una inteligencia humanas, cuál es el grado de prejuicios o de presiones sociales que pueden determinar conductas falsas; en suma, ayudar a encontrar la verdadera actitud psicológica que corresponde a cada sexo y a cada individuo dentro de su sexo.

   Un ejemplo de esto es el tradicionalmente heroico e irreprimible instinto materno; sería importante determinar en qué consiste dicho instinto, hasta qué punto las mujeres lo padecen fatalmente y hasta qué punto los hombres son capaces de compartirlo con las mujeres; y en cuanto a la capacidad para "ganarse el pan con el sudor de la frente", es decir lo que comúnmente se llama "lucha por la vida", convendría comprobar en cada individuo la real capacidad para afrontarla, para actuar fuera del hogar o dentro de él, y para asumir las responsabilidades que surjan de cada tipo de actividad. El cambio de actitud de la mujer en los últimos tiempos, su tendencia cada vez más manifiesta a trabajar fuera del hogar, a buscar ocupaciones similares a las que hasta ahora habían realizado los

hombres (y no como actitud de rebeldía personal sino como proceso de carácter social), demuestra que la mujer no está naturalmente limitada para las tareas que tradicionalmente se han considerado como específicamente masculinas.

Muchos otros ejemplos podrían darse del cambio profundo de actitud en la mujer y en el hombre respecto a los así llamados "femenino" o masculino".

Creo que lo que importa destacar de todo esto es que la educación sexual debería abarcar los dos aspectos fundamentales en los cuales se manifiesta el sexo en el ser humano: lo básicamente biológico y sus consecuencias hasta ahora inmodificables, y lo psicológico que sí es un amplio campo que debe ser investigado, iluminado y explicado objetivamente.

4. Sí los he encontrado: desde el profesor de la Facultad de Derecho que trataba de aplazar sistemáticamente a mujeres y judíos, hasta el individuo que con actitud paternalista explica cosas obvias o adopta un aire de condescendencia que sólo desaparece cuando se demuestra objetivamente y en forma reiterada que se está capacitada para salir de la cocina o de la *nursery*. Por supuesto que el aire paternalista es lo menos importante, lo que interesa es la actitud psicológica que lo causa y las consecuencias prácticas que acarrea; con fundamento se puede suponer que puesto ante la disyuntiva de una elección entre un individuo de su propio sexo y uno del contrario se inclinará fatalmente hacia aquél que representa al propio, dado que: "lo tradicional, lo corriente es que esos cargos sean ocupados por hombres..." o "aún las mujeres no están capacitadas para ocupar esos cargos...", etc. Sin embargo creo que éste es un problema básicamente histórico, que las nuevas generaciones de hombres consideran a la mujer como su igual, su amiga y compañera. Creo que dentro de algunos años, cuando los jóvenes actuales puedan ocupar cargos desde los cuales se deciden los asuntos públicos la situación de la mujer cambiará totalmente.

   Podrá objetarse que en ese caso la solución del problema se produciría por la vía masculina, que no sería la mujer la autora de su propia liberación. Es verdad. Pero dado que la estructura básica de nuestra sociedad, de todos los grupos humanos sin excepción, se basa en la fuerza y no en el derecho equitativamente reconocido al que es un igual, salvo en lo que a la fuerza se refiere y dado que el hombre es el que detenta la fuerza, será muy difícil que la liberación de la mujer pueda llegar por otra vía que no sea la de un cambio de actitud del que significa fuerza: el hombre.

   Pero basta recordar la actitud que tenían los hombres hacia las mujeres hace 30 años, o menos quizás, para comprender que en ese cercenamiento *a priori* e injusto de las posibilidades de media humanidad (y así debe encararse el problema de la liberación de la mujer) se han producido grandes cambios.

5. Creo que hay que distinguir entre el aborto y el control de la natalidad.

   El aborto es un hecho incriminado en la sociedad occidental (salvo excepciones) en forma casi unánime. El aborto tiene como finalidad generalmente impedir que las consecuencias naturales de un acto

realizado con mayor o menor capacidad de discernimiento (ignorancia, o pasión física) pueda determinar el futuro de una vida (o de dos o de tres). El aborto es una consecuencia no querida, no ha habido cálculo previo. La mujer lo elige (y muchas veces la pareja) porque no está dispuesta a asumir todas las responsabilidades, limitaciones y compromisos que significa un hijo. No creo que la ley pueda aceptar el rechazo de una responsabilidad de esa índole. Por otra parte países donde el aborto no está incriminado han estado y están gobernados por hombres (el caso de Suecia) y también se da la situación contraria.

El control de la natalidad, por el contrario, se produce por un cálculo previo, como consecuencia de una decisión en la cual la mujer o la pareja eligen un futuro al negarse a otro, pero en esa elección no hay daño a una vida potencial.

Desde el punto de vista social el control de la natalidad y el aborto (en ese aspecto son similares) son medios para regular la política demográfica. Países con amplio territorio y escasa población difícilmente permitirán el aborto o propiciarán el control de la natalidad, países con exceso de población probablemente lo harán, salvo que traten de utilizar su superpoblación como un elemento de fuerza en la política internacional. En estos casos el interés general se impone al interés privado y, por supuesto, será igual que esos Estados sean gobernados por hombres o mujeres, ya que una mujer gobernante no podría ir contra el interés general de la nación. Supongo, por otra parte, que el problema del aborto disminuirá con el tiempo pues los anticonceptivos y el nuevo enfoque de las relaciones sexuales conducirán a su desaparición progresiva.

En cuanto a la actitud de la Iglesia, no creo que el problema tenga relación con el sexo de los sacerdotes sino con la concepción de la vida terrena del ser humano. Al revalorar la existencia física y social del hombre, la Iglesia se ha replanteado el problema del control de la natalidad sobre el cual no hay aún acuerdo unánime.

Por otra parte, creo que la paternidad incumbe tanto al hombre como la maternidad a la mujer. El hijo es un elemento tan determinante en la vida del hombre como en la vida de la mujer. Pensar lo contrario sería limitarse al plano meramente biológico en el cual sólo interesa que el espermatozoide fecunde el óvulo, pero la gestación, la crianza, es decir el nuevo ser quedan a cargo exclusivo de la hembra. En el caso de la sociedad humana no ocurre así. La estructura del derecho de familia está basada en la idea del padre jefe de familia, de la esposa y del hijo legítimo producto probado de esa unión voluntaria (el hombre busca su descendencia y se busca en ella) cuyas obligaciones son compartidas por ambos cónyuges. El derecho afirma (o trata de afirmar) por todos los medios la supervivencia de la familia a través de la descendencia, del hijo legítimo (legitimidad más amplia que la que surge del hecho de haber nacido de un matrimonio consagrado por la ley, que tiene su fundamento en el hecho de descender carnalmente de un padre determinado) y la ley reconoce y protege esa legitimidad natural.

El hombre intenta a través de una creación intelectual (el derecho)

salvar su deficiencia natural. Por razones físicas la única e indiscutible legitimidad es la de la madre: para la madre todos sus hijos son legítimos, a todos los ha concebido y parido. El hombre puede tener dudas, la legitimidad en el caso del hombre se basa en un acto de amor y buena fe por parte de la mujer. El hombre establece entonces la ley, rodea la concepción, la duración del embarazo. el momento del parto, de precauciones encaminadas a asegurarse que ese hijo es el producto de sus entrañas, es su descendiente indiscutible, indiscutible para otros pero sobre todo para él mismo. Nuestro Código Civil (inspirado en Códigos europeos) es un claro ejemplo de esa estructura legal destinada a suplir en el hombre una deficiencia insalvable: la posibilidad de que en su cuerpo se lleve a cabo la gestación de su propio hijo.
Quizás en el fondo de la actitud masculina hacia la mujer exista cierto rencor ancestral por no poder compartir con ella la totalidad de la creación de un nuevo ser humano.

6. Negar la necesidad del divorcio es negar la posibilidad del error en la elección de la pareja y el derecho a vivir la vida privada con libertad y responsabilidad.
El matrimonio sólo puede existir si está basado en el amor recíproco (amor que no tiene forzosamente que estar basado en el amor físico, tal el caso del matrimonio de Gandhi) pues en caso contrario deja de ser "la unión del marido y la mujer y la fusión de toda vida y comunicación del derecho divino y humano". Cuando la comunicación de lo divino y lo humano no existe o ha dejado de existir ¿qué valor puede tener ese vínculo tan complejo y en el cual se dan tantas posibilidades de construcción o destrucción recíprocas?
7. Considero que el problema más urgente de la mujer (y el del hombre) como ser humano es el de conocerse a sí misma.

ALICIA M. JUSTO
(Abogada)

1. Absolutamente, sí.
2. Creo que la sociedad actual necesita una reforma total planeada sobre la realidad que estamos viviendo, y previsiblemente sobre la que vamos a vivir. Un aspecto de esa reforma es el atingente a la mujer. En tal sentido, la reforma debe redundar en beneficio de la mujer en cuanto a ubicarla en el lugar de derechos, obligaciones y responsabilidades que le corresponden.
3. Sí, imprescindible. La no educación sexual significa una forma de desprotección del ser humano.
4. Personalmente, no. En mi carrera —las letras, la docencia— los impedimentos que haya podido encontrar los considero comunes para el hombre y la mujer. O por lo menos, personalmente, no.
5. Creo que las leyes que rijan el control de la natalidad y el aborto deben ser motivo de un *profundo, realista y humano análisis y*

planteo, en el cual intervengan hombres y mujeres; y que el resultado de esa acción sea el de posibilitar a toda mujer adulta la elección y solución personal en un problema que le concierne directamente, puesto que es la mujer quien da a luz y cría a los hijos. Dentro de la tónica dada a la pregunta Nº 2, la mujer no puede sino ser agente activo de su propio destino.

6. Sí. No creo de ninguna manera en la perduración de vínculos que no se basen en un mutuo acuerdo de amor y afecto. Pero el divorcio debe ser reglamentado para que cada ex-cónyuge cumpla en la medida en que le corresponde.
7. El problema más urgente de la mujer es bifronte: una cara está en ella misma; la otra, en la sociedad y sus reglamentaciones, costumbres y, o, realidades. Como punto de partida para la solución de sus problemas, la mujer debe ubicarse en el mundo en el lugar que le corresponde.
   Capacitación —en el orden pertinente en cada caso— femineidad, pero no exacerbación de la sexualidad. Debe aspirar a lo que lícitamente le corresponde dentro de las características de su sexo y de acuerdo con su capacitación. El problema de muchas mujeres es que juegan a ser *mujeres* y después exigen reivindicaciones masculinas. Esto posibilita entonces, en el hombre, el concepto de que la mujer no es su par. Y éste es el segundo problema: la sociedad todavía admite que la mujer gane menos que el hombre, las leyes no la amparan en la medida necesaria, etc. Creo, además, que el grande y angustioso problema de muchas mujeres de la clase proletaria y media (en sus distintos sectores) es que la mujer todavía no tiene vida propia; su vida propia es una especie de "filial", a menudo postergada, de su carácter de esposa y, o, madre.
   El problema más urgente de la mujer, pues, es capacitarse para poder intervenir en el planeamiento de la sociedad en que debe vivir.
8. Honestamente debo confesar que mis conocimientos al respecto no son muy precisos. Estoy enterada, por supuesto de la lucha de las mujeres inglesas en el siglo pasado. Creo que también las francesas. No sé cuáles fueron los primeros países en reconocerlos y desconozco los límites.

Me parece muy interesante la encuesta, y necesaria. Por lo pronto, me induce, desde ya, a averiguar lo que no sé. Muchas gracias.

MARÍA HORTENSIA LACAU
(Escritora)

1. Ya que en muchas circunstancias tiene las mismas obligaciones, debe poder usar de los mismos derechos cuando sus responsabilidades lo requieren.
2. Sí, porque todo modo de vida cambia y evoluciona naturalmente.

Negar este hecho sería como negar que el mundo es redondo. Por lo tanto la sociedad actual necesita esa reforma donde la mujer pueda ampliar sus funciones (de lo que es capaz, como lo ha probado) y por lo tanto sus derechos, para el desarrollo total de su capacidad, y para el mejoramiento de la sociedad.

3. Sí.
4. El oficio de escribir es libre. Acaso esa ha sido una de las causas por la que lo elegí. No obstante sé de mujeres capaces que no han ocupado el puesto diplomático (digamos por caso) que les correspondía por vocación, conocimientos y capacidades, solamente por el hecho de ser mujeres. También conozco empresas que pagan menores sueldos a la mujer que al hombre, sin discernir los rendimientos por capacidad y creatividad.
5. Creo que todas las leyes que atañen a la mujer deben estar regidas por mujeres capacitadas. Hoy en día la mentalidad de la mujer está, por sus estudios y cultura, preparada en las mismas condiciones que la del hombre. Pero la mujer, por su naturaleza esencial, está más en armonía con ciertos elementos cósmicos; por lo tanto es la indicada para resolver todo lo que concierne a esos elementos que la atañen directamente, y regir el balance entre naturaleza y sociedad.
6. No soy partidaria de la mentira ni de la hipocresía. Sí, de la tolerancia, la comunicación y la cortesía elemental en las relaciones humanas. Cuando en una pareja ya no existe el amor y la amistad, es preferible una separación antes de transgredir el respeto.
7. En el respeto que la sociedad debe a la maternidad. También en que la mujer tenga condiciones propicias en su trabajo, es decir, la posibilidad de aportar toda su capacidad a las actividades a que la lleva su vocación.
8. Me interesan mucho las luchas de esas mujeres pioneras. Admiro a Mrs. Pankhurst y sus compañeras, esas inglesas que se sacrificaron por la suerte de todas las mujeres del mundo en las generaciones futuras, protestando y luchando contra leyes injustas hechas por los hombres y corriendo toda clase de peligros y vejaciones, incluso la del ridículo, por lograr el mejoramiento en las condiciones de vida de la mujer. Sé de otra de estas primeras luchadoras por una causa que en esa época parecía perdida. Hablo de Etta Lubina Johanna Lambert, en tiempos de Napoleón III. Esta holandesa llegó a París, inflamada de ideales, sólo para luchar por la mujer oprimida de entonces. Etta Lubina era una mujer agraciada y muy femenina. Entregó todo su entusiasmo y valor a la liberación de la mujer, a pesar de haberse enamorado de un imponente húsar. Pero sus sentimientos no impidieron que cumpliera su destino de precursora. Con arengas, panfletos y discursos hizo mucho por esa causa generosa que después ampliarían las valerosas inglesas. Y lo importante es que todas ellas lucharon por algo esencial para el ser humano, sea cual sea su sexo: la libertad de discernimiento.
No estoy enterada de cuáles fueron los primeros países que recono-

cieron los derechos de la mujer, pero la palabra "límites" ya me parece lamentable.

LUISA MERCEDES LEVINSON
(Escritora)

1. Creo que, cuando el plano es el mismo, o equivalente, la mujer debe gozar de los mismos derechos que el varón. Pero la mujer tiene, por índole física, planos específicos, y en ellos debe gozar de sus propios derechos: el derecho, por ejemplo, de comenzar, continuar o interrumpir una maternidad y todos los derechos derivados de esta función así como aquellos que debieran derivarse cuando realiza tareas del hogar: derecho a un sueldo, al descanso diario, al descanso semanal y a las vacaciones. ¿Cuándo veremos el contingente de madres partir para la playa, el campo o la montaña a reponerse de su servidumbre dorada?
2. Creo que la sociedad actual necesita reformas y que ellas deben redundar tanto en beneficio de la mujer como en el del hombre.
3. Sí; la considero indispensable, así como la "conciencia" sexual. Una educación sexual que no concluyera en conciencia sexual sería educación a medias. Paso a paso, quizá, se llegaría a adquirir incluso "conciencia demográfica" y, con ella, conciencia de Humanidad.
4. Disfruté del privilegio de educarme desde la infancia en escuelas, colegios, institutos, universidad mixtos. Moverme en ambientes sexuados fue lo natural para mí. Solo tuve —y tengo— que luchar como ser humano, pero no como mujer.
5. Creo, ay, que la humanidad está inmadura para resolver el problema de control de la natalidad, tan urgente, sin embargo. Si el planeta no se ha desintegrado para entonces, es probable que Iglesia y gobiernos acaben aceptándolo una, planeándolo inteligentemente los demás. Hasta ese momento, y después de él, de todas maneras, pienso que el aborto debe dejar de ser tabú para entrar en la categoría de una operación quirúrgica más, tanto más simple cuanto más francamente se la encare. Nadie se espanta cuando el jardinero troncha yema y ramas para que la planta crezca (*s'épanouisse*) mejor.
6. Sí, lo soy. He necesitado divorciarme una vez. Luego me he vuelto a casar.
7. Debe autoliberarse y dejar de hacer trampas para compensar su circunstancia que el hombre ha determinado a través de los siglos, claro que con su complicidad. Es decir, debe alcanzar la mayoría de edad interna. Pero quizá esto lo está logrando ya la muchachita que apunta en el horizonte.
8. Sí, estoy enterada, aunque no a nivel de especialización.

JORGELINA LOUBET
(Escritora)

1. Sí.
2. Sí.
3. Sí y también libertad sexual.
4. Terribles. He luchado contra los hombres siempre y a menudo contra las mujeres que por incapacidad, timidez, gazmoñería o estulticia ponen en juicio y toleran mal la actividad de una mujer liberada por su trabajo. Siempre con los hombres que aún creen a la mujer un objeto de consumo en el mercado y en el mejor de los casos una compañerita simpática (o espléndida según los tipos) pero compañerita al fin, siempre en otra escala.
5. En manos de hombres y mujeres porque los hijos no se tienen sola sino en pareja.
6. Sí, con muchas restricciones.
7. En sí misma. Solo liberándose desde adentro, actuando con seriedad y dejando de gozar de su *status* vegetal (que a menudo le es muy placentero) la mujer será un ser completo. De lo contrario cualquier ley es inútil.
8. Estoy enterada naturalmente. Sí, señor. Pero entre todas admiro a las sufragistas inglesas porque supieron actuar desentendiéndose del peor de los riesgos: el ridículo y el permanente desprecio de los hombres por las mujeres que no son ni jóvenes ni bellas.

MARTA LYNCH
(Escritora)

1. Entiendo que el sexo no debe hacer diferencias, en ningún plano, en lo que se refiere a derechos, claro está que todo derecho tiene su correlativo deber. La idea de que la mujer por ser tal debe estar desposeída de ciertos derechos es caduca como la que limita el derecho de los hombres por razones de raza, de cuna, de poder adquisitivo o de cualquier otro elemento contingente. El que se pueda o no ejercitar la totalidad de los derechos depende de hechos que acceden o no a las oportunidades y ésta es la dimensión que hace las grandes diferencias de la vida.
2. Creo que la sociedad actual es el exponente de una cultura que inmersa en la evolución inexorable traerá modificaciones que redundarán en beneficio de todos.
3. Sí. Nuestra generación no recibió prácticamente ninguna información al respecto, ello perjudicó la formación que debe ser armoniosamente completa y determinó en consecuencia ignorancia y prejuicios. La educación sexual es necesaria por la simple y sencilla razón de que es el conocimiento de algo que integra al hombre, ello no significa que se le deba poner un acento que no lleva, en detrimento de otros aspectos.
4. No he encontrado impedimento en mi carrera por el hecho de ser mujer. En el caso de la Bioquímica, disciplina que ejerzo, no creo

que se presente inconveniente por asunto de sexo. Quizá en otras profesiones o tareas se sufran algunas desventajas que tienden a desaparecer.

5. Creo que las leyes que rigen estos dos problemas no pueden ser el resultado ni de un sector confesional, ni del pensamiento de hombres informados científicamente, ni del sentir y pensar de las mujeres que lo padecen a nivel personal; se trata de algo sumamente complejo porque tiene implicancias científicas, jurídicas, religiosas y filosóficas y cada una de estas disciplinas matiza y condiciona el problema. A mi juicio es más espinoso el problema aborto porque, aun desbrozado de su contexto religioso-filosófico, queda el aspecto científico muy difícil de resolver. En cuanto al control de la natalidad creo que es un derecho que se abre paso con enorme resistencia porque en él está implícito un aspecto del libre albedrío, quizás uno de los más entrañables del ser racional pensante.
6. El divorcio es consecuencia y no causa del quebrantamiento del matrimonio, es pueril invertir los términos. Si el matrimonio como acto jurídico está legislado prolijamente en la ley civil, no hay razón alguna para que esta misma ley no prevea el remedio ante su desquiciamiento. Oponerse a la ley del divorcio es cerrar los ojos a una realidad que se impone: la ley debe estar al servicio del hombre y no éste al servicio de aquélla. Las grandes víctimas del divorcio suelen ser los hijos, pero éste es otro problema.
7. En mi opinión, lo más urgente es lograr el equilibrio de la vida haciendo un manejo armónico: por un lado de todos los derechos que nos competen y como contrapartida asumiendo todas nuestras obligaciones sin esperar concesiones. A su vez, no olvidar que si nuestra especie es humana, nuestro género es femenino y en consecuencia no distorsionar nunca nuestros propios caracteres, recordando que tenemos asignado por la naturaleza un "rol protagónico", el de madre, en cuyo desempeño se debe poner lo mejor del conocimiento y del alma.
8. Naturalmente conozco las duras luchas que libró la mujer para que se reconocieran sus derechos. Los países que marcharon a la vanguardia en estos problemas fueron Inglaterra y Francia.

ADELA A. MARTÍNEZ CANAVERI
(Científica)

1. Creo que la mujer debe tener en todos los planos los mismos derechos que el varón.
2. Creo que la sociedad actual necesita mejorar, tanto en el plano de sus instituciones como en el personal. Creo que el cambio está en marcha y que redundará en beneficio de la mujer y de todos los seres oprimidos. Lo que no sé es cuánto tiempo llevará.
3. Creo que la educación sexual debe darse de la manera más natural

en los hogares. Pero para que haya padres que puedan enseñar sin tensiones ni prejuicios cómo funciona el sexo y qué papel desempeña en nuestras vidas, es preciso que haya un cambio profundo de mentalidad. Hasta tanto se realice, serán útiles los recursos de educación sexual que puedan impartir todo tipo de instituciones educativas.

4. Por el hecho de ser mujer, encontré fundamentales impedimentos en mi carrera y en mi vida. No se trataba de una discriminación abierta o de prohibiciones tajantes. Se trató de toda una concepción de la vida tácitamente aceptada por los círculos en que me crié, que especificaban qué era lo que correspondía y qué lo que no correspondía hacer a una mujer. Eso me impidió tener una clara comprensión de mis capacidades. Tuve que luchar muchísimo, contra los prejuicios ajenos y contra mi propia minusvalía (y también contra su contrapartida lógica, mi rebeldía) para demostrar que era capaz de desempeñarme en tareas que requerían condiciones humanas, sin especificación de sexo. Aclaro que una vez que hube y me hube demostrado que era capaz, la lucha cesó. Terminado mi conflicto interno, me hice respetar y nadie cuestionó mi capacidad por el hecho de ser mujer.
5. Creo que las leyes que rigen el control de la natalidad y el aborto deben ser hechas tanto por los hombres como por las mujeres, porque el tener hijos es cosa de ambos sexos.
6. No soy partidaria de que se divorcien las parejas, porque un fracaso matrimonial es una frustración difícil de superar. Pero, dado que el fracaso matrimonial es una realidad, considero absolutamente indispensable una legislación moderna que facilite a las parejas que no pueden continuar la vida en común la disolución de su vínculo, de la manera menos dolorosa y más digna a que pueda llegarse. En la Argentina se ha dado un tímido paso al implantar el divorcio por mutuo consentimiento, pero es necesario que se establezca de una vez por todas el divorcio vincular, para terminar con la farsa legal a que se apela ahora cuando se quiere dar un viso de legalidad a lo que según nuestras leyes sigue siendo (me refiero a una segunda unión) concubinato.
7. Adquirir la capacidad suficiente (a través de la educación) para poder realizarse a la vez como esposa y madre y en cualquier carrera que elija. Esta capacitación la llevaría a tener una clara conciencia de sus derechos civiles, políticos, sociales, etc. y la impulsaría a utilizarlos, cosa que en la actualidad hacen solamente una minoría de mujeres en nuestro país (y en casi todos los países).
8. Estoy enterada, de manera general, de la lucha de la mujer por sus derechos en los siglos XIX y principios del XX. No recuerdo el orden cronológico. Sé de las batallas que libraron las sufragistas inglesas y las norteamericanas. Sé que se les otorgaron derechos políticos. Sé que los derechos políticos no son suficientes, porque todavía restan por conquistar derechos laborales y sociales, amén

de una equiparación con el hombre en cuanto a derechos civiles (por ejemplo, patria potestad).

MARTHA MERCADER
(Escritora)

1. No. Aunque la mujer desde hace tiempo viene manteniendo una lucha permanente en la conquista del reconocimiento de todos sus derechos, como persona humana y en el libre ejercicio de los mismos, en los diversos campos del quehacer nacional:
   a) en el aspecto cultural, donde es centro y eje afectivo de la familia como educadora y colaboradora del hombre;
   b) en el aspecto económico, como administradora del hogar (verdadero valor como colaboradora de la grandeza nacional). Pero no debe bajo ningún concepto restar al varón la enorme responsabilidad que le incumbe en la tarea de asegurar la subsistencia, el futuro de las personas a su cargo, o tomar las decisiones fundamentales que hacen a su condición de hombre responsable frente al hogar.
2. Sí. La sociedad actual irreversiblemente necesita la reforma de sus viejas estructuras en todos sus aspectos, adecuándolas a las necesidades imperiosas de nuestros tiempos, pero fundamentalmente para que sus resultados redunden en beneficio de la mujer conjuntamente debe elaborar nuevas fórmulas que esencialmente, estén dirigidas al reconocimiento de los indiscutibles derechos de las mujeres, promocionándolas en todas aquellas medidas sociales que tiendan a mejorar sus condiciones culturales, familiares, espirituales y laborales y dando legalmente plena vigencia a las mismas.
4. Sí. La educación sexual unida a una educación de la afectividad debe favorecer la perfecta integración del espíritu, del corazón, de la carne y de la razón, estar por encima de las necesidades de satisfacer los instintos.
4. Sí. Denodadamente. En todos los tiempos han existido factores negativos para la mujer. Se lucha contra un sistema de cosas. (Falta de posibilidades, posibilidades ambiguas, círculos estrechamente cerrados, ambiciones personales, egoísmos.)
   ¿Contra quién? Siempre es anónimo el enemigo.
5. Entiendo y creo que las mujeres deben opinar con claridad meridiana sobre estos problemas inherentes a su propia persona y buscar soluciones justas al real problema que las aflige, logrando leyes humanas acordes a su naturaleza.
6. Sí. Cuando los auténticos valores morales, afectivos, espirituales, se han destruido en alguno o ambos protagonistas, es insostenible la unión; atenta contra el derecho a la tranquilidad o felicidad, atenta contra la armonía.
7. En la tranquilidad social y espiritual que le depararía encontrar un buen compañero, y sin dobleces, auténtico, para compartir la vida y realizarse plenamente como esposa y madre.
8. 1601 — Inglaterra.
   La Reina Isabel dicta en Inglaterra la primera ley para los pobres (de alcance nacional).

1897 — Se transforma esta ley en subsidio por invalidez, vejez, enfermedad y maternidad.

1761 — Carlos III crea el 20 de abril de 1761 el Montepío Militar con el objeto de ayudar a las viudas y a los huérfanos de las clases militares

1883 — 15 de junio. La primera ley alemana contempla únicamente las enfermedades de los trabajadores de la industria, dos años después fue extendida a los trabajadores del comercio y la agricultura y, en 1889, a todos los asalariados.

1884 — 6 de julio. Al seguro de enfermedad sigue el seguro contra accidente en cuanto a los trabajadores de la industria, extendido en 1886 a los trabajadores agrícolas, y un año después a los marinos y a los trabajadores de la construcción.

1911 — Se agrega el seguro de muerte y se recopilan todas estas disposiciones en un Código Federal de Seguros Sociales. (Sara Aznar Gener, Los Seguros Sociales en Alemania, Rev. Esp. de Seguridad Social, 1950, Nº 7-8, pág. 1017.)
Únicamente después de la primera guerra se pagan en la mayoría de los países subsidios por maternidad.

Argentina

1926 — Ley 11.357. Dio igualdad civil a la mujer, fue la propulsora de la idea Celina Morgan de Lauth, reglamentando además el horario de trabajo.
La Ley 11.357 le permite a la mujer ejercer toda actividad lícita sin pedir por ello permiso al marido.
Ley 11.933, el 29 de setiembre de 1934 (Seguro Obligatorio para Maternidad).

Leyes: Trabajo de Mujeres
Ley de la silla
Trabajo a domicilio
326/56: Servicio doméstico

Ley 13.010, setiembre de 1947. Reconoció a la mujer los mismos derechos políticos que al hombre. Hoy puede votar y ser elegida en las mismas condiciones. Desde 1951 en que votó por primera vez participa la mujer en la elección de los gobernantes.
10 de diciembre de 1948. Declaración universal de los Derechos del Hombre. "Toda persona tiene derecho a... seguridad en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes a su voluntad", etc., etc.

TITA MERELLO
(Actriz)

1. Sí, creo que la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre, en todos los planos; mientras acepte las mismas responsabilidades.
2. La sociedad actual necesita una reforma, y por lógica tendría que redundar en favor de la mujer puesto que hasta ahora es la que ha tenido menos beneficios y más obligaciones.

3. Más que necesaria, diría que es imprescindible la educación sexual, pero tendría que ser comenzada por los padres y ampliada en la escuela.
4. Hasta ahora no he encontrado impedimentos en mi trabajo por el hecho de ser mujer. Tuve algunos problemas cuando empecé a trabajar porque en mi familia las mujeres se dedicaban exclusivamente a la casa. Pero superada esa etapa, la lucha que tuve fue solo conmigo misma, es decir la lucha para tratar de hacer bien algo que me encantaba.
5. Las leyes que rigen el control de la natalidad y el aborto tendrían que estar en manos de los médicos y los sociólogos —sean ellos hombres o mujeres— pues ni la Iglesia ni el gobierno tienen participación directa en el problema. Por sobre todas las cosas, creo que al margen de las leyes, los únicos que pueden decidir en esos casos son las parejas — el hombre y la mujer juntos deben afrontar un problema de trascendental importancia en su vida.
6. Sí.
7. En la ubicación de un mundo que para ella es nuevo, y no caer en extremismos.
8. La mujer lucha por sus derechos desde la época de los romanos; a fin del siglo pasado, las sufragistas fueron las primeras en pedir derechos legales y en exigir participación en la vida política del país.

MÓNICA MIHANOVICH
(Periodista)

1. La diferencia de sexos marca caracteres psíquicos-físicos, pero no esencialmente espirituales. La distinción hombre-mujer no es causada por diferencia específica.
   El hombre se distinguió siempre por la magnitud de su fuerza física; y por razones históricas le estuvo dada la oportunidad del desarrollo intelectual.
   La fuerza muscular es suplantada cada vez más por el desarrollo del uso de la técnica. El mundo del futuro necesitará la aplicación masiva de las aptitudes intelectuales. La conceptualización de los conocimientos técnicos, de las ciencias, de las artes, de la política, de la economía, y toda otra manifestación racional, nacida de la entidad "persona", puede ser compartida, practicada, aprendida, sabida, hecha, por el ser humano hombre o mujer. La práctica más opuesta a la condición del carácter femenino es el arte militar y bélico.
2. Es urgente. Pero pasará aún mucho tiempo antes de que la mujer nivele su condición, para compartir, en igualdad de derechos, las prerrogativas inherentes al hombre. Y el mundo, al estar legislado por él, retarda el cambio fundamental que necesitamos.
3. Muy necesaria. Se debe despertar la conciencia de las obligaciones que engendra una función natural, y elevar esta función al plano del conocimiento físico-moral para responsabilizar a los futuros padres del destino de los hijos.

Los jóvenes deben comprenderse en la integridad del ser, en la unidad indisoluble cuerpo-alma. De modo que el acto sexual esté traspasado por la función del espíritu, y no se realice solamente como una acción sensitiva sin trascendencia para la especie.

4. Sí. Pertenezco a una familia provinciana campesina, moldeada en costumbres tradicionales.
   Desde pequeña sentí la diferencia que me ponía en situación de inferioridad con mis hermanos varones. Especialmente en los estudios, mientras me sometían al aprendizaje de las habilidades hogareñas.
   Tuve que hacer grandes esfuerzos para superar etapas, fuera de la edad correspondiente, para realizar mis estudios primarios, secundarios y universitarios.
5. No debe dejarse de lado la creencia del principio "vital divino" que rige la relación procreacional de la pareja. Y que inhibe de eliminar un embrión, el cual contiene ya toda la potencialidad necesaria para desarrollarse en plenitud. El aborto lo considero un crimen.
   Este problema concierne a todos, gobernantes y gobernados. Entiendo por gobernantes a los que integran los destinos sociales de un pueblo, dirigen y hacen sus leyes. De modo que no debe ser privativo del hombre solamente regir a la sociedad, cuando está integrada por el binomio mujer-hombre que constituyen el equilibrio armónico de las relaciones, para el progreso de una civilización. Por ahora es utópico el principio de incluir a la mujer entre los "gobernantes". Pero sí la cuento entre los gobernados. Él y ella, hombre y mujer constituyen el núcleo del hogar y son los protagonistas directos de la nueva vida por ellos engendrada, desde el momento de la fecundación de ésta.
6. La incompatibilidad puede volverse intolerable y entonces es necesaria la separación, para evitar males que atentan contra la paz del hogar y el equilibrio de la familia.
   El ideal para una vida sin traumas en el futuro es el de la pareja indisoluble.
   Insisto en que se deben profundizar los conocimientos de los lazos matrimoniales, para responsabilizar a los cónyuges de las funciones del hogar. Este debe formarse no solo con el amor, sino con una voluntad consciente, que lleva implícita los principios de un respeto mutuo, el uso de una libertad individual, la comprensión, la amistad y todos los valores necesarios para afrontar el mundo, integrándose a él, como miembros constructivos
7. En su educación. Debe asumir los fundamentos humanos y despertar a la realidad de "persona" para que desarrolle la dinámica de una moral autónoma. Hacerla consciente del uso del libre albedrío en la práctica de una autodeterminación propia.
8. Sí, en Inglaterra y sin límites.

MANUELA MUR
(escritora)

1. La pareja hombre-mujer es el núcleo básico; asegura tanto en el orden privado como público, el equilibrio. Las condiciones particulares de cada uno se completan y contribuyen a una mayor estabilidad en la organización socio-económico-familiar. No se trata de que uno sea superior al otro, sino de que ambos actúen sobre un pie de igualdad total. La protección es humillante, supone un vasallaje. Sin embargo, hay mujeres que la prefieren, y para lograrla halagan la vanidad del hombre endiosándolo. La colaboración es una de las mejores fórmulas de la armonía.
2. Si se trata de compartir responsabilidades y de participar activamente en el movimiento social, una reforma redundaría no sólo en beneficio de la mujer, sino también del mundo. Contadas veces se designa a mujeres para altos puestos. Generalmente prefieren a un hombre, aunque mediocre, a una mujer inteligente. El hombre desconfía de la mujer inteligente. Ve en ella, por extraña confusión, un desafío a sus condiciones viriles y, si padece de un complejo de inferioridad, ironiza y se desquita con la burla. El hombre se instituyó en amo y tiende a permanecerlo; le cuesta admitir una socia. Dos países, no considerados como grandes potencias, dan muestra de un espíritu más progresista: Israel y la India nombran dos mujeres para desempeñar altas funciones gubernativas: Golda Meir e Indira Gandhi. En realidad, a una mujer se le exije poseer condiciones excepcionales para triunfar.
3. Si la educación sexual se queda a mitad de camino, no pasa de ser simple panacea. Para ser realmente consecuente tendría que ser llevada hasta sus últimas instancias, aunque nunca se puedan prever todos los imponderables en terreno tan complejo. Pero quizás se podría encarar con más comprensión problemas tan espinosos como la relación entre los dos sexos, —sobre todo durante las borrascas de la adolescencia—: la imprescindible formación mental de los padres; la práctica de la prostitución, problema sobre el que la sociedad hace el avestruz, etc. Es importante iniciar la educación sexual desde la infancia antes de que surjan inhibiciones derivadas de convenciones morales anticuadas, que, más que guiar, perjudican. Hoy, la evolución socio-económica del mundo derrumba prejuicios y supera conceptos timoratos de sistemas escolares anacrónicos.
4. Treinta años de periodismo, entre múltiples experiencias, incluyen muchas luchas. Sólo haré mención de las más obvias. Hasta hace relativamente poco, aquí no estaba bien visto que una mujer trabajara; corría el riesgo de desprestigiarse. La educaban sólo para casarse. Únicamente orientaban a los hijos varones hacia carreras liberales. No es extraño entonces que recién ahora, entre nosotros, sea esta la segunda generación que concurre a la Universidad. La lucha para emprender alguna tarea empezaba en la propia casa para convencer a los padres, inquietos ante esas muestras de independencia. Una vez ya en la arena, también hubo que reeducarse a sí misma para adaptarse moral y materialmente a un nuevo género de vida al que se concebía sólo espiritualmente. Todo esto lleva tiempo. Luego la lucha exterior. Cuando una mujer entraba entonces a un escritorio, tenía que soportar el lance galante; de

todos modos trataban de mistificarla y aprovecharse profesionalmente de ella con remuneraciones más bajas que a los hombres por igual trabajo. En resumen, lo de siempre.

5. Sin lugar a dudas, le corresponde a la mujer tener voz y voto en primer lugar en ese trance, pero siempre me inclino hacia la responsabilidad compartida de la pareja. Para no llegar a situaciones tan extremas y penosas como el aborto, considero lo que la ciencia pone hoy al alcance para evitarlo.
6. Si no hay hijos no debería haber obstáculos a un divorcio. Todo cambia si hay hijos. Ellos son el problema porque son las principales víctimas de la separación de los padres. Si la pareja, en caso de incompatibilidad, pudiera llegar a un *gentlemen's agreement* y observar una conducta decorosa delante de los hijos, —sin caer en escenas violentas, disputas, etc. que crean un sentimiento de inestabilidad y desamparo en los hijos—, éstos no se verían tan perjudicados por las discordias paternas. Pero si en la convivencia es imposible observar un mutuo respeto, es mejor la separación antes de que los hijos presencien situaciones indecorosas. Cuando los padres se separan, además de los traumas y neurosis que provocan en los hijos, a éstos los malcrían, sea por negligencia o por exceso de mimos para congraciarse con ellos y acallar el sentimiento de culpabilidad que siente todo padre que no ha sabido o podido querer bastante a su hijo para evitarle la destrucción de la célula familiar.
7. Hacerse respetar como ser humano, empezando ella misma a respetarse como tal.
8. Aunque las sufragistas inglesas, entre las que se destacó Mrs. Pankhurst, fueron de las más empeñadas en la lucha por la condición civil de la mujer, es en uno de los dominios británicos, en N. Zelandia, a fines del siglo XIX, donde la mujer obtiene antes que en la metrópoli, el derecho de votar. También hacia esa época, las mujeres tienen acceso a los comicios en Australia y en el estado de Wyoming, en Estados Unidos, país donde Elizabeth Cady Stanton y Susan B. Anthony emprendieron enérgicas campañas feministas que les costó ser arrestadas varias veces. Durante la Revolución Francesa, Olympe de Gouges, mujer de cuna y cultura modestas, pero de carácter emprendedor, escribía en su "Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana" una frase memorable: "'Si una mujer tiene el derecho de subir al cadalso, también debe tener el de subir a la tribuna". A pesar de esta precursora del movimiento feminista, hace apenos unos treinta años que Francia otorga el voto a las mujeres y las autoriza a disponer de sus bienes.

MARIE PASCAL
(periodista)

1. La mujer ha de tener en todos los planos los mismos derechos que el hombre. La dificultad para ejercerlos surge no sólo del hombre, que a veces se los retacea, sino bastante frecuentemente de la mujer misma, ya sea porque desconfía de sus posibilidades o

porque le resulta más fácil mantenerse dentro de las limitaciones que tradicionalmente se han impuesto a su sexo. Establecer si en la práctica es posible conciliar la aceptación de la igualdad de derechos con el ejercicio de los mismos es tema riquísimo que escapa a la pregunta.

2. Por supuesto, la sociedad actual necesita una reforma que sea beneficiosa para la humanidad de la que la mujer forma parte. Encararla de otra manera significaría aceptar cualquier tipo de discriminación entre privilegiados y marginados, y no sólo entre hombres y mujeres.
3. Absolutamente necesaria, siempre que no se confunda *educación* con *información*.
4. En el campo de la educación la mujer fue aceptada mucho antes que en otras esferas. Sin embargo, debemos reconocer que la mayor parte de las funciones rectoras en educación han estado y están en manos del hombre. Personalmente puedo decir que no he encontrado impedimentos en mi carrera y que mis luchas no se han dirigido contra obstáculos puestos a mi condición de mujer sino contra la falta de comprensión de problemas educativos. En esos afanes me he sentido plenamente acompañada por algunos hombres.
5. Las leyes que rigen el control de la natalidad y el aborto deben estar en manos de gente idónea, especialistas en diferentes campos, designados por quienes tienen el deber de gobernar y legislar. Esos especialistas pueden ser hombres o mujeres. La mujer tiene los mismos derechos del hombre. La única restricción que puede hacerse es válida tanto para hombres como para mujeres: la falta de capacitación para encarar el problema.
6. El problema del divorcio es muy complejo. Como aducadora pienso que hay que dar a los jóvenes una formación tal que les permita encarar el matrimonio con una madurez que limite considerablemente las causas que justificarían el divorcio.
7. El problema más urgente de la mujer consiste en conciliar su condición de mujer con el ejercicio de los derechos y obligaciones que fueron patrimonio del varón durante la mayor parte de la historia de la humanidad.
8. Sí, estoy enterada.

ELENA PEZZONI
(profesora)

1. La mujer no ha tenido nunca los mismos derechos que el hombre. Debe llegar a tenerlos. No lo digo solamente yo. Rimbaud también lo dijo:
"Quand sera brisé l'infini servage de la femme, quand ella vivra pour elle et par elle, l'homme, —jusqu'ici abominable—, lui ayant donné son renvoi, elle sera poète, elle aussi! La femme trouvera de l'inconnu. Ses modes d'idées differéront —ils des nôtres?— Elle trouvera des choses étranges, insondables, repoussantes, délicieuses; nous les prendrons, nous les comprendrons" [1].

[1] Carta de Rimbaud a Paul Demeny (Charleville, 15/V/1871).

Inútil agregar que las exaltadas palabras del poeta conforman un razonamiento utópico. Es que nada temen tanto, mujeres u hombres, como los cambios.

2. No creo que la sociedad actual necesite *una* reforma. Creo que necesita un cambio radical, y es en este sentido que pueden redundar beneficios para la mujer.
3. Por cierto, puesto que lo sexual es arduo.
4. La poesía no es una carrera; es un destino.
   Aunque ser mujer no me impide escribir, creo que vale la pena partir de una lucidez exasperada. De este modo, afirmo que haber nacido mujer es una desgracia, como lo es ser judío, ser pobre, ser negro, ser homosexual, ser poeta, ser argentino, etc. etc. Claro es que lo importante es aquello que hacemos con nuestras desgracias.
5. Esta pregunta hace referencia a un estado de cosas absurdo. Cada uno es dueño de su propio cuerpo, cada uno lo controla como quiere y como puede. Es el demonio de las bajas prohibiciones quien, amparándose en mentiras "morales", ha puesto en manos gubernamentales o eclesiásticas las leyes que rigen el aborto. Esas leyes son inmorales, dueñas de una crueldad inaudita. Cabe agregar, a modo de ilustración, la sugerencia de Freud de que aquél que inventara el anticonceptivo perfecto o infalible sería tan importante para la humanidad como Jesucristo.
6. ¿Acaso es posible no serlo?
7. Los conflictos de la mujer no residen en un solo problema posible de señalar. En este caso, y en otros, la consigna sigue siendo: "Changer la vie".
8. Ignoro estos temas.

ALEJANDRA PIZARNIK
(escritora)

1. Creo que la mujer ha de tener los mismos derechos que el varón, pero considero, eso sí, que debe ser informada aún en algunos temas sobre los cuales no está suficientemente versada. (Por supuesto no me refiero a un grupo minoritario).
   A la mayoría de las mujeres se les ha enseñado por generaciones que su limitación era aquella de las tres "K" de la República Alemana, iniciales que, como bien se sabe, significan: "iglesia-cocina-hijos." En este siglo, sobre todo, se encuentra que debe salir a afrontar la vida como el varón, sin poseer las mismas armas, no por falta de condiciones sino debido a la presión del hombre, quién antes no la dejaba expanderse en otros planos que no fueran los del hogar.
2. Sí. La sociedad actual debe reformar su manera de pensar respecto a la mujer. Opino como Françoise Parturier que a la mujer, cuando sobresale, se le exigen muchas más condiciones que al hombre. En cambio, en su vida de familia, parece imposible que aún no posea la patria potestad plenamente sino en casos excepcionales. Doy como ejemplo los viajes al exterior de los menores, para lo cual se requiere la autorización paterna ante escribano público.
3. Comprendo su utilidad en los colegios, siendo no obstante un arma

de doble filo por correr el peligro de caer esta enseñanza en manos de docentes inexpertos. Sería conveniente un común acuerdo entre padres y maestros.

4. Los impedimentos que pude encontrar en mi vida han sido por diversos motivos. Si tuve a veces inconvenientes por ser mujer, otras veces el serlo me fue una ventaja, por esto, si he aceptado lo uno, debo aceptar igualmente lo otro.
   En un trabajo o en una carrera un *status* puede constituir una enorme traba, (aunque exista quien crea lo contrario), pero está en uno el saber afrontarla y sortearla, prosiguiendo adelante. Todo consiste en saber o no saber luchar.
5. No estoy de acuerdo con el aborto, pero considero justo que la ley que lo permitiera o lo prohibiera fuera dictada por un núcleo de mujeres *que sean madres,* junto con hombres de leyes y representantes de las diversas religiones existentes. Este problema tan grave no debiera quedar únicamente en las manos de un determinado grupo de personas.
6. Personalmente mi religión me dicta ciertas normas de conducta a las que debo atenerme, pero respeto las situaciones de quienes careciendo de creencias y con diferente criterio, puedan regirse por un enfoque distinto. Puesto que el divorcio se lleva a cabo entre un hombre y una mujer, en el caso de aprobarse una ley sobre éste, deben tener ambos igualdad de derechos para aprobarla o rechazarla.
7. En que se le considere, de una vez por todas, un ser humano exactamente como el varón, (sin que llegue, por esto, a perder su femeneidad), y que se le eduque en esta despareja lucha para apreciar y saber administrar sus derechos así como a cumplir igualmente con sus deberes. (Por ejemplo: el voto).
8. El camino de la mujer empezó en Nueva Zelandia, Australia, Dinamarca y Finlandia entre 1898 y 1915. En 1917 los Países Bajos, Ucrania y Rusia comenzaron a abrir sus ojos ante este problema. Prosiguió Inglaterra, luego, dos años después, Alemania. Los Estados Unidos del Norte en 1920, la India en 1935 y Francia en 1946. En cuanto a la Argentina, el voto le llegó en 1946, cuando el Congreso sancionó lo que nuestro país había firmado, con muchos otros, un año antes, primero en Chapultepec y luego en San Francisco, siendo la delegada interamericana la Srta. Angélica Fuselli; por ello las mujeres pudimos votar en 1947 por vez primera.
   Además, con mucha anterioridad, en el año 1932, un grupo de señoras presididas por la Sra. Silvia Saavedra Lamas de Pueyrredón y cuyas Vice-Presidenta y Secretaria fueron respectivamente las Sras. Carmela Horne de Burmeister y Amira Pinochet de Muñoz, ante una posible ley sobre el divorcio a plantearse en la Cámara de Diputados, reunió en un mes más de un millón de firmas de mujeres alfabetas para solicitar que, antes de votar en favor o en contra de esta ley, se le concediera el voto a la mujer para poder también opinar. Este proyecto, habiendo sido aprobado ante la Cámara de Diputados, fue rechazado en el Senado y figura en el Diario de Sesiones de ese año.
   Todos recordamos que a principios del siglo xx aparecieron en

Londres las sufragistas, mujeres más recordadas que otras en su lucha por los derechos de la mujer. Desgraciadamente tuvieron un papel muy difícil y, perdiendo femineidad, fueron aún más combatidas. También lo fue Lady Astor, (norteamericana, entró al Parlamento inglés en 1919). Y no olvidemos a la pobre Miss Davison, inmolada inútilmente entre las patas de un espléndido caballo de carrera en el Derby de Londres de 1918. Siempre es más duro para el que abre la brecha que para los que siguen detrás de él.
Por último no puede extrañarnos la lucha de las mujeres, cuando en 1971 aún debemos llenar cuestionarios para tratar de lograr las mejoras de los derechos de la mujer.

VICTORIA PUEYRREDON
(escritora)

1. Creo que la mujer, como ser humano no esencialmente distinto del hombre, debe tener en todos los planos los mismos derechos y también los mismos deberes que el varón.
2. Creo que la sociedad actual necesita una reforma y espero que esa reforma redunde, entre otras cosas, en beneficio de la mujer.
3. Creo necesaria la educación integral que, por supuesto, incluye la sexual.
4. Como mi carrera ha sido de periodista, docente y escritora, no me parece haber encontrado impedimentos mayores que los padecidos por el hombre, que también debe luchar para encontrar trabajo y hacer reconocer sus esfuerzos.
5. Ninguna ley está "en manos" de la Iglesia. En una democracia, en tiempos normales, las leyes las dicta el parlamento. No es exacto que las mujeres no tengan "voz ni voto", puesto que votan como los hombres. A ellas les corresponde elegir representantes capaces de interpretar y resolver los problemas que las afecten.
6. Soy partidaria del divorcio. Creo que los países en que no existe desconocen la realidad social del mundo en que vivimos.
7. El problema más urgente de la mujer consiste en instruirse y cultivarse, en aprender a pensar. Lo demás le será dado por añadidura.
8. Estoy enterada de la historia de las conquistas logradas por la mujer hasta este momento. Más me interesa lo que falta hacer que lo hecho anteriormente.

MARIA I. RIVERA DE PAYRO
(profesora)

1. Sí. Pero los mismos derechos suponen las mismas obligaciones. Una de las causas por las cuales las mujeres no logran acceder a las mismas posiciones que los varones es su insistencia en una posición de "protegidas". Cuando se las ve peticionar por condiciones especiales en la jubilación, en el régimen de licencias, en los horarios de trabajo, se comprende que los hombres —que es a quienes se piden esas excepciones— estimen que, si solicitan un trato pre-

ferencial, es porque son más débiles y que necesitan su protección. En resumen que son distintas. En consecuencia, que son inferiores.

2. Sí. Pero no entiendo bien el alcance de la pregunta. Si se trata de una reforma en todos los órdenes, redundará en beneficio de la mujer en la medida en que redunde en beneficio de todos, y viceversa.
3. Sí. Pero sin caer en excesos ni ingenuidades. La educación sexual, en la medida en que logre dar al tema del sexo un lugar natural dentro de los conocimientos del ser humano. En este caso saber sobre el sexo significa ser natural con el sexo. Y en ese sentido me parece tan tonto que una muchacha grande no sepa todavía como vienen los chicos, como que un niño sea obligado a dejar de creer en la cigüeña cuando por su nivel de madurez no está dispuesto a hacerlo de buen grado.
4. Sí. Los hombres no aceptan el progreso de las mujeres sino de mala gana. Además, ven en ella un competidor peligroso, cuando comprueban o creen que es capaz, culta, disciplinada y trabajadora. Por otra parte, como la mujer tiene un arrojo moral del que suelen carecer muchos hombres, es un testigo incómodo y una protagonista peligrosa en los acontecimientos en que deben actuar juntos. Generalmente hay que luchar contra dos cosas: el hombre y su espíritu de grupo; las otras mujeres y su espíritu de anti-grupo. Mientras los primeros se unen siempre en defensa de sus intereses, las segundas se muestran casi siempre dispuestas a apoyarlos, en detrimento de la otras mujeres. Otro factor contra el que se debe luchar, cuando se es joven, es la actitud del hombre en cuanto a miembro del sexo masculino frente a la mujer: la idea de que toda mujer tiene un precio, de que toda mujer es susceptible de ser seducida. No sé si las jóvenes de ahora notarán un cambio en esa actitud.
5. Creo que esas leyes deberían ser discutidas por todos, hombres, mujeres, Iglesia, Estado.
6. No. Mientras los efectos humanos y sociales del mismo sean los que hasta hoy se han comprobado, no lo encuentro aceptable.
7. Ante todo en lo que he señalado en 1: decidirse a abandonar el "proteccionismo" masculino y a asumir la totalidad de sus responsabilidades. El segundo: llegar a estructurar, con la cooperación del hombre, un tipo de sociedad en que ciertas responsabilidades que hasta ahora el hombre no había compartido con la mujer, tales como las tareas materiales del hogar y la crianza de los hijos, sean distribuídas equitativamente, para que la mujer disponga del tiempo y la tranquilidad, necesario para dedicarse a otras y sobre todo a educarse y cultivarse aceleradamente, para acortar la distancia con el hombre en el terreno de la madurez intelectual, determinada por milenios de un desarrollo dispar.
8. En realidad, superficialmente. Los países indicados son Francia, en la que se inicia el movimiento con Olympe de Gouges en la época de la Revolución Francesa, movimiento que hará fracasar Robespierre. Pero serán los países anglosajones aquéllos en los que se registrará más actividad. En Gran Bretaña ya en 1869 la mujer obtiene el voto en las elecciones municipales, pero recién en 1918 —el

mismo año que Alemania, Austria y Checoslovaquia— logrará el voto total. Entre tanto, en EE.UU. se había fundado en 1913 el National Women's Party. En 1920 las mujeres conquistarían allí el derecho al voto. Las habían precedido las de Finlandia, en 1906, Noruega en 1907 y Dinamarca en 1915. Por fin Suecia completaría el número de países pioneros otorgándolo en 1919. Si bien las conquistas de la mujer no se limitan al voto, no cabe duda de que obtener ese derecho fue siempre la mejor manera de demostrar que sus esfuerzos habían logrado por lo menos un primer éxito.
Pero, en realidad, siempre he tenido un interés secundario en esos temas y, fuera de la obra de Simone de Beauvoir sobre el segundo sexo, creo que no he hecho lecturas importantes sobre los mismos.

JOSEFA E. SABOR
(profesora)

1. Sí, estoy segura que en la sociedad moderna hacia la cual avanzamos la mujer va a lograr iguales derechos que el hombre.
2. La sociedad actual no sólo necesita una reforma que redunde en beneficio de la mujer, sino en beneficio de todos aquellos que no gocen de iguales derechos y prioridades que algunos otros.
3. Sí; esto para mí tendría que ser obligatorio desde la niñez.
4. En mi caso particular no se me han presentado estos obstáculos, pero considero que esto se debió a la edad y la forma en que yo empecé. En la mayoría de los casos en que estos impedimentos existen creo que son debidos a la falta de lucha por parte de la mujer en cada uno de los medios en que ésta desarrolla su actividad, lucha sin la cual nadie ha podido lograr nada definitivamente.
5. Creo que estas leyes, como todas, deberían estar en manos de gobiernos realmente representativos; o sea: considero que la mujer no sólo debe tener voz y voto en este problema sino en todos los problemas que tenga una sociedad.
6. Definitivamente sí, es una falta muy grave en cualquier grupo humano la inexistencia de una adecuada ley de divorcio.
7. En el tomar conciencia de la situación injusta en que vivimos y luchar para que ésta deje de existir; o sea: exigir los derechos que nos corresponden y que todavía no tenemos.

SOLEDAD SILVEYRA DE JARAMILLO

1. Sí.
2. Sí.
3. Sí.
4. ?
5. Deben estar en manos de las mujeres.
6. Sí. Cuando no hay hijos que sufran por la separación.
7. Que se les reconozcan los mismos derechos económicos y jurídicos que se les brindan a los hombres.

Que se obligue al hombre a cargar con la responsabilidad en la crianza y educación de los hijos que, en el 50 % de los casos, en los países subdesarrollados, está en manos de las mujeres que no pueden contar con los medios económicos para lograr la educación de los hijos, función básica en beneficio de la sociedad.

8. La lucha de la mujer por sus derechos empezó durante la Revolución Francesa con Olympe de Gouges, (ajusticiada por Robespierre) quien dijo que si la mujer tenía derecho a ser guillotinada, debía compartir todos los otros derechos.
   Al mismo tiempo empezó la lucha para la emancipación en Inglaterra y tuvo una gran paladina más tarde en Francia, con George Sand. Pero el verdadero movimiento feminista empieza a principios de este siglo, a pesar de que en Inglaterra ya en 1869 las mujeres tenían derecho a elegir en las elecciones municipales.
   En Italia, en 1910, sale el primer libro sobre "Il suffragio politico femminile".

He tenido que luchar contra los prejuicios de los hombres y de la familia, quienes consideraban que la mujer no estaba preparada para seguir una profesión universitaria no tradicional (Filosofía y Letras).

He tenido que luchar para abrirme camino antes de tener cargos de responsabilidad.

EUGENIA S. DE LUSTIG
(científica)

1. A la mujer le corresponden los mismos derechos que al hombre, por razones de dignidad metafísica.
2. Esta sociedad que padecemos en sus desequilibrios tendría que ser reformada a fondo, pero para que la mujer se beneficiara con los cambios debería intervenir en la planificación de los mismos, de lo contrario seguirán repitiéndose seculares injusticias y atropellos. Porque la mujer sufre de profanación crónica y en las versiones masculinas jamás aparece como persona en la historia sino como animalito práctico, decorativo, o mamífero fecundo.
3. Prejuicios religiosos y culturales hacen que la educación sexual sea indispensable, que el hombre y la mujer se enfrenten sexualmente libres y maduros. Urge tomar conciencia al respecto en todos los planos, desde el biológico hasta el estético, del erotismo que culmina en una experiencia metafísica del sexo. (Aunque el erotismo no sea tema de cátedra sino de propia incursión en los misterios de la vida).
4. Defenderme como persona libre me ha causado grandes demoras y pérdida de años. He tenido que luchar contra la familia, contra la sociedad machista y sus dirigentes tiranos. En este mundo dictaminado por los hombres, las mujeres somos entes sospechosos de inteligencia, de verdad y de plenitud. Para demostrar lo contrario o simplemente para ser lo que somos debemos librar batallas diarias. En el fondo del varón siempre existe un troglodita frente a la libertad de la mujer, a la que considera una insolencia. Por eso el machismo es tan peligroso y denigrante, el hombrismo que aparece en todas partes y a cada rato.

5. Creo que el divorcio es necesario como posibilidad de romper vehículos caducos.
6. Teólogos y juristas deberían recordar que la dueña del problema natalidad o aborto es la mujer. Las leyes al respecto debieran sancionarlas filósofas del derecho.
7. El problema más urgente de la mujer es la falta de autoconciencia y de fe en su propio poder como persona, la falta de reacción frente a un mundo permanente de atropellos y desconfianzas hombrunas.
8. Reconozco no estar informada a fondo sobre las luchas de la mujer por sus derechos pero me declaro guerrera de larga data en este perpetuo conflicto. Sola y desde siempre, como artista y persona he defendido la libertad de ser en alto grado, más allá del sexo y sus ridículas diferencias.

LEDA VALLADARES
(escritora)

1. No, sería espantoso salir a la calle a trabajar duramente para mantener al marido. Tener los mismos derechos del varón es, incluso fisiológicamente, imposible, pero lo que sí se busca, y creo que se ha logrado, es estar frente al hombre en un plano de igualdad. Nadie impide, por ejemplo, a una joven que quiera vivir sola, hacerlo ni a la mujer ayudar a su marido a mantener el hogar, ni a trabajar en una profesión si le interesa. Incluso hay mujeres que juegan al football, manejan ómnibus y conducen taxis, tareas consideradas hasta ahora exclusivamente masculinas, por lo menos en nuestro país. Y también hay jueces, abogadas, diplomáticas, médicas, primeras ministras, reinas, asaltantes, asesinas, terroristas, barrenderas, picapedreras. Creo que más no se puede pedir.
2. No sé si reforma, pero sí evolución. Creo que existe en estos momentos un cambio total en la apreciación de los valores y por lo tanto una gran confusión. El día que el panorama se aclare no sólo saldrá beneficiada la mujer, sino la pareja, ya que se tendrá conciencia de las propias limitaciones sin la obnubilación, ni la angustia que provocan la inseguridad y la violencia (su consecuencia natural) en que vive nuestra época.
3. Sí, con los límites que indica la cordura. Es innecesario poner en manos de una chica de 4 años una muñeca embarazada para explicar el hecho de la preñez. Verdad no es sinónimo de crudeza.
4. Sinceramente, no.
5. Esta es una cuestión demasiado compleja para limitarla al espacio de una encuesta. Aparentemente es la mujer la que debe saber cómo es su propia situación y la de su hogar y por lo tanto decidir si debe o no tener hijos, de común acuerdo con su compañero o, en última instancia, con su conciencia. Pero aquí cabe una pregunta: cuando la mujer o la pareja, por pobreza o ignorancia involuntarias, no están en condiciones de decidir, ¿no debe ayudarlos o guiarlos en su elección la sociedad en que viven? Porque ¿hasta dónde el destino de cada ser humano no está ligado al de la humanidad a la que pertenece?

6. Sí, sin reservas. No creo que se deba dar el divorcio indiscriminadamente sino por causas graves que hayan provocado una real fractura en la pareja.
7. En reencontrarse consigo misma; es decir, en aceptar derechos y obligaciones con buen humor y sensatez. Ya que si las cosas funcionan tan mal como parecen funcionan es porque las gentes están siempre de mal humor, quejosas, amargadas y llevan —quizás porque están siempre de mal humor— una vida insensata, envidioda, ávida de cosas materiales, desdeñando las pequeñas, a veces insignificantes, alegrías cotidianas de la vida que son —no nos engañemos— las únicas verdaderas.
8. Creo que Inglaterra, además de crear la minifalda, fue el primer país —luego se le unirían los Estados Unidos— donde se luchó, desde la segunda mitad del siglo XIX, para suprimir las diferencias existentes en las legislaciones que reducen la capacidad de la mujer con respecto a la del varón. Especial importancia tuvo la cuestión del voto femenino. Ya en 1890 se introdujo el sufragio femenino en un estado norteamericano, pero sólo después de la primera guerra mundial se concedió el voto en G. Bretaña y poco a poco se fue extendiendo por todos los países occidentales. La lucha que sostuvieron estas mujeres fue cruenta, soportaron desde huelgas de hambre hasta prisión y castigos corporales, además de burlas y humillaciones. Hoy, con la prisa en que vivimos, todo eso parece muy lejano, pero, en realidad, apenas si ha sucedido ayer.

MARIA ESTHER VAZQUEZ
(escritora)

1. Desde luego que sí; la eficacia de la mujer en su variada actuación, desde el investigar científico hasta la dirección de los países, evidencia su capacidad para desenvolverse a la par del hombre. Por tanto: a igualdad de responsabilidades, igualdad de derechos.
2. Que la humanidad está buscando afanosamente una reforma profunda se prueba por la actual inquietud en los más diversos estratos sociales y los persistentes cambios que a diario ensaya en todo orden y que, sin duda, redundarán en beneficio común.
3. La creo no sólo necesaria, sino imprescindible; sin duda no será fácil llevarla a cabo, produciendo los beneficios buscados, sin que se desvanezca el encanto de la ilusión en los adolescentes. Pero...
4. Considero que a lo largo de mi vida he debido afrontar los inconveniente y adversidades con que también se enfrenta el hombre. No por ser mujer encontré trabas o impedimentos ni en mi carrera universitaria ni en mi actuación como escritora.
5. Entiendo que estos delicados problemas conciernen menos al estadista o a la religión que a los hombres de ciencia especializados y a la mujer, esencial agonista del problema.
6. Ciertamente sí; ninguna solución puede aportarse al matrimonio, cuando se enfrentan y chocan insuperables diferencias materiales y espirituales.
7. Creo que lo más urgente en el problema de la mujer reside en lo

esencial: en que se la eduque y acostumbre a considerarse la igual del hombre. Cuando ella posea tal firme y segura convicción, *necesariamente* la sociedad se adaptará a esa natural igualdad.

8. Me son familiares los movimientos pro-liberaración de la mujer, que desde el consejo feminista internacional de París (1878) se fueron desenvolviendo, en particular en Inglaterra y Estados Unidos. Sobre todo en el primero de estos países, donde las sufragistas lucharon con tantas y tan múltiples dificultades, hasta llegar al 29 de enero de 1917, cuando lord Asquith presentó al Parlamento un proyecto cuya cláusula autorizaba la "liberación de la mujer y el derecho al voto". Tan eficaz fue ese movimiento universal que, hasta 1914, sólo 4 países lo permitían; al finalizar la primera gran guerra, el número ascendía a 18. Resulta asimismo interesante anotar que el Consejo Internacional de las Mujeres, constituido en Washington en 1888, cuenta en 1911 con diez países afiliados, siendo uno de ellos la Argentina. Al instituirse la Sociedad de las Naciones, una de sus cláusulas rezaba: "la mujer es elegible para *todos* los cargos, incluso el Secretariado General".

NOEMI VERGARA DE BIETTI
(escritora)

1. La discriminación de sexos en un tiempo universal de vertiginosos cambios resulta un anacronismo. Con las limitaciones propias de su sexo, considero que la mujer debe tener, y está capacitada para ello, los mismos derechos que el varón tanto en los planos jurídicos y profesionales como en los políticos y sociales.
2. Sí, creo que la sociedad actual necesita una reforma, es decir una modernización y adecuación a la nueva mentalidad que, sin duda, ha de redundar tanto en beneficio del hombre como en el de la mujer.
3. La educación sexual no sólo es necesaria sino urgente. El viejo tabú respecto a este problema tan vital no ha hecho más que respaldar profundos errores de imprevisibles consecuencias como el que implica el libre albedrío sin una adecuada orientación biológica y moral.
4. Mi carrera de escritora y profesora, afortunadamente no ha padecido impedimentos. Ha sido absolutamente normal.
5. Así como las mujeres en este aspecto han procedido hasta hoy por sus creencias o sus libres decisiones creo que como protagonistas del problema que se plantea en esta pregunta deben participar de las soluciones, que son patrimonio de su naturaleza íntima.
6. Soy partidaria del divorcio. Estimo que entre dos seres que se rechazan y que resultan al cabo incontrolados enemigos, el vínculo matrimonial es una falta y peligrosa atadura que incide en el futuro psíquico y moral de los hijos, obligados a ser espectadores del drama de sus padres.
8. La mujer, por un arraigado prejuicio de su inferioridad mental, ha sido hasta el siglo XIX un ser marginado de las funciones y derechos (citados en la primera pregunta) concedidos exclusiva-

mente al varón. Y es en ese siglo cuando el feminismo inicia su lucha reivindicadora en favor de la igualdad, contra el antifeminismo que sostenía lo contrario. Al transcurrir el siglo xx fue afirmándose esta tendencia niveladora que ha sido reconocida y apoyada por la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas al 10 de diciembre de 1948.

Los primeros países que se anticiparon a este reconocimiento y legislaron estos derechos por la Constitución respectiva fueron: Rusia, que en 1936 establece para las mujeres idénticos derechos que los de los varones, en todos los planos; la República Oriental y República Federal alemana que eliminan privilegios de sexos. y España los de orden jurídico en 1931; Italia, que declara la igualdad de todos los ciudadanos, hombres y mujeres, ante la ley. y Francia que en 1946 da acceso femenino al voto, oficios, cargos profesionales, diplomáticos y electivos. Si bien estas conquistas han sido retaceadas a sus destinatarias; bien puede decirse que la mujer de hoy con sus aptitudes, talento y sentido de la responsabilidad ha refutado los viejos prejuicios de su inferioridad y demostrado su capacidad sobresaliente para actuar en los mismos campos que el hombre sin menoscabo de su específica condición femenina.

MARIA DE VILLARINO
(Escritora)

1. En muchos aspectos, la mujer es igual al varón: en muchos otros, no lo es. Esto la limita para comprometerse ante las mismas obligaciones. También para gozar —o padecer—, de los mismos derechos.
2. La sociedad actual tiende, necesita y está —va— sufriendo una reforma. Como toda etapa de crisis, ésta impide ver claramente mientras se la vive—, el desenlace en el que culminará. Es muy probable que —si no se trata de un matriarcado—, redunde en beneficio de la mujer, como es deseable, asimismo, que no excluya de aquel beneficio al hombre.
3. Considero imprescindible la educación sexual.
4. Jamás he encontrado impedimentos en mi carrera por el hecho de ser mujer. Por el contrario, he tenido la suerte o el privilegio —tal vez no tan fuera de lo común—, de ser ampliamente apoyada por equipos masculinos de trabajo, en los que la naturaleza de mi profesión me ha llevado a colaborar con harta frecuencia. En todo caso, los impedimentos mayores contra los que he tenido que luchar los hallé en mí misma: timidez, visión demasiado idealista del mundo, sinceridad. No me deshago de ellos: los gradúo.
5. No es bueno que las leyes que rigen el control de la natalidad y el aborto estén exclusivamente en las manos de la iglesia y de los hombres que gobiernan, ni, con la misma exclusión, en manos de las mujeres. Este problema concierne más que ningún otro, a todos los sectores. ¿Es posible, entonces que nosotras —las mujeres— continuemos tan torpes al borde del siglo xxi como para que —tan convincentes en otros terrenos—, no hallemos la pa-

labra justa, la llave justa destinada a convencer al hombre de que podemos constituir un inteligente, sensato, documentado, fructífero, indispensable y enriquecedor término de diálogo, que no deberá necesariamente concluir en la divagación, en el amor propio herido, en el portazo —físico o mental—...?

6. Veo el divorcio como a una cirugía, de la que normalmente huimos durante nuestra vida matrimonial, y que debemos aceptar cuando las circunstancias —luego de un análisis consciente y exhaustivo de nuestra propia responsabilidad en el conflicto, así lo señalan.
7. El problema más urgente de la mujer —uno de los más urgentes: no sabría, en esto, ser categórica— es el de que —por una especie de milagro ya imposible de producirse—, las nuevas generaciones femeninas no nacieran convencidas de que están "liberadas", por el *solo hecho de asumir todos los privilegios del hombre*, olvidando que cada uno de aquéllos trae consigo, por lo menos, una correlativa responsabilidad (curiosamente, de ésta se habla mucho menos), ni dejando de lado una circunstancia real: que la razonable evolución, o el radical cambio de hábitos o de costumbres seculares no implica, necesariamente, una modificación de la biología.
8. Estoy enterada (parcialmente), de la lucha de la mujer por sus derechos en los siglos XIX y XX, y de cuáles fueron los primeros países que, dentro de ciertos límites, los reconocieron. Los nombres que recuerdo y aquellos otros que he olvidado o ignorado me inspiran respeto, admiración y gratitud. Porque siento que a su abnegada labor debo, indirectamente, la realidad de ejercer una profesión "curiosa" que, sin su lucha, difícilmente hubiera sido accesible a nuestro sexo, y que me estimula a diario —tal vez, utópicamente— en la búsqueda de un compartido equilibrio.

CELIA ZARAGOZA
(Periodista)

NACIONES UNIDAS

DECLARACIÓN SOBRE LA ELIMINACIÓN DE LA DISCRIMINACIÓN CONTRA LA MUJER

INTRODUCCIÓN

La Asamblea General adoptó la Declaración sobre la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer el 7 de noviembre de 1967. La Declaración enuncia los principios de los derechos para la mujer en pie de igualdad con los del hombre, y señala medidas para garantizar su aplicación.

La preparación de la Declaración comenzó en 1963, cuando la Asamblea General manifestó en una resolución que aún existía discriminación contra la mujer, por lo menos en la práctica, y pidió que la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer preparara un proyecto de declaración destinada a eliminar esa discriminación. La Comisión aprobó el proyecto de declaración en marzo de 1966, y la Asamblea lo estudió ese mismo año. La Asamblea solicitó que la Comisión hiciera una nueva revisión del texto, teniendo presentes las sugerencias presentadas y los debates de la Asamblea. La Comisión aprobó el texto revisado en marzo de 1967, y la Asamblea concedió prioridad a este asunto en su vigésimo segundo período de sesiones. La Asamblea aceptó las recomendaciones formuladas por su Tercera Comisión para introducir varias enmiendas en el texto revisado, y adoptó la Declaración.

La Declaración sobre la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer es una piedra miliar en la labor que desarrollan las Naciones Unidas en pro de la igualdad de derechos para hombres y mujeres, de acuerdo con las disposiciones de la Carta y los principios enunciados en la Declaración Universal de Derechos Humanos. Es de esperar que la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer se esfuerce en lo futuro por conseguir la plena aplicación de la Declaración mediante todos los medios a su alcance. La Comisión reconoce que el primer paso en esta dirección es difundir las disposiciones de la Declaración y con-

seguir que los hombres y mujeres de todo el mundo entiendan su significado.

DECLARACIÓN SOBRE LA ELIMINACIÓN DE LA DISCRIMINACIÓN CONTRA LA MUJER

La Asamblea General,

Considerando que los pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana y en la igualdad de derechos de hombres y mujeres,

Considerando que la Declaración Universal de Derechos Humanos establece el principio de la no discriminación y proclama que todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y que toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en dicha Declaración, sin distinción alguna, incluida la distinción por razón de sexo,

Teniendo en cuenta las resoluciones, declaraciones, convenciones y recomendaciones de las Naciones Unidas y los organismos especializados cuyo objeto es eliminar todas las formas de discriminación y fomentar la igualdad de derechos de hombres y mujeres,

Preocupada de que a pesar de la Carta de las Naciones Unidas, de la Declaración Universal de Derechos Humanos, de los Pactos Internacionales de Derechos Humanos y de otros instrumentos de las Naciones Unidas y los organismos especializados, y a pesar de los progresos realizados en materia de igualdad de derechos, continúa existiendo considerable discriminación en contra de la mujer,

Considerando que la discriminación contra la mujer es incompatible con la dignidad humana y con el bienestar de la familia y de la sociedad, impide su participación en la vida política, social, económica y cultural de sus países en condiciones de igualdad con el hombre, y constituye un obstáculo para el pleno desarrollo de las posibilidades que tiene la mujer de servir a sus países y a la humanidad,

Teniendo presente la importancia de la contribución de la mujer a la vida social, política, económica y cultural, así como su función en la familia y especialmente en la educación de los hijos,

Convencida de que la máxima participación tanto de las mujeres como de los hombres en todos los campos es indispensable para el desarrollo total de un país, el bienestar del mundo y la causa de la paz,

Considerando que es necesario garantizar el reconocimiento universal, de hecho y en derecho, del principio de igualdad del hombre y la mujer,

Proclama solemnemente la presente Declaración:

Artículo 1º — La discriminación contra la mujer, por cuanto niega o limita su igualdad de derechos con el hombre, es fundamentalmente injusta y constituye una ofensa a la dignidad humana.

Art. 2º — Deberán adoptarse todas las medidas apropiadas a fin de abolir las leyes, costumbres, reglamentos y prácticas existentes que constituyan una discriminación en contra de la mujer, y para asegurar la protección jurídica adecuada a la igualdad de derechos del hombre y la mujer; en particular:

a) el principio de la igualdad de derechos figurará en las constituciones o será garantizado de otro modo por ley;
b) los instrumentos internacionales de las Naciones Unidas y de los organismos especializados relativos a la eliminación de la discriminación en contra de la mujer se aceptarán mediante ratificación o adhesión y se aplicarán plenamente tan pronto como sea posible.

Art. 3º — Deberán adoptarse todas las medidas apropiadas para educar a la opinión pública y orientar las aspiraciones nacionales hacia la eliminación de los prejuicios y la abolición de las prácticas consuetudinarias y de cualquier otra índole que estén basadas en la idea de inferioridad de la mujer.

Art. 4º — Deberán adoptarse todas las medidas apropiadas para asegurar a la mujer en igualdad de condiciones con el hombre y sin discriminación alguna:

a) el derecho a votar en todas las elecciones y a ser elegible para formar parte de todos los organismos constituidos mediante elecciones públicas;
b) el derecho a votar en todos los referéndums públicos;
c) el derecho a ocupar cargos públicos y a ejercer todas las funciones públicas.

Estos derechos deberán ser garantizados por la legislación.

Art. 5º — La mujer tendrá los mismos derechos que el hombre en materia de adquisición, cambio o conservación de una nacionalidad. El matrimonio con un extranjero no debe afectar automáticamente la nacionalidad de la mujer, ya sea convirtiéndola en apátrida o imponiéndole la nacionalidad de su marido.

Art. 6º — 1. Sin perjuicio de la salvaguardia de la unidad y la armonía de la familia, que sigue siendo la unidad básica de toda sociedad, deberán adoptarse todas las medidas apropiadas, especialmente medidas legislativas, para que la mujer, casada o no, tenga iguales derechos que el hombre en el campo del derecho civil y particularmente:

a) el derecho a adquirir, administrar y heredar bienes y a disfrutar y disponer de ellos, incluyendo los adquiridos durante el matrimonio;

b) la igualdad en la capacidad jurídica y en su ejercicio;
c) Las mismos derechos que el hombre en la legislación sobre circulación de las personas.

2. Deberán adoptarse todas las medidas apropiadas para asegurar el principio de la igualdad de condición del marido y de la esposa, y particularmente:

a) la mujer tendrá el mismo derecho que el hombre a escoger libremente cónyuge y a contraer matrimonio sólo mediante su pleno y libre consentimiento;
b) la mujer tendrá los mismos derechos que el hombre durante el matrimonio y a la disolución del mismo. En todos los casos el interés de los hijos debe ser la consideración primordial;
c) el padre y la madre tendrán iguales derechos y deberes en lo tocante a sus hijos. En todos los casos el interés de los hijos debe ser la consideración primordial.

3. Deberán prohibirse el matrimonio de niños y los esponsales de las jóvenes antes de haber alcanzado la pubertad y deberán adoptarse medidas eficaces, inclusive medidas legislativas, a fin de fijar una edad mínima para contraer matrimonio y hacer obligatoria la inscripción del matrimonio en un registro oficial.

Art. 7º — Todas las disposiciones de los códigos penales que constituyan una discriminación contra las mujeres serán derogadas.

Art. 8º —Deberán adoptarse todas las medidas apropiadas, inclusive medidas legislativas, para combatir todas las formas de trata de mujeres y de explotación de la prostitución de mujeres.

Art. 9º — Deberán adoptarse todas las medidas apropiadas para asegurar a la joven y a la mujer, casada o no, derechos iguales a los del hombre en materia de educación en todos los niveles, y en particular:

a) iguales condiciones de acceso a toda clase de instituciones docentes, incluidas las universidades y las escuelas técnicas y profesionales, e iguales condiciones de estudio en dichas instituciones;
b) la misma selección de programas de estudios, los mismos exámenes, personal docente del mismo nivel profesional, y locales y equipo de la misma calidad, ya se trate de establecimientos de enseñanza mixta o no;
c) iguales oportunidades en la obtención de becas y otras subvenciones de estudio;
d) iguales oportunidades de acceso a los programas de educación complementaria, incluidos los programas de alfabetización de adultos;
e) acceso a material informativo para ayudarla a asegurar la salud y bienestar de la familia.

Art. 10. — 1. Deberán adoptarse todas las medidas apropiadas para garantizar a la mujer, casada o no, los mismos derechos que al hombre en la esfera de la vida económica y social, y en particular:

a) el derecho, sin discriminación alguna por su estado civil o por cualquier otro motivo, a recibir formación profesional, trabajar, elegir libremente empleo y profesión y progresar en la profesión y en el empleo;
b) el derecho a igual remuneración que el hombre y a igualdad de trato con respecto a un trabajo de igual valor;
c) el derecho a vacaciones pagadas, prestaciones de jubilación y medidas que la aseguren contra el desempleo, la enfermedad, la vejez o cualquier otro tipo de incapacidad para el trabajo;
d) el derecho a recibir asignaciones familiares en igualdad de condiciones con el hombre.

2. A fin de impedir que se discrimine contra la mujer por razones de matrimonio o maternidad y garantizar su derecho efectivo al trabajo, deberán adoptarse medidas para evitar su despido en caso de matrimonio o maternidad, proporcionarle licencia de maternidad con sueldo pagado y la garantía de volver a su empleo anterior, así como para que se le presten los necesarios servicios sociales, incluidos los destinados al cuidado de los niños.

3. Las medidas que se adopten a fin de proteger a la mujer en determinados tipos de trabajo por razones inherentes a su naturaleza física, no se considerarán discriminatorias.

Art. 11. — 1. El principio de la igualdad de derechos del hombre y la mujer exige que todos los Estados lo apliquen en conformidad con los principios de la Carta de las Naciones Unidas y de la Declaración Universal de Derechos Humanos.

2. En consecuencia se encarece a los gobiernos, las organizaciones no gubernamentales y los individuos que hagan cuanto esté de su parte para promover la aplicación de los principios contenidos en esta Declaración.

Published by United Nations Office of Public Information Litho in U.N. OPI/297—5288-April 1968-16.500.

CONFERENCIA INTERNACIONAL SOBRE EL PAPEL DE LA MUJER EN LA PAZ Y EL DESARROLLO

DECLARACIÓN DE JERUSALÉN

Nosotras, reunidas en la Conferencia sobre el Papel de la Mujer en la Lucha por la Paz y el Desarrollo, formulamos un llamado a nuestras hermanas de todo el mundo a participar plenamente, junto a los hombres, en las actividades políticas, económicas y sociales en sus países.

Reconociendo la importancia vital de la educación como instrumento que permite a la mujer ejercer sus mayores posibilidades como ciudadana y como madre, apelamos a las mujeres de todo el mundo exhortándolas a:

Utilizar al máximo todas las oportunidades posibles en el campo de la educación elemental, secundaria, profesional y superior a fin de poder desempeñar su cometido en este cambiante mundo moderno;

Participar plenamente en la lucha contra la ignorancia y el analfabetismo;

Tratar de obtener igualdad de oportunidades de estudio para todos, así como la promulgación de leyes —donde se necesiten— en pro de una educación libre y obligatoria para niños y niñas que conduzcan finalmente, a través de la Comisión sobre el Status de la Mujer, las Agencias Especializadas y otros conductos, a una Convención de las Naciones Unidas;

Estimular la educación cívica y modelación del carácter en las escuelas y el desarrollo de una actitud más positiva ante los valores humanos, basada en ideales pioneros;

Ampliar los programas de educación del adulto, incluyendo la capacitación de mujeres de mediana edad para que puedan contribuir al progreso económico, social y político de sus países.

Esta Conferencia exhorta a todas las mujeres a que tomen parte activa en la planificación y ejecución del desarrollo económico de sus países, dirigido a la supresión del hambre, la miseria y la enfermedad, y cuyo resultado sea una igualdad de oportunidades y la cristalización de una

sociedad basada en la cooperación humana y la dignidad del trabajo.

Esta Conferencia, angustiada al observar un mundo convulsionado armándose incesantemente, se declara contra la guerra cualquiera sea su forma, nuclear o convencional, y pide que todas las disputas internacionales sean resueltas por medios pacíficos a través de negociaciones, y en un espíritu de respeto mutuo y comprensión.

Esta Conferencia hace un llamado a abolir el odio, la discriminación y el *apartheid*, y se compromete a luchar por la paz mediante actividades de tipo cultural y educativo, y a promover la ayuda mutua, la fraternidad entre los pueblos y la cooperación internacional.

Esta Conferencia exige que se asegure la libertad e igualdad de todo individuo sin distinción de raza, color, religión o sexo, y se respete la independencia y soberanía de todas las naciones para poder asegurar un futuro mejor a la humanidad en un mundo en paz.

Con este fin, esta Conferencia propone que sus organizadoras establezcan un comité encargado de difundir y aplicar los ideales contenidos en esta Declaración entre las mujeres del mundo entero.

Jerusalén –Israel– 2 de diciembre, 1964.

DECLARACIÓN DE LAS MUJERES FRANCESAS (1970)

Reunidas en Versalles, por iniciativa de la revista *Elle*, las 325 delegadas elegidas como representación de la mujer francesa propusieron, por intermedio de sus doce comisiones, la siguiente moción final que fue aprobada y dice:

Artículo 1º — Las congresistas reunidas en Versalles reclaman que cese de una vez por todas la oposición entre "sexo fuerte" y "sexo débil"; que se deje de una vez por todas de hablar y de pensar en las relaciones entre hombres y mujeres en términos de superioridad y que se reemplace esta noción perimida, peligrosa y racista por la de *diferencia* que se trata de reconocer, de respetar y de dejar que se desarrolle libremente.

Art. 2º — Las congresistas reclaman que a través de las diferencias que imponen las leyes biológicas —demasiado a menudo confundidas con las que impone la sociedad— se les dé a las mujeres no sólo la igualdad de derechos sino también la igualdad de oportunidades y de elección.

Art. 3º — Las congresistas reclaman en particular que la sociedad, que llama a las mujeres al trabajo y las pone a prueba, les ofrezca la oportunidad de conciliar sus actividades profesionales con su papel familiar, y más ampliamente la de elegir con libertad la vía que responda a su vocación personal.

Art. 4º — Las congresistas reclaman —a la espera de la indispensable transformación de las costumbres que sólo puede conducir al desarrollo completo de la mujer— que las leyes, decretos y todas las disposiciones que reglamentan la vida cívica, profesional y familiar hagan desaparecer los últimos rastros dejados por una sociedad fundada en la superioridad del hombre.

Art. 5º — Las congresistas comprueban que, a pesar del progreso evidente y de los esfuerzos cuya eficacia reconocen y aprecian, mucho queda por hacer para que sea suprimida toda discriminación, o toda segregación, especialmente en el dominio del *status* civil, del trabajo y de la enseñanza.

Art. 6º — Las congresistas especifican que, en cuanto a ellas, no pien-

san ir hacia una sociedad de mujeres que reemplazaría un racismo por otro racismo, ni sustituir a una lucha de clases por una lucha de sexos, sino que quieren, con los hombres, construir una sociedad equitativa.

Art. 7º — Las congresistas señalan a la atención de los poderes públicos cierto número de asuntos de urgencia dramática que conciernen igualmente a los hombres y a las mujeres, pero que tocan directamente a éstas en su calidad de trabajadoras, madres y esposas, y que según ellas merecen a la vez una prioridad absoluta y necesitan la participación de las mujeres para la búsqueda de soluciones. Principalmente la solución que amenaza en su existencia misma a la sociedad en que vivimos. El alcoholismo, plaga nacional, que embrutece a los seres humanos, estropea a los niños y hace la desgracia de todos. Las villas miseria, lepra de nuestras ciudades y vergüenza de nuestra civilización.

Y ésta no es toda la lista.

Art. 8º — Las congresistas reclaman que se acuerde una atención particular y que sean aplicadas medidas de ayuda eficaz en favor de las categorías minoritarias que, en el estado actual de las instituciones, de las costumbres y de la economía, se encuentran aplastadas por la sociedad: entre otras, las personas de edad, los trabajadores extranjeros, las mujeres solas, los inadaptados, los disminuidos y los huérfanos.

Art. 9º — Las congresistas, sabedoras de que toda comunicación y todo juicio de valor se expresa a través de un lenguaje, piden que todos aquellos y aquellas que tengan que dirigirse a las mujeres —principalmente ciertos periodistas, los hombres políticos, los parlamentarios— dejen, como pasa demasiado a menudo, de tratarlas como a niñas, atrasadas mentales o disminuidas.

Art. 10º — Las congresistas insisten en que las mujeres no deben esperarlo todo de la sociedad y que les toca tomar a cargo su propia suerte. Las congresistas comprueban que demasiado a menudo las mujeres, tal vez por llevar el peso de las tradiciones y dentro de una educación que las encerraba en su papel de esposas o de madres en el hogar, son incapaces de interesarse por lo que las concierne. Las congresistas piden que las mujeres sepan asumir las responsabilidades que les otorga la Constitución en el orden político, las que les acuerda la ley en el orden sindical, las que les aportan los diversos movimientos o asociaciones femeninas que, desde hace tiempo, han emprendido un esfuerzo al que el Congreso rinde homenaje.

Art. 11º — Las congresistas desean que los trabajos y las propuestas que resulten de este Congreso y sobre todo las necesidades profundas que traduce no queden en letra muerta y no se limiten a permanecer como deseos piadosos; que el presente informe que será remitido al gobierno como así a las diferentes instancias políticas, sindicales y espirituales,

sea verdaderamente tomado en cuenta, recordado, estudiado, con tanta seriedad, fe y esperanza como las que nosotras hemos puesto.

Art. 12º – Seguras de responder al voto profundo de todas las mujeres, las congresistas piden solemnemente que a ellas se unan los hombres y mujeres de buena voluntad para hacer triunfar por todos los medios: el *espíritu de tolerancia*, que es la dimensión superior de la libertad de expresión, y la *generosidad*, que es la dimensión superior de la inteligencia

REVISTA SUR aparecerá dos veces al año en volumen especial consagrado cada vez a un tema o un autor.

Reserve su próximo ejemplar (2º semestre de 1971):

ANTOLOGIA DE ENSAYOS —después de cuarenta años—

Dirigida por VICTORIA OCAMPO. SUR, Viamonte 494, 8º piso
Tel. 32-5147 - BUENOS AIRES

Librerías Recomendadas

LIBRERIA

Nueva Visión

especializada en artes visuales y ciencias sociales.

Libros de procedencia nacional y extranjeros.
(en todos los idiomas)

Viamonte 500 esq. S. Martín

LIBRERIA - PAPELERIA

SARMIENTO

Novedades literarias
Artículos de Papelería
Impresiones - Fotocopias

Libertad 1214/20
T. E. 41-4792 - 9500

Literatura - Historia argentina e hispanoamericana - Política nacional e hispanoamericana Economía - Derecho, etc.

Importación - Exportación

LIBRERIA HUEMUL

Santa Fe 2237 - Tel. 83-1666

LIBRERIA

RODRIGUEZ s. a.

Las últimas novedades en
Libros en Español y en Inglés
Textos - Diccionarios
Revistas Extranjeras y de Modas
Suscripciones
Papelería Comercial y Escolar
CREDITOS
London Card - City Card - Diners

SARMIENTO 835
T. E. 35-8125/6/7
No tenemos sucursales

ORLEANS

Libros raros y de Lujo

AMERICANOS - EUROPEOS

Compra y tasación
de bibliotecas

Aenales 1233 - Tel. 41-6149

Librería KIER

Miles de títulos seleccionados entre lo mejor de la literatura universal:

CIENCIA - ARTE - TECNICA - LITERATURA - HISTORIA - FILOSOFIA - PSICOLOGIA - RELIGION CLASICOS - IDIOMAS - VIAJES MUSICA - FICCION - ETC.

Av. SANTA FE 1260
T. E. 41-0507 - 8243
Buenos Aies

Galerías de Arte

GALERIA BONINO

PINTURA ARGENTINA Y EXTRANJERA

Marcelo T. de Alvear 636

JORACI

GALERIA DE ARTE

Primer centro gráfico de difusión internacional de arte argentino

BERNI - FORTE
SCHURJIN - CASTAGNINO
DUCMELIC - GAMBARTES
SOLDI - BRUZZONE

Ediciones en blanco y negro y a todo color

Florida 683 - Local 6 - Buenos Aires

IMAGEN

GALERIA DE ARTE

Pintura argentina Contemporánea

Paraguay 867

Rodrigo Carmona

GALERIA DE ARTE

EXPOSICIONES Y RESERVA ARTISTAS ARGENTINOS

Lavalle 375

T. E. 31-2127 - 31-2105

GALERIA VAN RIEL

FLORIDA 659

T. E. 31-1282

ERGON

Centro de Arte

"Las imágenes de arte son creación en que se funde armoniosamente la razón y la intuición."

Máximo Gorki

Tucumán 653 - Tel. 392-3157

NOVEDADES

COMPAÑIA GENERAL FABRIL EDITORA

HIPOLITO YRIGOYEN 1582 - BUENOS AIRES



VILLORDO, Oscar H.

CONSULTORIO SENTIMENTAL

Novela que es un testimonio de la soledad el amor y el desvalimiento numanos, desnudados sobre la mesa de redacción del "consultorio sentimental" de una revista femenina.
$ 7,—



MICHAUX, Henri

POEMAS

Poesía nueva, extraña y original la de este gran poeta belga contemporáneo. Poesia solitaria e intensa donde se mezclan el grito y la imagen deslumbradora.
$ 9,—



SALINGER, J. D.

EL CAZADOR OCULTO

El protagonista de esta novela, un adolescente de 16 años de edad, relata las experiencias de sus vagabundeos por las calles de Nueva York durante 3 dias y 3 noche alucinantes.
$ 8,50



LEON, Maria T.

EL CID CAMPEADOR

Entre brillantes armaduras y en medio del choque de las armas, surge en este libro, la figura del Cid Campeador.
$ 3,30



LEVENE, Gustavo G.

NIÑEZ EN CATAMARCA

"Los poetas son hombres que han conservado las miradas del niño" (Daudet). Tal el espiritu, impregnado de ternura e indulgente ironia, con que fue escrito este libro.
$ 3,30



PREVERT, Jacques

PALABRAS

El poeta más popular de la Francia de hoy. registra en este poemario magistral, la secreta vibración de los pequeños y grandes actos del hombre en crisis.
$ 9,—



CELINE, Louis Ferdinand

VIAJE AL FIN DE LA NOCHE

Es una de las novelas que expresa con mayor vigor el drama de nuestro tiempo.
$ 9,50



CONTI, Haroldo

SUDESTE

Maravilloso relato sobre la vida del hombre en el Delta del Paraná. Premio Fabril Editora 1962. Premio Barral 1971.
$ 8,50

Revista de Occidente

Fundada por José Ortega y Gasset

NUMERO EXTRAORDINARIO
DEDICADO A LAS LETRAS ARGENTINAS

Dirigido por Victoria Ocampo

Julio 1971 **Nº 100**

José Ortega Spottorno, Delegación de poderes. **Victoria Ocampo,** Envío al Director de la Revista de Occidente. **Jorge Luis Borges,** Susana Bombal. **Amelia Biagioni,** Cazadores sin pausa. **Silvina Ocampo,** Los árboles. **Alberto Girri,** Dos poemas. **Alejandra Pizarnik,** Momentos. **Adolfo Bioy Casares,** Una puerta se abre. **Elvira Orphée,** Círculo. **Augusto Roa Bastos,** Cuando un pájaro entierra sus plumas. **Juan José Hernández,** La favorita. **Sara Gallardo,** Eisejuaz. **Carmen Gándara,** ¿Quién? **Eduardo Mallea,** El hombre que silbaba. **Alberto M. Salas,** Los días de la ocupación inglesa. **Fryda Schultz de Mantovani,** Caballerías del Nuevo Mundo. **Víctor Massuh,** Situación del filósofo argentino. **Julio E. Payró,** Situación del arte argentino. **César Magrini,** Teatro argentino: aproximación a un pecado original. **Mario A. Lancelotti,** Nuestra actualidad musical. **Enrique Pezzoni,** Transgresión y normalización en la narrativa argentina contemporánea. **Ernesto Sábato,** Exculpación.

Redacción, Administración y Suscripciones:

Revista de Occidente, S.A. Bárbara de Braganza, 12
Madrid - 4 (ESPAÑA)

Distribuidores exclusivos en Argentina:

Emecé Editores - Luzuriaga, 38 - BUENOS AIRES

DIÓGENES

Revista trimestral
Publicada bajo los auspicios del

CONSEJO INTERNACIONAL DE FILOSOFIA
Y CIENCIAS HUMANAS

y con el concurso de la UNESCO

Distribuidor exclusivo:

EDITORIAL SUDAMERICANA

Humberto Iº 545 **Buenos Aires**

dabar

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION TRIMESTRAL EDITADA POR LA
SOCIEDAD HEBRAICA ARGENTINA

Asesor Literario: BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT

En su próximo número 125 colaboran:

RUBEN VELA - CARLOS MASTRONARDI - MARCOS AGUINIS - ADOLFO DE OBIETA - OSVALDO ROSSLER - SYRIA POLETTI - H. A. MURENA - JUAN ANGEL MAGARIÑOS - LUIS FARRE - BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT - MARIO A. LANCELOTTI - MARCO DENEVI - ALFREDO CAHN - RODRIGO BONOME - CESAR TIEMPO - JAIME BARYLKO - TOMAS ALVA NEGRI - ELIZABETH AZCONA CRANWELL - ALBERTO RODRIGUEZ MUÑOZ - ANTONIO REQUENI - HERNAN C. INVERNIZZI - JUAN J. BAJARLIA - ALBERTO BLASI BRAMBILLA - ULISES PETIT DE MURAT.

Redacción y Administración:

SARMIENTO 2233, P. 11º **T.E. 48-5570**

BUENOS AIRES

Cuando tenemos que retratarnos en un aviso, a veces ponemos el gallo al revés porque la imagen –aunque invertida–, siempre trasmite el mismo mensaje.

Después de todo, lo único que tenemos que decir es que imprimimos libros en la calle Rondeau 3274. (Tenemos teléfono.)

IMPRENTA DE LOS BVENOS AYRES

Este libro se terminó de imprimir
el día 20 de septiembre de 1971
en la Imprenta de los Buenos Ayres S. A.,
Rondeau 3274, Buenos Aires.



Escuche... es un Grundig.

Hay alguna razón para no empezar por lo mejor!...

Estamos seguros que no, siempre que usted sepa cuál es el equipo mejor. Comience por visitar un agente Grundig y pida escuchar un Grundig. Grundig define a quién lo compra porque son los que saben escuchar.

GRUNDIG

COMPAÑIA ELECTRONICA DEL PLATA S.A.I.C.

Unico Fabricante y Representante exclusivo para la República Argentina
Perú 263 - Tel. 34-5178 - 8946 - 8643 - Bs. As.

Véalos, escúchelos y adquiéralos en:

LOS GOBELINOS S. A.
Florida 147
Capital y Sucursales

HECTOR PERES PICARO S. A.
Puevrredón 210
Capital y Sucursales

SCIOLI S. A.
Corrientes 6001
Capital y Sucursales

Novelo = Agüero 857
2º 5

ACINDAR

INDUSTRIA ARGENTINA DE ACEROS S. A.

El mayor fabricante de productos de acero para la construcción y el agro

Una empresa privada argentina al servicio del país

ACINDAR

INDUSTRIA ARGENTINA DE ACEROS S. A.

PASEO COLON 357 - BUENOS AIRES

4,50
4,20
9000
1800
1,89 0
1,9

100 — 4,50
1 — 4,50 × 4,20 =
100

4,5
4,2
90
180
1,89

H0008116

S1CJ.15.1.

PRECIO $